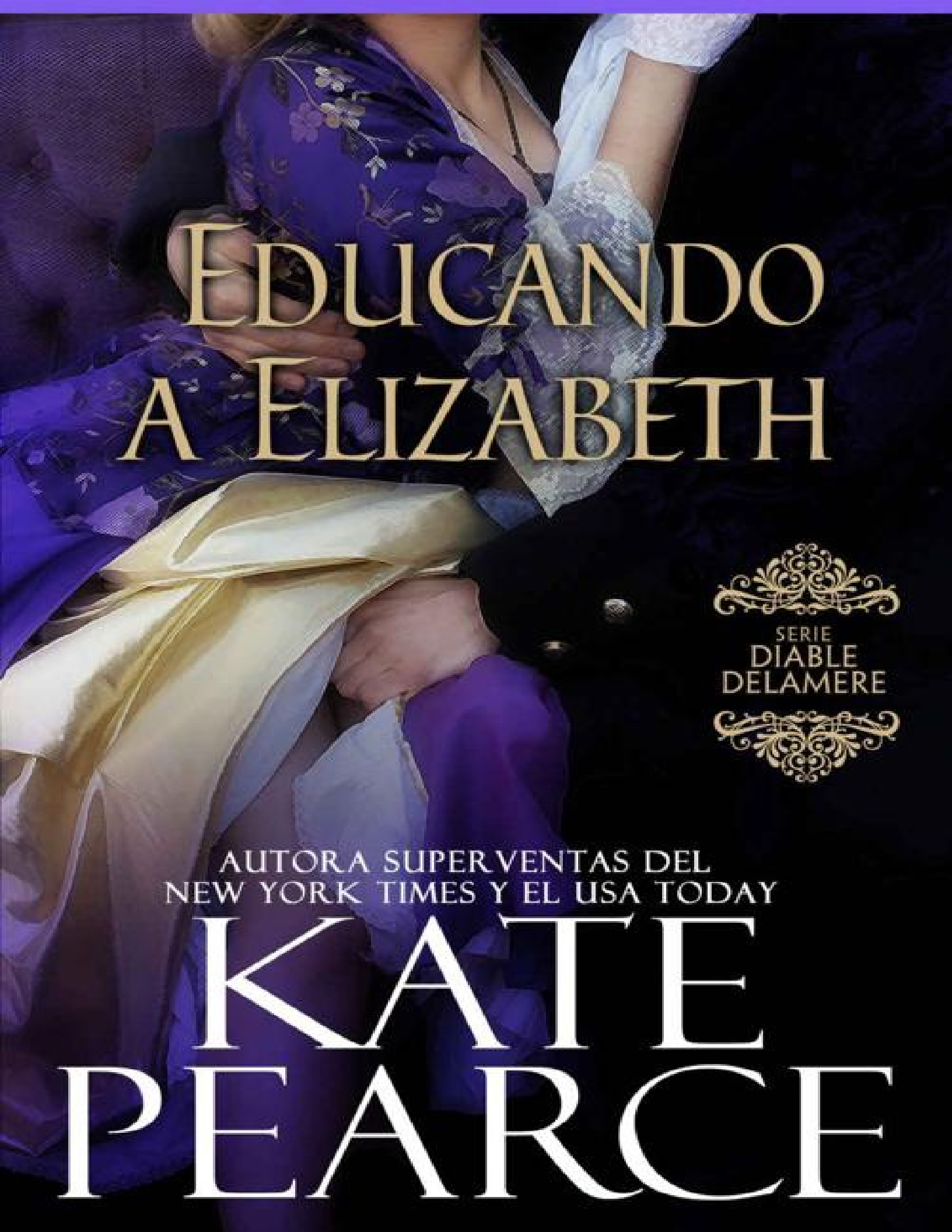

EDUCANDO
A ELIZABETH
SERIE
DIABLE
DELAMERE
AUTORA SUPERVENTAS DEL
NEW YORK TIMES Y EL USA TODAY
KATE
PEARCE

Educando a Elizabeth

Serie Diable Delamere

Kate Pearce

Contenido

Página del título
Copyright
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Sobre Kate Pearce

Copyright

Copyright © 2011 de Kate Pearce
Todos los derechos reservados. Sin limitar aquellos derechos afectados por el copyright y que han quedado reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse ni introducirse en un sistema de recuperación, además de transmitirse en ninguna forma y mediante ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otra manera) sin el permiso previo por escrito tanto de parte de la dueña del copyright como de la editorial de este libro, más arriba.
Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, marcas, medios de comunicación e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. La autora reconoce las marcas registradas y a los propietarios de estas respecto a varios productos a los que se hace referencia en esta obra de ficción y que se han usado sin permiso. La publicación/uso de estas marcas no está autorizada, asociada ni patrocinada por los dueños de estas.

Capítulo uno

Londres, Inglaterra 1814

—¿Ha dicho tres, Excelencia? ¿*Tres mil libras*?

Un silencio repentino siguió a la pregunta trastabillada del hombre.

Gervase David Saint-Malo, séptimo duque de Diable Delamere, se reclinó y contempló el brillo de sus botas estiradas. El pulido intenso de estas le complacía incluso a la luz tenue del salón de juegos improvisado. El ingrediente secreto que utilizaba su ayuda de cámara para conseguir tal perfección valía hasta el último penique de su sueldo.

El duque echó un vistazo al oponente que se encontraba frente a él, el señor del Bosque, que estaba sudando a mares. Gervase se retiró los volantes de la muñeca de una sacudida y revolvió la pila desplomada de bonos garabateados con un dedo largo.

—Me malinterpreta, *m'sieur*. —Y el noble dejó que un momento de esperanza iluminase el rostro del desgraciado antes de hacerlo añicos—. He dicho tres mil «guineas». —Y levantó una ceja a modo de pregunta cortés—. ¿Duda de mi palabra?

La cara del señor del Bosque se volvió del mismo color amarillo enfermizo que la mecha de la vela de sebo que se consumía entre ellos sobre la mesa de juego.

Gervase se examinó las uñas de las manos mientras el hombre se inclinaba hacia él y le susurraba:

—Excelencia, se lo suplico, hablemos en privado.

En ese momento, el noble soltó las cartas en la mesa con un bostezo y cedió ante su antiguo adversario. Se le dibujó una sonrisa en la cara a la vez que se aventuraba cada vez más en la desvencijada casa de alquiler. Al final, el resto de invitados a la nefasta partida de cartas se desvanecieron en las sombras y dejaron al duque con su presa.

El señor del Bosque no albergaba sorpresa alguna para él. Para cuando Gervase heredó el título de su padre a la edad de veintiún años, ya había aprendido cuántos deseaban librarle de su fortuna y cómo lidiar con ellos. También descubrió que el dinero no era lo único que intercambiaban aquellos que se encontraban desesperados en las mesas de juego.

Mientras el hombre servía dos generosos brandis, se preguntó de forma perezosa qué sería lo siguiente que le ofrecería. Si el señor del Bosque era tan tonto como parecía, posiblemente le suplicase por tiempo para pagar. No es que aquellas tres mil guineas le importasen, contaba con que suficiente más dinero. A diferencia de la ola más reciente de emigrantes franceses empobrecidos y desfavorecidos, la familia Diable Delamere poseía tierras tanto en Inglaterra como en Francia y se instaló en el país anglosajón durante el reinado del primer Enrique Tudor, aunque Gervase se negaba a que le desplumaran y, además, tenía la molesta sospecha de que le habían dejado ganar.

Su adversario se aclaró la voz.

—Excelencia, siento no contar con los fondos suficientes para saldar mi deuda esta noche.

El duque torció el morro y se bebió el brandi barato de un trago. Hasta ahí llegaba el caballero que liquidaba sus deudas.

El señor del Bosque se apresuró a continuar con su discurso, puede que para anticiparse a la negativa que rondaba los labios del noble.

—Sin embargo, Excelencia, en el pasado mi hijastra ha ofrecido ciertos servicios a mis acreedores en el lugar de un pago directo.

Gervase se quedó quieto mientras se servía otro brandi. Era la primera vez que le ofrecían a una

mujer para liquidar una deuda. ¿Habría perdido deliberadamente a las cartas con el fin de endosarle a su hijastra? Sospechaba que el hombre estuvo involucrado en la revolución francesa, lo que explicaba su presencia en la partida de cartas, y había esperado a que este le ofreciera información de valor a cambio de la cancelación de su deuda.
Aunque aquel no era el resultado que el duque había previsto, un ligero susurro de interés removió las capas de hastío y aversión que le envolvían el alma.
El otro hombre se inclinó.
—Permitiré que mi hijastra resida en su casa y cumpla con todos sus deseos y apetencias hasta que me llegue la financiación.
Iba en serio. Gervase contempló el rostro terso y anodino del caballero y se maravilló ante un egoísmo tan descarado.
Entonces, soltó el vaso en la mesa de roble arañada.
—Una proposición interesante, señor del Bosque. Como es obvio, desearía conocer tal modelo de perfección antes de tomar una decisión.
Casi antes de que el noble terminase de hablar, el hombre ya había desaparecido, dejándole solo mientras se servía de la botella de brandi. En aquel instante, vislumbró un destello de su perfil oscuro en el espejo oxidado posado sobre la repisa de la chimenea y alzó la copa en un saludo irónico. El hilo plateado de la chaqueta le resaltaba el cabello negro azabache y los ojos grises a la perfección. El fallecimiento de su esposa le había obsequiado con una paleta de color inmejorable. Casi nunca se molestaba en vestir con otros colores desde que terminó el periodo de luto formal.
El duque puso una mueca al darse cuenta de cómo la oscuridad de su atuendo encajaba con lo desvencijado de la sala. ¿Estaba comenzando a fusionarse con las sombras que perseguía? En ese instante, sofocó el repentino impulso de marcharse antes de que volviese el señor del Bosque. Estaba cansado de aquel juego y agotado de esa treta.
Entonces, la puerta chirrió y su oponente hizo pasar a la hijastra. Gervase se enderezó lentamente al llamarle la atención el respetable vestido abotonado hasta arriba y el cabello castaño recogido en apretadas trenzas. Estimaba que tendría veintitantos. Podría haber pasado perfectamente por una institutriz con aquel atuendo pasado de moda, y sus sospechas volvieron a dispararse.
Atraído por una fuerza desconocida, le colocó los dedos bajo la barbilla para obligarla a alzar la vista hasta él. Resultaba más alta que la media y tenía unos ojos grandes y grises. Contaba con una piel excelente y no le faltaba ningún diente. De hecho, estuvo a punto de sonreír al captar un atisbo de desaprobación en su mirada entornada. A pesar del exterior sin estilo de la muchacha, le agradó ver que no se trataba de una señorita débil.
Sin dejar de mirar los ojos de la joven ni girarse, el duque preguntó:
—¿Ha venido por voluntad propia? No tengo paciencia para lágrimas ni rabietas.
Tal y como Gervase esperaba, la chica contestó por sí misma con una voz grave y bien educada.
—Iré con usted, Excelencia. Espero poder ser de ayuda. —Pero su tono firme no concordó con su expresión cautelosa.
Una sensación inusual de excitación palpitó por sus entrañas al soltarla. La muchacha se alejó unos pasos y se sacudió la lana marrón oscura de las faldas lacias como si la hubiese contaminado de alguna manera. Darse cuenta de aquello solo sirvió para intrigarle más todavía; le encantaba descifrar un rompecabezas.
Con una pequeña reverencia a del Bosque, el duque se dirigió a la puerta.
—Esperaré a tener noticias suyas, señor. —Y le tendió la mano a la joven—. Usted acompáñeme, ya.

Se preguntó si se resistiría ante la asunción tranquila de su voz, pero simplemente asintió. Luego, la chica se paró en el recibidor para coger su abrigo y una bolsa, alzó la barbilla y salió tras él a la oscura noche salpicada de estrellas. En ese momento, su carruaje apareció en el borde de la acera y él le dio la mano para que subiese.

El efecto del brandi corrió lentamente por sus sentidos a medida que se despatarraba en el sitio frente a la mujer. Ella se sentaba erguida, sin que la espalda le tocase el asiento mientras los dedos cubiertos por unos guantes se aferraban a una bolsita desvencijada, todo el equipaje que traía consigo.

Gervase llamó su atención y le sonrió. ¿Qué haría si alargaba la mano al otro lado del reducido espacio, la acercaba a su regazo de un tirón y le metía la lengua en la boca? Aquel pensamiento tentador provocó que se removiese en su sitio. La pierna estirada rozó el tobillo de la joven y esta se apartó con un movimiento rápido y desdeñoso de sus faldas.

—No hay necesidad de que se alarme, señorita del Bosque, mi personal es muy discreto.

La chica pareció confusa.

—Gracias, Excelencia, pero mi nombre no es señorita del Bosque, sino señorita Waterstone.

—Discúlpeme por mencionarlo, señorita Waterstone, pero parece sorprendentemente serena para tratarse de una mujer a la que han sacado a rastras de la cama en mitad de la noche.

La joven tensó la boca.

—Por desgracia, dependo de la buena voluntad del señor del Bosque. No es la primera vez que me obliga a obedecer.

El hombre se recostó. Sonaba bastante resentida. ¿Habría discutido con el hombre? ¿Era su amante y socia en el engaño y no su hijastra? Normalmente las mujeres eran indiscretas en la cama; a lo mejor podía descubrir mucho si la complacía bien. La idea de la muchacha desnuda a su lado se la puso dura. Acto seguido, le tomó el puño apretado y le besó la muñeca, en el punto del pulso, donde el guante se encontraba con la piel desnuda.

—Señorita Waterstone, entonces. Estoy encantado de conocerla y espero que nuestra aventura sea todo lo que los dos podríamos desear.

Ella arrugó el ceño, pero, antes de que pudiese decir nada, el carruaje se paró y se apresuró a bajar sin esperar la ayuda del noble. Gervase detuvo su huida, la agarró del codo y la condujo escaleras arriba hasta la oscura casa.

Siguiendo sus órdenes, no había nadie para recibirle en el pasillo de mármol negro y blanco invadido por el eco. El hombre cogió la vela solitaria que esperaba su vuelta y le hizo una señal a la chica para que fuese tras él. La guio por las escaleras hasta la suite que colindaba con la suya solo parándose lo necesario para encender más velas y prender la chimenea.

Luego, se volvió hacia la puerta con una reverencia.

—La dejo sola de momento. Por favor, póngase cómoda.

Tras verificar que la puerta contigua a su suite no estaba cerrada con pestillo, salió al corredor principal. Iba a dejarle tiempo para que se desvistiese y luego volvería a colarse en su habitación para descubrir qué le esperaba.

Los dedos le temblaron un poco mientras se deshacía la corbata y se desabrochaba la camisa. Apestaba a brandi barato y a la desesperación que había permeado la partida de cartas, y se le estremecieron las fosas nasales con repulsión. En cuanto estuvo desnudo, se salpicó agua fría por todas las partes del cuerpo que fue capaz de soportar y, luego, vació los bolsillos y se puso la bata de seda negra.

No se molestó en llamar a la puerta cuando volvió a entrar en el dormitorio de la señorita Waterstone. La chica se encontraba sentada en el tocador ataviada con un camisón raído y poco

favorecedor. A diferencia de algunas de su especie, no había sucumbido a la tentación de robar ninguno de los chismes pequeños, pero caros que había desperdigados por la habitación.
También se había recogido el cabello castaño en una trenza infantil que le colgaba hasta la cintura. Durante un instante dudó, hasta que la excitación del brandi y sus conjeturas le empujaron.
Y la mujer se llevó la mano a la garganta.
—Excelencia, ¿qué está haciendo aquí?
Dios, era astuta. Incluso se las había apañado para insuflar un ligero temblor de miedo en su voz. Gervase sonrió a la vez que su cuerpo cobraba vida de pronto. Acto seguido, se sentó junto al fuego y la llamó con el dedo.
—Ven aquí, a la luz. ¿No quieres hablar sobre tus obligaciones?
La joven se acercó a él con la espalda completamente recta y las manos entrelazadas ante ella igual que si se tratase de una profesora. No parecía ser consciente de la forma en la que el fuego iluminaba su cuerpo voluptuoso bajo el fino camisón, aunque el duque había aprendido a ser receloso. Detuvo los ojos en la curva de su cadera y flexionó los dedos por el deseo de acariciarle en esa parte. Entonces, se dio cuenta de que estaba hablando.
—Excelencia, a lo mejor deberíamos hablar por la mañana, cuando se encuentre más capaz. Temo que haya malinterpretado mi posición.
El duque negó con la cabeza.
—Puedo asegurarle, querida, que soy perfectamente capaz de cumplir con la posición que desee.
Acto seguido, la agarró de los dedos mientras la chica intentaba retroceder y la instó a acercarse, pero ella liberó una mano de la suya de golpe. De pronto cansado de sus juegos, el hombre tiró con fuerza, la atrajo hasta su regazo de golpe y, mientras ella luchaba por recuperar el equilibrio, él se colocó sus largas piernas a horcajadas.
—¡Excelencia! —gritó mientras intentaba apartarle las manos inquisidoras, pero él le envolvió las caderas con el brazo y la inmovilizó—. ¡Pare inmediatamente!
Gervase le besó la mejilla.
—No pasa nada, querida, ya puedes dejar de actuar. Todavía no estoy del todo seguro de por qué tu padre te ha enviado aquí, pero pretendo disfrutar del momento. Ya podrás explicarte por la mañana.
La joven comenzó a hablar de nuevo, pero él ya había dejado de escuchar. De hecho, la calló tomando su boca con un intenso beso a la vez que le subía lentamente la tela del camisón hasta la cintura. Los labios le sabían a caramelo y le abrieron paso a su lengua inquisidora con una facilidad sumisa. El duque gimió cuando la lengua de la chica acarició la suya y esta posó las palmas de las manos en su pecho.
Gervase separó las rodillas y se le abrió el cinturón de la bata. Con un movimiento rápido, la levantó y, estaba a punto de bajarla lentamente sobre su carne cada vez más dura, cuando los dientes de la joven se estrellaron contra su labio inferior. Al observarla atentamente desde abajo, se dio cuenta de que sus ojos como platos reflejaban más pánico que pasión.
No era ligera de cascos.
Dios santo..., ¿había estado a punto de violar a una inocente?
El hombre apretó los dientes y comenzó a levantarla para apartarla de él.
—No se mueva, señorita Waterstone. Voy a...
Pero la muchacha le arañó la mejilla con las uñas, a lo que él arqueó la espalda a modo de protesta e intentó apartarla desesperadamente. Al final, ella se resbaló de su flácido abrazo y acabó en el suelo. El duque se ciñó la bata alrededor de la cintura y se anudó el cinturón. La bilis

le subió por la garganta mientras bajaba la vista hasta la chica y sintió un escalofrío. ¿Había convivido durante tanto tiempo con lo peor de la depravación humana demasiado tiempo para reconocer la verdad?

—Señorita Waterstone, claramente se ha producido un malentendido. —Y le tendió una mano—. Le juro que no volveré a tocarle, pero debe dejar que la ayude.

La chica se puso de pie tambaleándose y continuó retrocediendo hasta que llegó al umbral que conectaba con la suite del noble.

—No se atreva a acercarse un paso más, pedazo de... ¡pedazo de depravado asqueroso!

Cuando la joven se giró para salir corriendo por la puerta abierta hacia la suite del caballero y la libertad del pasillo más allá, Gervase se recompuso y dio una zancada para agarrarla. La muchacha se estrelló contra el tocador con un grito, tiró sus contenidos al suelo y se cayó de rodillas. Acto seguido, sus dedos agarraron un relojito de viaje y le apuntó directamente a la cabeza con él mientras se ponía derecha.

El duque se paró de golpe y levantó las manos.

—Señorita Waterstone, por favor, baje el reloj. Está hecho de latón sólido y puede hacerse daño intentando lanzarlo. No me cabe duda de que podemos solucionar esta desagradabilísima situación para que quede satisfecha.

La joven movió la boca y tragó dos veces antes de ser capaz de hablar.

—Soy muy consciente de lo que pesa el reloj, Excelencia. Al fin y al cabo, soy yo la que está sosteniéndolo. Mis hermanos me enseñaron a lanzar en condiciones cuando era pequeña, y soy bastante capaz de alcanzar mi blanco.

Aquella afirmación valiente le sorprendió más de lo que estaba dispuesto a admitir. Cualquier otra mujer que conociera estaría llorando a mares en ese momento, no amenazándole tranquilamente con golpearle en la cabeza con su propio reloj. De hecho, tuvo que contener el deseo absurdo de reírse.

—Bueno, si desea lanzarme algo, por favor, adelante.

En ese momento, dio un paso hacia ella con una mano tendida, pero se quedó petrificado cuando ella lanzó el brazo hacia atrás.

—No creo que sea capaz de matarle, incluso a pesar de que lo merezca. Seguramente me decapitarían en la Torre si asesinase a un duque. —Y le observó con mucho cuidado, como si se tratase de un blanco de papel—. No, creo que si le hiero en un brazo bastará para evitar que siga persiguiéndome.

Entonces, Gervase se rio y dio otro paso adelante.

—Acabe con esta tontería, querida. Deme el reloj y luego hablaremos. Tiene mi palabra de que no le tocaré un pelo.

La chica apuntó mientras él cruzaba el espacio enmoquetado que les separaba y el pesado reloj le pegó en el hombro, le desgarró la bata y le hizo retroceder unos pasos.

—Ese —dijo con un profundo reconocimiento— ha sido un lanzamiento realmente excelente.

El tremendo dolor le pilló desprevenido, se tambaleó hacia un lado, cayó contra la chimenea de mármol y se golpeó la cabeza.

Al fin, oyó la voz preocupada del sirviente por encima del aullido en los oídos y, cuando Jacques se inclinó sobre él, el duque consiguió agarrarle de la manga.

—No dejes que se vaya.

La voz del ayuda de cámara sonó desconcertada y cada vez más imperceptible.

—¿Quién, Excelencia? Aquí no hay nadie más.

Capítulo dos

El señor del Bosque apretó la mano con la que agarraba la parte superior del brazo de Elizabeth Waterstone mientras tocaba a la puerta de la casa señorial del duque de Diable Delamere en Londres. El llamador de latón se había diseñado para que pareciese un pez retorciéndose. La pátina verde añadía vida a la sinuosa pieza fundida y reflejaba su tenue color en el rostro de la muchacha. Una brisa cortante se arremolinó por la plaza arrancando las pocas hojas que colgaban de las ramas de los árboles y agitando los tirabuzones lacios de la capota de la joven.

—Gracias a Dios —musitó el señor del Bosque—. Ya es mediodía y no hay ningún crespón negro colgando en la casa, así que podemos asumir sin miedo a equivocarnos que el duque sigue con vida a pesar de tus esfuerzos.

La chica inspiró a duras penas cuando la puerta de la mansión se abrió para revelar a un mayordomo de cabello plateado, y su padrastro se las apañó para meter el pie en la puerta.

—Deseamos ver al duque. ¿Se encuentra disponible?

La muchacha sintió vergüenza ajena ante el tono arrogante del señor del Bosque e intentó interponer toda la distancia posible con él.

El mayordomo inclinó la cabeza.

—Su Excelencia no está recibiendo visitas esta mañana, señor. ¿Desea entregarme un mensaje o prefiere dejar su tarjeta?

Dennis del Bosque frunció el ceño y buscó a tientas dentro del bolsillo antes de entregarle al sirviente una con las esquinas dobladas. Tras un vistazo rápido a la tarjeta, el sirviente sorprendió a la joven al apartarse a un lado y hacerles un gesto para que pasaran.

—Señor del Bosque, creo que en su caso su Excelencia hará una excepción. Síganme, por favor.

El pasillo de mármol negro y blanco le resultó terriblemente familiar y el doble de abrumador a la intensa luz del día. A Elizabeth le parecía complicado creer que había huido por aquella mismísima escalera ni diez horas antes, aunque la imagen del gesto horrorizado del duque mientras trataba apartarla de él se le había quedado grabada en la mente.

La chica se paró en seco cuando el mayordomo se inclinó y abrió la puerta a la biblioteca del duque. La moqueta era tan gruesa que los pies se le hundían en ella sin hacer ningún ruido. Le costó una gran cantidad de la valentía que le quedaba alzar los ojos y mirar al hombre que se encontraba tras el escritorio.

La calma del noble la dejó sin aliento. Demonio marino, la traducción al español de su apellido francés, encajaba perfectamente con él aquella mañana. Tenía la piel pálida y contrastaba de manera sorprendente con la negrura de su cabello y la inclinación felina de sus ojos grises. No llevaba chaqueta, y la muchacha le sobrevoló el brazo derecho y el cabestrillo que le protegía el hombro con la mirada.

Elizabeth se dejó caer en la silla más cercana y bajó la vista hasta sus botas de media caña. La cabeza estaba a punto de estallarle tras los incesantes enfrentamientos y acusaciones que su padrastro había arrojado contra ella desde su vuelta a casa sin precedentes la noche anterior. En su mente, las lágrimas y lamentos de su madre formaban un dúo con las amenazas en un círculo eterno de desesperanza.

La joven enfureció en silencio mientras escuchaba a su padrastro disculparse por su comportamiento ante el duque, que se encontraba recostado en su asiento, aparentemente aburrido con todo aquel asunto. Ella no se había dado cuenta de que la habían enviado a casa de un vividor infame hasta que su padrastro se lo dijo aquella mañana. Luego, apretó la mandíbula y

puso una mueca.
Los ojos fríos del noble se volvieron instantáneamente hacia ella y estrelló la mano contra el escritorio, lo que le provocó un sobresalto.
—Señor del Bosque, no deseo hablar con usted. Quiero hablar con la señorita Waterstone. Salga. Cuando requiera de su presencia se lo haré saber.
Como bajada de humos resultaba magistral y, si Elizabeth no se hubiese encontrado tan cargada de tristeza, quizá hubiese aplaudido ante la imagen de su padrastro callado y desalojado en unas cuantas frases cortantes.
El duque esperó hasta que el señor del Bosque se retiró de la sala y, entonces, dio la vuelta para sentarse en el frontal de su escritorio. El hombre comenzó a balancear el pie cubierto por una bota cerca de sus faldas, y tuvo que esforzarse para apartar la vista del movimiento rítmico. En ese instante recordó la fuerza musculosa del brazo del noble rodeándole las caderas y el sorprendente calor de aquellos dedos sobre su piel.
—¿Qué servicios ha proporcionado a los deudores de su padre en el pasado?
Aquella pregunta estaba desprovista de toda emoción y no albergaba ni un atisbo de disculpa, pero de alguna manera le ayudó a calmar los nervios de punta y se obligó a observar su fría mirada.
—He... He ayudado a sus esposas, normalmente en una función social —se esforzó en explicar —. Muchos de los conocidos de mi padre se han vuelto ricos hace poco. Les ayudo con cartas de invitación, la redacción de notas, consejos en cuanto a la etiqueta...
La chica se pasó la lengua por los labios cuando la sutil insinuación de su fragancia cítrica se acercó sigilosamente a ella. Intentó respirar por la nariz y se recostó poco a poco en su asiento. Su ligero acento francés resultaba menos marcado a la luz del día, posiblemente porque no llevaba dos copas de más.
Sin querer, la mirada se le fue hasta su boca. Su respuesta imprudente al beso con lengua la había llevado a la perdición. Para cuando recobró la cordura, él había continuado hasta asuntos más carnales y le había mostrado mucho más de lo que deseaba sobre los brutales deseos masculinos. Ojalá el casquete escudase el rubor que había brotado en sus mejillas sin ningún permiso.
—Puede que eso explique por qué vino conmigo anoche con tanta diligencia. —E hizo una pausa —. No esperaba que compartiéramos cama, ¿verdad?
Elizabeth negó con la cabeza incapaz de hablar en ese momento mientras volvía a desbordarle el horror de su aprieto. Su madre y su padrastro la habían entregado a aquel hombre para saldar una deuda.
—Entonces, ¿por qué, maldita sea, ha vuelto aquí esta mañana? ¿Espera que su padrastro insista en que me case con usted o que me reprenda?
Pero no esperó a que contestase. En lugar de eso, atravesó la sala hasta la ventana con vistas a la plaza. Estaba de espaldas a ella, con los hombros rígidos. Sin chaqueta, la muchacha podía ver claramente la confección ceñida de los pantalones de ante y la elegante longitud de sus piernas. Después de un largo rato, la miró por encima del hombro.
—Está tristemente equivocada si cree que ese canalla desea proteger su reputación. El desgraciado posiblemente esté que no cabe en sí de júbilo. Da por hecho que el precio de su virginidad cancelará su deuda conmigo.
—No me ha quitado la virginidad, usted...
Pero él la mandó callar con un gesto.
—No me atrevo a corregirla, pero según las normas de la alta sociedad la he deshonrado. —Y se dio la vuelta—. Si hubiese prestado atención a mi consejo y no me hubiese lanzado el reloj al

tuntún, quizás hubiésemos tenido la ocasión de reparar el daño. Por desgracia, al huir a casa de su padrastro, le ha dado la oportunidad de arruinarnos a los dos.
Elizabeth intentó no gritar ante su desdeñosa afirmación y se esforzó para permanecer tranquila. Mientras miraba al abismo en el que se había convertido su vida, una imprudencia repentina se apoderó de ella.
—Le tiraré otra cosa si le da dinero.
El noble entornó los ojos mientras consideraba a la joven.
Esta se levantó; ya no le satisfacía que estuviese por encima de ella.
—Si alguien merece un beneficio por su vil comportamiento soy yo.
Paralizada por su propio atrevimiento, la muchacha se mordió el labio. Si no tenía cuidado, se le iba a escapar su desesperada necesidad de encontrar la forma de mantener a su hermano inválido y a ella, y eso nunca funcionaría.
El duque asintió, volvió a tomar su asiento tras el escritorio repleto de folios y comenzó a juguetear con una pluma sin dejar de estudiarla.
Incapaz de comprender su silencio, la muchacha empezó a temblar. Su buen juicio parecía haberle abandonado. En ese momento, el noble le colocó bruscamente un vaso de brandi entre las manos y le cerró los dedos alrededor de él.
—Bébaselo, le tranquilizará.
La chica reprimió el deseo histérico de reírse y dio un sorbo al fuerte licor obedientemente. Este entró a toda prisa en su estómago vacío, le calentó el cuerpo y le hizo toser. El hombre le dio unas palmadas en la espalda, y sus fuertes dedos le estimularon el suave vello de la nuca. Luego, le quitó el vaso y lo soltó en el escritorio.
—Señorita Waterstone, ¿puedo pedirle otro favor? ¿Se quitaría el casquete? Es muy agotador conversar con un puñado de prímulas amarillas desteñidas y un lazo verde andrajoso.
La joven se quitó el ofensivo casquete y lo tiró a un lado. Después, se encogió del miedo ante la exhalación siseante del duque y cerró los ojos cuando sus fríos dedos tocaron los moratones púrpuras que le cubrían el pómulo y el ojo derecho.
—¿Su padrastro le ha hecho esto?
Elizabeth abrió los ojos de golpe ante su tono gélido y la dureza de su gesto. El pánico inundó sus sentidos y le costaba respirar por el temor de haber despertado al demonio.
Pero él se apartó.
—Así que no le has contado la verdad tan fácilmente. —El hombre respiró hondo y volvió a su posición tras el escritorio—. Señorita Waterstone, su relación con el señor del Bosque me llevó a hacer ciertas suposiciones sobre su naturaleza, suposiciones que han probado ser falsas. —E hizo una pausa—. Esté segura de que haré todo lo que esté en mi mano para poner remedio a esta situación.
La joven le miró detenidamente, sorprendida por aquella explicación inesperada e insegura de cómo lidiar con ella.
—¿Quiere volver a casa con su padrastro?
La tierna pregunta del duque provocó que el resto del valor que la muchacha había conservado se hiciese pedazos.
—Mi madre me ha prohibido la entrada. Teme que pueda mancillar la reputación de mi hermanastra.
El noble se puso de pie y atravesó la sala hasta la chimenea para tirar de la campana.
—Necesita descansar. De momento, considere mi casa suya. Cuando se despierte, volveremos a hablar, se lo prometo.

La chica asintió, demasiado agotada como para resistirse a él, demasiado para que le importase. Mientras esperaban a que respondiesen a la llamada, el duque volvió a su escritorio, tomó una hoja de pergamino y comenzó a escribir.
Elizabeth contempló su cabeza agachada. Calmado, el hombre tenía unas pestañas largas y unos pómulos marcados que desearía que fuesen suyos.
—Siento haberle hecho daño. No sabía qué más hacer.
La pluma dejó de moverse y el caballero levantó la cabeza. Por primera vez, los ojos del noble se encontraron con los suyos sin ningún atisbo de desdén.
—No hizo nada que no mereciera y, por eso, querida, es por lo que estoy preparado para ayudarle.
La muchacha permitió que la ama de llaves la acompañara fuera de la sala. Su padrastro se encontraba esperando en el pasillo con las manos entrelazadas a la espalda mientras examinaba un inmenso retrato del duque actual, y sus ojos astutos buscaron los de Elizabeth una pregunta ansiosa, pero ella pasó rápidamente a su lado sin detenerse ni decir ni una palabra. Aceptaría la oferta del duque de un refugio y rezaría para que a la tranquila luz de la mañana a su mente afligida llegase alguna solución.

***

Gervase estaba arrellanado en su sofá y tamborileando en el reposabrazos mientras esperaba la vuelta del señor del Bosque. Su primer impulso fue dejarle medio muerto de una paliza por la forma en la que había tratado a su hijastra, pero prevalecieron la madurez que tanto le había costado ganar y el parecer sensato cuando él mismo admitió que su trato a la señorita Waterstone fue casi igual de brutal.
El reloj daba la hora cuando el señor del Bosque entró tranquilamente a la biblioteca y se situó frente a él.
Este le hizo un gesto con la cabeza para que tomase asiento y se recostó formando una pirámide con los dedos ante él. El hombre dejó que el silencio se alargara hasta que comenzaron a brotar gotas de sudor de la frente de su visita.
—Su hijastra es de la opinión de que usted debería reprobarme por mi... ¿cómo ha dicho? Ah, sí, por mi comportamiento despreciable.
Al señor del Bosque se le congeló la sonrisa segura en el rostro.
—Excelencia, debe haberla malinterpretado. Yo no deseo tal cosa. —Pero dudó un instante—. Sin embargo, si desea compensar a mi familia por su lamentable error, no me cabe duda de que podremos llegar a un acuerdo.
En ese momento, el duque soltó una carcajada de pocos amigos. Aquel hombre era incontenible. Acto seguido, negó con la cabeza y se inclinó sobre el escritorio en un movimiento repentino y amenazante, a lo que el caballero que tenía enfrente se aferró a los brazos de su silla.
—¿Mi error? Siento disentir, señor del Bosque. Usted me la vendió como si se tratase de una ramera cualquiera. —Y mojó la pluma en el tintero y arañó su firma en el documento frente a él.
A continuación, empujó el pergamino al otro lado del escritorio.
—Estos son los términos del reembolso de su deuda. Pero que quede bien claro, si escucho un mero cuchicheo sobre la reputación de la señorita Waterstone, le pediré el pago completo. A cambio de mi indulgencia, permitirá que su hijastra visite a su madre y hermanastra una vez a la semana. ¿Está claro?
El hombre asintió con los ojos absortos en la promesa de la carta.
—Sí, Excelencia. Gracias, Excelencia.
Entonces, el noble le tendió la pluma y el hombre firmó. Luego, el noble le pidió el documento y

le dio permiso para retirarse asintiendo.
—Mañana le enviaré una copia. —Y levantó las cejas cuando su visita se dirigió a la puerta—. ¿No está interesado en el destino de su hijastra, señor del Bosque?
Este se encogió de hombros.
—No me cabe duda de que le encontrará alguna utilidad a Elizabeth, Excelencia. Y, siéndole bastante franco, me siento aliviado de tener que cuidar de ella.
El duque mantuvo las pupilas clavadas en la puerta cerrada durante varios minutos tras la marcha del señor del Bosque. El brazo herido comenzó a palpitarle al ritmo de la jaqueca y sospechó que tenía fiebre. Despotricó por lo bajo, tocó la campana y esperó la llegada de su asistente.
Elizabeth. El nombre de una gran reina y, de alguna manera, el adecuado para una mujer que contaba con el valor de mostrarse más lista que él. Merecía algo mejor que la vida de engaños que le ofrecía su padrastro.
El hombre se estiró y recobró el aliento mientras el dolor le corría por el brazo. Iba a cancelar su visita de esa noche a Emilia. Una nota breve y un diamante grande apaciguaría a su amante voraz hasta que se encontrase lo bastante bien como para satisfacerla.
Gervase se levantó cuando su secretario, sir John Harrington, entró en la sala. Devolvió su mente al asunto del día y se negó a considerar qué demonios planeaba hacer con la formal y puritana señorita Elizabeth Waterstone cuando por fin recobrase el buen juicio.

Capítulo tres

Dinero. ¿No se reducía todo a eso? Gervase frunció el ceño mientras intentaba calcular la compensación económica que una dama joven y bien educada requería por la pérdida de su reputación. A pesar de la atroz falta de educación de Dennis del Bosque, resultaba obvio que Elizabeth Waterstone era de otra cuna.

El hombre estiró los hombros, puso una mueca ante el ligero dolor en la parte superior del brazo y clavó la vista en el adornado techo cubierto de oro en el que una voluptuosa diosa desnuda hacía señas a un centauro de aspecto reservado para que se acercase. Si la vida fuese tan simple. El duque frunció el ceño a los rostros enamorados pintados sobre su cabeza.

Odiaba cualquier situación que insinuara un desorden en su vida privada. Ya tenía bastantes problemas con mantener una reputación libertina sin tener que lidiar con las complicadas emociones de una mujer. Las escapadas sexuales de su última esposa, cuya muerte no había llorado, Imelda, ya le había brindado bastantes cotilleos tanto en la corte inglesa como en la de Francia. No tenía interés en permitir que su último error con Elizabeth Waterstone se agravase hasta otro escándalo turbio. Suspiró y echó un vistazo a la montaña de documentos que tenía sobre el escritorio. El momento no podía ser peor.

Sin embargo, la señorita Waterstone se negaba a abandonar su mente. Parecía un símbolo de todo lo que odiaba de su vida actual. Fue algo así como un alivio descubrir que seguía teniendo conciencia en lo que a una mujer respectaba, pero se le borró la sonrisa cuando volvió a concentrarse en la carta y en su generosa oferta económica.

Su ama de llaves ya le había informado de que la joven se encontraba despierta y que había tomado un desayuno copioso. ¿Acaso había esperado que se debilitase durante la noche como si fuese una doncella? Gervase recordó su determinación cuando se enfrentó a él con el reloj y supo que le habría decepcionado si no se hubiese recuperado.

El duque se frotó el puente de la nariz en un esfuerzo de frenar en seco el indicio de jaqueca y echó un vistazo a la cifra que había garabateado en la carta a Childes, su banquero. Entonces, se escucharon unos golpes en la puerta, el hombre tachó el número y lo dobló. No tenía la paciencia para negociar un acuerdo. Quería que saliese de su conciencia recién despertada y de su vida.

El caballero se levantó cuando entró Elizabeth Waterstone y devolvió una breve reverencia a su genuflexión más elaborada. Ese día tenía menos apariencia de muñeca de cera, pese a que los colores arco iris de un moratón siguiesen desfigurándole la mejilla. Se había puesto un vestido de lana poco favorecedor y se había recogido el cabello castaño claro en unas trenzas apretadas.

Para su tremendo alivio, parecía tranquila. El día anterior notó que se encontraba al borde del límite. La experiencia le había enseñado el precio de involucrarse con mujeres histéricas e hizo el esfuerzo de mantenerla lejos. A él no se le conocía por su voluntad dulce ni por la duración de su paciencia, y sus esperanzas por un final rápido de su conversación aumentaron al examinar la relajada contención de su invitada.

—Señorita Waterstone, confío en que se encuentra mejor.

La joven inclinó la cabeza y el duque continuó.

—He reflexionado mucho sobre el dilema en el que se encuentra y en su demanda de una remuneración económica.

Gervase inspiró y miró para comprobar si la chica estaba prestándole atención. Esta asintió educada como para animarle a continuar.

—Estoy dispuesto a acordar un pago único con usted si promete dejarme en paz.

En ese instante, frunció el ceño. No pretendía decir tal cosa. Sonó como si se tratase de una molestia indeseada o intentase sobornarla. Acto seguido le tendió el borrador de la carta que se había esforzado en redactar durante la última hora.
—Pretendo pagarle cinco mil libras. —E hizo una pausa esperando una reacción, pero no humo ninguna. Levantó las cejas con la pluma en equilibrio sobre el tintero—. ¿No es de su agrado? Le prometo que el dinero se almacenará a su nombre y su padrastro no podrá tocarlo. Estoy seguro de que es suficiente para cubrir sus necesidades.
La muchacha se mordió el labio y negó brevemente con la cabeza. En ese instante, el duque bajó la pluma e inspiró lentamente.
—¿Señorita Waterstone?
—Lo siento, Excelencia, pero no creo que ninguna suma de dinero, por generosa que sea, me devuelva mi reputación, arruinada.
Gervase se quedó inmóvil mientras las visiones del chantaje y el engaño inundaban sus sentidos.
—Continúe.
La chica se inclinó hacia delante es su asiento con las manos entrelazadas.
—Como usted mismo comentó, demasiada gente sabe ya que he pasado al menos una noche en su casa sin la carabina adecuada.
El hombre se encogió de hombros.
—¿Y?
—Y, si aparezco con una dote a mi disposición, las personas hablarán. Se le conoce como el mayor libertino de Londres...
—Y París.
No pudo evitarlo.
Una sonrisa de respuesta apareció como un destello en el rostro de la señora Waterstone.
—Y París. Discúlpeme por infravalorar su prestigio, Excelencia.
El noble se inclinó y la dejó continuar; había picado su interés.
—Imagino que lo siguiente que sugerirá es que aparento ser una viuda. Tengo veinticuatro años y no sería poco razonable suponer que he estado casada antes. —Y puso una mueca—. Pero miento fatal y odiaría comenzar una nueva vida basada en un engaño.
En ese momento, la joven alzó sus preciosos ojos cándidos hasta los suyos.
—¿Cómo iba a mirar a un hombre que amo y con quien deseo casarme sin decirle la verdad? Y ¿cómo se sentiría cualquier hombre honorable al tomar a alguien que usted ha rechazado?
Gervase no tenía nada adecuado que responder. Sospechaba que su creencia sobre que el tamaño de su dote compensaría su falta de virginidad para la mayoría de hombres no iba a convencerla.
—De todas formas... —Y la muchacha respiró hondo—. No quiero su dinero, sino su experiencia.
El hombre la miró detenidamente; por una vez, alguien había pillado a su ágil mente desprevenida.
—¿Mi experiencia?
—No puedo volver a casa, no aceptaré su dinero sin ganármelo y me niego a terminar haciendo la calle. Quiero que me enseñe a convertirme en alguien ambicioso. —Arrugó el ceño y le observó con un poco de ansiedad—. ¿Ese es el término correcto para una cortesana o una amante de clase alta? Discúlpeme, lamentablemente ignoro este tema.
El duque solo fue capaz de contemplarla hasta que la muchacha comenzó a sonrojarse.
—¿Desea que la instruya en el rol de una prostituta? —Soltó una carcajada breve sin gracia y le señaló la plaza de abajo—. Querida, si desea aprender tal profesión, vaya a deambular por las

calles traseras de detrás de mi casa durante diez minutos. Le garantizo que algún hombre estará dispuesto a iluminarle.
Dejó que transcurriesen unos segundos de absoluto silencio que solo se vieron interrumpidos por el tic tac del reloj de Sèvres de la repisa de la chimenea.
Al final, golpeó el escritorio con la palma de la mano.
—¡Es una dama! No sea tan estúpida.
La joven se sonrojó un poco pero no apartó la mirada de la suya.
—No comprendo su vacilación, excelencia. ¿Estamos de acuerdo o no en que usted se trata del mayor libertino de dos reinos soberanos? ¿Quién mejor para instruirme que usted?
Luego, se recostó en su asiento con las manos entrelazadas en el regazo y esperó; la viva imagen de la corrección.
Gervase se levantó, se dirigió a la ventana y bajó la vista hasta la desolación que el viento estaba barriendo de la plaza. ¿Estaba loca? A pesar de su negativa instantánea, se había plantado una semilla de interés en su mente y le atraía con todas sus indeseables posibilidades. Si había un hombre que podía convertir a la tímida y remilgada señorita Waterstone en una cortesana, ese era él.
Entonces, se giró para mirarla.
—¿Y qué hay de sus parientes, querida? ¿No cree que podrán oponerse a tener a una prostituta, ambiciosa o no, en la familia?
—Me queda muy poca familia, Excelencia. Los parientes de mi padre se negaron a tener nada que ver con nosotros cuando mi madre volvió a contraer matrimonio y no es que haya hecho mi debut en sociedad.
El duque se preguntó por qué no había tenido una temporada londinense. ¿Es que la economía familiar siempre había sido precaria? ¿Por eso el señor del Bosque se encontraba involucrado en tantas actividades sospechosas? A lo mejor le convenía mantener a la señorita Waterstone cerca.
El noble continuó observándola mientras su prolífico cerebro trazaba varios planes para crearle un pasado nuevo. No tenía idea de lo poco que le costaba concederle su deseo.
—Elizabeth. —Utilizó su nombre de pila en un intento íntimo de debilitarla—. He estado a punto de quitarte la virginidad. Te *forcé*. ¿Cómo, en nombre de Dios, esperas que crea que no me tienes miedo?
En ese momento, la joven le miró directamente a los ojos.
—Por supuesto que te tengo miedo, pero temo más permitir que me sobornes como si de alguna manera yo misma me hubiese deshonrado. Preferiría ganarme mi dinero.
En ese momento, el hombre le acarició la comisura de los labios con el pulgar y ella los separo mientras tragaba. Con una intención deliberada, el duque le poseyó la boca empujando la lengua hasta el fondo. Esperaba que la muchacha retrocediese, pero, aunque no respondió, tampoco se resistió.
Al final, relajó el beso e hizo uso de sus años de experiencia para atraerla dentro de su boca y hacerla reaccionar. Curvó las manos sobre sus caderas y la acercó a él hasta que pudo sentir el agitado palpitar de su corazón. Cuando la soltó, la chica intentó alejarse, pero él la agarró del codo.
—Eres muy valiente o muy estúpida. Que me parta un rayo si sé cuál de las dos.
La joven apoyó la frente en su chaleco.
—¿No lo entiendes? Si consigo aprender a soportar tu tacto después de lo que hiciste, creo que seré capaz de aguantar el de cualquier hombre.
El noble inhaló el dulce aroma de su piel y reprimió la tentación de explorar cuánto podría

«soportar su tacto» antes de volver a entrar en pánico. Al final, se retiró tras su escritorio para trabajarse una actitud más formal.
—Necesito pensar en ello. Si estás decidida a llevar a cabo esta locura, espero obediencia completa por tu parte, ¿comprendes?
Elizabeth estuvo a punto de sonreír cuando se agachó en una majestuosa reverencia antes de dirigirse a la puerta.
Aunque Gervase esperó a que apoyase la mano en el pomo.
—No está acordado, ni de lejos. Esta noche requeriré tu presencia en la cena y entonces hablaremos sobre cómo deseamos que continúe esto.

***

La joven fue de un lado a otro del lujoso dormitorio que el duque le había asignado, apenas consciente de lo acogedor que era ni de sus lujosas comodidades. Tras darse un baño, apareció una criada para peinarle el cabello en un habilidoso moño de tirabuzones que le caían por los hombros. La silenciosa sirvienta también extendió un vestido de noche que Elizabeth sabía que no era suyo. Antes de que pudiese preguntarle a la muchacha, esta se retiró con la ropa interior remendada de la invitada y solo con otro vestido sobre el brazo.
La tensión de la chica aumentó mientras recorría el cuadrado infinito que rodeaba el borde de una excelente alfombra turca. ¿Qué había hecho? Ofrecerse en bandeja al duque le pareció algo bueno y heroico, pero, ahora, tras varias horas de contemplación solitaria, su seguridad se había desvanecido.
Cogió el vestido azul hielo y lo sostuvo contra su cuerpo. La ola de seda le pareció ligera y dúctil a su tacto en comparación al vestido de lana confeccionado en casa. Su reflejo le mostró que la prenda era del largo adecuado. Y casi sonrió. Seguro que el hombre le había tomado las medidas al dedillo.
Tras un momento de indecisión, se metió en el vestido y deslizó los brazos por las diminutas mangas abullonadas. El corpiño se abrochaba por delante en una serie de delicados botones de nácar. A pesar de tirar y estirar, su pecho desatado rebosaba por el canesú bordado y azul. La muchacha buscó un chal o un encaje con el cubrirse la piel expuesta, pero no encontró nada.
—Tendrá que servir con esto.
Con un suspiro, se puso las raídas pantuflas de cabrito y se colocó bien la crucecita de oro que su hermano Michael le había traído de Portugal. Michael era la fuente de todas sus preocupaciones y la razón por la que debía seguir con su plan.
La muchacha acarició el rubí en el centro del colgante. Su padrastro le había dicho que si volvía con el duque y se quedaba hasta que saldase la deuda, seguiría cuidando de su hermano.
La chica apenas recordaba al joven antes de que le hiriesen. Se fue para luchar en la Península con el ejército de Wellington, un apuesto héroe a ojos de su hermana que volvió siendo un despojo roto de rostro gris y tullido de cintura para abajo.
Si no fuese por ella, habrían dejado morir a Michael en la claustrofóbica prisión de su dormitorio porque, a pesar de sus súplicas, su madre no se encontraba capaz de cuidar del hijo al que ya no reconocía.
Cuando el reloj marcó las seis, Elizabeth se puso de pie. No tenía opción. Con el duque como maestro, sería capaz de labrarse su propio camino en el mundo, y mediante el dinero, y la protección del noble, podría asegurarse de que su hermano recibiese las mejores atenciones y cuidados durante el resto de su vida.
Su propósito se fortaleció mientras bajaba la escalinata y seguía al mayordomo por otro pasillo interminable en dirección al comedor. Este le hizo una reverencia y se marchó.

No había ni rastro de su anfitrión.
Parte de sus recelos volvieron poco a poco a ella mientras exploraba la enorme sala revestida de madera. Pese a las valientes palabras que le había dedicado al duque, si alguno de sus hermanos descubría cómo había planeado ganarse la vida, quedarían horrorizados. Entonces, le asaltó otra duda. A lo mejor debería haber aceptado la primera oferta de cinco mil libras del duque. Michael y ella podrían haber sido capaces de arreglárselas con el ingreso del interés. A lo mejor no era demasiado tarde para cambiar de opinión.
—Buenas noches, señorita Waterstone. ¿Está admirando el retrato de mi esposa escandalosamente difunta?
La joven volvió a centrar la vista en el enorme cuadro al óleo sobre la chimenea, donde se había parado de golpe. Habían representado a la mujer de cabello negro del retrato como a Diana, la diosa de la caza. Estaba envuelta en una seda blanca que dejaba a la vista un hombro, gran parte de sus voluptuosos senos y la rolliza pierna izquierda. El pintor había captado un toque salvaje y arrogante en la expresión de su sujeto que se extendía más allá del lienzo para retar a Elizabeth.
El duque sonrió y se acercó a la muchacha con dos copas de vino en la mano.
—Lo pintaron justo después de casarnos. Al artista y a mí nos costó sangre, sudor y lágrimas convencerla de que llevase algo de ropa. —Y, con una reverencia leve, le entregó una de las bebidas—. Obviamente, el pintor tuvo que verla desnuda en más de una ocasión durante sus sesiones. Mi esposa creía enormemente en el patrocinio de las artes.
La chica le dio un sorbo apresurado al contenido de la copa a la vez que asimilaba el significado de los comentarios deliberadamente frívolos. ¿Cómo iba a ser capaz de lidiar con un hombre que trataba la infidelidad de su última esposa como una broma ligeramente tediosa? Tomó otro sorbo de champán y estornudó cuando la nariz se le llenó de burbujas.
El caballero le dio unas palmaditas en la espalda; su cálida palma sobre su piel expuesta.
—La he avergonzado. Por favor, olvide lo de mi mujer y disfrutemos de la cena. —Entonces, le tomó la mano y la condujo hasta la mesa—. He creído que podríamos servirnos nosotros mismos.
Ignorando por completo cualquier protesta que la joven pudiese formular, el noble comenzó a servirle sopa en el bol con un cucharón. El atrayente aroma a tortuga alcanzó la nariz de Elizabeth, que cogió obedientemente una cuchara.
La luz de la vela resaltaba los hilos plateados que recorrían el chaleco bordado del duque. La chaqueta se amoldaba a sus anchos hombros igual que la pieza de una armadura medieval bien confeccionada, y la chica se sonrojó al darse cuenta de que estaba clavándole la mirada mientras él la observaba.
A continuación, el hombre le trinchó una rodaja de pato y ella buscó en vano un tema de conversación, aunque él parecía completamente ajeno a la tensión que sentía mientras le rellenaba la copa de vino y le pasaba una servilleta de lino.
—El azul de ese vestido no le favorece demasiado, pero es lo único que sabía que había en la casa que le quedase bien.
Entonces, sus ojos se detuvieron en el corpiño de corte pronunciado, a lo que la muchacha se sonrojó y encorvó los hombros. Había olvidado que sus senos amenazaban con rebosar por la escasísima tela. El caballero frunció el ceño y alargó el brazo para pasarle los dedos por las clavículas.
—No debería arquear los hombros así. Por Dios, mujer, ¿no se da cuenta de las dos *virtudes* tan excelentes que tiene ahí?
Elizabeth se atragantó con el pato y, para que parase, dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—¿A quién pertenece el vestido, Excelencia? ¿A una de sus amantes?
La diversión abandonó su rostro y se vio reemplazada por algo que la chica no fue capaz de interpretar.
—¿No lo sabe? El vestido pertenece a mi hija de dieciocho años. Mi querida esposa me bendijo con una niña cuatro meses después de casarnos.
—¿Su hija tiene dieciocho años? —Y la chica le miró boquiabierta mientras su mente se enfrentaba a las ramificaciones de aquel comentario—. No lo comprendo. Apenas podía tener la edad para…
Se calló, avergonzada de su curiosidad insolente y paralizada por su falta de modales.
Los dedos del noble palidecieron mientras se aferraba a la copa y se la llevaba a los labios.
—Tenía quince años cuando me casé y, aunque es posible que fuese lo bastante mayor para engendrar a un niño, mi esposa ya estaba embarazada; sin yo saberlo. —Y torció el morro—. Imelda tenía dieciocho años cuando nos dimos el sí quiero y se encontraba en el punto álgido de su belleza. —Entonces, se encogió de hombros y volvió a llenarse la copa con el decantador—. Yo era tan inocente como lo es usted ahora, pero incluso así me di cuenta de que me habían puesto los cuernos y de que aquella criatura no podía ser mía.
Y se le endureció la mirada a la vez que sus ojos se encontraban con los de la joven, al otro lado de la luz de la vela.
—Mi familia me traicionó casándome con esa puta promiscua. —En ese momento, se inclinó hacia delante y le tomó la mano—. Si decide quedarse conmigo, será según mis términos. No cometa el error de enamorarse de mí o sentir pena por mi persona. No la amaré nunca. La satisfaré durante el tiempo que me divierta y, luego, deberá marcharse.
La comida que Elizabeth tenía en la boca tomó la consistencia de unas gachas espesas y luchó por tragar.
—Eso me viene perfectamente, Excelencia. No tengo intención de aferrarme a sus faldas y lamentarme de mi destino durante el resto de mi vida. Pretendo mantener esto como un acuerdo comercial.
El hombre le dio un apretón en los dedos, se los llevó a los labios y le acarició los nudillos con un beso ligero.
—Bien. Bueno, ¿nos terminamos este excelente pato mientras le explico cómo van a progresar las cosas?
La muchacha cogió el tenedor, desconcertada por el repentino tono de negocios en la voz de su anfitrión.
—Estoy de acuerdo con su oferta. Le enseñaré las habilidades necesarias para su nueva profesión.
La joven le dedicó una sonrisa de alivio, pero el duque levantó la mano.
—Sin embargo, no estoy convencido de que vaya a llevar a cabo este ridículo acuerdo. La instruiré en cómo complacer a los hombres, pero no pretendo acostarme con usted. Intentaremos mantener este acuerdo como algo relativamente civilizado, lo que le permitirá volver a su vida real cuando recupere el buen juicio.
—No pretendo volver a mi antigua vida, Excelencia. De veras, lo que dije era en serio. —Entonces, el caballero se recostó y su expresión escéptica incitó a la muchacha a continuar—. Aunque este trato difícilmente resulta justo para usted. ¿Qué ganará sino una nueva amante?
—¿Qué ganaré? —le preguntó con aire distraído y la atención fija en su rostro—. La oportunidad de asegurarme que al menos una mujer en Inglaterra sabe lo que un hombre realmente desea en la cama y el placer de otorgar un regalo así a mis colegas. —Y levantó las cejas de golpe—.

¿Qué más puede pedir un hombre?
Elizabeth bajó la vista hasta su plato. Notaba que se estaba sonrojando y rezó por que el duque pusiese fin a la vergonzosa conversación.
—Mi hija, Eloise, ha llegado hoy a Londres desde Francia. He decidido que usted puede hacerse pasar por su compañía, una viuda reciente y pariente pobre de la familia Diable Delamere. Le supliré con toda la documentación y el historial necesarios para confirmar su historia si alguien le preguntase.
La chica fue a interrumpirle, pero el hombre frunció el ceño.
—¿Quería decir algo?
—No, Excelencia, parece haber pensado en… todo.
—Mi hija se hospeda en el hotel Grillons. Se encontrará allí con ella y asumirá sus nuevas obligaciones. Viajará con ella a Bath, donde asistirá a la escuela durante el próximo año para mejorar su inglés. —Y le dio un sorbo al vino—. Cuando vuelva, a la *alta sociedad* le parecerá perfectamente natural que establezca su residencia aquí.
—Yo no sé mucho sobre la sociedad. ¿Cómo es posible que le enseñe algo a su hija cuando yo no cuento con la noción más mínima?
En ese momento, el duque alzó la vista hasta ella.
—No espero que le enseñe nada a Eloise. Solo pasará con ella unos días. —Y chocó la copa contra la de la muchacha—. Su educación comenzará cuando resida en mi casa y yo, querida, seré el único profesor que necesite.

Capítulo cuatro

Elizabeth se bebió de golpe la mitad de otra copa de excelente vino y se preguntó distraída por qué parecía que la sala centelleaba y danzaba a la luz de la vela. Inclinó la cabeza en un intento vano de aliviar el efecto y, luego, cerró los ojos cuando el bamboleo se volvió más pronunciado todavía.

—Señorita Waterstone, ¿puedo sugerirle que deje de engullir mi refinado vino francés como si fuese limonada? Me temo que no lo aguanta muy bien. Le aseguro que no tengo ninguna intención de comenzar con su instrucción esta noche.

Y se le ensanchó la sonrisa.

—El proceso de seducción debería ser lento y sutil. Cuando haya terminado de enseñarle, comprenderá que la expectativa… —Y subió sigilosamente el dedo hasta acariciarle el labio inferior— y el deseo contenido añaden interés a cualquier aventura.

En ese momento, la puso de pie, pero la muchacha se balanceó, se chocó contra él y apoyó las manos en el chaleco bordado. Después, la incorporó con un delicado susurro de ánimo a la vez que le pasaba los dedos por las costillas, justo bajo los senos, y la chica reprimió el inesperado impulso de agarrárselos y llevárselos a la boca.

—Necesito que permanezcas despierta, querida. Tenemos una cita en *madame* Charles, la modista.

—Pero son casi las nueve de la noche —protestó ella—. La modista no estará abierta a esta hora.

El caballero la condujo hacia la puerta con la mano apoyada con firmeza en su codo sin que ella pudiese hacer nada para evitarlo.

—Querida, soy el duque de Diable Delamere. *Todo* permanece abierto para mí.

***

Madame Charles les estaba esperando cuando hicieron su entrada triunfal en el *showroom* de la exclusiva dirección en la calle Bruton. Elizabeth intentó no llamar la atención mientras el duque y la modista charlaban en un francés demasiado rápido y coloquial para su excelente comprensión.

A continuación, acompañaron a la muchacha a un probador revestido de espejos y amueblado solo con un sofá grande de terciopelo y un taburete. El hombre se colocó en el sofá a la vez que *madame* Charles daba unas palmadas y le hacía un gesto a la joven para que se subiese a la banqueta.

En cuanto estuvo arriba, varias ayudantes de la costurera se acercaron a ella con sus cintas de medir como si fueran una bandada de pájaros. Una corriente de aire frío le subió por la falda y, con un grito ahogado de puro horror, buscó los ojos del noble. El caballero levantó las cejas y dio una orden brusca. Un segundo después, la sala quedó desierta.

—¿Qué sucede señorita Waterstone? ¿No se encuentra bien?

La chica estuvo a punto de bendecir su abuso de alcohol. Al parecer le había soltado la lengua. Desde su posición elevada sobre el taburete, los ojos fríos y divertidos del duque se encontraban a la misma altura de los suyos.

—Excelencia, he sido una ingenua. Jamás soñé con que me trajese a un sitio así y no voy vestida para la ocasión.

En ese momento, las pupilas del caballero rozaron el vestido de la joven y, después, volvieron a su rostro.

Entonces, desesperada, la chica susurró:

—La sirvienta se llevó toda mi ropa interior cuando me dejó este traje.
La mirada del noble permaneció clavada en la cara de la muchacha mientras se quitaba los guantes y los dejaba caer al suelo. Luego, inhaló lentamente.
—¿Está intentando decirme que se ha pasado toda la cena sentada completamente en cueros debajo de ese vestido?
—¡Llevo puesto el corsé! —le espetó Elizabeth, y apretó los labios.
Casi se cayó del taburete cuando la mano del duque se cerró alrededor de su tobillo, pero se apoyó en los hombros del caballero para recuperar el equilibrio y se negó a mirar los cálidos dedos pegados a su piel.
La voz del duque tomó la textura del terciopelo mientras la mano continuaba ascendiendo lentamente por su gemelo.
—¿Nada más? ¿Enaguas tampoco? ¿Ni siquiera unas medias?
Los dedos siguieron subiendo, pasaron la rodilla y le recorrieron el interior del muslo hasta que tocaron la suave calidez de su entrepierna. La chica cerró las rodillas, pero aquel gesto solo consiguió que la mano entrase en un contacto más directo con los secretos de su cuerpo, y se mordió el labio mientras la excitación le recorría el cuerpo con una sacudida.
Tras lo que pareció una eternidad, el noble exhaló y apartó la mano.
—Hablaré con *madame* Charles y me aseguraré de que le trae algo de ropa interior. Esta noche he intentado centrarme en su ropa de diario y dejar los deleites de la lencería y los camisones para más tarde.
—Excelencia, si le cuenta que no llevo ropa interior pensará que usted, que yo, que…
La muchacha no era capaz de terminar la frase y, en lugar de eso, clavó la vista en el perfil del hombre en una petición desesperada.
Pero este se agachó para recoger sus guantes.
—Elizabeth, decídete. Si deseas dejarte enredar por los arrebatos de una conciencia recatada, vuelve con tu padrastro. No tengo tiempo para esto.
Se hizo el silencio mientras la chica clavaba la mirada en unos ojos en los que persistía un atisbo de impaciencia, así que tomó un suspiro de derrota.
—Por favor, informe a *madame* Charles de que estoy a su disposición.
En ese momento, el hombre le dedicó una reverencia.
—Me alegra verla hacer alarde de tan excelente juicio.
—Esto no es precisamente juicioso, Excelencia —susurró ella.
Para las once, la chica ya estaba agotada de que le pellizcasen, remetiesen y girasen como si fuese una muñeca a tamaño real. El duque parecía creer que necesitaba un vestido de noche para cada posible ocasión social. Se había dado por vencida intentando quejarse después de soportar un rapapolvo particularmente desagradable por un vestido de paseo de seda lila.
Al final, *madame* Charles, sonrojada por tanta gratificación, le dedicó una reverencia al noble y se retiró con la promesa de entregar parte de las prendas en dos semanas. Cuando las emocionadas dependientas de risa nerviosa desaparecieron, el noble ayudó a la joven a bajar del taburete.
—¿Y bien? —Entonces, le pasó una copa de vino y la miró arqueando una ceja—. Lleva una hora deseando desahogarse, así que adelante.
—Excelencia, ¿cómo espera que pague todos estos vestidos?
El hombre se encogió de hombros; sus hombros le resultaron elegantes bajo la chaqueta gris.
—Por supuesto, lo olvidaba…, una mujer de principios no permitiría que se los regalase. —Y tocó el borde de la copa con el suyo con expresión anodina—. Entonces, ¿cómo sugiere

pagarme?
—¿De mi salario como acompañante de su hija?
El caballero sonrió mirándose las botas abrillantadas de manera impecable.
—Ahora se supone que le pago, ¿no? —E hizo una pausa—. Se me ocurren mejores maneras de que me devuelva el dinero.
Hasta Elizabeth reconoció la insinuación que escondían sus palabras.
—Haré lo que usted desee, Excelencia.
—Perfecto —dijo, aparentemente impasible ante la reticencia en el tono de la muchacha—. Entonces, antes de que se vista, puede probarse esto para mí. —Y se inclinó tras el sofá para sacar una caja grande llena de papel de seda.
La chica observó consternada mientras los dedos del hombre enganchaban una prenda ligera de encaje y la sacaban de una sacudida.
—Esto solo se lo pondrá para mí.
Acto seguido, le lanzó el inconsistente retal de encaje y ella lo cogió en un acto reflejo. Luego, le señaló con la cabeza una cortina roja en la esquina de la sala.
—Vaya a probárselo. Yo la espero aquí.
Después, volvió a acomodarse en la curva del sofá con un brazo detrás de la cabeza y sonrió.
La muchacha apretó la seda blanda como la mantequilla entre los dedos y se dirigió hacia la cortina a paso de tortuga. La voz del duque la alcanzó justo cuando estaba separando las telas.
—Esta prenda no requiere ropa interior, así no tiene de qué avergonzarse.
Elizabeth tragó saliva con fuerza. La combinación de seda apenas le taparía nada y tenía una raja a cada lado que llegaba casi hasta la cintura. La muchacha contempló el reflejo de su rostro pálido en el espejo. ¿Aquella era otra prueba del duque? ¿Si se negaba la echaría y la dejaría a merced de su familia? Al final, ahogó un lamento mientras sus dedos se esforzaban por desabrochar los resbaladizos botones de nácar del corpiño.
Mientras deshacía la abotonadura, luchó contra la sensación de estar envuelta en una pesadilla de la que no era capaz de despertar. Desde el mismo momento en el que sus ojos recayeron en el duque de Diable Delamere, su mundo se vio sumido en un griterío. De alguna manera, sabía que no le ofrecería consuelo ni un lugar en el que esconderse, aunque se lo suplicase. Le había prometido obediencia y ahora debía demostrar su valía.
Abrió los ojos y se contempló en el espejo a la vez que reprimía un grito ahogado. El cabello le bajaba por la espalda y el corpiño se le había abierto de par en par. Un hombre esperaba que apareciese con una prenda que no le dejaría ninguna duda sobre la forma de su cuerpo.
—¿Elizabeth?
La voz del duque albergaba un toque de impaciencia, así que se apresuró a terminar de vestirse. Evitó mirar su reflejo mientras se metía la ligera seda por la cabeza e intentaba acomodársela sobre las caderas, y se encogió del susto cuando la mano del caballero bajó sobre su hombro y le dio la vuelta.
En ese momento, la joven se obligó a mirarle a los ojos. Estaba completamente en calma cuando examinó la longitud de su cuerpo. Con el instinto de una presa, supo que si huía la capturaría en un instante.
La agarró de la mano y la condujo hasta la sala bien iluminada en la que un espejo triple de cuerpo entero dominaba una pared.
—¿Tú te has mirado de verdad? —le susurró mientras la giraba hacia la luz. La chica negó con la cabeza y él soltó una risita—. Eso pensaba.
Estaba tan cerca que su aliento le acarició la mejilla y sintió un escalofrío. Entonces, se obligó a

mirar, y el noble soltó una leve carcajada.
—La lujuria atrapando a la inocencia. Vamos a ser una representación idónea de Hades arrastrando a Perséfone al Inframundo.
El hombre le deslizó el brazo alrededor de la cintura y la atrajo hacia él. El contraste entre la delicada seda color crema de su vestido y los tonos más serios de negro y gris del noble se fusionó de forma incongruente a la luz del farol, y Elizabeth intentó soltarse un poquito, pero el caballero la estaba abrazando con fuerza.
—Ay, no, señorita Waterstone. Necesita acostumbrarse al efecto que causa en un hombre. —Y bajó el brazo para unir las caderas de la joven más todavía a las suyas—. Llevo excitado desde que antes me ha confesado que no llevaba ropa interior. —En ese momento, le dejó caer un beso en un lado del cuello—. Si no la conociera mejor, pensaría que estaba coqueteando.
Acto seguido, le pasó las manos a ras de la prenda con un aire serio e hicieron que se arqueara contra él.
—Le queda perfectamente. Haré que la modista le confeccione unos camisones. Si encuentra uno en su cama es porque deseo que lo use para mí; de lo contrario, no se pondrá nada.
La muchacha contempló su reflejo. Las cálidas palmas del caballero permanecieron en sus caderas sin dejar de acariciarla, y reprimió la necesidad de inclinarse hacia atrás y cerrar los ojos.
—Excelencia, esto roza lo indecente. Cuento con camisones propios perfectos. No me gustaría nada pillar un resfriado.
—*Cherie*, en mi casa hay chimeneas de sobra. Y yo no dejaré que pase frío. Tengo reputación de desprender mucho calor por la noche.
Elizabeth casi se atragantó cuando la imagen del duque envolviendo su cuerpo desnudo le inundó la mente. Intentó pensar en una forma de cambiar de tema y maldijo la falta de aliento en su voz.
—¿Cree que *madame* Charles volverá? Nos ha dejado solos durante un notable largo tiempo.
En ese momento, el hombre la soltó y se encogió de hombros.
—*Madame* sabe cuándo meterse en sus propios asuntos. Muchos de sus clientes aprovechan de las facilidades que ofrece para satisfacer a sus señoras o a sus amantes.
Y le dio unas palmaditas en la mejilla.
—No tiene de qué preocuparse, querida. Ha sufrido bastantes nuevas experiencias para una noche y tengo la intención de llevarla ya al hotel Grillon. —Entonces, le pasó un vestido de viaje negro y una pelliza a juego—. *Madame* me ha dado esto para usted, para que se lo ponga esta noche, además de otros cuantos bultos de equipaje necesario. No estaría bien que llegase a un hotel respetable solo conmigo del brazo.
La chica volvió a dirigirse a los vestidores a la máxima rapidez que fue capaz de reunir sin que pareciese que estaba corriendo. Estaría lejos de él en una hora y podría dormir sola, al menos esa noche.
Entonces, el duque se aclaró la voz.
—Me doy cuenta de que está ansiosa por huir, pero necesito algo de usted antes de que se cambie ese camisón tan tentador.
Elizabeth se quedó quieta mientras él se acercaba tras ella y le posaba una mano sobre el hombro desnudo.
—No hay nada que temer. Solo quiero que me dé un beso de buenas noches. Es imposible que la lleve hasta su dormitorio en el hotel sin despertar comentarios, y sé lo mucho que aborrece el escándalo.
En ese momento, la joven se giró hacia él y posó completamente las palmas en su chaleco, como si tuviese alguna oportunidad de contenerle o impedirle hacer lo que le pareciera con ella.

—Es la primera vez que beso a un hombre, Excelencia.
—Gervase. Cuando estemos los dos solos quiero que me llame Gervase. —Lo pronunció de la forma francesa, con una "g" suave y un sonido de "a" largo, y le rodeó la cintura con un brazo—. Vamos, es bastante sencillo. No voy a morderle.
Acto seguido, la muchacha colocó las manos en los fornidos hombros del caballero y se puso de puntillas. Luego, se concentró en la curva del labio inferior y acercó la boca hasta un tembloroso contacto con la de él. Le sorprendieron la blandura y el calor de su carne.
La chica dudó hasta que él le susurró:
—Tócame con la lengua, *cherie*, averigua a qué sé.
Ella obedeció, fascinada por lo sensible que era su lengua a los matices de los labios del duque y la aspereza de su piel sin afeitar. Vaciló cuando él abrió la boca y dejó que le tocase la lengua con la suya en una danza tímida. En ese instante, Gervase emitió un ruido de aprobación desde las profundidades de su garganta a la vez que ella continuaba explorando su boca y la textura rugosa de sus dientes, pero comenzó a relajarse cuando él no hizo ningún movimiento para conquistar la suya o acercarla más.
Terminó de besarle cuando fue consciente de un doloroso calambre en el cuello y volvió a bajar a la tierra firme que había bajo sus pantuflas de cabrito nuevas. Al final, tras respirar hondo, consiguió alzar la vista hasta él. Permanecía perfectamente tranquilo y no se esforzaba lo más mínimo en ocultar su excitación. De hecho, notó que quería que la viese, que supiese que podía dominarla.
Entonces, se llevó sus dedos a la boca y los besó.
—Le felicito por haber completado su primera lección. Y, ahora, debe cambiarse y hacer su aparición en Grillons.

Capítulo cinco

Elizabeth no estaba preparada para ver por primera vez a la hija del duque. De alguna manera, y a pesar de ser consciente del origen de Eloise, había imaginado que la chica sería la viva imagen de Gervase, pero para su sorpresa la joven parecía francesa hasta la médula. Tenía la piel teñida de un tono oliváceo y unos ojos marrones tan oscuros que daban la sensación de ser azabaches. Además, pese a que su silueta tendía a lo rollizo, su personalidad animada le otorgaba una vivacidad difícil de resistir.

Eloise aceptó la explicación que le dio su padre sobre la presencia de su compañía sin cuestionársela. De hecho, enseguida entabló conversación con ella, deseosa de practicar su inglés chapurreado y aprender sobre los placeres de Londres. Para Elizabeth, a quien le dolía en el alma haber perdido la compañía de su hermanastra, la chica le resultaba un deleite.

El noble solo se quedó lo suficiente para hacer las presentaciones necesarias antes de dejar a las dos muchachas con la niñera francesa de su hija, la maternal *madame* Bonnet.

Entonces, cuando la niñera tocó la campana para pedir un té, la hija del duque le dedicó una sonrisa a Elizabeth.

—Papá es muy amable, ¿verdad? Me ha prometido la temporada londinense más magnífica del mundo si completo un curso en la escuela de la señora Granger, en Bath. —Acto seguido, se inclinó hacia delante y apretó la mano de su compañía—. Es muy triste que te hayas quedado viuda, pero mi padre cuidará de ti.

Durante los siguientes días, la muchacha exploró Londres junto a Eloise y el cariño que sentía por ella se volvió más intenso. Sin embargo, la conciencia le hizo dudar varias veces, siempre que la hija del duque le preguntaba sobre su supuesto «marido» difunto. El caballero, fiel a su palabra, la había provisto de todos los principales detalles pertenecientes a su presunto esposo y, cuando la chica le expresaba su compasión, ella se sentía una traidora y redoblaba sus esfuerzos por complacerla.

Una semana después de la llegada de Eloise, volvieron de una expedición a las tiendas cargadas de paquetes y encontraron una nota del duque.

—Es de papá. Nos invita al teatro esta noche. —Entonces, la joven se llevó las dos manos al abundante pecho y se giró de golpe—. Ay, ¿qué debería ponerme? *Madame* Bonnet, venga a *aiudarme*.

La muchacha desapareció en su dormitorio y Elizabeth se volvió para entrar en el suyo. Para su sorpresa, un vestido de noche negro y nuevo descansaba sobre su cama. Con las manos temblorosas, cogió una cajita adornada con cintas y la nota junto a la prenda. Luego, la sostuvo contra su cuerpo y se maravilló ante el corte tan excelente y la elegancia sutil. El corpiño estaba cubierto de cuentas color azabache que también se desperdigaban por las faldas y reflejaban la luz cuando se movía. Era el vestido perfecto para una viuda de la alta sociedad.

Abrió la nota y leyó el breve mensaje en voz alta: «Esta noche póngase este vestido y solo lo que hay en la caja para mí. No pretendo permanecer sentado otra noche sin saber exactamente lo que lleva debajo de las faldas».

Intrigada y un poco preocupada, se apresuró a abrir la caja. Sacó un corsé negro perfectamente doblado, un par de medias negras, unas ligas y nada más. Se mordió el labio y le dio la vuelta al recipiente en la búsqueda inútil de unas enaguas o las escandalosas braguitas, que eran el último grito, pero no había nada, así que volvió a meterlo todo a la fuerza en su caja y se sentó en el tocador.

Dada la inocente compañía de la hija del hombre, casi había olvidado su acuerdo más vil con el duque. Los pensamientos le pasaban como un remolino por la mente mientras se quitaba las horquillas del cabello y se deshacía las apretadas trenzas con el cepillo. ¿Podría pedirle un aplazamiento? ¿Podría evitar su cama si le ofrecía quedarse como acompañante de Eloise y permanecer disfrazada de viuda?

En ese momento se imaginó el rostro del duque. Había llegado a un trato con él y tenía que ceñirse a él. No soportaría que pensase que era una cobarde. Su futuro era el de una cortesana. Era la única manera de poder mantener a su hermano y a ella. A lo mejor estaba poniendo a prueba su obediencia. Iba a estar en un lugar público, con su hija. ¡Era muy poco probable que la sedujese allí!

***

El hombre llegó a su suite mucho antes de la hora de comienzo de la obra para pasar tiempo con Eloise y *madame* Bonnet. A Elizabeth le alivió ver que parecía haber un cariño genuino entre el padre y la hija pese al resentimiento que este sentía hacia la madre de la chica. Se alegraba por la joven y le sorprendió presenciar la dulzura del rostro del caballero mientras este le seguía la corriente con sus muchas peticiones.

Apenas miró en su dirección, algo que ella agradeció. El noble portaba una chaqueta del color del peltre con un chaleco bordado negro debajo. Los bombachos eran de satén claro y no le hacían ni una arruga. La muchacha se dio cuenta de que, cuando por fin alzó la vista para examinarla, estaba cruzando las piernas y mordiéndose el labio inferior.

En aquel instante, el caballero se puso de pie con un movimiento brusco y habló en un rápido francés, tras lo que Eloise y *madame* Bonnet desaparecieron en busca de sus capas y dejaron a Elizabeth a solas con el duque. A continuación, este se acercó lentamente a ella, que se sentó derecha de inmediato.

—Bueno, querida. —Y le tomó la mano para ayudarla a levantarse—. ¿Le gusta el vestido?

—Sí, gracias, Excelencia. Es precioso.

—Bien —susurró, y la joven se estremeció cuando recorrió el borde del corpiño salpicado de cuentas con la punta del dedo y delineó el contorno de las prominentes curvas de sus senos.

Los pezones se le pusieron duros y le costaba respirar. La cháchara emocionada de Eloise entró a raudales por la puerta abierta.

El duque no se alejó y, en ese momento, la muchacha se dio cuenta de que sus hombros fornidos la estaban ocultando de la vista de la chica. Para su terror, descubrió que lo único que podía hacer era mirarle el rostro desde abajo, igual que un perrito faldero enamorado al que mimaba mientras la acariciaba arriba y abajo con el dedo.

—Precioso... —Exhaló antes de rozarle la mejilla con los labios.

A continuación, se dio la vuelta para ayudar a su hija con la capa y la joven se apresuró a ir en busca de la suya, más aturullada de lo que querría admitir y más confundida que nunca.

El teatro ya estaba lleno de gente cuando el duque acompañó al grupo a los lujosos confines de su palco privado. Eloise, que iba ataviada con un vestido de muselina amarillo pálido que halagaba su piel olivácea, charlaba sin parar en una mezcla de inglés chapurreado y francés rápido que la mujer estaba intentando seguir.

Elizabeth observó al noble evaluar a la gente aglomerada que se arremolinaba bajo sus pies. Muchas mujeres pertenecientes a todas las clases sociales trataban de llamar su atención, pero para su alivio el hombre parecía no darse cuenta de ello. De hecho, solo honraba de vez en cuando a algún conocido con un ligero gesto de asentimiento.

Entonces, se dejó caer en la silla de terciopelo más cercana y permitió que aquellas magníficas

vistas abrumasen sus sentidos. Hacía varios años que no iba al teatro y lo había echado muchísimo de menos. Un escándalo de gritos ascendió desde los niveles inferiores en un fuerte contrapunto con los discretos susurros y murmullos de las gradas y los palcos. En el foso, la luz de las velas centelleaba en las botellas levantadas y los monóculos de la sangre joven que se apoltronaba cerca del escenario esperando comerse a las actrices con los ojos. En los palcos de arriba, el mismo resplandor iluminaba el brillo de los diamantes y el cristal fino.

El duque tomó asiento a su izquierda, de manera que la aisló del resto de los que se encontraban en el reservado, y dejó que la capa le cayese de los hombros. A la muchacha se le quedó la boca seca cuando el hombre desplegó su poderosa figura y se acomodó en la silla con una pierna cruzada sobre la otra. Las luces se atenuaron y la cortina de color púrpura chillón y dorado comenzó a subir. Elizabeth intentó inclinarse hacia delante, pero la curva de la rodilla del noble se lo impidió.

La obra comenzó y a la chica enseguida le atrapó el diálogo ingenioso y provocativo. Intrigada, volvió a inclinarse hacia delante, esa vez haciendo caso omiso a la presión del fuerte muslo del caballero contra su rodilla. Se rio a carcajada limpia cuando la trama de la obra se volvió más enrevesada y la actuación más inventiva, y no se dio cuenta de que el noble le había colocado el brazo en el respaldo de la silla hasta que volvió a recostarse.

Acto seguido, el caballero dejó caer la mano sobre la curva de su cuello y la sujetó al respaldo de la silla. La muchacha se sentó con desgarbo, fascinada por poder notar el calor de la piel del duque sobre su hombro desnudo incluso a través de la tela de la chaqueta. Los dedos envueltos en unos guantes trazaron un lento camino por su garganta y se acomodaron sobre el cuerpo del vestido.

Incapaz de respirar y de apartar los ojos del escenario, Elizabeth se puso tensa mientras el índice y el pulgar del noble se hundían bajo el borde del corpiño y le agarraban el pecho derecho. Luchó contra el impulso de soltar un chillidito en el momento en el que una curiosa sensualidad le endureció el pezón y lanzó ríos de excitación directamente a su vientre. Acto seguido, el hombre inclinó la cabeza y le dio un suave mordisco en el cuello que de alguna manera pareció intensificar la sensación extrañamente placentera.

Una ola de aplausos y varios gritos chabacanos desde el foso de las bestias señaló el final del primer acto. Las cortinas cruzaron el llamativo escenario con un silbido y se encendieron las luces. El estruendo de la conversación estalló en el público, que andaba paseándose en busca de refrigerios o conocidos. El duque liberó la mano con la que estaba agarrándola con una tranquilidad que distaba mucho del pánico que sentía ella y se levantó cuando la puerta de su palco se abrió para dar paso a una multitud de visitantes.

La muchacha se deslizó hasta el asiento vacío del caballero y retrocedió lentamente entre las sombras a la vez que buscaba su compostura. ¿Por qué había pensado que estaría a salvo en público? Ella misma lo había admitido, el duque se trataba de un infame vividor. Solo estaba experimentando de primera mano por qué había obtenido esa reputación, y tardó varios minutos en ser capaz de prestar atención al resto de ocupantes del reservado.

Eloise se trataba del centro de interés y parecía disfrutar aquella experiencia. Por otro lado, su padre permanecía retirado, permitiendo que la joven brillase, aunque indicando mediante su presencia que la chica era su hija y, por ello, se encontraba bien escoltada. Para su angustia oculta, no era capaz de dejar de mirar al noble, a quien no parecían haberle afectado las emociones que había removido en ella.

—Elizabeth, te quedas mirando.

La sensual comprensión en la mirada fría y divertida del hombre negó la reprobación queda, y la

muchacha se sonrojó. Con un apuro indecente, apartó la vista y se centró en contemplar a la multitud bajo sus pies. Cuando la obra se reanudó, el hombre tomó asiento a su derecha, y la compostura que tanto le había costado conseguir se hizo pedazos cuando siguió tornando su cuerpo en un amasijo inquieto de deseo frustrado.

No estaba segura de si le complació o le decepcionó que terminase la obra porque, en ese momento, el duque se alejó de ella para ayudar a Eloise y a *madame* Bonnet con sus cosas. Elizabeth se estiró para aliviar la tensión de los hombros y notó que el forro de seda del corpiño se arrugaba sobre su carne tierna y excitada. Sintió un escalofrío cuando el caballero acompañó a su hija y a la niñera por el umbral con cortina y se volvió hacia ella.

La garganta se le secó en el instante en el que le tendió su capa y le hizo una señal para que se acercase, a lo que ella avanzó obediente para luego quedarse quieta mientras él la rodeaba con los brazos y le ataba las cintas de seda negra al cuello. La joven soltó un suspiro cuando le rozó con los nudillos la piel sensible que él había despertado y, entonces, Gervase entornó los ojos y, en cuestión de un suspiro, la estaba empujando contra la pared del fondo del palco. Sus labios encontraron los de la muchacha y le metió la lengua hasta el fondo de la boca.

En aquel instante, se dio cuenta con una leve punzada de inquietud que no quería resistirse a él ni alejarle de un empujón, ni siquiera cuando le deslizó la mano por sus faldas. La boca del duque continuó poseyendo la suya hasta que llegó a la cumbre de sus muslos y puso la palma envuelta por el guante en su carne excitada.

—¿Excelencia?

Aquella interrupción hizo que la muchacha intentase liberarse y que el noble susurrase una blasfemia contra su cuello. Acto seguido, se giró mientras la ocultaba y aceptó el sombrero y una capa de mano de la criada. Luego, sacudió los hombros para ponerse la capa, se encasquetó el sombrero y le ofreció el brazo a Elizabeth con una sonrisa burlona.

—¿Puedo escoltarla hasta el carruaje?

—Gracias, Excelencia. Ha sido una noche de lo más agradable.

La joven intentó no agarrarse con demasiada fuerza al brazo del hombre mientras se abrían paso por la multitud que seguía en la escalinata. Allí atisbó la cabeza oscura de Eloise y el lustre del elegante carruaje del duque más allá.

—¡Cariño!

Una mujer rubia y bajita vestida a la última moda se agarró al brazo libre del caballero y le impidió la visión de la hija del duque y de su seguridad. La muchacha soltó el brazo de su acompañante, pero no antes de que la dama le lanzase una mirada fulminante y envenenada.

En ese momento, el caballero se soltó de la rubia y con una destreza notable consiguió mantener a Elizabeth agarrada por el codo.

—Lady Masterton. Qué agradable. ¿Ha venido con el capitán Draycourt o la escolta lord Clevedon esta noche?

La chica se avergonzó al detectar un matiz en el tono del duque, un matiz que recordaba de su primer y desagradable encuentro.

Lady Masterton hizo un puchero, que no atenuó lo más mínimo su extraordinaria belleza, y se inclinó hacia delante, con los dedos descansando en el antebrazo del hombre y el pecho junto a ellos.

—No te has acercado a mí en una semana, Gervase. ¿Estás esperando a que me consuma?

Hasta Elizabeth reconoció la provocación deliberada en la pregunta de la mujer. Intentó soltarse con cuidado de la mano de su acompañante, pero él se negó a liberarla. En cambio, sonrió, y la joven casi sintió pena por la persona que tenía ante ella.

—-Creo que mencioné que me encontraba indispuesto.
Las uñas afiladas de lady Masterton se hundieron en la chaqueta inmaculada del noble arrugando el excelente tejido, y él frunció el ceño.
—Recibí tu nota. —Acto seguido, comenzó a menear los dedos de la mano derecha y un diamante enorme emitió un destello—. Y tu regalo. Gracias, cariño.
El duque le apartó la mano de su brazo y le aplastó los dedos entre los suyos.
—Considéralo un regalo de despedida, querida. Yo no comparto, especialmente con un hombre como lord Clevedon, que presume de sus conquistas cuando se ha tomado unas copas de más.
A continuación, le besó los dedos rígidos y los dejó caer con una prisa deliberada, igual que si hubiese cogido algo sucio. Elizabeth apartó la vista de la brutal ira en los ojos celestes de la dama.
—Eres un idiota, Gervase. Jamás encontrarás a una mujer con tanto talento como yo en la cama —dijo entre dientes—. Nunca darás con nadie como yo.
En ese momento, el duque se inclinó y se giró a medias para mostrar su perfil indiferente a la chica.
—No deseo contradecirte, Emilia, pero no creo que deba buscar lejos. —Después, hizo una pausa y bajó la voz—. De hecho, querida, ahora voy a salir a los muelles. —Y levantó una ceja —. ¿Quién sabe a qué puta mejor que tú encontraré en el umbral más cercano?
Lady Masterton se quedó en el sitio, como si le hubiesen salido raíces. Dos manchas rojas le tiñeron las mejillas y se enfrentaron con su colorete rosa. La gente que la rodeaba comenzó a susurrar y a reírse con nerviosismo mientras las palabras del caballero pasaban de boca a boca con la prisa y la velocidad del agua que corre deprisa.
La joven notó que el duque le tiraba de la mano y se adentró tras él en la calle abarrotada. Un movimiento caprichoso en la multitud le empujó contra él.
—No tiene que hacerme testigo de tal terrible alarde de malos modos, Excelencia.
—¿Quiere que me acueste con ella mientras le instruyo? Lo que digo lo digo en serio. No comparto y no me acuesto con más de una mujer a la vez.
—Esto no es sobre su peculiar código ético. Simplemente quería que viese cómo se deshace de una mujer problemática.
Durante un buen rato, el hombre la agarró con fuerza mientras el empuje de la gente fluía a su alrededor.
—Olvidé lo astuta que es, mi querida señora Waterstone. —Y le acarició la comisura del labio con el pulgar—. Puede que lleve razón. Solo puedo esperar que le haya causado la impresión correcta.

***

Elizabeth se excusó nada más entrar a la suite del Grillons y se fue a su dormitorio. La cabeza había comenzado a amenazar con estallarle y buscó alivio desarmándose el novedoso peinado que le colocó la sirvienta. Le dolían los senos gracias a las atenciones del duque, así que se envolvió con los brazos en un intento de mitigar la presión.
El leve clic del pestillo de la puerta hizo que se girase de golpe para encontrar apoyado en la pared al caballero, que la repasó con su mirada plateada antes de adentrarse más en la sala.
—Qué interesante, ¿no?, cómo tu cuerpo ha comenzado a aceptarme e incluso a acostumbrarse a mis atenciones mientras tu mente sigue resistiéndose.
—No sé de qué me está hablando, Excelencia.
En ese momento, Gervase se sentó en un *chaise-longue* de seda estampado junto a la chimenea.
—Tienes mucho que aprender, Elizabeth, y como has empezado tan bien esta noche, creo que

continuaré con la lección.
—¿Sí, Excelencia? ¿Qué desea de mí?
El noble sonrió y, para angustia de la chica, su cuerpo se estimuló por la expectativa.
—Es una pregunta interesante, querida, y una que tú, como cortesana, debes ser capaz de contestar si quieres anticiparte y aportar a tu amante hasta el último antojo.
—Creo que una buena amante le ofrecería una copa y después hablaría sobre la obra. —Y se alisó las faldas—. ¿Qué le apetecería tomar, Excelencia?
La mirada de elogio del hombre la siguió por el dormitorio.
—Me apetece un brandi, querida, y te sugiero que te pongas uno también.
Luego, esperó hasta que la muchacha sirvió las bebidas con una mano notablemente tranquila y dio unas palmaditas en el asiento, a su lado.
Elizabeth fue caminando con cuidado para no derramar el brandi y se sentó junto a él. A continuación, el duque le susurró sus agradecimientos a la vez que le quitaba el vaso y se lo llevaba a los labios y, acto seguido, la chica dio un sorbo a su copa para, al final, dejar el cristal sobre la mesa.
—Has juzgado mi ánimo bien, Elizabeth. Si hubiese querido acostarme contigo, no me habría molestado en conversar, simplemente te hubiese dejado en la cama, me habría desabrochado los pantalones y te habría tomado.
La joven se hundió una mano en la mejilla y notó el estallido de calor en su piel.
—Afortunadamente para ti, esta noche deseo que me diviertan. Cuéntame qué te ha parecido la obra.
Casi aturdida por el alivio, la muchacha se olvidó de su timidez mientras charlaba con el duque sobre las temáticas de la obra y su producción actual. En su gozo, se liberó de las pantuflas y metió los pies bajo las faldas. No se dio cuenta de lo tarde que era hasta que oyó el reloj marcar la una.
La chica le lanzó una mirada insegura a su acompañante cuando este no hizo ningún movimiento para marcharse y volvieron sus reservas.
—¿Te preguntas que voy a hacer contigo ahora, querida? ¿Tu mente sigue temiendo lo que tu cuerpo acepta?
Entonces, le agarró las muñecas y la instó a que se acercase hasta que las manos de la muchacha le tocaron el chaleco.
—Bésame, y puede que quede lo bastante satisfecho como para marcharme.
Elizabeth se apoyó en él mientras intentaba no inhalar su aroma masculino, que le afectaba igual que el champán más potente. Los labios del duque le resultaron cálidos al abrir la boca para besarle con la misma intensidad con la que él lo había hecho antes. El hombre soltó un suave gruñido de gratitud e inclinó la cabeza para otorgarle un mejor acceso. La joven le introdujo sigilosamente una de las manos en el cabello y le acarició la nuca.
Ante aquello, él le extendió los dedos por la espalda y la meció lentamente de un lado a otro para seducir sus sentidos ya excitados, además de la persistente sensualidad que ya había creado. La chica soltó un grito ahogado cuando le deslizó las mangas del corpiño por los brazos y le agarró los senos, que se alzaban como si fuesen una ofrenda en el corsé de seda negro. Después, se estremeció ante el repentino ardor de las palmas de Gervase y el movimiento rápido de las puntas de sus dedos sobre los pezones cada vez más duros.
—Voy a llevarte a la cama.
En ese instante, la muchacha abrió los ojos de golpe y se dio cuenta de que ya no tenía los pies en el suelo, así que le rodeó el cuello con los brazos y acomodó tanto el cuerpo al suyo que podía

sentir su musculosa figura de los hombros a la rodilla. La llevó en brazos durante unos pasos hasta la cama, la colocó sobre esta y bajó tras ella.
Comenzó a desnudarla con una velocidad y experiencia comparables a las de una dama de compañía experta. Aunque, al cernirse sobre ella, una semilla de inquietud traspasó su excitación. Él tenía una expresión decidida, con los ojos entornados de la concentración.
—Excelencia, no estoy segura de que...
Pero él posó un dedo sobre sus labios y alisó la sábana sobre ella excitando y moldeando la carne a medida que lo hacía. Un vistazo abajo le reveló todo su cuerpo claramente delineado en el lino; el empuje de los pezones, los ángulos de las caderas. Después, reclamó la boca de la joven en un beso intenso antes de retirarse a un lateral de la cama. Dios, ella deseaba que posase sus manos sobre su cuerpo, las deseaba debajo de las sábanas y por todo su ser.
En ese momento, arrancó la boca de la del duque.
—¿Cómo permaneces tan tranquilo, te afecta tampoco cuando yo...?
Acto seguido, el hombre alargó el brazo y le agarró la mano. Los dos se estremecieron cuando le apretó la palma contra la parte delantera de los pantalones, donde se topó con su miembro en completo, duro y masculino esplendor.
—Sí que causas un efecto en mí. —Entonces, se inclinó sobre la mano de la chica y el nardo se le sacudió bajo los dedos de la chica—. Lo que no comprendo es *por qué* me afectas así, mi querido corderito. Y no estoy seguro de que me guste un puñetero pelo.

Capítulo seis

Dos semanas después, Elizabeth ya estaba de vuelta en Delamere House, el imponente domicilio del duque en Londres. Mientras subía por la escalinata, hizo una lista mental de sus logros con una aureola de satisfacción personal. Había ido con Eloise hasta su nueva escuela en Bath y la dejó allí con la promesa de escribir. Luego, acompañó a la llorosa *madame* Bonnet al puerto de Bristol y la vio zarpar a Francia.

La chica sonrió a su reflejo desaliñado cuando se quitó el tocado polvoriento y los guantes. A pesar de las preocupaciones iniciales sobre su capacidad para actuar como representante del noble, consideraba que se había comportado bastante bien. Desde luego había disfrutado de la oportunidad de viajar con tal lujo y de estar liberada de las demandas de su padrastro.

Para su alivio secreto, el duque no volvió a instalarla en el dormitorio en suite contiguo al suyo. Su nueva habitación se encontraba al otro lado del pasillo, alejada del bullicio de la plaza Grosvenor y en la tranquilidad del jardín. Una inspección rápida de su aposento decorado en color crema (y seda) reveló un armario a rebosar de prendas a la moda que el noble y *madame* Charles habían considerado que necesitaría usar.

Cuando confirmó que el caballero no se encontraba en casa, la muchacha pasó una tarde alegre probándose su ropa nueva, hasta que el estómago, y el suave repicar del reloj de porcelana de la repisa de la chimenea, le recordaron que ya hacía bastante que había pasado la hora normal de cenar.

La joven se puso el vestido negro de noche que llevó al teatro y se preguntó qué hacer. ¿Debía buscar el camino al comedor o se suponía que debía esperar a que el duque la invitase? A continuación, se envolvió los hombros con el nuevo chal de cachemira. Y ¿cómo debía comportarse? ¿Como una viuda perteneciente a la familia o la última amante del noble?

Había vuelto de su viaje convencida de cumplir su deber con el duque y aprender todo lo que le pudiese enseñar. Las sensuales caricias del caballero habían transformado sus sueños y, a decir verdad, la habían animado a pensar que era posible que tuviese éxito en la profesión que había elegido. Si solo fuese capaz de aprender a imitar la indiferencia del hombre y a refrenar el inesperado apetito que sentía por sus besos...

El hambre y la bravuconería que tanto le había costado reunir la sacaron de las comodidades de su habitación y se deslizó por las escaleras. Por suerte, antes de que el valor la abandonase por completo, el mayordomo salió de entre las sombras y le inclinó la cabeza.

—¿Señora Waterstone? Estaba a punto de subir a ver si todo estaba dispuesto a su gusto.

Elizabeth sonrió.

—En efecto, mi dormitorio es excelente en todos los sentidos. ¿Gracias, ...?

—Standish, señora. ¿Lee apetece cenar ahora? —Y atravesó el pasillo hacia el comedor, que brillaba iluminado, con sus modales señoriales—. Su Excelencia le envía sus disculpas. Desafortunadamente le han demorado y no prevé volver esta noche.

Para su fastidio, la muchacha sintió una pequeña punzada de decepción. Había anhelado un conflicto con el exasperante y enigmático duque de Diable Delamere. Sumida en sus pensamientos, la joven dejó que Standish la acompañase hasta el comedor. En ese instante, se hizo un torbellino de movimiento y un hombre alto de cabello castaño retiró su silla de golpe y se puso de pie con esfuerzo. Parecía casi tan sorprendido como ella cuando se las apañó para dedicar una reverencia improvisada a la elegante genuflexión de la chica.

Elizabeth sonrió y vio el libro que había tirado bocabajo sobre la mesa peligrosamente cerca de

la copa de vino derramada.
—Discúlpeme por interrumpirle, señor. ¿El duque le informó de que me alojaría aquí durante un tiempo?
—¿Usted es la señora Elizabeth Waterstone?
Los astutos ojos castaños del hombre albergaban un toque de sorpresa, y la joven se negó a apartar la mirada mientras continuó observándola. A su juicio debía tener cuarenta y tantos. Su semblante serio y la ropa de corte fino, pero deliberadamente pasada de moda insinuaba una personalidad despiadadamente reprimida.
—Soy sir John Harrington, el secretario privado del duque.
El caballero le ofreció un asiento y, tras un momento de indecisión, la muchacha se sentó y esperó a que él volviese a ocupar su silla, frente a ella. Mientras Standish se acercaba sigilosamente para quitar la trasgresora copa de vino y poner otro cubierto, la chica se preguntó para qué necesitaría Gervase un secretario. Entonces, se imaginó a sir John, más bien serio, organizando a las amantes del duque en una fila infinita en la puerta del dormitorio del noble, asegurándose de que sus deudas del juego se pagaban a tiempo y, en general, manteniendo a su empleador fuera de la prisión.
La joven torció el morro y le lanzó una mirada inadvertida al secretario para darse cuenta de que no podía compartir aquella broma con él. En un esfuerzo por ser sociable, cogió el libro que el hombre apartó ante su llegada inesperada. Intentó leer el título en el lomo, pero la tipografía dorada se había desdibujado con la cubierta de piel roja y no fue capaz de comprenderla del todo. Dentro, atisbó una escritura desconocida tapada por notas redactadas a mano.
Antes de que pudiese preguntar, sir John le arrancó el libro de las manos.
—Disculpe mis pésimos modales, señora Waterstone. Pensé que cenaría solo.
Acto seguido, echó un breve vistazo al libro, marcó la página y se lo deslizó dentro del bolsillo de la chaqueta.
Elizabeth le dedicó su sonrisa más alentadora.
—No he podido evitar darme cuenta de que el libro parecía estar escrito en otro idioma y usted lo ha traducido. Qué increíblemente inteligente de su parte ser capaz de leer en otra lengua tan bien como en la suya propia.
—Yo leo varios idiomas, señora, y disfruto del reto de la traducción. Este libro... —Y se dio unas palmaditas en el bolsillo—, es la *Odisea* de Homero en el griego original.
—¡Qué fascinante!
Las mejillas de sir John tomaron un ligero rubor mientras la mente de ella trabajaba a un ritmo frenético. Leía en griego y latín perfectamente bien y aquel libro no estaba escrito en ninguna de las dos lenguas. ¿El secretario trataba a todas las mujeres como si tuviesen las cabezas llenas de aire o es que daba por hecho que era tan estúpida como todas las anteriores amantes del duque?
Antes de que pudiese abordar aquel tema, Standish sirvió una deliciosa sopa de puerro y olvidó su indignación mientras saboreaba cada cucharada. Sir John continuó hablándole como si tuviese la mente de alguien de tres años, y volvió a preguntarse cómo le soportaba Gervase y si el secretario se atrevería a tratarle con la misma condescendencia que a ella.
Para cuando llegaron al tercer y último plato, el hambre de la joven se había apaciguado y ella había conformado una opinión poco halagadora sobre el secretario del noble. Su pomposidad y la más que desorbitada opinión que tenía sobre sí mismo le resultaban insoportables, así que los ojos comenzaron a cerrársele cuando este comenzó a divagar sobre el tiempo, la reproducción de las violetas y las especies botánicas que reunía la Real Sociedad de Horticultura.
En ese momento, el hombre carraspeó y ella dio un salto.

—Solo puedo volver a disculparme, señora Waterstone, por mi parloteo desconsiderado. Simplemente esperaba distraerla, pero me temo que he impedido que se vaya a la cama.
Elizabeth se levantó de su asiento y solo consiguió reprimir un bostezo tras la mano antes de que sir John le dedicase una reverencia y se llevase los dedos de la joven a los labios en una despedida esmerada. Cuando la soltó, ella le respondió con una genuflexión y se dirigió a la puerta. Estaba segura de que el impulso de hacer o decir algo ofensivo se apoderaría de ella si el caballero continuaba siendo tan aburrido.
La joven cerró la puerta de su dormitorio con un suspiro de alivio y descubrió a la criada disponiendo su camisón sobre la seda color crema de la cama con dosel. Dejó que esta la ayudase a desvestirse y le cepillase el cabello, y se subió a la cama tras dejar una vela prendida en la mesita de noche.
Después de que el reloj hubiese dado la hora dos veces más, se incorporó, se colocó la larga trenza sobre un hombro y se abrazó las rodillas contra el pecho. A pesar de estar exhausta y alegrarse de haberse librado del vaivén del carruaje, no era capaz de dormir. No podía, ya fuese por la idea de la vuelta del duque o el rompecabezas que le parecía el libro de sir John, no podía decidirse. Entonces, le dio un puñetazo a la almohada y suspiró.
—Esto es ridículo.
Echó un vistazo a su alrededor, pero no había libros a la vista, así que, con otro suspiro, se puso la bata y decidió investigar la biblioteca del duque. Había bajado la mitad de las escaleras revestidas de roble cuando se dio cuenta de que se le estaban helando los pies y que había cometido la irresponsabilidad de no ponerse las zapatillas.
Nadie esperaba la vuelta del caballero en el pasillo marmolado. La luz de la luna ayudaba a alumbrar el camino mientras se deslizaba por las sombras que lanzaban las gigantescas esculturas y las lámparas de araña apagadas. Un acogedor resplandor rojo se filtraba por debajo de la puerta del estudio del noble, y Elizabeth disfrutó de la calidez de la habitación y del grosor de la moqueta mientras atravesaba la sala hasta la biblioteca, más allá.
Durante un buen rato, vagó entre las estanterías de esta a la vez que admiraba la vasta colección de libros del caballero y gozó de la emoción de ser capaz de tomar y leer lo que desease. Un atrayente sillón de cuero orejero la empujó hasta el resplandor del fuego y la única vela encendida en un hueco estucado. Sin querer abandonar aquel calor, la muchacha se acurrucó en el asiento y comenzó a leer.
Una brasa moviéndose en la hoguera la despertó, al igual que el ligero murmullo de voces en el estudio de más allá. La joven se despertó lentamente al oír el sonido del acento grave y familiar del duque y el timbre soso de sir John Harrington. Reticente a llamar la atención, se ciñó los extremos de la bata que le colgaban y se llevó los pies debajo del cuerpo. El respaldo del sillón orejero miraba al estudio del hombre, así que era posible que, si no se movía, pasase inadvertida.
Sonó la risa melódica del noble y la chica se tensó en su asiento. Al parecer su llegada importaba tan poco que se había pasado la noche de juerga por ahí en lugar de atenderla. La muchacha se inclinó hacia delante y se esforzó para captar la conversación en voz baja entre los dos hombres.
Le dio la sensación de que sir John no sonaba en absoluto como el hombre aburrido que había soportado durante la cena. Sus respuestas a la ráfaga de preguntas del duque eran rápidas, llenas de confianzas y seguras de sí mismo. Un desconcierto teñido con un atisbo de enfado se abrió paso por su ser. ¿Por qué había fingido ser alguien tan diferente con ella?
El libro que estaba leyendo se le cayó de los dedos flojos y se deslizó hasta el suelo pese a sus frenéticos esfuerzos por cogerlo. Soltó un improperio por lo bajini de un modo impropio de una dama (proveniente de sus hermanos los soldados) mientras la novela acababa descansando junto

a la pata derecha del sillón, a la luz cegadora de la llama de la vela. La muchacha se negó a mirarla y tensó los hombros a la espera de que la descubriesen.
Pero no pasó.
Justo cuando soltó un largo suspiro contenido, el duque dijo:
—Me he enterado de que cenado con la señora Waterstone, sir John.
—Sí, Excelencia. —Y el secretario tuvo el descaro de reírse—. Es más joven de lo que esperaba y no del todo de su usual estilo, pero parecía una mujer bastante agradable. Su conversación y capacidad de comprensión se encontraban bastante limitadas. He intentado por todos los medios ceñirme a los temas a los que podía responder. Yo diría que no va a molestarnos mucho.
En ese momento, la puerta del estudio se abrió y Elizabeth notó que sir John abandonaba la sala. Entonces, bajó la vista hasta sus manos, que al parecer se le habían cerrado en dos puños. ¡Cerdo condescendiente! ¿Cómo se atrevía a tomarla por alguien insignificante? ¡Ella solo se había limitado a responder a su falta de encanto y las estúpidas conjeturas preconcebidas sobre su forma de ser!
—Buenas noches, Elizabeth.
La joven ahogó un grito cuando el duque se agachó sobre una rodilla delante de ella y le tendió el libro que se le había caído. Luego, le echó un vistazo al título del volumen y negó con la cabeza.
—¿Cabeza de chorlito? Lo dudo si estás leyendo *La Ilíada* en el griego original.
Acto seguido, le lanzó la novela sobre el regazo y se recostó sobre los talones, de manera que la tela de los pantalones beis se estiró contra sus muslos.
La muchacha tragó con fuerza mientras sus pupilas clavadas avistaban cada línea y curva del musculoso cuerpo del duque. No portaba chaqueta y llevaba las mangas remangadas hasta los codos haciendo alarde de una considerable cantidad de bello suave y oscuro. Se había aflojado el plastrón y tenía posados en la punta de la nariz un par de anteojos ribeteados en oro parecidos a los suyos.
Al examinarle más de cerca, no parecía que se hubiese pasado la noche en un tugurio de juego de Picadilly. Tenía la apariencia de un hombre que había estado trabajando duro en algo más mental. El cansancio le ensombrecía los ojos y una arruga le fruncía el ceño. Sin pensarlo, la muchacha le dio un toque en el puente de la nariz, donde descansaban las lentes.
Con un gruñido de molestia, el duque levantó el brazo, se quitó los anteojos y los enterró en las profundidades del bolsillo de los pantalones. A continuación, le agarró la mano antes de que pudiese apartarla y la extendió con la palma abierta sobre la mejilla sin afeitar.
—No me has dicho que te alegras de verme.
Elizabeth se inclinó hacia delante con un impulso, posó la otra mano en el hombro del duque y disfrutó del calor de su piel a través del lino de su camisa. Después respiró el aroma a buen brandi y a cigarrillos españoles. Al final, tras una lenta deliberación, acercó el rostro al del hombre y le dio un beso en la boca.
—Bienvenido a casa, Excelencia —susurró.
El noble levantó las cejas.
—Bienvenido, desde luego.
En ese instante, la mano del caballero se deslizó por su cuello y la instó a que se acercase más todavía, como si le pidiese que intensificase el beso. Ella cerró los ojos y obedeció explorando la boca de su huésped con la punta de la lengua, hasta que la respuesta del duque la abrumó. La muchacha ahogó un grito cuando la recostó en el asiento y se inclinó sobre ella con las manos en su cintura y la boca demandándole que se rindiese.

—¿Excelencia? Hay otro mensajero del Ministerio de Asuntos Exteriores. ¿Le dejo pasar?
La voz de sir John se coló por el umbral abierto. La chica soltó un gemido cuando su acompañante arrancó la boca de la suya y se quedó quieto. Luego, se incorporó, se pasó los dedos por el cabello ahora enmarañado y se giró hacia el estudio.
—Vete a la cama, Elizabeth. Te veré por la mañana.
Su orden queda incitó que se activase. Se deslizó del sillón, consciente de que iba descalza y de la excitación en los ojos del hombre cuando la cubrió de la luz del estudio. Acto seguido, le señaló el otro extremo de la biblioteca, donde la muchacha dio por hecho que habría otra salida. Esta asintió y se rozó con la lengua el labio inferior, donde el duque le había mordisqueado.
El caballero exhaló con un siseo mientras la observaba retroceder lentamente.
—¡*Merde,* deja de morderte el labio a no ser que quieras que te lo muerda yo! Vete a la cama.
En ese momento, Elizabeth cerró la boca, se giró y salió corriendo mientras sir John entraba en el estudio y el duque se alejaba y cerraba la puerta tras él a la vez que apagaba la luz.

Capítulo siete

—Ah, señora Waterstone. —El duque se levantó e hizo una reverencia—. Cuánto me alegro de que haya decidido unirse a nosotros en esta excelente mañana.

Elizabeth lanzó una mirada adormilada por la ventana del prístino salón de desayuno hacia el cielo plomizo y la llovizna que oscurecía el jardín. La joven aceptó una taza de té de mano de Standish y se animó considerablemente cuando le señaló la hilera de platos de plata tapados de los que emanaban los aromas celestiales de un desayuno caliente.

Después de engullir el té y terminarse la copiosa comida con esfuerzo, consiguió concentrarse en el duque, que había retomado su asiento a la cabeza de la mesa. Por el aspecto de su atuendo y cabello empapado por la lluvia, él ya había salido. No había ni rastro de sir John, pero un joven, también vestido para montar a caballo, ocupaba la silla junto al noble.

Entonces, el noble hizo un gesto para señalarle a su acompañante.

—Señora Waterstone, me gustaría que conociese a otro de mis familiares, Nicholas Gallion. Ayuda a sir John con mi correspondencia y en todo tipo de cosas útiles.

El hombre pelirrojo se levantó y le hizo una reverencia con una sonrisa en los ojos del color del whiskey. Tenía una tez clara y las pecas le espolvoreaban el puente de la nariz. A Elizabeth le recordó a un elegante galgo, lleno de energía reprimida e inteligencia. Supuso que tendría más o menos la misma edad que ella.

—Sí, así es, Excelencia —añadió Nicholas.

Para su sorpresa, contaba con un marcado acento francés.

—Estoy encantado de conocerla, señora Waterstone. Su Excelencia me ha dicho que nuestros antepasados coexistieron en los lejanos recovecos del majestuoso árbol genealógico de los Diable Delamere. —Y un hoyuelo jugueteó en la comisura de su labio a la vez que le lanzaba una mirada al noble—. Tal y como dice el duque, mis obligaciones son ciertamente variadas. La semana pasada tuve el placer de rechazar a la última amante que descartó. Tenía un vocabulario verdaderamente interesante para ser una dama.

El duque se sirvió otra taza de café.

—A pesar de sus quejas, a Nick se le dan bien las damas. No me cabe duda de que se sentirá honrado de acompañarla en la ciudad cuando yo no esté disponible.

—Por supuesto, señora Waterstone. Considéreme a su servicio.

Elizabeth siguió tomando té y acababa de empezar a sentirse viva cuando sir John Harrington entró con paso largo a la sala y, después de un vistazo rápido hacia ella, comenzó a hablar con el duque en un rápido francés. Tras escuchar durante un minuto o dos, Elizabeth se aclaró la voz.

—Excelencia, ¿podría decirle a sir John que hablo francés mucho mejor que él? —Y sonrió mostrando los dientes—. Y, si no le importa que lo comente, su acento es *atroz*. Si no desea que comprenda lo que está diciendo, debería probar con otro idioma.

Nicholas soltó por la nariz una carcajada que intentó valientemente contener. El caballero torció el morro, pero pareció permanecer imperturbable mientras continuaba observando a la joven.

—Antes de que vuelvas a abrir el pico, John —comentó el noble con soltura—. ¿Podría sugerirle que evite también el latín y el griego? —Luego, levantó una ceja mirando a la muchacha y esta asintió—. ¿Algo más que quiera añadir, querida?

—También hablo español, Excelencia, pero no particularmente bien. —La joven no pudo evitar sonreír mientras contemplaba el rostro sonrojado de sir John y, después, bajó la vista modestamente hasta su plato—. Tengo un oído notable para los idiomas.

—Eso parece —le contestó el duque.
Al final, la contención rígida de sir John se relajó y este se aclaró la voz.
—Debería haber sabido, Excelencia, que todas las mujeres por las que muestra interés son inusuales. Solo puedo suplicarle el perdón, señora Waterstone, y confiar en que podamos conocernos mejor.
Algo confundida, la chica se giró hacia su anfitrión, que la observaba con su expresión tranquila usual.
—La ha juzgado mal, querida. —Entonces, se limpió la boca con una servilleta de lino, se puso de pie y le dedicó una reverencia a la muchacha—. Quizás pueda tener la suficiente gracia como para aceptar su disculpa y dejar las explicaciones que sin duda serán complicadas para más tarde. Desearía que me acompañase a mi estudio.
Elizabeth pensó en sir John con detenimiento. No había creído su intento de aplacarla ni por un segundo, pero aceptó su mano y el beso con el que le rozó los nudillos con toda la gracia que pudo reunir.
A continuación, siguió al noble hasta su estudio y cerró la puerta tras ella. Él ya se encontraba sentado tras el escritorio, con la cabeza inclinada sobre una pila de documentos aparentemente oficiales. La chaqueta de montar era blanca y la había confeccionado un experto. Un broche de ébano rodeado por diamantes descansaba hundido en las profundidades de su plastrón, arreglado con mucha ornamentación. La blancura del lino contrastaba tremendamente con el cabello negro azabache y aquel par de ojos plateados y profundos.
Entonces, se dirigió a ella sin alzar la vista.
—¿Has disfrutado de los viajes, Elizabeth?
La chica se alisó las prácticas oscuras sobre las rodillas.
—Sí, así es, Excelencia. Aunque siento haber perdido la compañía de su hija. —Y dudó un momento—. Prometí escribirle. Debería haberle pedido permiso primero para hacerlo.
En ese momento, el hombre levantó la mirada y sus pupilas se quedaron sobre las manos entrelazadas con fuerza de la muchacha.
—Por supuesto, querida. ¿Por qué no debería? Y hablando de cartas... —Y le lanzó un sobre al regazo—, ha llegado esto desde la casa de tu padrastro. Doy por hecho de que se tratará de una invitación para visitar a tu madre y a tu hermanastra. Hazme saber cuándo deseas usar el carruaje.
La joven se estrelló la carta contra el pecho y tuvo que esforzarse para encontrar la voz.
—Yo, yo pensé que tenía prohibida la entrada a casa. —El duque no dijo nada, y ella le observó durante un largo rato—. Lo ha hecho por mí, ¿no?
—¿Por qué ibas a pensar algo así?
La muchacha se inclinó hacia delante.
—Porque usted es el único hombre con el poder suficiente para doblegar a mi padrastro a su antojo. —Y consiguió poner una sonrisa trémula cuando se metió la carta en el bolsillo—. Gracias. No puedo expresarle lo mucho...
Pero el caballero la interrumpió al agitar la mano con decisión.
—Pues no lo hagas. Considera mi intervención como un asunto de negocios. Si eres infeliz aquí, mi tarea se complicaría mucho.
Elizabeth respiró hondo. Era posible que el noble no hubiese tenido ni idea de lo mucho que la había relajado mentalmente. Estaba tremendamente agradecida de poder ir a supervisar el cuidado de Michael sin la necesidad de ninguna treta.
El duque bajó la pluma y entrelazó las manos ante él.

—¿Sigues decidida con nuestro acuerdo?
La chica asintió.
—Sí, Excelencia, de hecho, estoy empezando a pensar que puede que no sea tan arduo después de todo. No encuentro dificultad en disfrutar de sus besos. Son bastante placenteros y he de confesar que los desempeña bastante bien.
Acto seguido, el caballero rodeó el escritorio y se sentó en la parte delantera de este. Las botas mostraban un pulido tan intenso que la joven podía ver su reflejo en ellas.
—Si me lo permite, creo que deberíamos continuar con la farsa de que usted es una familiar viuda. No deseo que mi personal sepa nada diferente y se adapta a nuestro propósito si la *alta sociedad* comienza a cotillear sobre su presencia prolongada aquí.
Luego, sonrió ligeramente al ver su expresión de desconcierto.
—A las viudas se les permite mucha más libertad a la hora de tener amantes que a las jóvenes que no se han casado. A nadie le sorprendería si decidiésemos conformar una aventura.
—Si eso es cierto, es una pena que no haya contraído nunca matrimonio. Mi vida habría sido mucho más sencilla como viuda.
En ese instante, el duque cruzó una bota inmaculada sobre la otra y examinó la punta de esta antes de aventurarse a contestar.
—Esa es una forma de verlo, Elizabeth, aunque quizás sea un poquito egoísta. Sospecho que cualquier hombre al que hubieses elegido para casarte preferiría haber vivido.
La muchacha se apretó una mano contra la mejilla acalorada.
—Ay, Excelencia, perdóneme. Solo estaba pensando en voz alta. Jamás diría en serio algo que implicase que le deseo la muerte a nadie.
La chica buscó los ojos del duque y vio una burla amable en ellos.
—Ah, me está tomando el pelo. Es *bastante* desconcertante. Ojalá no hiciese estas cosas.
La ligera sonrisa del hombre se desvaneció y, de pronto, se volvió todo negocios.
—Deberíamos discutir cómo queremos que continúe.
—Así es, deberíamos, Excelencia.
Y Elizabeth se deslizó la mano en el bolsillo y acarició la carta como si se tratase de un talismán.
—¿Deseas vivir discretamente aquí durante unos cuantos meses mientras completamos tu instrucción?
—¿Unos cuantos meses? —La muchacha no pudo evitar la interjección de sorpresa—. Estoy segura de que me ha enseñado la mayoría de cosas que necesito saber.
El duque pareció quedarse aturdido y la joven se sonrojó.
En ese momento, se levantó lentamente de su posición elevada y se acercó a ella. En cuestión de un suspiro, tiró de ella para ponerla de pie y la rodeó con los brazos.
—¿Crees que ya sabes bastante porque te he besado un par de veces y lo has encontrado «bastante agradable»? —El caballero se rio pegado a su cuello y ella se estremeció—. No te he enseñado nada, nada en absoluto. Para cuando termine contigo, desearás que mis manos no abandonen tu cuerpo y también querrás tocarme a mí. —Y le mordió en la carne blanda de la base del cuello—. Vas a aprender a liberarme de maneras que no eres capaz de imaginar, y yo te daré un tremendo placer.
La chica ahogó un grito cuando la estrechó más entre sus brazos.
—¿Por qué no continuo con tu educación justo aquí? —Y echó un vistazo a su alrededor—. A plena luz del día, en mi estudio, donde cualquiera podría sorprendernos. ¿Qué pasa si te beso ahora?
Antes de que Elizabeth pudiese reunir una protesta, la boca del hombre se cernió sobre la suya y

ella se rindió a las excitadas demandas de su beso. Le deslizó las manos por la espalda para aferrarse a sus hombros fornidos y, mientras se esforzaba por respirar, el duque la tomó por la cintura y la sentó en el escritorio. Luego, le metió uno de sus fuertes muslos entre las piernas y la dejó sujeta ahí.

Los besos se volvieron más lentos e intensos, y el caballero meció el muslo contra su cuerpo al mismo ritmo hipnótico que su lengua. En ese momento, comenzó a excitarse y dejó de intentar escapar de su abrazo. La mano del hombre tiró del corpiño del vestido para deslizárselo por el hombro y dejar al descubierto la turgencia de su pecho. Con la otra, le empujó intensamente la parte baja de la espalda hasta que arqueó la columna y le ofreció sus senos.

Elizabeth contuvo un grito de conmoción cuando el duque trazó un camino de besos por su cuello, frotó con la nariz la parte túrgida de su seno y sorbió un pezón para metérselo dentro de la boca. Para su horror, la exquisita sensación la tentó a aferrarse a su cabello y mantenerle ahí, contra su carne ansiosa. Para cuando el duque cambió la boca al otro pecho, ella ya yacía sin fuerzas y obediente entre sus manos.

Se escuchó un sonido en la puerta de al lado, la biblioteca, y el duque levantó la cabeza. En ese momento, la chica no pudo evitar darse cuenta del destello de apreciación en su mirada plateada al evaluar su manualidad. Había tirado de los pezones hasta convertirlos en dos cumbres duras y todo el cuerpo de la muchacha palpitaba al ritmo de su acelerado ritmo cardiaco. Esta permitió que el noble le ajustase el corsé y le subiese el corpiño, se estremeció cada vez que sus dedos la rozaron y sospechó que lo sabía. Además, pareció que tardó una eternidad en conseguir que volviese a ser respetable.

Incluso cuando estuvo tapada de una manera decente, siguió manteniéndola cautiva sobre el escritorio con el muslo caliente y sólido pegado a sus faldas, entre sus piernas, provocando que desease frotarse con fuerza contra él de una manera de lo menos propia para una dama.

A medida que recuperaba el juicio, se dio cuenta de que ella era la que estaba aferrándose al noble.

Entonces, se alejó mientras la examinaba con una sonrisita en los labios.

—Ahora, querida, tengo trabajo que hacer. Te sugiero que vayas de compras con Nick. Estoy seguro de que hay artículos de una naturaleza mucho más personal que deseas comprar por tu cuenta.

Acto seguido, alargó la mano tras ella y le mostró una bolsita de cuero que tintineó al soltársela en la mano.

—Antes de que empieces a discutir, este es tu salario por haber acompañado a Eloise a Bath. Disfruta gastándolo. Te veré en la cena.

La muchacha fue incapaz de hacer nada aparte de asentir a su brusco raudal de órdenes. Tenía la sensación de que su cuerpo seguía intentando alargarse para tocar el del hombre y no deseaba moverse de allí. Solo el levantarse ya le suponía un esfuerzo.

El duque hizo una pausa antes de sentarse en su escritorio.

—¿Elizabeth?

—¿Sí, Excelencia?

—Mientras estés fuera a lo mejor puedes considerar una mejor elección de palabras para describir mis besos. Si esto es lo que causa algo «bastante placentero», no me atrevo a pensar que conseguiría algo maravilloso o exquisito.

La joven consiguió hacer una temblorosa reverencia y se dirigió hacia la puerta con la suave risa del duque ocupando el espacio tras ella.

Capítulo ocho

Ir de compras con dinero en el monedero y sin la preocupación de toparse con los deudores de su padrastro resultaba una experiencia estimulante. Elizabeth llevaba varios años residiendo en Londres, pero su vida anterior había estado cargada de dificultades y demasiado ajetreada como para comprar por placer. Se hizo cargo del gobierno de la casa desde muy joven para evitar que los del Bosque se gastasen hasta el último penique del resto de la familia en el juego.

Se pasaba los días buscando comida barata y remendándose la ropa mientras su madre fingía que no había cambiado nada. La señora del Bosque creía que mantener las apariencias *importaba* y no dejó de recibir visitas, como si fuese la reina de las casas de alquiler y desvencijadas en las que se veían obligados a vivir.

Era Elizabeth quien horneaba los dulces que a su madre le encantaba servir a los invitados, y también ella quien guardaba y reutilizaba las caras hojas de té para que durasen más. Cuando las criadas descuidadas no estaban dispuestas o eran incapaces de llevar a cabo las tareas más delicadas, la joven desarrollaba una mano diestra con la plancha de hierro para conservar las galas de su madre.

La muchacha bajó la vista un instante a los intrincados frunces negros del corpiño y suspiró con una alegría pura. Desde que entró en la lujosa esfera del duque, nadie le había pedido que planchase o limpiase nada, tareas que odiaba.

Por otro lado, Nicholas hizo que su experiencia de compra fuese aún más satisfactoria al anticiparse a cada uno de sus caprichos. El hombre la acompañó sin quejarse a la librería Hookhams, a la que se suscribió. Luego, le recomendó una mercería en la que se proveyó de los artículos de costura que necesitaba. La mañana terminó con ellos disfrutando de un merecido descanso y un helado en Gunter’s.

Elizabeth calculó que la inmensa suma de dinero que el duque le había tirado con tanta indiferencia resultaba más que suficiente para pagar el cuidado de Michael durante varios meses. Contó las monedas que le quedaban en el monedero y decidió que podían sobrarle las suficientes como para darse unos lujos. La chica sonrió cuando su acompañante le dedicó una reverencia y abrió la puerta a la perfumería Crabtree.

La muchacha buscó la fragancia de jabón de lirio del valle y lo sumó al agua de lavanda que pretendía llevarle a su madre como regalo.

Nicholas esperó pacientemente junto a la puerta y la joven le sonrió cuando llamó su atención, pero entonces se dio media vuelta y susurró una disculpa cuando se le enredó la mano cubierta por un guante con la cesta de otra mujer y le tiró su contenido.

—¿Elizabeth? Dios mío. ¿De verdad eres tú?

En ese momento, la chica levantó la vista y se descubrió contemplando el rostro encantado de su hermanastra. Con un grito de alegría, abrió los brazos y envolvió a Mary en un cariñoso abrazo. La jovencita iba convenientemente ataviada con una pelliza azul de terciopelo y una capota a juego que únicamente resaltaba su belleza floreciente.

Mientras Mary se apartaba y recogía la compra desperdigada, la muchacha examinó a su hermanastra rubia y menudita de diecisiete años. Incluso a pesar de que solo habían pasado unas escasas semanas desde la última vez que se vieron, el sofisticado armario de la adolescente le hacía parecer mayor. Elizabeth entornó los ojos a la vez que hacía una estimación del precio del elaborado atuendo que llevaba y se preguntó quién lo habría pagado.

—Madre dijo que habías abandonado la ciudad —comentó Mary entusiasmada mientras le

brillaban los ojos azules y entrelazaba las manos con las de la joven—. ¿Dónde demonios has estado? Prométeme que me lo contarás todo.
Pero, antes de que la chica pudiese reunir una respuesta, una mano envuelta en un guante agarró el brazo de la adolescente con fuerza.
—Mary, aléjate ahora mismo.
A Elizabeth se le formó un nudo en la garganta en cuanto detectó el desdén en el rostro apartado de su madre.
—Madre... —musitó la muchacha, pero la mujer se negó a dedicarle una mirada fugaz porque tenía toda su estricta atención puesta en Mary.
—Mamá, es Elizabeth —dijo la chica lentamente.
—Te equivocas. Tenemos que irnos, Mary.
Acto seguido, la señora del Bosque hundió los dedos en el brazo de su hija y comenzó a darse media vuelta. Desesperada, Elizabeth alargó la mano para tocar el hombro de su madre, pero esta se la apartó de una sacudida y dijo entre dientes:
—No sé cómo tienes el valor de presentarte aquí. ¿Qué consecuencias crees que tendrá en la reputación de Mary si la ven charlando con las de tu clase? Sabes que va a hacer su debut esta temporada. ¿Es que no tienes vergüenza?
La joven retrocedió como si su madre le hubiese dado un guantazo y se chocó contra la firme silueta de Nicholas Gallion.
Al final, la muchacha contempló la salida apresurada de su madre con una mano hundida en la mejilla prendida. Un aluvión de humillación hizo que desease que se abriese la tierra y se la tragase. Luego, lanzó una mirada rápida a su alrededor, convencida de que todo el mundo estaba observándola.
—Señora Waterstone, ¿se encuentra bien?
Pero Elizabeth apenas distinguió la voz preocupada de su acompañante entre el bramido de sus oídos. En ese momento, el brazo del hombre la rodeó y lo siguiente que supo fue que se encontraba fuera, al aire frío y apoyada en el escaparate.
—Espere aquí —le ordenó.
Ella no se molestó en contestar; se hallaba demasiado ocupada tratando de no llorar. Nicholas volvió en un instante y ella dejó que la acompañase dentro del carruaje. No hizo ningún esfuerzo en conversar con él durante el viaje de vuelta a casa del duque y, en lugar de eso, clavó la vista al otro lado de la ventana sin ver nada. Se esforzó en evitar que le temblasen los labios mientras imaginaba la repulsión de su madre y la confusión de Mary. ¿En serio era una paria? Si al menos pudiese explicarse...
No esperó a que Nicholas la ayudase a salir cuando el carruaje se detuvo, subió los escalones como un rayo, pasó junto a un sorprendido Standish y entró a la casa buscando su dormitorio y la privacidad para llorar.

***

Gervase tocó a la puerta de la habitación de la señorita Waterstone con suavidad y, al no obtener respuesta, volvió a llamar más fuerte. Entonces, la puerta se abrió una rendija, el hombre la empujó para pasar del todo y la cerró tras él.
A Elizabeth daba pena verla. A diferencia de la mayoría de sus anteriores amantes, no poseía la habilidad de llorar de una forma bonita. Tenía la nariz roja, los ojos hinchados y se había drenado todo el color de su rostro para dejarla como a un fantasma marchito con su sofisticado vestido negro. La joven alzó los ojos enrojecidos hasta él, tragó de manera convulsa y se frotó la nariz con la manga.

El noble le tendió su pañuelo de lino grande con un suspiro; tenía muchos asuntos urgentes que atender. A continuación, la muchacha se sonó la nariz de manera ruidosa y desafiante, y luego intentó devolverle la tela arrugada, oferta que él rechazó con un gesto de la mano.
Sin perderla de vista, el duque atravesó la sala, sirvió un vaso de agua y se lo llevó.
—Nicholas ha dicho que ha sucedido algo que te ha molestado.
La chica asintió ligeramente y eso confirmó su afirmación. En ese instante, el hombre tomó asiento, tiró de ella para sentarla sobre su regazo, y la muchacha comenzó a retorcer el pañuelo entre los dedos.
—Ha sido mi madre. Me ha repudiado. —El caballero no dijo nada y mantuvo el rostro inexpresivo por educación hasta que la muchacha continuó, con la voz ronca por las lágrimas contenidas—. Tampoco va a permitir que mi hermanastra me salude.
—Deberías haber sabido que esto podía pasar. Tu madre te negó la entrada a la casa en cuanto lo descubrió. —E hizo una pausa cuando los nudillos de la joven se tornaron blanquecinos alrededor el pañuelo—. Así que, ¿por qué lloras ahora?
La joven se puso de pie, se rodeó la cintura con los brazos y le ofreció la espalda erguida.
—Porque no creía que lo dijese en serio. Pensé que hablaba con odio o miedo a mi padrastro. —Entonces se dio media vuelta con una devastación inconfundible en la mirada—. Pero no era así. Verdaderamente me ha retirado el saludo.
Gervase sintió una inesperada punzada de compasión que sofocó de manera despiadada, y aquello hizo que hablase de una forma más desagradable de lo que quizás pretendía.
—Te dije que tu familia podía encontrar tu elección profesional inaceptable. Si me hubieses escuchado antes de embarcarte en este ridículo plan, quizás habrías evitado todo este llanto innecesario.
Elizabeth levantó la barbilla y él acalló un impulso de aplaudir que hubiese recuperado el valor.
—No le he pedido que sienta pena por mí, Excelencia. —Y sorbió por la nariz—. En realidad, no recuerdo haberte pedido ayuda en absoluto.
Gervase le devolvió la mirada fija.
—Qué bien porque no te estoy ofreciendo ninguna. Tú has tomado tus decisiones y ahora debes vivir con ellas. «En realidad»... —E imitó su tono concreto—, el viejo proverbio inglés encaja bastante bien contigo, ¿no? Tú solita te has hecho la cama. —Y se encogió de hombros—. Mi cama, tu cama, o cualquier otro lugar que yo considere apropiado.
En ese momento, los ojos grises del duque emitieron un destello de fuego y, durante un momento fugaz, se preguntó dónde estarían sus pistolas de batirse en duelo. Se puso tenso, listo para repeler cualquier ataque, pero para su alivio la muchacha se limitó a respirar hondo.
—Lleva razón, soy una tonta. —Luego se sonó la nariz con fuerza y se limpió todo rastro de lágrimas—. No tengo ninguna razón para quejarme sobre cómo me trata. Solo está haciendo lo mismo que cualquier madre haría para proteger a la hija que le queda.
Gervase se preguntó por las razones que tendría la señora del Bosque para tratar así a Elizabeth. Nick le había contado que la chica más joven iba a disfrutar de una temporada. Al parecer, de pronto su madre había entrado en posesión del dinero para pagar por ello. Por primera vez en mucho tiempo, los instintos del noble se encontraban en conflicto con su conciencia. Una parte de él quería mantener a la joven lejos de los del Bosque a toda costa y pese a saber que sería capaz de conseguir información valiosa para él, pero no podía dejarse dominar por las emociones, así que apoyó la mano en la lumbar de la joven y la condujo hasta la silla que se hallaba frente a la suya.
—Debes calmarte, querida. No todo está perdido. Aún cuentas con la invitación de tu madre de

visitarla para tomar el té.
—¿De verdad crees que lo aceptará después de nuestro desafortunado encuentro?
El duque estaba seguro de ello. Esperaba que señor del Bosque también estuviese al tanto de la obligación, o le pediría el pago completo de su deuda.
—Por supuesto que sí. Yo te acompañaré si tienes dudas de si serás bienvenida.
Un ligero rastro de alarma invadió los rasgos de Elizabeth y el hombre se puso tenso. ¿Temía que se entrometiera en su vida anterior?
—Gracias por la oferta, Excelencia, pero creo que sería mejor que fuese sola. Mi madre ya se avergüenza de mí y es posible que, al llevar a mi... —La joven se sonrojó y apartó la mirada—. Al llevarle conmigo es posible que empeore la situación.
El caballero asintió y se puso de pie, dispuesto a aceptar su explicación de momento y ansioso por convencerla para que acudiese a ver a su madre. Posiblemente lo mejor fuese su convencimiento de ir sola. En realidad, la admiraba por ello. A pesar de sus palabras de apoyo y la aparente aceptación de la situación por parte de ella, Gervase sabía de primera mano cómo una familia podía herir a una persona de maneras demasiado profundas como para sanar y, para su sorpresa, su pajarillo marrón estaba demostrando ser resiliente y estar llena de coraje.
El hombre la tomó de la mano y le besó la palma con la boca abierta.
—¿Puedo sugerirte que te cambies de ropa y te des un baño? Seguro que te encuentras mejor después. —Y dejó que la punta de la lengua dibujase un círculo alrededor de la cálida piel—. Si no deseas cenar abajo, pueden subirte una bandeja.
En ese momento, la muchacha se separó suavemente de su mano; había recuperado firmemente la compostura.
—Estaré perfectamente bien, Excelencia. —Y se dirigió hacia la puerta con una invitación sutil de que debería marcharse—. Estoy segura de que tiene mil cosas más importantes que hacer que molestarse conmigo.
Entonces, se paró en seco con una mano en la puerta y se giró para dedicarse una mirada de esperanza.
—Ay, no, querida. Para ti tengo todo el tiempo del mundo. Ven aquí. —Y sonrió cuando ella volvió obediente para pararse delante de él—. Deja que te ayude con el vestido.
Mientras hablaba, le desató los cordones del corpiño y la prenda se deslizó hasta el suelo. La respiración de la joven se aceleró y él paró para disfrutar de la agitación de sus senos mientras luchaban contra las limitaciones del corsé.
Después, la condujo hasta el tocador y la instó a que se sentase para, a continuación, comenzar el complicado proceso de quitarle las horquillas del pelo. La chica relajó los hombros y soltó un suspiro de extrañeza cuando el caballero cogió el cepillo y comenzó a peinarle el largo cabello castaño dorado. En ese momento, el duque inclinó el rostro para sonreírle a la cabeza desprotegida.
Elizabeth no parecía darse cuenta de que cada vez que le permitía que la tocase, él continuaba con su educación. Cada contacto aparentemente inocente la acercaba más a aceptarle como hombre y amante potencial. Entonces, soltó el cepillo y usó los dedos para deshacerle un enredo. Los nudillos le tocaron la nuca y no se apartó de él. Tras un buen rato, la mirada gris de la muchacha se encontró con la suya en el espejo.
—Gracias —susurró mientras él dejaba el cepillo y le apoyaba las manos en los hombros.
El espeso cabello de la joven le bajaba casi hasta la cintura. En ese momento, el noble cogió un mechón largo y rizado y se envolvió la palma con él para que ella reclinase poco a poco la cabeza hacia atrás y se encontrase con su boca. El beso le supo a las lágrimas de la joven y un

poco al perfume de lirio del valle que solía ponerse. Acto seguido, apretó el cabello con la mano y la atrajo todavía más hacia él mientras su cuerpo se excitaba con un deseo inesperado.
El hombre le soltó la boca con la mayor de las reticencias y se sacudió el escurridizo cabello que se le había enredado en las puntas de los dedos. Luego, se inclinó para dejarle caer otro beso entre los senos.
—Esta noche vendré a tu cama, está preparada para mí.
Y se giró para marcharse antes de sucumbir al deseo de quedarse y tomar lo que necesitaba de ella. Cerró la puerta con un golpe decisivo y soltó un suspiro. Siempre había mujeres que podían satisfacer sus necesidades básicas, pero ella era diferente. Contaba con la experiencia suficiente para saber que era mejor esperar hasta que la presa estuviese realmente arrinconada antes de dejar caer la trampa. Además, y alzó una sonrisa hacia el retrato de su ancestro pícaro y caballero, Elizabeth apenas era consciente siquiera de que le estaba dando caza.

Capítulo nueve

Elizabeth se acurrucó en el sillón de la biblioteca del duque y esperó a su vuelta sumida en el reconfortante silencio. Aunque le hubiese informado de que pretendía visitar su cama, la muchacha estaba demasiado nerviosa como para esperarle dentro de los confines de su dormitorio.

Como era costumbre, el hombre había desaparecido después de la cena. La joven contempló su marcha desde su posición privilegiada al final de las escaleras. Elegante, como era usual en él, se había puesto la chaqueta negra más sofisticada que tenía y unos bombachos de noche. Igual que un niño que echa un vistazo de reojo a sus padres cuando se marchan a alguna diversión nocturna, Elizabeth se lo imaginó en la ópera o en algún gran baile con la cabeza oscura inclinada de forma solícita por encima de una mujer con un vestido precioso.

La chica se sacudió las persistentes imágenes de la mente y se acurrucó más contra el sillón. El calor del fuego no compensaba la falta de su grueso camisón de lana debajo de la bata, pero, tal y como le habían indicado, se había puesto uno de los de seda que el noble le había comprado, y no estaba pensado para calentar. El reloj en el estudio del duque dio las doce y el estruendo del estallido del nuevo reloj de pie en el vestíbulo lo repitió.

En cierto modo, sopesó la muchacha, se alegraba de que el caballero hubiese decidido continuar su educación en los alrededores de su cama, más apropiados. Parecía más inclinado a seducirla cuando menos lo esperaba. Entonces, frunció el ceño y se tocó los labios con las puntas de los dedos. Nunca imaginó que algo tan simple como un beso podía producir tanto placer.

La piel se le sonrojó al recordar dónde le había besado también. A lo mejor estaba aprendiendo más de lo que había pensado. No esperaba experimentar los primeros susurros de deseo cuando cerró el trato con el noble. Ella se había visto más como un sacrificio.

Elizabeth se puso de pie, de pronto agotada, y volvió deambulando hasta el estudio del hombre. Hizo una pausa junto al escritorio del caballero para ver la enorme colección de libros, pergaminos y rollos enrollados que ocultaba la superficie de roble. Para ser alguien de una indolencia reconocida, parecía cargar con una cantidad inmensa de trabajo.

La mujer se giró al escuchar el repiqueteo de un carruaje por el adoquinado de la plaza, pero no paró. Cuando se separó de la ventana, le dio con el codo a una pila de libros colocados en equilibrio de manera bastante precaria que se cayeron al suelo con un estrépito. La joven se agachó de rodillas y reunió todos los libros con una prisa frenética. ¿Qué diría Standish si entraba y la pillaba denigrada en el suelo junto al escritorio del duque?

Luego recolocó los libros en una cuidadosa montaña en la esquina del escritorio. En ese instante, se agachó para recoger un pedazo de pergamino que se había dejado llevar hasta debajo de la silla. Para su deleite, parecía ser un rompecabezas de palabras que alguien había dejado sin terminar.

La muchacha chasqueó la lengua con desaprobación. La persona que había intentado completar el puzle había cometido varios errores a juzgar por el número de respuestas garabateadas y tachadas. Así, con un suspiro de pura felicidad, se acomodó en el sillón del duque, sacó una hoja de pergamino nueva del cajón y se puso manos a la obra con el intrigante enigma.

***

Gervase entró sin hacer ruido en el estudio con su pistola de batirse en duelo lista y preparada en la mano, pero se paró en seco al ver a Elizabeth sentada detrás de su escritorio, aparentemente sumida en sus pensamientos. El cabello castaño se le había soltado de la trenza y dejaba a la vista

unos destellos dorados a la luz de la vela. Sus anteojos, que tenía posados en la punta de la nariz, le hacían parecer un buhito inquisitivo. La bata se le había abierto para revelarle los sutiles tonos de carne de su piel color crema y la pista de un seno cubierto de seda marfil.

El hombre cerró la puerta y se apoyó en ella. Su recelo inicial se disipó en una excitante apreciación de la imagen aplicada, aunque inconscientemente seductora que conformaba su amante inexperta.

Luego, se aclaró la voz y ella alzó la mirada hasta él. Una culpa mezclada con triunfo le invadió claramente el rostro durante un instante, pero no hizo ningún movimiento para ocultar lo que estaba haciendo. Entonces, el duque levantó el percutor de la pistola y la dejó en el escritorio con un cuidado deliberado. La mirada de Elizabeth voló hasta el arma y se apresuró a soltar la pluma.

—Excelencia, he olvidado la hora que era. ¿Me estaba esperando?

El noble rodeó el escritorio para vigilarla, y estuvo a punto de soltar un improperio en voz alta cuando vio lo que tenía en la mano. Fue su culpa dejarlo fuera, encima del escritorio, pero, en nombre de Dios, ¿qué estaba haciendo con ese trozo de pergamino en particular?

—Tiré una montaña de libros y, cuando los estaba colocando de nuevo, encontré esto. —Y agitó el rompecabezas sucio y prácticamente ilegible hacia él y le dedicó una sonrisa de satisfacción—. Me encantan los puzles y he decidido probar suerte.

La expresión del caballero tuvo que advertirle de que había algo inadecuado porque se le borró la sonrisa y la voz perdió un poco la confianza en sí misma. Entonces, le señaló una segunda hoja de pergamino.

—No creo que haya hecho nada malo. No tengo tan poco criterio como para garabatear en el original.

Gervase apenas echó un vistazo a su pulcra caligrafía antes de deslizar los dos trozos de pergamino bajo el papel secante. Su mente se puso a trabajar con frenesí en busca de una manera de distraerla y, al final, la agarró del codo y tiró de ella para levantarla con un sencillo movimiento.

—Esperaba que estuvieses en la cama, aguardándome. —El hombre mantuvo el tono suave, pero la joven detectó su reprobación enseguida.

Entonces se sonrojó, se empujó los anteojos para subírselos por la nariz e intentó soltarse de su mano con un tirón.

—*Estaba* esperándole, Excelencia, solo que he decidido aguardarle aquí.

Acto seguido, le apretó el brazo con los dedos hasta que la atrajo hacia él con fuerza. Luego, usó el índice y el pulgar para quitarle los anteojos y los dejó colgando ante ella para dejarlos caer después sobre el escritorio, donde fueron a descansar sobre la pistola.

—Ah, pero se supone que tú eres mi amante y soy yo quien dice donde deberías esperarme, ¿no?

Al hombre se le dibujó una medio sonrisa cuando la chica se negó a mirarle a los ojos y, en lugar de eso, examinó los botones plateados de su chaleco. Entonces, repitió:

—¿No?

Juraría que oyó cómo rechinaba los dientes mientras armaba una respuesta.

—Sí, Excelencia. Por supuesto, lleva razón. Solo puedo pedirle disculpas.

En ese momento, el hombre le puso los dedos debajo de la barbilla para obligarla a mirarle.

—¿Detecto una nota de sarcasmo, Elizabeth? ¿Has decidido que quieres ser quien esté al cargo de nuestra aventura?

—No, Excelencia, simplemente estaba...

La muchacha parecía incapaz de completar la frase mientras él le frotaba el labio inferior con el pulgar. Se preguntó si podría saborear el residuo de pólvora en sus dedos. Había usado el arma

para herir a un espía sospechoso antes, esa misma noche.
—Sigues siendo inocente en muchos sentidos, querida, y de vez en cuando me alegra bastante. —Entonces, se inclinó y la besó en la mejilla—. En realidad, has pensado en evitar mi presencia en tu cama encontrándote conmigo aquí.
La joven asintió y presionó los dedos del caballero con la barbilla. Con un movimiento rápido, le bajó la bata por los hombros hasta que la chica se encontró ante él solo ataviada con el camisón de seda color marfil. Luego, Elizabeth hizo un intento inútil de taparse, pero él no iba a permitir tal cosa. Entonces, la estrechó entre sus brazos y la giró hasta que la espalda de la muchacha se apoyó contra su pecho. Después, le envolvió las caderas con un brazo largo para pegarla a él desde el pecho a los dedos de los pies.
Su agradable aroma a mujer se le enroscó en los orificios nasales y enterró la cara en el lateral del cuello de la muchacha. Por alguna razón, un encontronazo con la muerte siempre le hacía pensar en temas más carnales, en enterrarse en el interior del cuerpo mojado y excitado de una mujer, en dar y recibir placer hasta que estuviese lo bastante satisfecho para olvidar los horrores de la defunción.
—Podría tumbarte en mi escritorio y forzarte ahí. —Y la rotó hacia la biblioteca—. O podríamos hacer un buen uso del sofá que has abandonado hace tan poco.
Acto seguido, la soltó tan de repente como la agarró y se agachó para recoger la bata. Su deseo de avanzar en su educación se había intensificado hasta un punto en el que se sentía extremadamente tentado a tirarla sobre la alfombra y mostrarle exactamente a qué se refería, pero tristemente se recordó a sí mismo que la lujuria nunca era buena maestra y que había llegado a un trato con Elizabeth de no acostarse con ella.
Así que le lanzó la bata.
—Póntela y ve a la cama. Estaré contigo en un momento.
La chica corrió igual que un cervatillo sobresaltado; sus pies no hicieron ningún ruido por el pasillo ni las escaleras. En ese instante, Gervase respiró hondo y trató de conseguir controlar su lujuria. ¿Qué era lo que tenía ella que hacía que desease forzarla? La muchacha no podía competir con sus jueguecitos sensuales. Con aquella idea metida seriamente en la cabeza, el duque siguió a Elizabeth escaleras arriba y hasta el interior de su dormitorio sin pararse a llamar a la puerta.

***

La chica se quitó de la bata, se deshizo la trenza y se sentó en el filo de la cama con las manos entrelazadas con delicadeza en el regazo, aunque todavía respiraba de forma un poco vacilante cuando el noble se acercó tranquilamente y tiró de ella para que se levantase.
Descalza apenas le llegaba al hombro.
—Quiero que me desnudes. Como mi amante, vas a tener que volverte una experta en eso.
La joven alzó la vista hasta él y asintió rápidamente mientras alargaba ya las manos hasta los botones de la chaqueta negra, pero el hombre le agarró las muñecas.
—No soy un niño pequeño al que hay que ayudar a quitarse la ropa lo más rápido posible. Tu objetivo es aumentar mi deseo y hacer que te desee. ¿Lo entiendes?
—Sí, Excelencia —susurró Elizabeth, y le soltó las manos.
A continuación, la mujer se tomó su tiempo para desprenderle de la chaqueta de corte maravilloso mientras permitía que su cuerpo rozase el del duque a su voluntad. El chaleco plateado y bordado contaba con tres botones, que desabrochó tan lentamente como fue capaz y, después, dudó.
— Excelencia, ¿desea que le quite primero las botas o el plastrón?

La muchacha mantuvo la voz tranquila, aunque le faltaba ligeramente el aliento mientras esperaba sus instrucciones. El caballero le echó una mano ayudándola con las botas y quitándose los gemelos para dejarla lidiar a ella con los intrincados pliegues del corbatón.
En ese instante, se le abrió el cuello de la fina camisa de lino para revelar el vello oscuro y rizado del pecho. La chica dudó mientras inspiraba el aroma único de su piel y los dedos se le quedaron petrificados en los puños. Un recuerdo de la primera vez que la tocó irrumpió en su mente, y la joven intentó no prestar atención a la imagen no deseada, pero sus manos permanecieron inmóviles en las muñecas del duque.
—Quítame la camisa por la cabeza, *cherie*.
El tono suave, aunque persuasivo, le recordó sus obligaciones, y consiguió soltar las manos de las muñecas del hombre. Luego, cerró los ojos y permitió que estas se deslizasen hacia abajo, hasta la cintura del noble, y se dio cuenta de que la camisa se encontraba remetida dentro de los pantalones. En ese momento, Gervase le agarró la mano y se la guio hasta los botones que, con un ruidito ahogado, desabrochó a tientas.
El caballero la observó con atención mientras los dedos de la chica le rozaban el falo duro, ante lo que ella se sonrojó e intentó retirarse.
—La camisa, querida —le recordó con una ceja levantada, como si creyese que había olvidado qué hacer.
Entonces, levantó los brazos para ayudarla a sacarle la camisa por la cabeza. Sin ella, las manos de la muchacha se acomodaron en el pecho desnudo del duque como si estas perteneciesen a aquel lugar, momento en el cual él aprovechó la ventaja de la falta de equilibrio de la joven y se dejó caer en la cama con ella.
A continuación, el duque la sostuvo contra el pecho y después la colocó de rodillas frente a él. Al principio, Elizabeth intentó mirar a todas partes excepto a su cuerpo, pero, para su tremenda vergüenza, no dejaba de lanzar miradas furtivas a los musculosos brazos, el pecho fornido y el vientre plano. Además, el hombro izquierdo del caballero seguía un poco amoratado de su encuentro con el reloj.
El noble no hizo nada por taparse y dejó que ella le observase hasta que dejara de sentir la necesidad de ocultar su interés.
—Al fin y al cabo, no es tan difícil, ¿no? —dijo con voz queda—. ¿Crees que lo has hecho bien? ¿Que me has excitado?
En ese momento, la chica echó un vistazo a los pantalones medio abiertos y asintió.
El hombre siguió su mirada.
—Sí, llevas razón. Me la has puesto dura.
Entonces, le agarró el puño y ella se puso tensa mientras le abría los dedos para posarse toda la palma en el pecho. La piel de Gervase palpitaba de excitación y la joven sintió el latido fuerte y regular del corazón del hombre bajo las puntas de los dedos.
—Ahora quiero que me toques —le ordenó—. Puedes hacer lo que desees. No vas a tardar en descubrir qué me satisface.
Algo en la expresión de Elizabeth tuvo que delatar su inquietud, así que continuó hablándole.
—Las mujeres necesitan que las acaricien con suavidad y que se las excite con ternura y cuidado.
—En ese instante, se inclinó hacia delante, ocultó el seno cubierto de seda bajo su palma y animó el pezón de la joven con la suave caricia de su pulgar. Después, bajó la vista hasta su obra y sonrió—. ¿Ves? A los hombres nos gusta que nos toquen tanto como a las mujeres, pero tienen a responder a una caricia más firme. ¿Eres lo bastante valiente como para probar?
—Sí, Excelencia —contestó Elizabeth.

De algún modo extraño, su ansiedad se redujo por el simple hecho de que ella llevaba más ropa puesta que el duque, y se preguntó si él lo sabría.
—Debes llamarme Gervase cuando estemos solos. «Excelencia» es un poco formal en estas circunstancias, ¿no te parece?
La muchacha no fue capaz de conseguir contestar. ¿Cómo podía bromear cuando estaba tan asustada que se le iba a salir el corazón del pecho de los nervios? De hecho, estuvo a punto de apartarse cuando el hombre estiró el brazo para volver a agarrarla de la mano. Acto seguido, los dedos fríos de la joven se dejaron caer sobre el muslo del duque mientras su mirada curiosa se clavaba en los botones abiertos de los pantalones y las tinieblas que estos albergaban.
Tras tomar un aliento profundo y tranquilizador, se inclinándose hacia él y colocó las dos manos en los hombros del caballero. Notó la piel caliente bajo los dedos. Con gran osadía, las bajó por los brazos y las volvió a subir disfrutando de la tensión de los músculos del hombre y del temblor de su respuesta. La mujer delineó una vieja cicatriz que le corría desde la base de la garganta hasta el hombro.
Ahora, absorta en la interesante reacción del hombre a su tacto, alargó la mano alrededor del cuerpo del noble y le acarició la espalda. Este gimió con un disfrute evidente e, incentivada, Elizabeth comenzó a dibujar con las uñas círculos en su piel hasta que él capturó sus labios en un beso intenso. El duque sabía a brandi y a lluvia. Cuando la soltó, la chica colocó las manos sobre el pecho del noble y experimentó toda una serie de sensaciones intrigantes y nuevas para ella. En aquel instante, los pezones del hombre se endurecieron bajo sus dedos, que no dejaban de acariciarle, y Gervase musitó su nombre.
—Sí, es una sensación genial. Ahora dime cómo te sientes tú.
—Yo, yo estoy disfrutando. —Y aquella confesión le pilló por sorpresa—. Me gusta el tacto que tienes. Una piel tan suave sobre un músculo así de fuerte.
Entonces, el caballero sonrió y sus ojos se tornaron en plata ardiente.
—Prueba cómo sé, querida, si te atreves.
Atrapada en el sensual estado de ánimo del noble, Elizabeth recordó cómo se sintió cuando el duque, no, cuando Gervase le besó los pechos y, acto seguido, se agachó para acariciarle el pezón con la lengua. Él emitió un gruñido grave en la garganta y, con una velocidad sorprendente, la muchacha se descubrió completamente bocarriba y a el hombre encima de ella, con una mano envolviéndole la cara mientras se aferraba a su seno con la boca.
En ese instante, fue ella quien comenzó a ahogar los gritos mientras el duque mamaba de sus pechos y subía poco a poco la mano por su muslo. Para cuando quiso darse cuenta a dónde se dirigían sus dedos, era demasiado tarde para impedirle la entrada. La joven tembló mientras él ahuecaba la mano entre sus piernas y le susurraba algo en francés con un tono atractivamente tranquilizador, incluso a pesar de que sus acciones no lo fuesen.
Un reloj repicó a lo lejos y se escucharon los ruidos de unos golpes urgentes en la puerta de entrada. Despotricando entre susurros, el hombre se quedó quieto y se apartó. A continuación, Elizabeth rodó sobre el lateral y le observó vestirse con una eficiencia veloz. Sus movimientos practicados le dieron que pensar a la vez que una punzada de celos se disparaba por su ser. ¿Con cuántas mujeres se había acostado y luego abandonado lo más rápido posible?
Entonces, se aclaró la voz.
—No estaba asustada, Gervase.
—Lo sé —contestó brevemente mientras se ataba el plastrón alrededor del cuello y lo aseguraba con un alfiler de diamante—. Por desgracia, tengo trabajo que hacer. Dejaremos esta parte de tu instrucción hasta que contemos con más tiempo. —Y se colocó la chaqueta agitando los

hombros, sin ayuda—. No sé cómo, pero siempre es más fácil quitarse la ropa que volver a ponérsela.
—Bueno, como el conocido vividor que es, debería saberlo, Excelencia —le espetó Elizabeth, y luego se mordió el labio cuando el hombre clavó las pupilas en ella.
—Pareces un poco malhumorada.
—Me estoy acostumbrando a que me toquen y después se deshagan de mí. ¿Por qué iba a importarme?
El noble entornó la mirada fija y esta se tornó pensativa mientras contemplaba las mejillas sonrojadas de la joven y el ligero temblor imposible de reprimir de su cuerpo.
—Seguramente hayas descrito el dilema de la amante de cualquier hombre. Estás aquí para mi conveniencia, Elizabeth, no la tuya.
La muchacha abrió la boca, pero la cerró acto seguido, cuando entendió la dura verdad de sus palabras. Él no dejó de observarla con el gesto indiferente mientras un rubor doloroso se le propagaba desde la garganta hasta el rostro. Luego, dejó caer la vista hasta el chaleco aún desabrochado.
Y, en ese momento, el hombre le dio unos toques en la mejilla con los fuertes dedos de manera exigente.
—Te prometí que te enseñaría a cómo un hombre necesita que se comporte su amante. Te dije que no lo disfrutarías y que no encajaría contigo. Un hombre va a tolerar las lágrimas y los enojos de su esposa porque no tiene otra elección, pero por su amante paga y de ella requiere otras cosas.
La chica pensó en aquello durante un largo y doloroso momento.
—Entonces, todavía me queda mucho que aprender, ¿no es así?
A lo largo de un breve segundo, a Gervase se le ablandó el rostro serio.
—Sí, *ma belle*, así es, pero por favor no imagines que la forma en la que respondes a mí es nada más que el despertar de tu naturaleza sensual. Has de aprender a controlar cualquier otra emoción que creas experimentar en mi presencia.
Después, se dirigió a la puerta con las botas en la mano y se paró para volver la vista hasta la joven.
—No voy a tolerar a una amante que exija un compromiso emocional que ni siquiera entregaría a una esposa.
El orgullo hizo que Elizabeth se incorporase y cerrase los puños a ambos lados. ¿De verdad consideraba que era tan tonta?
—No le he pedido nada.
Entonces, el duque se encogió de hombros con expresión sarcástica.
—Pero lo harás. Según mi experiencia, las mujeres son incapaces de separar el amor de la lujuria.
Acto seguido, se giró para marcharse, pero la chica le espetó:
—¿Y por qué deberían? ¿Es que un hombre no tendría que esperar lujuria y amor de su esposa?
Él se quedó inmóvil.
—Por supuesto que sí, querida. Yo le ofrecí amor a mi mujer y la observé rechazarlo sin cesar. —Y tomó aliento—. Deja que hable claro. La vida es mucho mejor sin la ilusión del amor, y esta casa no dispone de él, así que no seas tan tonta como para intentar crear alguno. Que tengas buenas noches.
La muchacha clavó las pupilas en la puerta que el caballero cerró de un portazo tras de sí, levantó el brazo y lanzó el libro que tenía en la mesita de noche al panel de madera, en parte esperando

que lo oyese y en parte temiendo su reacción. ¡Cómo se atrevía a dar por hecho que sentía algo por él! Luego, dejó caer el brazo junto a su costado y se acurrucó en la cama.
El problema era que... temía que quizás estuviese en lo cierto.

Capítulo diez

Gervase seguía pensando en el encuentro con Elizabeth cuando entró a su estudio a la mañana siguiente. Había intentado enseñarle cómo complacer a un hombre y puede que incluso a relajarse. En lugar de eso, se dejó abrumar por la lujuria y después agravó su error soltándole una reprimenda sobre la ilusión del amor.

El hombre frunció el ceño cuando se paró en la biblioteca para volver a colocar en la estantería el libro que descansaba en el sillón. Desde luego que había obtenido placer de sus tímidos intentos de tocarle, mucho más del que habría imaginado teniendo en cuenta la inexperiencia de la joven.

Se dirigió tranquilamente a su escritorio y cogió el periódico de la mañana a la espera de conseguir alguna distracción, aunque no tenía sentido negarlo. Ella le excitaba. La idea de que podía moldearla para que le diese exactamente lo que quería en la cama resultaba sorprendentemente erótica. En ese momento sacudió el periódico y se concentró en el texto cuidadosamente escrito. Por desgracia, su mente y su cuerpo preferían lidiar con la tentadora imagen de Elizabeth desnuda debajo de él.

Despotricando en voz baja, el duque miró por la ventana hacia la plaza vacía. No se había acostado con nadie desde que instaló a la muchacha en su casa. Si se hacía cargo de sus necesidades más básicas quizás fuese capaz de verla de forma menos apasionada.

Al final, se la sacó de la cabeza a la fuerza, hizo sonar la campana y esperó a que sir John le entregase su correspondencia matutina. El secretario apareció con los brazos a rebosar de pergaminos en los que colgaban sellos de aspecto oficial, y Gervase recuperó el periódico mientras el hombre soltaba la montaña sobre el escritorio.

—Excelencia, ¡ha resuelto el acertijo!

El duque se giró con una ceja levantada para encontrar a sir John con los ojos clavados en las dos hojas de pergamino que le quitó a Elizabeth la noche anterior.

—¿Disculpa?

—Ninguno hemos sido capaces de dar con la clave del código hasta ahora. ¿Cómo demonios lo ha resuelto?

—No he sido yo el que ha completado el rompecabezas —le respondió el hombre en tono seco —. Fue la señora Waterstone.

—¿Cómo diablos lo ha conseguido? ¿Cree que después de todo está en complot con su padrastro? ¿La ha enviado para que le aporte información?

—No lo sé. La encontré trabajando en el rompecabezas anoche. No hizo ningún esfuerzo en ocultarlo y parecía ignorar por completo la importancia de sus contenidos.

Entonces, le echó otro vistazo a su caligrafía inmaculada. El mensaje que se le acababa de revelar era la primera pista de la identidad de un asesino francés en potencia. A continuación, sir John fue a pararse a su lado.

—La señora Waterstone comentó que tenía afinidad con las lenguas. —Sopesó el secretario—. A lo mejor también cuenta con una afinidad natural con los códigos.

—Sean cuales sean sus razones, creo que deberíamos pedirle ayuda. Le estaría eternamente agradecido si de verdad pudiese resolver este código. Sugiero que le revelemos parte de nuestro propósito real a la señora Waterstone y que nos explique cómo funciona esta clave en particular. Si dice la verdad y otra persona puede replicar sus métodos sabríamos que es de fiar. Si no, yo mismo me encargaré de ella.

El secretario le dedicó una reverencia en respuesta y se fue hasta la puerta.

—Iré a ver si la señora Waterstone ha terminado de desayunar. Para ser una mujer de tamaño moderado, come muchísimo, ¿no le parece, Excelencia?
Antes de que pudiese contestar, su secretario ya se había marchado y Nicholas Gallion entró tranquilamente en la sala.
—Ah, Nick —le llamó Gervase sin apenas levantar la vista del documento incriminatorio—. Parece que la señora Waterstone nos va a ayudar en nuestro empeño de derrotar los franceses. Sir John te lo explicará.
Nicholas se sentó con los ojos encendidos por el interés.
—Entonces, ¿qué desea de mí?
—Todavía no estoy seguro de dónde reside su lealtad. Quiero que sigas cada uno de sus movimientos... Especialmente cuando vaya a ver a su familia.
—Bueno, eso será un placer. La señora Waterstone es una compañía encantadora y un regalo para la vista.
Acto seguido, el duque usó el periódico enrollado para pegarle a Nicholas en la cabeza.
—Déjala en paz, Nick. Se ha quedado viuda hace poco.
Nicholas se retiró hasta la puerta para luego volverse y dedicarle una sonrisa.
—No pasa nada, Excelencia. He visto cómo le mira. En lo que a ella respecta, solo hay un hombre en esta casa.
Satisfecho con la observación, Gervase volvió a su escrutinio de los documentos mientras esperaba a la muchacha. Llevaba días trabajando en el código. La seguridad de las deducciones de Elizabeth y la velocidad de sus conclusiones le había pillado por sorpresa, pero ¿había descifrado la clave porque ya contaba con ella? ¿Se encontraba en ese momento preparándose para pasarle la información a su padrastro y, por consiguiente, a los franceses?
—¿Excelencia? ¿Deseaba hablar conmigo?
La chica apareció en el umbral con un trozo de tostada a medio terminar en una mano. El duque nunca había visto a una espía con menos pinta de ello. Se puso de pie y le hizo una señal para que tomase asiento mientras sir John entraba y cerraba las puertas tras él. La joven parecía impasible ante su citación, y su rostro solo reflejaba su usual e inteligente interés. La experiencia del noble le decía o que no era consciente de su supuesto crimen o que se trataba de una mentirosa de una agudeza extraordinaria.
—Señora Waterstone, usted me comentó que anoche estuvo trabajando en un rompecabezas. —Y le pasó las dos hojas de pergamino—. ¿Es este?
—Sí, en efecto, Excelencia —le contestó de inmediato—. No comprendo por qué la persona que trató de resolverlo antes era tan cabeza de chorlito. —Y levantó la vista cuando sir John tosió de manera ruidosa—. Fue bastante sencillo cuando descifré la clave, aunque la solución me resulta casi tan incomprensible como el rompecabezas.
El duque se esforzó en reprimir una sonrisa cuando volvió a entregarle el pergamino.
—¿No comprende el mensaje? —preguntó, con toda su atención centrada en su rostro.
La muchacha levantó las cejas igual que si le estuviese siguiendo la corriente a un niño.
—¿Qué mensaje? El rompecabezas obviamente se trata de la obra de algún lunático. —Y se inclinó hacia delante para darle un toque con el trozo de tostada a los papeles que el hombre sujetaba en la mano—. ¿Un asesino llamado Le Fleur planea acabar con la vida de un miembro de la familia real? —Y se rio—. ¿Haría que fuese corriendo a Carlton House y alertase a la guardia montada?
Gervase negó lentamente con la cabeza.
—No, querida, eso sería un malgasto de tu ingenio escandaloso. Pensarían que eres bastante

tonta, si no que estás loca. Tengo una idea mucho mejor. Preferiría mucho más que me ayudases a atraparle.
Elizabeth se quedó boquiabierta y la tostada se le cayó de los dedos a la alfombra. Gervase le dedicó un gesto de asentimiento a sir John y les dejó solos. Acto seguido, dejó que el silencio se alargara durante unos cuantos segundos.
—Por favor, disculpa mi expresión de autocomplacencia, pero creo que es la primera vez que consigo dejarte sin palabras y confieso que estoy disfrutando el momento.
Para su sorpresa, la mujer le hizo caso omiso.
—¿Cómo he podido ser tan estúpida? —La chica se puso de pie de golpe y comenzó a ir de un lado a otro de la alfombra con las manos entrelazadas ante su mirada de fascinación—. Sabía que no estaba bien. —E hizo un gesto amplio que abarcó el escritorio y la biblioteca—. Sabía que un supuesto libertino no necesitaría a un secretario ni tendría el escritorio enterrado en una pila enorme de documentos aparentemente importantes.
Entonces, se paró en seco delante de él con expresión fiera y soltando chispas por los ojos grises.
—¡Y debería haber sabido que un vividor nunca intentaría seducirme con los anteojos puestos!
—Elizabeth...
El duque trató de intervenir, pero dudó, intrigado por el desdén devastador en su rostro y la rapidez de sus deducciones. Así que se relajó, se recostó en el asiento y cruzó los pies calzados en las botas por los tobillos. La joven soltó otro quejido cuando pareció llegar a una revelación más, y retomó el caminar errático.
—Por eso tu servicio es tan discreto y mi presencia aquí no hace que se levante ni una ceja. —La muchacha asintió como para sí—. Por eso nadie le espera a pesar del hecho de que su rango y arrogancia natural deberían exigirlo.
En ese momento, se aferró a su cabello.
—Recibió un mensaje del Ministerio de Asuntos Exteriores en mitad de la noche y ni siquiera pensé que fuese raro hasta ese momento.
Gervase reprimió una sonrisa y bajó la vista hasta las uñas de las manos.
—Es posible, querida —le sugirió con dulzura—. Tú estabas pensando en otras cosas.
—Sí. —Le atacó verbalmente—. ¡Estaba tan ocupada viendo si iba a besarme que me comporté como una idiota!
Sus senos subían y bajaban al ritmo de la respiración agitada y el duque inclinó la cabeza a un lado para observar el efecto en todo su esplendor.
—Trabaja para el gobierno, ¿no, Excelencia?, pero se hace pasar por un vividor. —Pareció quedarse sin aliento, pero luego se recompuso y volvió a mirarle a la cara—. ¿Me equivoco?
—No, querida, pero debo hacer hincapié en que disfruto de ambas partes de mi vida.
A continuación, el hombre se acercó tranquilamente a ella, le tomó la mano en la suya y le besó los dedos. Olían ligeramente a tostada con mantequilla y tuvo que resistir la necesidad de lamérselos para limpiárselos.
—Parece que hemos descubierto otra forma en la que puedes complacerme. —Y la llevó hasta el asiento—. ¿Crees que podremos sentarnos y hablar de esto de una forma racional? Sé que debe ser confuso para ti y hay varias cosas que necesitas comprender.

***

Elizabeth dejó que el duque la llevase hasta la silla y usó la excusa de colocarse bien las faldas para apartar la vista y buscar su compostura. Había actuado como una debutante tonta y se le había escapado lo obvio.
Tomó una bocanada de aire honda y relajante y se volvió para mirarle a la cara. Para su

consternación, no había cambiado nada su apariencia. Se sonrojó al recordar el aspecto que tenía sin camisa y reconoció a regañadientes que su comentario sobre que disfrutaba de su papel como vividor podía ser simplemente verdad.
El duque se aclaró la voz.
—Si podemos volver a nuestra conversación sobre el código... Estoy seguro de que tienes mucho más que decir, pero cualquier otra observación sobre mi carácter y falta de educación puede dejarse para otro momento, preferiblemente en la cama. —Y se encogió de hombros—. La pasión puede añadir un cierto no sé qué a las relaciones sexuales de uno.
La chica captó la insinuación y se concentró en los documentos.
—Excelencia, ¿de verdad cree que alguien está intentando asesinar a un miembro de la familia real?
—Sí, así es. Hace más de un año que tenemos conocimiento mediante otros canales de este hombre, Le Fleur. El mensaje que has descifrado es el primero que le menciona directamente junto al intento de asesinato.
Elizabeth se llevó la mano al bolsillo para recuperar sus anteojos y retomó su escrutinio del rompecabezas.
—Me alegro de ser capaz de ayudar en este caso, pero ¿seguro que la persona que escribió este mensaje no alterará el código cuando descubra que ha caído en las manos equivocadas?
—Es una posibilidad, pero según mi experiencia, una vez se descifra el código, la persona que lo consigue siempre tiene más opciones de decodificar el nuevo. —E hizo una pausa—. Puedes pensar que estoy loco, pero creo que los mejores escritores de códigos dejan rastros de ellos mismos en el proceso de construcción de sus rompecabezas.
La muchacha solo pudo asentir, fascinada por aquel vistazo a un mundo más oscuro y paralelo de cuya existencia nunca había sabido nada.
—¿Quieres que mire otras muestras del código e intente descifrarlas también?
Su oferta pareció despertar al duque de su ensimismamiento.
—No tengo ninguna objeción, enviaré esto al Ministerio de Asuntos Exteriores y otro experto comprobará tus suposiciones. Si se demuestra que son acertadas, apreciaría tu ayuda en este asunto.
La joven le devolvió el documento al caballero y este dudó un momento.
—Elizabeth, posiblemente el ministerio se ofrezca a pagar por tus servicios a la nación. —Y se encogió de hombros, pero su mirada permaneció fija en ella—. Será una miseria, pero me pregunto si no ha llegado el momento de que reconsideres tu posición aquí.
La muchacha se hundió en el asiento; su mente estaba confundida. ¿El duque estaba sugiriéndole que dejase de aprender a convertirse en cortesana? Por supuesto, no era consciente de que por ahora necesitaba un suministro constante de dinero para el cuidado de Michael.
—Aceptaré con mucho gusto cualquier dinero que el gobierno considere oportuno pagarme, pero no creo que descifrar ese código resulte suficiente para mantenerme el resto de mi vida. Me gustaría contar con otra fuente de ingresos.
—¿Estás segura, querida? Te dije que el acuerdo podía romperse.
Entonces, la joven levantó la barbilla y le miró fijamente.
—Me gustaría permanecer tal y como estamos, Excelencia.
El hombre se sacudió la manga de la chaqueta para evitarle la mirada.
—Por supuesto, señora Waterstone. Me quedaría devastado si me viese obligado a dejar las lecciones en este punto.
En ese momento, la chica se puso de pie y le hizo una reverencia.

—Gracias, Excelencia, no le robaré más tiempo. —Pero dudó un momento con los dedos en el pomo de la puerta—. ¿Sigue siendo aceptable que vaya a visitar a mi madre y a mi hermana esta tarde?

—Sí, por supuesto. Ya le he pedido a Nicholas que te acompañe. Estoy seguro de que no necesito recalcar la necesidad de que guardes silencio en cuanto a este asunto. Puedes tejer el cuento que prefieras para explicarle a tu madre tu presencia en mi casa, pero de ninguna manera mencionarás ni una palabra de nuestras actividades poco usuales. Nuestra seguridad nacional depende de ello.

—Por supuesto, Excelencia. A pesar de mi conducta reciente, no soy tonta.

—¿Estamos hablando de tu reciente pericia en mi cama o de tu habilidad como descifradora de códigos? —Y chasqueó la lengua por lo bajini—. Ahora que tienes dos trabajos tendrás que ser más precisa, querida.

En aquel instante, a la muchacha se le encendió la bombilla y abrió la boca.

Pero el duque levantó la mano.

—Sí, Elizabeth, antes de que preguntes, también te pagaré por tu tiempo. Soy muy consciente de que estas obligaciones son nuevas y de que no forman parte de nuestro contrato original. Gracias por señalármelo.

La joven cerró la boca de golpe. ¿Cómo había sabido lo que pretendía decir? A veces temía que de verdad fuese capaz de leerle la mente. Al partir de la sala, le dedicó su sonrisa más amable y decidió que merecía la pena soportar los intentos de comedia del duque. El ingreso extra para ayudar a Michael sería más que bienvenido.

Capítulo once

El asa de la taza de té de Elizabeth emitió un repiqueteo traicionero cuando volvió a colocarla en el platito. La salita estaba tan desvencijada como recordaba. Había pasado muchas horas infructíferas tratando de mejorar el mobiliario lúgubre y su aspecto deprimente. Las coberturas de seda de la pared estaban raídas y la alfombra hecha jirones. Aunque, a diferencia de ella, la señora del Bosque siempre parecía capaz de ignorar su entorno y situarse por encima de las circunstancias.

La madre de la joven portaba un vestido de noche de color ciruela con un corte a la moda y una delicada capota de encaje sobre el cabello rubio afro. No parecía haber alterado su actitud con Elizabeth desde que se encontraron en la perfumería; sus ojos grises, un espejo de los de la muchacha, no albergaban ni un atisbo de bienvenida.

Entonces, la chica se aclaró la voz.

—¿Se unirá Mary a nosotras, madre? Tengo un regalo para ella.

El agua de lavanda que había escogido con tanto cuidado para su madre había quedado abandonada sin ningún agradecimiento y yacía olvidada en el suelo.

—He enviado a tu hermana con su padre. —Y la mujer echó un vistazo al reloj—. No tardarán en volver.

Cuando era pequeña, Elizabeth ansiaba parecerse a ella, pero la naturaleza la bendijo con la figura y disposición más robustas de su padre y, a medida que crecía, admitió a regañadientes que nunca conseguiría la fragilidad de sílfide de su madre y hermana.

—Deseaba hablar contigo a solas. Habría preferido que hubiésemos cortado completamente nuestra relación, pero el señor del Bosque... —Y sorbió por la nariz—, el señor del Bosque insistió en que te recibiera y estoy obligada moralmente a obedecerle.

Al contemplar el rostro infeliz de la mujer, la joven se preguntó si el señor del Bosque le habría explicado exactamente por qué estaba obligado a aceptar su presencia, pero acto seguido lo dudó y lanzó una ferviente oración de agradecimiento al duque.

—Te aseguro que no tengo ninguna intención de arruinar la temporada londinense de Mary. —Y la chica vaciló al ver que su madre no mostraba ningún tipo de reacción ante sus palabras de conciliación—. Estoy más preocupada con proporcionarle un cuidado continuado a Michael.

—Michael no te concierne. Había esperado que al rebajarte para ocupar la cama del duque habrías adoptado un poco de humildad y respeto por tus mayores. —Y agitó la servilleta de encaje en dirección a su hija—. En lugar de eso, sigues fingiendo ser mejor que nosotros. Solo puedo preguntarme cómo te soporta ese hombre.

La chica reprimió la ira.

—Madre, no soy la amante del duque. Hemos llegado a un acuerdo empresarial mutuo y aceptable. Es cierto que vivo en su casa y trabajo para él, pero no en calidad de amante.

—¡Ja! No soy estúpida. ¿Esperas que crea que el infame duque de Diable Delamere es capaz de no ponerte las manos encima? —Y la señora del Bosque soltó una risa por la nariz—. Admito que no eres nada del otro mundo, Elizabeth, pero el duque no es famoso por ser particularmente exigente.

La muchacha apretó los labios con fuerza y exhaló por la nariz.

—¿Podemos volver al tema de Michael? Con el salario que me da el duque podré pagarle unos cuidados.

La joven abrió su ridículo y sacó un monederito. Había decidido de mala gana malgastar una

pequeña parte de sus ingresos para sobornar a su madre. Los ojos de la señora del Bosque brillaron, abrió los dedos e intentó arrancarle a su hija el dinero de la mano.
Pero la muchacha se negó a soltar el monedero hasta que su madre la miró a los ojos.
—He contratado a un enfermero para que venga a cuidar de Michael durante el día. —Y le pasó un manojo de documentos junto con el dinero—. El hombre al que he empleado, el sargento Jack Llewelyn, es exmilitar y cuenta con unas referencias excelentes.
Acto seguido, cerró el monedero de un golpe decisivo.
—Compréndeme, madre. Yo pagaré el salario de Jack Llewelyn y él me rendirá cuentas a mí. Odiaría pensar que ni una sola de las libras que le entregue para ayudar a Michael se usan para cualquier otro propósito.
La señora del Bosque le devolvió los documentos que no se había molestado en leer. Mientras observaba a su madre ocultar el dinero en un bolsillo con el mismo cuidado que una ardilla almacena nueces, a la chica se le ocurrió que, si la mujer le causaba problemas, también podría amenazarla con la intervención del noble y, envalentonada por aquella idea, le dedicó a su madre una sonrisa deslumbrante.
—Te prometo no mancillar los oídos de Mary con ninguna información sobre mi vida supuestamente degenerada, pero sencillamente le contaré la verdad: que el duque me ha contratado y que tengo que residir en su casa. Está acostumbrada a que esté fuera ayudando a los conocidos del señor del Bosque, así que ¿por qué dejar que piense que es algo diferente?
Su madre le dio un sorbo a su té.
—De acuerdo, Elizabeth, haré que Jack Llewelyn se sienta bienvenido y me aseguraré de que nadie interfiera en sus obligaciones. —Luego, se llevó la servilleta a los labios fruncidos y se dio unos toquecitos en ellos—. Pero se me escapa la razón por la que sientes que es necesario malgastar tu dinero ilícito en un tullido incapacitado, aunque nunca has sido racional en ese tema, ¿verdad?
La muchacha cerró los puños.
—Ese tullido incapacitado es tu hijo. ¿Cómo puedes hablar así de Michael cuando ha servido al rey y la nación?
—A todo el mundo que me pregunta le digo que está muerto. Mejor eso que volver como lo hizo.
La frialdad de su madre le conmocionó, pero se negó a que arruinase su sensación de éxito. Por primera vez en su vida contaba con un mínimo de control sobre su madre. Resultaba un sentimiento estimulante y uno al que se negaba a renunciar, incluso a pesar de que la mujer llevase a cabo su ocupación favorita, que consistía en lamentar su destino y denigrarla a ella.
La paciencia de la joven se vio recompensada cuando Mary volvió de su paseo con un favorecedor color en las mejillas y una cálida bienvenida a su hermanastra a pesar de las miradas asesinas de su madre. La señora del Bosque se volvió a animar lo bastante para pedir más té y Elizabeth se puso cómoda para una agradable y animada charla con la joven, rebosante de historias sobre su debut que estaba por llegar.
Incluso a pesar de disfrutar de la charla con su hermana, la chica no pudo evitar preguntarse cómo iba el señor del Bosque a pagar la presentación en sociedad de Mary. Sabía por su escrutinio de las revistas de señoras que una temporada londinense era carísima, pero, cuando llegó el té, decidió no sacar de quicio a su madre haciéndole una pregunta tan delicada. Su instinto le decía que le mostraría dónde estaba la puerta sin importar lo que tuviese que decir el duque.
—¿Elizabeth? ¿Has vuelto para quedarte? —le preguntó Mary mientras le entregaba una taza de té recién hecho y un plato con pastas exquisitas—. Mamá no me cuenta nada. Es de lo más

irritante.
—Por desgracia, no puedo quedarme aquí. —Y le sonrió—. Tengo un trabajo seguro y remunerado con el duque de Diable Delamere. —Y le dedicó a la mujer una mirada afable—. Madre me ha dado permiso para que te visite una vez a la semana. Y, como el duque también está de acuerdo con permitirme la tarde libre, sospecho que dentro de poco te aburrirás de verme.
—Ay, jamás, jamás —chilló la jovencita y arrojó los brazos alrededor del cuello de su hermanastra.
La muchacha le devolvió el abrazo e ignoró el ceño fruncido de su madre cuando Mary la soltó. Su hermana era tan dulce como parecía y siempre ansiaba ver lo mejor de cada uno.
Por primera vez, Elizabeth se alegró de que la inocencia de Mary la protegiese de indagar más en su verdadero propósito en casa del duque. Le fascinaba que la adolescente hubiese salido tan bien teniendo en cuenta el ejemplo que le daban sus padres. Parecía que hubiese heredado el encanto de su padre sin sus engaños y la belleza de su madre sin su frivolidad. La joven rezaba por que, fuese cual fuese el plan que el señor del Bosque había tramado para permitir que Mary tuviese una temporada en Londres, resultase exitoso. Odiaría ver a su hermana decepcionada.
—Ay, Elizabeth, quería decírtelo cuando he llegado —exclamó la jovencita—. He avistado al agradable pelirrojo que te acompañó de compras en nuestra puerta, dentro de un carruaje con una cimera en el lateral. —Luego, se entrelazó las manos en el pecho y soltó un suspiro dramático—. ¿Es el duque? Parecía de lo más amistoso y me ha dedicado una reverencia cuando he subido los escalones.
—Ese es el señor Nicholas Gallion, un pariente del duque y otro de sus empleados. Se ha ofrecido a acompañarme aquí y llevarme a casa sana y salva.
Mary pareció decepcionada.
—Mamá me informó de que el duque es viudo y que cuenta con una fortuna inmensa. Seguro que debe estar buscando otra esposa. Debe estar tan solo... —Y la mirada se le tornó pensativa —. ¿No sería maravilloso si se enamorase perdidamente de mí con echarme un vistazo?
Elizabeth trató de parecer alentadora. Gervase se consideraría toda una captura conyugal para alguien de diecisiete años, pero la muchacha no era capaz de imaginárselo enamorándose de Mary. Era demasiado joven y dulce para un hombre de naturaleza tan intimidante y caprichosa como la del duque y de inteligencia tan aguda. Sospechaba que se aburriría de ella en cuestión de una semana y, entonces, se regañó a sí misma por tener pensamientos tan crueles.
—¿Qué edad tiene el duque, Elizabeth? —le preguntó Mary—. ¿Y es tan guapo como el señor Gallion? —Y cruzó la sala dando saltitos para apretujarse en el asiento junto a su hermanastra.
—Creo que normalmente al duque se le considera un hombre guapo y creo que cumplirá treinta y cuatro este año —le contestó ella con delicadeza, pero estuvo a punto de echarse a reír por la expresión de terror de la chiquilla.
—Es terriblemente anciano. ¿Cómo es posible que sea tan guapo si es tan mayor?
Sin querer, la joven imaginó el pecho desnudo y musculoso del duque y la sensación vigorizante de su vello negro contra la piel. La chica se atragantó con la pasta y tuvo que soportar los golpes de Mary en la espalda hasta que le suplicó que parase.
Cuando se las apañó para volver a alzar la vista, su padrastro se había unido a ellas. Estaba tranquilamente de pie sobre la alfombrilla de delante del escueto fuego y le dedicó una sonrisa a Elizabeth.
La joven no fue capaz de detectar ni un atisbo de remordimiento en su comportamiento. Entonces, alzó la barbilla y no si molestó en intentar ocultar su odio. Había aprendido, a costa de sí misma, que nada podía atravesar el grosor de su piel.

La primera vez que le insistió en que trabajase para liquidar sus deudas le rogó que no la obligase, pero después de que la amenazara con echar a Michael a la calle jamás volvió a suplicar.
El señor del Bosque aceptó una taza de té de Mary y devolvió su atención a su hijastra.
—¿Y bien, querida? ¿Cómo te va en casa del duque? —Y alzó la taza de té hacia ella con el indicio de una mirada lasciva—. Obviamente le has complacido y he oído que no es un hombre fácil de satisfacer. —Y le guiñó el ojo de manera vulgar.
Pero Elizabeth le devolvió la mirada.
—Así es, el duque es un hombre complicado. —E hizo una pausa de efecto—. La verdad es que odiaría enfadarle. ¿No está de acuerdo conmigo, señor del Bosque?
La muchacha disfrutó el parpadeo de alarma que produjo su amenaza velada más de lo que habría creído posible. Convencida de marcharse con un toque triunfante, se levantó de su asiento, se sacudió las migas del regazo y se dirigió a la puerta.
—Voy a despedirme de vosotros e ir a hacerle una visita a Michael. —Y echó un vistazo por la ventana mugrienta—. Está empezando a llover y no me parece justo dejar al señor Gallion ahí fuera con el frío mucho rato más.
En ese momento, Mary se puso de pie de un salto y dio una palmada.
—¿Por qué no le pedimos al señor Gallion que se una a nosotros? Así podremos interrogarle sobre el duque y qué posibilidades tengo de que se case conmigo.

***

Tras una respuesta con voz queda a su llamada a la puerta, Elizabeth entró al dormitorio de Michael. Para su alivio, había salido de la cama y se encontraba sentado en una silla junto a la ventana, con un libro abierto sobre las piernas tapadas. La habitación albergaba pocos muebles y le recordaba a la celda de un monje, pero al parecer encajaba con la personalidad de su hermano. Él hacía que se acordase de las imágenes del arcángel por el que le habían puesto su nombre; un guerrero santo que seguía luchando por sus creencias. Tras un vistazo rápido a su alrededor, le alivió ver que aparentemente le habían cuidado bien en su ausencia.
La joven se dejó caer en un asiento junto al muchacho, apoyó la frente en las piernas inútiles de su hermano y le tomó una mano de dedos largos entre las suyas. Solo era un año mayor que ella y a lo largo de su juventud fue su compañía constante y el destinatario a regañadientes de todas sus confidencias femeninas. Durante un buen rato, no hizo nada más que apoyarse en él y disfrutar de la paz que emanaba su presencia apacible.
Aunque no siempre fue tan tranquilo. Intentó poner fin a su propia existencia, herido y desconsolado, durante el primer año tras su vuelta de los campos de batalla europeos. Fue ella quien le obligó a vivir y le forzó a adaptarse a su nueva vida. Recordaba las peleas interminables y lo que se esforzó para que su madre indiferente se involucrase en su relación.
Entonces, respiró hondo y se incorporó para mirarle a la cara. Los ojos grises de Michael no albergaban nada del brillo plateado de los del duque. Eran tan profundos y serenos como la roca más antigua o el pelaje de lobo más grueso. Se encontraba demasiado pálido para el gusto de la joven, y muy delgado, pero había aprendido que podía hacer poco para cambiar aquello dada la existencia actual de su hermano.
El muchacho bajó la cabeza para sonreírle y le apartó un mechón de pelo de la nariz.
—¿Dónde demonios has estado? He oído tales historias del servicio de cocina que he tenido problemas para conciliar el sueño.
En ese momento, la joven le dio un apretón en los dedos y trató de parecer despreocupada.
—Me gustaría tener algo emocionante que contarte, pero simplemente estoy cumpliendo con otra

orden del señor del Bosque. Ya te sabes la de: «Abandona tu propia morada y ve a otro sitio a saldar las deudas de tu padrastro».
Michael apretó los dedos contra los suyos.
—Me he enterado de que se trata de la casa del duque de Diable Delamere y dudo mucho que sea un lugar seguro para una mujer joven y soltera. —E hizo una pausa, pero ella se negó a mirarle a los ojos—. Lizzie, es un jugador y un mujeriego infame. Me preocupa tu seguridad.
Por fin, la muchacha le miró a los ojos inquisidores.
—Si te digo que el duque es más caballero de lo que nuestro padrastro será jamás, ¿dejarás de preocuparte?
—Pero, ¿qué tipo de trabajo puede ofrecerte? Temo por tu reputación.
—¿Qué reputación? —La muchacha se puso de rodillas y posó una mano en la de su hermana, igual que si fuese alguien suplicándole—. No me encuentro en ningún peligro y no se me está obligando a hacer nada que no desee. —Al menos podía decirle la verdad con aquello—. De hecho, me alegró de encontrarme lejos del señor del Bosque y sus trucos. ¿Puedes aceptarlo y alegrarte por mí?
Entonces, alzó la vista para encontrarse con la de Michael y vio su vacilación reflejada en la de él. La fría aversión por el señor del Bosque y su madre sobrepasaba con creces la suya.
—Ojalá me pagasen el trabajo de traductor lo bastante bien como para poder mantenernos a los dos. —Él compartía la habilidad de Elizabeth para los idiomas—. Por desgracia, los ingresos apenas son suficientes para vestirme y alimentarme, no digamos ya a ti, si no, me habría marchado de aquí y enviado a los del Bosque al infierno. —Luego, se quedó un momento callado y le lanzó a Elizabeth una mirada inocente—. Obviamente, ayudaría si tuvieses la decencia de comer como un pajarito.
La joven ignoró su provocación y se puso de pie. Se preguntaba qué pensaría el muchacho de su elogiadísimo sentido común si pudiese ver el ansia con la que besaba al duque.
—He venido a hablar de ti, Michael. ¿Te acuerdas que charlamos sobre buscarte una compañía a tiempo completo?
El joven torció el morro.
—No hay necesidad de que te preocupes por herir mis delicados sentimientos. Te refieres a una enfermera, no a compañía.
En ese momento, la chica alargó la mano dentro de su ridícula y le pasó el manojo de documentos que le había enseñado a su madre antes.
—Espero que este hombre pruebe ser ambas cosas. Se llama Jack Llewelyn y dejó el ejército para cuidar a su comandante en el cuerpo. El oficial ha muerto hace poco y el sargento Llewelyn están buscando un puesto nuevo.
La joven esperó ansiosa mientras su hermano hojeaba las cartas de recomendación, pero no dijo nada, así que hizo acopio de su resolución y comentó bruscamente.
—Le he contratado durante un periodo de prueba de tres meses. Si te resulta satisfactorio, podemos extender el acuerdo.
Michael alzó la cabeza y la contempló serenamente.
—Te lo agradezco, por supuesto, pero doy por hecho que nuestros venerados padres no van a pagarlo, así que ¿cómo pretendes financiarlo?
—Yo voy a pagarlo.
La muchacha le devolvió una mirada de furia y levantó la barbilla, lista para presentar batalla si fuese necesario.
—¿Del salario que te da el duque de Diable Delamere?

Acto seguido, el joven cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó sin apartar los agudos ojos de ella.
—Sí.
En ese momento, Michael le levantó una ceja; la áspera belleza de su rostro en desacuerdo con la expresión escéptica.
—Bueno, espero que sea lo que sea que estás haciendo para ganarte ese salario recaiga bien en tu conciencia. No me gustaría nada tener que reprender al duque de Diable Delamere para vengar tu honor.
—No seas ridículo, Michael.
El muchacho se rio con ella, pero Elizabeth sabía que no dudaría en enfrentarse al duque si creía que algo no iba bien, aunque la chica no sería capaz de soportar una competición tan poco equitativa y, mientras contemplaba a su hermano, se hizo la promesa de que haría todo lo que estuviese en su mano para mantener a los dos hombres lejos el uno del otro.

Capítulo doce

Elizabeth se sentó a cenar en el comedor magníficamente decorado del duque con sir John y Nicholas Gallion. Se preguntó si el noble habría elegido la decoración de manera deliberada para que le complementase mientras contemplaba los tapices de seda y las bordadas cortinas plateadas, y solo tardó en un segundo en decidir que sí.

Para su alivio secreto, Nicholas le preguntó por su familia y no siguió con el tema cuando ella no le contó nada. Al dejar parte de sus preocupaciones atrás, se decidió a preguntarle al duque si podría prescindir de la innecesaria asistencia de Nicholas. Seguro que tenía cosas mejores que hacer.

—Señora Waterstone, parece un poco distraída esta noche. ¿Se encuentra mal? ¿Quiere que llame a su doncella?

La voz ronca de sir John se infiltró en sus cavilaciones y alzó la vista hasta el hombre con un sobresalto de culpabilidad. Acto seguido, se dio cuenta de que su tenedor se encontraba suspendido en el aire, en equilibrio sobre su plato.

—Lo siento, sir John, estaba pensando en las musarañas. ¿Me ha preguntado algo?

—Solo quería saber sobre su estado de salud. Parece un poco distraída.

En ese momento, la joven soltó el tenedor.

—Quiere decir que por una vez no estaba comiendo y que ha pensado que debía estar ocurriéndome algo verdaderamente serio.

Nicholas estalló en una carcajada.

—Me temo que lleva razón, señora Waterstone. Creo que sir John admira a las mujeres de apetito prodigioso.

La mirada que el secretario del duque le lanzó al chico quedaba lejos de resultar amistosa cuando se volvió hacia la muchacha.

—No quería decir tal cosa, señora —dijo con frialdad—. Simplemente estaba preocupado. Carece de su chispa usual.

La joven hizo una pausa y contempló el rostro sonrojado del secretario. ¿Pensaba que tenía chispa? Habían cenado juntos en varias ocasiones desde su desfavorable primer encuentro y habían llegado a entenderse bastante bien. El secretario jamás brillaría al lado del duque, pero se trataba de un hombre digno y serio con una pasión por su trabajo que ella aplaudía incluso a pesar de que no pudiese abrirse con él.

—No sé si confesarlo, sir John... —Y la joven se encogió de hombros a modo de disculpa—, pero estaba pensando en mi familia.

—¿Ha sucedido algo? Nicholas me ha dicho que todo fue bien esta tarde.

En aquel instante, Elizabeth arrojó una mirada cortante al muchacho, que le guiñó el ojo. ¿Por qué sir John estaba tan preocupado sobre su paradero y por qué Nicholas estaba obligado a contárselo? Durante un momento sufrió un arrebato de sospecha y, entonces, recordó su nueva posición. Lo más seguro era que el secretario del duque estuviese ansioso por su valor como descifradora de código. Poco podían interesarle las interacciones con su familia.

—Nicholas está en lo cierto. Simplemente estaba analizando algunos viejos problemas familiares. —Y consiguió soltar una pequeña carcajada—. Seguro que todas las familias tienen su buena cantidad de preocupaciones y la mía no es una excepción.

La expresión del rostro de Michael cuando se marchó no dejaba de perseguirla. Estaban tan unidos que de alguna manera había notado que no estaba siendo completamente sincera con él.

Además, ella le conocía lo bastante bien como para darse cuenta de que no iba a dejar de molestarle hasta que le hubiese sacado la verdad, por lo que tendría que ser muy cuidadosa.
Nicholas dijo algo y Elizabeth se alegró de seguir con el tema de la familia del muchacho y sus problemas por haberse criado con cinco hermanas hasta que llegó el momento de retirarse.

***

La joven estudió su reflejo cansado en el espejo del tocador. Había sobrevivido al primer encuentro con sus padres y hermanos, y era consciente de que aquello solo podía volverse más sencillo. La niña que albergaba en ella quería salir corriendo y disfrutar de su libertad recién encontrada, pero la madurez que tanto le había costado ganar le decía que seguía siendo necesaria. A continuación, se quitó poco a poco las horquillas que le sujetaban con fuerza el cabello a la cabeza y se masajeó el cráneo con las yemas de los dedos.
Entonces, se oyó un ligero toque en la puerta y, antes de que pudiese contestar, Jacques, el ayuda de cámara del duque se deslizó dentro del dormitorio con una expresión de desaprobación glacial en su rostro. Luego, le dedicó una reverencia solemne y se negó a mirarla a los ojos.
—Su Excelencia desearía verla en su alcoba, señora Waterstone.
Elizabeth se puso de pie, se alisó las faldas del vestido, el pelo suelto le cayó por los hombros y miró con incertidumbre al ayuda de cámara bajito.
—¿El duque se refería a ahora?
Jacques se encogió de hombros con elocuencia y sorbió la nariz de manera muy sonora.
—*Oui, madame*, y me disculpo por si sus órdenes le han conmocionado. Le he dicho que no era apropiado, pero se niega a escucharme...
Acto seguido, el hombre se retiró y la chica recorrió el camino hasta la alcoba de su huésped.
Llamó a la puerta, pero no recibió contestación y, sin esperar a que la pillasen deambulando por el pasillo, ella misma se dio permiso para entrar.
—Buenas noches, querida.
La joven tragó saliva y entrelazó las manos sobre su pecho. El caballero se encontraba en su bañera y no había ni rastro de Jacques.
—Elizabeth, por favor, cierra la boca, no querría que acabes atragantándote con una mosca errante. —Y el hombre levantó las cejas cuando la muchacha continuó mirándole boquiabierta —. ¿Qué pasa? ¿Es la primera vez que ves a un hombre dándose un baño?
Ella negó con la cabeza, los ojos clavados en la magnificencia de su pecho desnudo que resplandecía con el agua y los pies descalzos cruzados por los tobillos en el borde de la bañera. El rubor ligeramente aceitunado de su piel le otorgaba un aspecto de Dios griego a la luz del fuego. Tenía el cabello empapado y pegado a la cabeza igual que si fuese el pelaje brillante de una foca. La joven se esforzó en tomar aliento cuando sus pupilas siguieron las líneas de sus músculos y el vello oscuro de su pecho hasta que desapareció en el agua jabonosa de su cintura.
—Necesito tu ayuda, *cherie*. —Acto seguido, el duque levantó una mano lánguida y se frotó el pecho—. Jacques se ha marchado hecho un basilisco porque le he sugerido que deberías unirte a mí y ahora no tengo a nadie que me enjabone la espalda.
En ese momento, dejó caer la mano bajo la superficie del agua y sacó una esponja marina de entre las rodillas.
Y, antes de que pudiese refrenarse, Elizabeth se descubrió dirigiéndose hacia la bañera con una mano tendida, lista para recibir la esponja.
—Gracias, querida —murmuró el hombre—. Había empezado a temer que tendría que lavarme yo solo.
A continuación, la muchacha se arrodilló junto al lateral de la profunda bañera y lentamente

hundió la esponja en el agua caliente y con aroma a limón. Después, la estrujó entre los dedos, con la boca seca, y contempló el cuerpo del noble. ¿Por dónde debería empezar? Su única experiencia de baño a un hombre hecho y derecho había sido cuando Michael se encontraba demasiado enfermo como para cuidar de sí mismo y aquello, aquello era un asunto completamente diferente.

—¿Puedo hacerte una sugerencia, Elizabeth?

El uso íntimo que el noble hizo de su nombre de pila la sacó de golpe del trance. Le contempló con la mano cerniéndose sobre el pecho del caballero y observó, cautivada, cómo las gotas de agua caían de la esponja, reflejaban la luz y se resbalaban por su vientre plano.

—Si te quitas el vestido, la seda no se echará a perder.

La chica solo pudo asentir y darle la espalda en silencio. Notó el calor de los dedos empapados del noble cuando entraron en contacto con su piel al deshacer los nudos de la prenda y dejó que esta se deslizase hasta el suelo. Entonces, la joven volvió a coger la esponja y él se sentó hacia adelante para permitirle el acceso a la larga y suave línea de su espalda.

—Querida, he estado pensando —dijo mientras ella comenzaba a frotar la esponja por su carne firme en lentos círculos—. Ha llegado el momento de que empieces a volver a vestir colores más claros. Deberíamos fingir que el finado, el difunto, por quien no se ha derramado una lágrima, señor Waterstone lleva muerto un año. Los vestidos de fiesta de color gris y lavanda de *madame* Charles deben sentarte bien. —En ese instante, soltó un gemido y giró los hombros fornidos cuando la muchacha le apretó la columna—. Ay, eso sí que está bien, Elizabeth. Lo haces mucho mejor que Jacques.

Sorbiendo la nariz con indignación, la chica se inclinó más hacia él y le bajó las uñas por la espalda.

—¿De veras, Excelencia? —le preguntó con dulzura mientras sus músculos se contraían y apretaban.

Entonces, la agarró de la muñeca, apartó la esponja de su espalda y la observó. Una lenta sonrisa se ensanchó en aquella boca sensual y dejó la mirada posada en su cuerpo.

—Oh, sí, querida, de veras. Esto es mucho mejor.

La muchacha siguió la dirección de su mirada, hacia abajo. El corsé se le había empapado y mostraba claramente el contorno de sus pechos y pezones.

—Ven aquí —le susurró, y extendió una mano mojada alrededor del cuello de la joven para ponerla de rodillas y apoyarla en su pecho.

La boca del duque buscó la entrada a la suya y la besó con un disfrute tan pausado que la dejó sin aliento. Después de un rato, se recostó contra el borde de la bañera y permitió que siguiese limpiándole el pecho y los brazos.

Sin esperar a que se lo pidiera, Elizabeth le enjabonó los pies y las piernas, paró en seco cuando llegó a las rodillas, y volvió a empezar. En ese momento, la mano del noble se acercó a la suya y frenó sus movimientos.

—¿Creías que iba a dejarte escapar sin haberme lavado por completo? —le reprendió.

—No, Excelencia, yo...

Por segunda vez en su vida, la joven no era capaz de pensar en nada que decir, ante lo que el duque soltó una suave carcajada, liberó la esponja de la mano de la chica y la dejó caer en el agua, entre sus muslos.

—Búscala, *cherie*. Yo te ayudaré si te confundes.

Elizabeth cerró los ojos y bajó la mano indecisa hasta meterla en el agua arremolinada. La piel suave del interior de su brazo se rozó contra el fuerte muslo del noble. Casi sin atreverse a

respirar, se hundió hasta el fondo de la bañera y extendió los dedos en una búsqueda desesperada. El agua resultaba tan profunda que casi le llegó hasta arriba del brazo y le lamió el pecho. El corsé absorbió más agua y uno de los tirantes se le resbaló hacia abajo.
La chica apretó los dientes cuando rozó unas de las piernas del duque con los dedos estirados y este emitió un murmullito de placer. Luego, se estremeció cuando los largos dedos del caballero comenzaron a juguetear con su seno.
—Con los ojos cerrados con tanta fuerza y mordiéndote la lengua, pareces una niña en la feria del condado buscando un premio en el barril de salvado.
En ese momento, deslizó la otra mano para unirla a la de la muchacha, en el agua, y entrelazó los dedos con los de ella. La joven se puso tensa cuando le arrastró la mano hasta el interior del muslo y se la llevó a la ingle. Luego, hundió los dientes en el lateral del cuello de la chica y aumentó el frotamiento de su seno con los dedos. La respiración de la joven se convirtió en jadeos entrecortados cuando se envolvió el falo con sus dedos.
—Bueno, querida. ¿Qué has ganado? ¿Es de tu gusto?
—No creo que sea una esponja, Excelencia, pero desde luego que es de mi interés.
El cuerpo del duque se agitó con una risa silenciosa y este le hundió los dedos en el cabello, le levantó el rostro para acercarlo a la suya y la besó.
—Ay, Elizabeth, siempre tienes algo didáctico que decir, ¿no es así?
El hombre mantuvo la mano sobre la de ella hasta que pareció considerar que había recuperado la compostura. Luego, le deslizó los dedos a un ritmo cautivador que imitaba el hábil empuje y retiro de su lengua. La muchacha intentó no pensar en lo que estaba haciendo, aunque luego, cuando el beso del duque se volvió más intenso, fue incapaz de pensar en nada.
Los dedos de Elizabeth parecían moverse sobre el tronco del duque con una voluntad propia al compás de la lengua del noble y del fuego palpitante que bajaba propagándose desde los pezones turgentes para acumularse en la parte baja de su vientre.
—Eso es, *ma belle* —le suspiró con voz ronca pegado a su boca—. Dame el placer que yo te devolveré.
La chica casi se sorprendió cuando se alejó de ella, pero solo fue para levantarla por encima del lateral de la bañera y colocársela en el regazo, momento en el que las finas enaguas se le pegaron a las piernas y cubrieron los muslos del duque cuando se sujetó para no perder el equilibrio. Acto seguido, los dedos del caballero trabajaron de manera eficaz para deshacerle los cordones empapados del corsé y liberarle los senos. Para terminar, le arqueó la espalda hacia atrás con un gruñido y bajó la cabeza hacia ella.
El primer roce de la boca del hombre con el pezón ya sensible provocó que la muchacha comenzase a gemir y a mecerse contra él. En ese instante, fue asombrosamente consciente de que lo único que la separaba de la desnudez del noble era la capa de sus enaguas. Sintió su excitación y el fuerte palpitar de su falo a través de la fina tela, y se pegó con urgencia a él.
Con una maldición ahogada, el hombre se quedó rígido y empujó las caderas contra las de la joven a modo de brusca exigencia. Después, soltó un gemido y se desplomó contra sus pechos. Después de unos minutos yaciendo inmóvil, Elizabeth alzó el brazo con indecisión y le acarició el cabello.
—Gervase, ¿estás bien? —le preguntó, y la respuesta fue una pasada de la lengua del noble sobre su pezón.
—Mmm... —murmuró, e hizo palanca para separarse de ella—. Debo disculparme por mi inmaduro comportamiento. —Y los dientes le brillaron con una sonrisa—. No he tomado a una mujer desde que te conocí y confieso que me he visto superado por el efecto que causas en mí.

La muchacha frunció el ceño. ¿De qué estaba hablando? Entonces, movió las caderas y se dio cuenta de que el cuerpo del duque se había... alterado. La mirada de la chica deambuló por el vientre plano y el pecho del noble para descubrir que la estaba observando con un destello de diversión y algo más sensual en sus ojos plateados. Y cayó en la cuenta de un desagradable golpe.

—Oh, Excelencia, pensé que le habría hecho daño de alguna manera. —Y agitó la mano distraída en dirección a su regazo—. No era consciente de que el placer masculino podía ser tan, tan...

—¿Inconveniente? —Y el duque terminó la frase por ella mientras la ayudaba a salir de la bañera.

***

La muchacha tembló y Gervase la atrajo hasta el círculo de sus brazos para quitarle la combinación mojada. Sin soltarla, tiró de su gruesa bata, que se encontraba en el respaldo de una silla al lado, se la puso y la envolvió entre sus pliegues, pegada a su cuerpo. La joven descansó la mejilla en su pecho con un extraño suspirito. El caballero bajó la vista y consiguió distinguir lo que quedaba del rubor de la chica en la cremosidad de su piel inmaculada.

La acercó más todavía y se maravilló con lo bien que encajaba con él. Todo su cuerpo vibraba con una sensación de liberación y placer. Seguía sorprendiéndole que una mujer que no era bella ni tenía talento en la cama pudiese conmoverle tanto. Sin darle más vueltas, comenzó a secarla. La larga melena de la muchacha se rizaba en las puntas y se le enredó en los dedos.

Con un susurró de consuelo, la cogió en brazos y fue a paso largo hasta una silla junto al fuego. Después, la acomodó en su regazo sin destaparla de la bata y comenzó a ocuparse del cabello húmedo de la joven con los dedos. Ella no mostró ninguna señal de preocupación por que la estuviese abrazando contra el torso desnudo y eso le alegró. A una parte tierna de su ser de cuya existencia casi se había olvidado le habría importado que hubiese vuelto a sentir miedo de él.

Continuó desenredándole el pelo y buscó un tema de conversación que no la avergonzara ni tuviese que ver con su nueva experiencia sexual.

—¿Qué tal tu familia, Elizabeth? ¿Has conseguido tener una conversación civilizada con tu madre o te ha mostrado dónde está la puerta?

—Mi madre dejó muy claro que no quería verme en absoluto, no digamos conversar conmigo, pero nos las apañamos para llevarnos bien. —Y suspiró—. Eso te lo debo a ti. Sin tu intervención, habría perdido a mi familia.

Gervase le dio un beso en la coronilla.

—Es un placer, querida. A veces, ser duque tiene sus ventajas. —Y se aclaró la voz—. ¿Viste al señor del Bosque?

—Sí, por desgracia. —La chica soltó una risita por la nariz y separó la cabeza del hombro del caballero con un brillo combativo en los ojos—. Me ha mirado como si no hubiese cambiado nada y luego ha insinuado con malicia mis «obligaciones» delante de mi madre y mi hermanastra.

En ese momento, el noble negó con la cabeza y la indignación desapareció de la mirada de la muchacha y se vio reemplazada por el desasosiego.

—Hay algo que ha cambiado en ellos. Llevo todo el día preocupada por eso —le comentó ella, y el duque contuvo el aliento—. ¿Cómo son capaces de permitirse una temporada para Mary? Según tengo entendido son tremendamente caras. —Y alzó la vista con sus ojos claros—. ¿No lo es, Gervase?

Luego, arrugó el ceño y el caballero, satisfecho por que hubiese usado su nombre de pila de

manera espontánea, le pasó los dedos por las líneas de expresión hasta que volvió a relajarse.
—Es posible que el señor del Bosque haya ganado una tremenda cantidad de dinero, querida. O que tu madre haya recibido una herencia hace poco. —Y se encogió de hombros—. Podría ser cualquier cosa. —Entonces, se quedó callado un momento y se enrolló uno de sus rizos en el dedo—. ¿Has pensado en preguntárselo?
Elizabeth se incorporó y la bata del hombre le descubrió los senos.
—He de confesar un atisbo de cobardía. Temía que mi madre se negase a permitirme las visitas si sacaba el tema tan poco digno que es el dinero.
El duque ansiaba escuchar sus conclusiones sobre las razones de la repentina riqueza del señor del Bosque y además le intrigaba lo que entreveía de su vida y las adversidades que ocultaba tan bien.
La muchacha le lanzó una miradita.
—Cuando vivía en casa, mi madre y mi padrastro se aprovechaban totalmente de mi capacidad de trabajar para ellos. —Y se mordió el labio— A lo mejor es vanidad, pero di por hecho que sin mí las cosas irían peor y parece que lo cierto es lo contrario.
Gervase, reacio a perturbar su hilo de pensamientos, levantó una ceja para animarla a continuar.
—Tenían una sirvienta para abrir la puerta y la casa estaba limpia y bien cuidada. Y, más concretamente, mi madre me sirvió té recién hecho y pastas. —La joven tuvo que darse cuenta de que no lo estaba comprendiendo cuando le sonrió—. Yo solía estar al cargo del gobierno de la casa y tenía que mirar hasta el último penique. Ni siquiera podíamos permitirnos a una sirvienta la mayoría de las veces. Las hojas de té siempre se usaban al menos dos veces y yo horneaba todas las pastas.
Una punzada de ira incalculable sorprendió al duque cuando imaginó a Elizabeth inclinada sobre una cocina decidida a alimentar a su perezosa familia. Entonces, le tomó la mano en la suya y la examinó. Pasó los dedos por las marcas de quemaduras apenas visibles de su piel, y las arrugas del ceño se le pronunciaron hasta que ella le agarró de las muñecas para que dejase de explorarla.
—No me imagines como a una esclava. Yo elegí aceptar un montón de responsabilidades porque lo preferí. Intenté que nuestra familia siguiese siendo respetable. ¿Es eso un crimen?
Comprendía el orgullo; había nacido para él. No pensó peor de ella por tal cabezonería y negativa a permitir que su familia se hundiese en la deuda y la deshonra.
El duque le levantó la mano hasta sus labios y le besó la palma.
—No, querida, tus acciones fueron admirables, por supuesto, pero eso sigue sin explicar de dónde ha sacado el señor del Bosque el dinero para la presentación en sociedad de Mary.
Reticente a seguir preguntando y consciente de una sensación de paz a la que no estaba acostumbrado, Gervase deslizó la mano debajo del cabello de la muchacha y le acarició la tersa nuca. Ya tenía el cabello casi seco y enterró la nariz en la suave masa de rizos. A pesar del hecho de que habían compartido el agua de la bañera, seguían conservando su esencia única.
Mientras inhalaba, el falo se le puso morcillón contra las suaves nalgas de la chica y esperó a que Elizabeth lo señalase como inevitablemente lo haría. Cuando no dijo nada, le inclinó la cabeza hacia atrás con cuidado hasta su palma abierta y bajó la vista para contemplar su rostro. Se había quedado dormida.
Con una sonrisa burlona, la cogió en brazos y se dirigió al dormitorio de la muchacha. De toda su cacareada vida sexual, era la primera vez que conseguía dormir a una dama de aburrimiento antes de haberla dejado exhausta en la cama. Luchó contra la necesidad de quedarse y dormir a su lado, una práctica que normalmente evitaba con sus amantes, a quienes pagaba para que se quedasen despiertas y le entretuviesen, no para dormir.

Esperó durante un segundo a ver que se había acomodado y, luego, volvió a su cama.
Entonces, el duque comenzó a sonreír mientras apagaba las velas de un soplido. Elizabeth había aprendido a complacerle y parecía contar con la habilidad de descifrar códigos. Se imaginó su rostro. Puede que no fuese guapa ni una experta en la cama, pero a él le resultaba infinitamente más atractiva tal y como era.

Capítulo trece

—Pero no tiene ningún sentido —susurró Elizabeth mientras contemplaba las hojas de pergamino arrugadas frente a ella.

Entonces, alzó la vista y captó la mirada de sir John. Se encontraban sentados en el despacho flanqueado por libros que ahora albergaba un escritorio extra para ella, lo que hacía que la oscura sala fuese más bien estrecha.

El secretario del duque se acercó lentamente para echar un vistazo por encima de su hombro con una expresión rebosante de interés.

—Tres de esos documentos los ha escrito la misma mano. El cuarto, el que acabo de traducir, es de una distinta, pero se trata del mismo código.

—Entonces, hemos de dar por hecho que el redactor del código original ha dejado el trabajo o se ha visto forzado a parar.

El hombre encogió los estrechos hombros arrugando el paño fino más si cabe.

—Me figuro que cualquier hombre que se compromete con un engaño tan desesperado debe ser consciente del riesgo que supone para su vida.

La joven trazó con la punta de los dedos las espirales y curvas de la escritura.

—¿Estás diciendo que la persona que escribió estas palabras podría estar muerta?

—Sí, por supuesto, señora. A no ser que piense que se ha tomado unos días libres para unas vacaciones de verano con su familia en este momento crucial del plan de asesinato.

Se hizo el silencio y la chica respiró hondo varias veces y dejó que lo atractivo de la traducción del código neutralizara su aprensión. A menudo olvidaba que el duque y sir John vivían y prosperaban en un submundo en el que la vida no valía mucho y el engaño era algo común.

Entonces, le lanzó una mirada furtiva a la cabeza inclinada del secretario del duque. Al parecer ni siquiera el impasible y virtuoso sir John era inmune a los efectos de esa vida.

La joven volvió al código y enseguida olvidó la hora mientras trabajaba en desenredar las complicaciones del rompecabezas. Lo comparaba con desmontar una parte de un tejido y recolocar los hilos en un estampado más agradable. Ya había terminado de traducir los dos primeros mensajes y estaba dedicándose al tercero. Pese a la seguridad de que sus deducciones eran correctas, las crípticas traducciones le resultaban casi tan difíciles de entender como el código.

Apenas se molestó en levantar la cabeza cuando sir John le mencionó algo sobre cenar. Su marcha se manifestó en que la atmósfera de la sala se relajó ligeramente. Había descubierto que el intenso interés del secretario en sus intentos de descifrar el código podía ser un poco agobiante.

Cuando volvió con el fuerte olor al brandi que había disfrutado con la cena, dejó colgando una carta adornada con cintas delante de sus narices, y ella se apartó del empalagoso aroma a esencia de rosas.

—Señora Waterstone, tengo una cita esta noche. ¿Tendría la bondad de atraer la atención del duque a esta misiva urgente cuando vuelva? Es una carta de su actual amante, Angelique. —Y le guiñó claramente el ojo—. Estoy seguro de que está deseando saber de ella. —Y se inclinó más hacia la muchacha—. Usted es una mujer de mundo, señora Waterstone, y por lo tanto comprende que un hombre tiene sus necesidades. Gracias a Dios Angelique cuenta con la habilidad de satisfacer las del duque.

Elizabeth se las ingenió para dibujar una sonrisa tensa y volvió a preguntarse cómo un caballero

tan mojigato como sir John era capaz de soportar trabajar para el noble. Acto seguido, cogió la carta entre el índice y el pulgar y la lanzó a la esquina más lejana del escritorio.
—Por supuesto, me aseguraré de que Su Excelencia la recibe.
A medida que el tiempo pasaba, el aroma empalagoso de la carta pareció infiltrare en todo el aire fresco de la sala cada vez más oscura. La joven trató de respirar por la boca e ignorar el rumor de indignación creciente de su cabeza. Gervase le había dicho que era la única mujer en su vida. ¿Por qué había pasado por alto mencionar que contaba con una amante permanente reservada en alguna parte?
Con un largo gruñido, la chica cayó en la tentación, agarró la carta y leyó la dirección. La misteriosa y sin duda bella Angelique parecía vivir en Mayfair. La muchacha se imaginó a una rubia menuda y seductora arrojando los brazos alrededor del cuello del duque y aportándole toda la sensualidad que a ella le faltaba. Luego, respiró hondo, destensó la mandíbula y apartó la vista de la carta para echar un vistazo al fuego. ¿Y si salía flotando «accidentalmente» de su escritorio y la consumían las llamas? ¿Gervase tendría que saberlo o Angelique seguiría enviándole cartas hasta que recibiese una respuesta?
Elizabeth volvió a soltarla en el escritorio como si ya la hubiese echado al fuego. No podía obligarse a destruirla, así que se obligó a esperar a ver la reacción del hombre cuando se la entregase. Con aquella idea satisfactoria, volvió a aplicarse con el código hasta que un sonido en la biblioteca del caballero le informó de su vuelta.
Este levantó la vista cuando la joven apareció en la puerta y le inclinó la cabeza antes de terminarse el contenido de su copa de brandi. Se había deshecho de la chaqueta y se encontraba junto al fuego, con el plastrón suelto y el cabello oscuro algo despeinado. Dio la sensación de que el chaleco brillaba cuando se giró hacia ella y las cuentas negras azabache bordadas reflejaron la luz. A los ojos amargos de la chica, parecía que acababa de salir a rastra de la cama de otra mujer.
El noble levantó una ceja ante el continuo silencio de la muchacha y soltó la copa vacía en la repisa de la chimenea. Ella se obligó a hablar, aunque el esfuerzo de ser civilizada estuvo a punto de atragantarla.
—Parece un poco desaliñado, Excelencia. ¿Puedo ayudarle en algo?
Él negó con la cabeza y continuó contemplándola con una postura relajada y una expresión ligeramente inquisitiva. La chica cerró los puños cuando la necesidad de salir corriendo hacia él estuvo a punto de sobrepasarle. No estaba segura de si quería retirarle el mechón de pelo que le caía sobre la frente o cruzarle la cara.
—No me mires así, Elizabeth, me recuerdas a mi madre. He pasado la noche en una casa de apuestas y casi no escapo con vida cuando he señalado que la banca estaba robando.
Luego, se acercó tranquilamente a su chaqueta y sacó una baraja de cartas del bolsillo. Con la facilidad de un experto, mezcló el mazo y se las presentó a la chica bocabajo y en forma de abanico con un movimiento rápido de muñeca.
—Coge una carta, querida. Examínala detenidamente y, entonces, dime qué le pasa.
La joven, a quien le había picado el interés, escogió una carta y la observó desde todos los ángulos. Para su decepción, no vio nada malo en ella. Después, alzó la vista hasta el duque y frunció el ceño mientras odiaba que le hubiesen superado.
—No veo nada, Excelencia. Parece estar en orden.
—¿De veras? —susurró el hombre—. Pues te sorprenderá que te diga que la carta que has escogido es el ocho de diamantes.
La chica solo fue capaz de asentir boquiabierta del asombro. El duque atravesó la sala, la rodeó

con los brazos y luego apoyó las manos sobre las de ella.
—Examina el dorso de la carta. ¿No notas nada?
En ese instante, Elizabeth pasó la punta de los dedos sobre la cara estampada y detectó algo en la esquina superior izquierda.
—Parece que hay una mueca en la superficie —suspiró—. ¿Todas la tienen? ¿Es una especie de código?
El duque le rozó la nuca con un beso.
—Así es. Las cartas se han marcado con un alfiler para darle ventaja al repartidor y a quien esté involucrado en el plan.
Entonces, le mostró el resto de la baraja y la abrió en abanico para que las inspeccionase. Se tomó su tiempo para tocar cada una a la vez que comentaba las diferencias al duque, que continuaba detrás de ella con las manos envolviéndole ligeramente las muñecas.
—Tu padrastro me ha presentado a tu madre en ese tugurio de apuestas. No sabía que ella también jugaba.
Elizabeth reunió las cartas en su puño, bajó la vista y las miró sin ver.
—Mi madre siempre ha jugado, Excelencia. Así es como conoció al señor del Bosque.
El hombre aceptó las cartas con un frío gesto asentimiento y la muchacha se esforzó en cambiar de tema con un sobresalto, consciente de la capacidad del duque de sacarle los secretos sin ningún esfuerzo aparente.
En ese momento, la misiva crujió en su bolsillo para presentarle la distracción perfecta.
Con una floritura, sacó la carta de Angelique y se la tendió al noble. Este arrugó la nariz cuando el aroma del perfume se acercó flotando hasta él y, después, cogió la carta y le echó un vistazo a la dirección.
—Ah, gracias, querida. No estoy del todo seguro de cómo has llegado a ser la repartidora de esta epístola perfumada, pero te doy igualmente las gracias.
—Sir John me ha pedido que se la entregase, Excelencia.
—Me pregunto por qué habrá encontrado necesario hacer tal cosa. Cualquiera podría pensar que está intentando manchar mi reputación. ¿Crees que sir John está desarrollando un cariño por ti? —Y frunció el ceño—. Tengo que preguntarle a Nicholas.
Antes de que Elizabeth pudiese contestar, el caballero se acercó al escritorio y cogió un abridor de cartas plateado para romper el sello rosa chillón con un corazón estampado en relieve.
—Por desgracia, el uso de perfume de Angelique aumenta proporcionalmente con su estado de agitación. —Y la sacudió cuidadosamente para sacar la única hoja—. Me pregunto de qué demonios se preocupará ahora.
Elizabeth atravesó resuelta la alfombra detrás el duque y esperó con los brazos cruzados sobre el pecho a que el hombre desplegase la carta y comenzase a leer. La muchacha frunció el ceño por la cara de inconsciencia de Gervase después de que aparentemente le hubiese hecho gracia el contenido de la misiva.
La mirada gris e inescrutable del caballero se encontró con la suya a la vez que hacía una bolita con el pergamino y la lanzaba al fuego por encima del hombro.
—Angelique va a caerte bien, Elizabeth. De hecho, creo que mañana debería dedicar un momento a hacerle una visita.
—Si quiere ir a visitar a su amante, Excelencia, difícilmente puede esperar que le acompañe.
—¿Por qué demonios no? —preguntó sencillamente el noble.
—Porque... —Acto seguido, la joven se alejó un paso y se topó con la pared llena de libros—, no es un lugar apropiado para que me lleve con usted.

En ese momento, el caballero se acercó más si cabe a ella y la muchacha se preguntó si podría oír el latido irregular de su corazón y que le faltaba el aire.
—No lo entiendo, querida. ¿Temes por tu reputación o te consideras la reina de Saba y no puedes entrar a casa de una cortesana?
—No, yo...
—Entonces, harás lo que te pido.
—¿Por qué demonios quieres que esté allí? ¿Se supone que voy a mirar y a tomar notas? ¡No lo haré!
El duque tiró de ella hasta sus brazos y le bajó la cabeza para que se la apoyara en el hombro. Toda su figura pareció vibrar, y Elizabeth tardó un buen rato en darse cuenta de que el temblor era risa. Cada vez más indignada, la joven trató de apartarse, pero él no se lo iba a permitir.
—Desde luego que no tienes precio. ¿Cómo puedes dudar de mis intenciones? Jamás esperaría que me observases hacer el amor con otra mujer o, que Dios me perdone, comentar mi desempeño. Ya te he dicho que en mi cama solo hay una mujer a la vez. —Y le dio unas palmaditas en la espalda—. Esfuérzate por tener un poco de fe.
La muchacha retrocedió y el rostro se le encendió de color escarlata. A continuación, el hombre le enseñó la baraja de cartas y se la tendió con una sonrisa pícara.
—Creo que deberías irte a la cama, Elizabeth. Pareces un poco acalorada. Pero, antes de que te marches, coge una carta y no me digas cuál es.
Con un gemido ahogado, la chica hizo lo que le había pedido y luego se dio la vuelta para marcharse sin dejar de estrechar la carta con fuerza.
—Buenas noches, querida.
La diversión del duque la persiguió escaleras arriba y no pensó en mirar el naipe hasta que estuvo a salvo en los confines de su dormitorio. Entonces, abrió los dedos y ahogó un grito al darse cuenta de que ahí no había nada. Acto seguido, bajó la vista hasta el corpiño, donde asomaba la punta de una carta entre sus senos. Y no pudo evitar reírse cuando descubrió el enigmático rostro de la reina de corazones devolviéndole la mirada.

***

Gervase clavó las pupilas en el fuego en el que ardían los restos de la carta de Angelique y se retorcían como si fuesen una culebra. A Elizabeth le sentaba bien el vestido lila pálido que había elegido para ella. Una pena que se hubiese manchado el puño fruncido de tinta. No había conocido nunca a una mujer tan despreocupada con su apariencia, pero de alguna manera aquel era parte de su encanto.
Sumido en sus pensamientos, el hombre atravesó la puerta oculta en la estantería que llevaba al despacho de sir John y sonrió al darse cuenta del desorden que había formado la joven en su escritorio en solo un día. En contraste, el de su secretario estaba como una patena. Se le borró la sonrisa cuando se dio cuenta de que la joven se había dejado los mensajes cifrados y las traducciones encima del escritorio, a la vista de todo el mundo.
¿Seguro que sir John le había pedido que guardase los documentos? Sería impropio de él no habérselo mencionado. Se le pasó por la cabeza otra idea más inquietante. ¿Elizabeth había ignorado el consejo de sir John y dejado los documentos fuera de manera deliberada?
Al final, se dirigió al escritorio de la chica, ordenó las hojas codificadas con su traducción extendida al lado. Su interés aumentó cuando leyó los dos primeros, que, tal y como había esperado, presentaban el concepto inicial del plan de asesinato e identificaban a Le Fleur como a un cabecilla.
La joven no había terminado del todo con el tercero, pero el hombre soltó un suave silbido de

admiración ante sus habilidades. Él y un equipo de expertos del Ministerio de Asuntos Exteriores habían trabajado durante meses en esas puñeteras cosas y no habían llegado a ninguna parte, y su pajarillo marrón les había echado un vistazo de desdén y las había resuelto en un santiamén y sin dejar de preguntarse en todo ese tiempo por qué el resto de «cabezas de chorlito» eran tan lentos.
Colocó los documentos en el primer cajón a la derecha del escritorio de la muchacha y buscó la llave que sabía que había dejado en la cerradura esa mañana, pero, incluso después de una larga búsqueda, no la encontró. Entonces, recuperó los documentos y los llevó hasta su propio estudio, donde sabía que estarían a salvo, mientras despotricaba por lo bajini.
A pesar del exitoso intento de aliviar las sospechas de Elizabeth, aquella noche no pasó sin su parte de peligro. Desenmascarar a estafadores y luego salir tranquilamente de la casa requería de nervio y él temía estar haciéndose demasiado mayor para disfrutar de la emoción. La amenaza del disparo de una pistola por la espalda en aquel punto crucial de su investigación no era algo en lo que pensar.
Mientras subía las escaleras, el recuerdo aislado de la señora del Bosque sentándose a la misma mesa en la que Gervase descubrió el timo se revolvió en su mente, e intentó rememorar la expresión de su rostro. ¿Sus revelaciones le sorprendieron o enfadaron? No fue capaz de acordarse del todo porque tenía la atención centrada en el fraudulento repartidor de cartas. Lo único de lo que se dio cuenta fue de que su sonrisa no era más que un eco mediocre de la de Elizabeth.
No fue hasta que estuvo a punto de quedarse dormido cuando otra imagen que se le había quedado grabada pasó ante sus retinas. Vio las manos envueltas en unos mitones de encaje negro de la señora del Bosque recogiendo las monedas olvidadas en la mesa con una prisa frenética. Luego, para cuando el alboroto por su revelación alcanzó su punto álgido, ya había desaparecido.

Capítulo catorce

—Les he pedido a los dos que vengan aquí para ayudarme en un tema relacionado con la señora Waterstone.

Gervase focalizó su atención en Nicholas y sir John, que ocupaban las sillas frente a su escritorio. El primero estaba recostado tranquilamente en su asiento, con un pie cruzado sobre el otro por el tobillo, y el secretario se encontraba encorvado hacia delante, como si estuviese preparado para ponerse de pie de un salto en cualquier momento.

El duque abrió la cerradura del cajón de su escritorio y les mostró los pergaminos en los que había estado trabajando Elizabeth.

—Los encontré anoche encima de su escritorio. Cuando intenté guardarlos bajo llave de forma segura, descubrí que no había ninguna.

Sir John frunció el ceño y se incorporó para sentarse más derecho todavía.

—Disculpe, Excelencia, pero estoy seguro de que le dije a la señora que guardase los documentos bajo llave cuando terminase por la noche.

De pronto, dejó de hablar como si el noble le hubiese apuñalado en el pecho y hundió la cabeza entre sus manos.

—¡Maldición! ¡Me llevé la llave de su mesa para que le hiciesen una copia! Olvidé por completo devolvérsela.

El hombre se sonrojó en un impropio tono de rojo ante la mirada poco convencida de Gervase y comenzó a toquetearse el plastrón como si de pronto le apretase demasiado.

—No sé qué decir, Excelencia, aunque... —Y dudó un instante— el hecho de que la señora Waterstone no guardase los documentos sigue sin tener explicación, ¿no? Incluso sin llave para el cajón, podría haberlos quitado de la vista, tal y como le dije.

—Exacto. Pretendo tener una conversación amable con ella sobre el tema de la seguridad y espero que solo haya sido un error. —Entonces, se volvió de golpe para encontrarse con la mirada avergonzadísima de sir John—. ¿Puedo sugerirle que también le repita las instrucciones? No me gustaría ninguna confusión más.

En ese momento, sir John susurró algo ininteligible y se sonrojó más todavía. Luego, se metió la mano en el bolsillo del chaleco, sacó dos llaves y se las entregó al duque.

—Estas son las llaves de escritorio de la señora, Excelencia. Solo puedo disculparme por mi comportamiento irresponsable y le prometo que no volverá a suceder.

Gervase cogió las llaves y se giró hacia Nicholas, que estaba contemplando al alicaído sir Jon con un regocijo considerable.

—Nick, tú has acompañado a la señora Waterstone en sus salidas. —Y le preguntó—: ¿Ha sucedido algo inadecuado?

—Hubo algo, Excelencia. —Y soltó una carcajada de vergüenza—. No estoy seguro de si merece siquiera la pena.

—Nick, si se te ha quedado grabado, vamos a escucharlo.

El noble se sentó en el borde del escritorio, se cruzó de brazos y observó atentamente a su joven pariente.

—Cuando nos encontrábamos en la biblioteca de Hookman, la señora Waterstone estaba ocupada abriéndose una suscripción de lectura y la dejé sola un momento para dar una vuelta por la tienda. Al volver, me di cuenta de que estaba pasando una carta y algo de dinero al dependiente del mostrador.

El muchacho se encogió de hombros.
—A lo mejor no lo sabe, pero como miembro de la Cámara de los Lores, tiene capacidad de franquear las cartas por ella.
El noble se pasó una mano entre el cabello.
—O a lo mejor no quiere que sepa a quién le escribe. —Entonces, dejó escapar un suspiro y se giró para mirar por la ventana—. No dejes de vigilarla, Nick, e infórmame de si se involucra en algo más que ir de compras, cotillear o visitar a su familia. Todavía no me fío del todo de ella.
Acto seguido, Nicholas y sir John se levantaron para marcharse.
—Nick, ¿puedes pedirle a la señora Waterstone que me conceda el placer de su compañía? Doy por hecho que te encontrarás con ella en la mesa de desayuno en unos minutos.
Una sonrisa reemplazó el ceño fruncido del joven.
—Por supuesto que sí. Esperaré a que haya terminado el festín. No me gustaría ser quien le interrumpa.
—Muy gracioso, Nick —le contestó en tono seco—, pero ¿puedo sugerir que te des prisa? Si la dejas ahí demasiado rato es posible que no quede nada para ti y eres un chaval bastante enclenque. —El duque dibujó una sonrisa cuando el chico soltó una risita por la nariz—. Si se queja, puede culpar a mi naturaleza autocrática. Seguro que está de acuerdo contigo.
Mientras esperaba, el hombre se ocupó en atar un lazo a una de las llaves que sir John le había devuelto. Cuando Elizabeth entró a la sala y le honró con una brusca reverencia, se puso de pie y le llevó la llave.
—Esto es de tu escritorio. ¿Puedo sugerirte que el futuro aprendas a usarla? Anoche me encontré los documentos en los que estás trabajando desparramados por tu mesa. Es pura casualidad que nadie haya entrado y los haya visto.
A la muchacha se le borró la sonrisa y la reemplazó por un ceño fruncido. Acto seguido, le arrancó la llave de los dedos y se ocupó de metérsela en el bolsillo.
—Gracias, Excelencia. Ni siquiera era consciente que había una llave para el escritorio o un cajón donde meter las cosas. —Y alzó la vista para fulminarle con la mirada—. Si alguien se hubiese molestado en informarme de su existencia, hubiese estado más que contenta de usarla.
—Sir John te ordenó que guardases los documentos. ¿Estás diciendo que no lo hizo?
Elizabeth se puso colorada.
—He de confesar que me encontraba tan absorta en el código que sir John podría haberme dicho que la casa estaba ardiendo y posiblemente no le habría escuchado.
Gervase no pudo evitar creer a aquella sonrisa arrepentida y la pequeña parte de él que estaba tensa se relajó. Su explicación no solo era plausible si no también posible. Standish, su mayordomo, le había informado en un tono de conmoción que la chica se había perdido la cena la noche anterior y se había conformado con un refrigerio tardío.
Entonces, le besó la mano.
—Prométeme que en el futuro guardarás los documentos con llave. Son demasiado valiosos como para que se descuiden. No me gustaría que cayesen en las manos equivocadas.
—De veras que lo siento, Excelencia. Ha sido imprudente por mi parte ser tan descuidada. Le prometo que no volverá a suceder.
—Gracias, querida. —Luego, se acercó tranquilamente hasta su escritorio y cogió el manojo de pergaminos—. Coge esto y guárdalo bajo llave ahora mismo, que yo te vea.
La joven cerró el cajón con la llave y volvió a guardársela en el bolsillo ante la mirada del duque.
—¿Subes corriendo y te pones la capota y la capa? Tal y como mencioné anoche, he organizado un encuentro con Angelique para esta mañana.

En ausencia de la chica, el noble se puso el sombrero y un guardapolvo gris paloma con varias capelinas que le cubrían hasta los hombros. La muchacha se encontró con él en el vestíbulo, y el hombre le ofreció su brazo. Le complació ver que la capota de color lila intenso que ella había elegido le enmarcaba el rostro de una forma de lo más encantadora y sacaba el máximo partido a sus ojos grises.

Las botas de montar del caballero brillaron a la luz del sol, al igual que su cabello, cuando bajaron los peldaños de la puerta y se acercaron al carruaje. En ese momento, el duque le echó un vistazo a su mozo de cuadra, que se encontraba posado en la parte trasera del vehículo.

—Joe, no voy a necesitarte. Puedes bajar.

Acto seguido, le lanzó una moneda al chico y este bajó con la agilidad de un mono. Elizabeth esperó hasta que el caballero la ayudó a subir al alto vehículo y luego se colocó las faldas mientras él daba la vuelta hacia el otro lado. Al final, Gervase volvió a tomar las riendas y los dos se marcharon a un ritmo rápido por las concurridas calles de Londres.

Después de un rato, pareció que la muchacha se sintió capaz de relajarse, segura de su competencia con las riendas. Entonces, le lanzó una mirada de reojo y se concentró en meter el carruaje entre la lenta carreta de un cervecero y una horda de ovejas que estaban conduciendo del campo al mercado.

—Excelencia, ¿puedo preguntarle una cosa? —le inquirió la chica cuando abandonaron las calles más concurridas y giraron para bajar en dirección al río.

El duque le asintió brevemente con la atención puesta en los caballos y la empinada curva descendiente de la calle adoquinada.

—Entiendo por qué necesita ocultar a la alta sociedad su trabajo para el gobierno, pero ¿por qué escogió vivir como un libertino? Estoy segura de que no necesita ser tan, tan infame.

—Ah, ¿eso te molesta, Elizabeth? Piénsalo. Si no hubiese estado jugando a las cartas con tu padrastro aquella funesta noche, nunca nos habríamos conocido. —Acto seguido, enrolló el látigo y le tocó el lomo al caballo que lideraba el carruaje para corregirle el paso—. ¿Crees que debería hacerme pasar por un bibliotecario, un anticuario o algo más decente?

El caballero le examinó el rostro.

—Veo que sí. Por desgracia, la vida de un libertino me otorga un mejor acceso al tipo de persona que estoy intentando capturar. Y me viene genial.

La chica se sujetó el casquete cuando el viento le tiró de las cintas.

—¿Por qué iban a interesarle lo más sucio y bajo de la escoria? Obviamente no poseen la habilidad de crear o descifrar un código.

Gervase echó un vistazo por encima del hombro para asegurarse que no les estaban observando, se hizo a un lado de la carretera y paró en seco a los caballos. Se encontraban mirando el río Támesis desde arriba, en el que la marea baja revelaba los bancos de lodo y los bajíos ocultos del concurrido río.

—Estás en lo cierto, querida, pero ¿has considerado alguna vez que a veces los secretos y la información se pasan de manera bastante inocente? Piensa en tus propias experiencias recientes. Un susurro equivocado en relación a tu presencia en mi casa y tu reputación se vería arruinada.

La muchacha frunció el ceño, y él siguió hablando.

—Deja que te ponga un ejemplo —dijo—. Imagínate que eres una criada en la casa de un ministro del gobierno. Durante el curso de tu trabajo diario, posiblemente oigas cosas de naturaleza delicada. Cotilleos sobre la familia, sobre el trabajo del ministro, un torrente de información infinito que posiblemente no te resulte muy lógico.

Los caballos se movieron inquietos y el duque tensó la sujeción de las riendas.

—Pero, ¿y si le contaras esos fragmentos de información a alguien que sí contase con la habilidad y el deseo de darles un sentido? ¿No ves la posibilidad del chantaje o la traición?
—Sí, por supuesto, pero ¿qué tiene que ver lo que una criada puede saber o no con usted?
El duque sonrió.
—Yo juego, Elizabeth, porque la gente que pierde contra mí suele estar preparada para ofrecerme pedacitos de información a cambio de cederles su dinero. —Y se encogió de hombros —. La mayoría de esa gente considera que el cotilleo y la indirecta que revelan tan fácilmente es un sinsentido y algo inofensivo.
Una gaviota cayó en picado sobre el carruaje y el caballo que conducía al resto sacudió la cabeza. Entonces, el hombre lo tranquilizó con una orden suave en francés y volvió a girarse hacia la muchacha.
—Y recuerda, querida, la *alta sociedad* apuesta de manera más ardua e intensa que cualquier otra clase social. Se ganan y pierden fortunas todas las noches. Imagínate el daño que podrían infligir un ministro de gabinete o un coronel del ejército si decidiesen ofrecer información en lugar de dinero. Yo cuento con la habilidad de dar sentido a esos retales y unirlos en un mensaje coherente.
Elizabeth tomó aliento.
—Y, si tú puedes hacer eso, los franceses también.
—Exacto. —Y le apretó la mano envuelta en el guante—. Últimamente los franceses han reunido un montón de información nueva y creo que ha sido mediante las mesas de juego. Considero que están usando repartidores de cartas deshonestos para atraer a los ignorantes hasta sus redes y después atemorizarlos con revelar información clasificada.
»Yo ofrezco a mis deudores la posibilidad de contarme sus secretos en lugar de que me paguen. Si me ofrecen información que debería permanecer en secreto, normalmente les aviso de las consecuencias de sus actos. A la gente le sorprende darse cuenta de que pueden traicionar a su país tan fácilmente.
En ese momento, la joven levantó la cabeza y clavó las pupilas en los ojos grises del duque. Al noble se le pasó por la cabeza que su tono relajado y prosaico no disfrazaría el peligro de su trabajo a la apreciación inteligente de la chica y soltó una suave carcajada.
—Querida, veo un principio de idolatría en tus preciosos ojos. Te he dicho que muchas ocasiones que no soy un buen hombre. Por favor, intenta no olvidarlo.
La chica pestañeó y agachó la cabeza, pero no sin que antes él captase un toque de rubor en las mejillas de la muchacha. Entonces, inclinó la cabeza sin pensarlo y le dio un fuerte beso en la boca. Los caballos tiraron hacia delante durante una fracción de segundo antes que el duque recuperase el control sobre ellos.
Cuando este alzó la cabeza a regañadientes, Elizabeth se recostó en el asiento y se puso el casquete derecho para después echar un vistazo a ambos lados de la ancha calle. Era una hora tan poco popular que no había gente. Gervase ya lo había comprobado antes, pero seguía sospechando que les estaban siguiendo.
Luego, chasqueó los dientes a los caballos y el carruaje arrancó de nuevo. La muchacha fingió observar el paisaje mientras el caballero disfrutaba del calor del muslo de la chica apretado contra el suyo.
—Discúlpame, querida. Un carruaje como este no es un buen lugar para besar a una señora. Me esforzaré para compensártelo luego.
Los animales bajaron el ritmo al paso cuando llegaron a una calle residencial, y el noble señaló una de las casas.

—Ahí es donde vive Angelique. Vamos a rodear el edificio hasta las caballerizas para dejar el carruaje allí.

***

La primera impresión que tuvo la joven de la amante del caballero solo le sirvió para aumentar su agitación. Tal y como temía, Angelique era rubia y menuda, y el placer que sintió al ver al duque resultó obvio. Fue volando hasta sus brazos mientras parloteaba en un francés tan rápido que Elizabeth no fue capaz de decidir si estaba riñéndole o elogiándole. Un par de perritos blancos llenos de pelo le ladraron y saltaron al noble, añadiéndose a la confusión.

La chica esperó junto a la puerta con los puños apretados mientras una rabia de lo más impropia para una dama corría por su cuerpo. Quería agarrar a Angelique por el pelo y alejarla de él. Gervase le había dicho que le disgustaban las mujeres que se pegaban como lapas, pero parecía bastante contento de permitir que su amante le arrugase la manga de la chaqueta y le acariciase la mejilla sin quejarse.

La muchacha se aclaró la garganta determinada a que no la ignorasen ni un segundo más, y Angelique paró de hablar el tiempo suficiente como para girarse hacia Elizabeth y dispararle una pregunta breve al duque. Para el alivio de la chica, este se desenganchó de su amante y volvió hasta donde se encontraba.

—Angelique, ¿puedo presentarte a la señora Elizabeth Waterstone? Estoy seguro de que las dos tendréis mucho en común.

La mujer ahogó un grito y se llevó rápidamente la mano a la mejilla.

—¿Usted es la dama que le noqueó con un reloj?

Su acento francés era mucho más pronunciado que el del caballero, y su rostro se volvió todo sonrisas cuando avanzó entre saltitos y le dio un cálido abrazo aromatizado.

—Solo desearía haber estado allí para verlo. El poderoso duque de Diable Delamere detenido en seco por una chiquilla.

La joven no puedo evitar unirse a las carcajadas de Angelique y enseguida se disipó la hostilidad que sentía. Desde luego, merecía la pena conocer a cualquier mujer que pudiese burlarse del duque. Entonces, echó un vistazo más allá de ella, a Gervase, que parecía impasible ante su risa compartida, y se dio cuenta de que estaba sonriéndole. De hecho, le guiñó el ojo con despreocupación cuando la mujer enganchó el brazo con el de Elizabeth y la llevó hasta una sala de estar decorada con elegancia.

El té llegó, la muchacha aceptó una taza de parte de Angelique y dejó la mirada deambular a su alrededor. Quizás el lugar estuviese un poco abarrotado para su gusto. Había varios adornos, retratos o lazos de encaje en cada superficie. Las paredes estaban cubiertas con un papel de exageradas rosas rosas y las largas cortinas, adornadas con un elaborado festón, eran de raso con rayas rosas y blancas. Resultaba justo como había imaginado que sería la casa de una cortesana, y esta encajaba perfectamente en el escenario rico y femenino.

Pensando en aquello le lanzó una mirada cortante al duque, que se encontraba sentado tranquilamente, con una taza en equilibrio sobre la rodilla ataviada de ante y los dos perros adulándole a los pies. Según su experiencia, nada era del todo lo que parecía cuando se trataba del duque de Diable Delamere.

—Gervase, cariño, tienes que hacer algo.

El tono de preocupación de Angelique se coló en sus pensamientos y se giró para escuchar.

En ese instante, el hombre se agachó para acariciar a uno de los animales.

—¿Qué sugieres que haga, Angelique? No puedo impedirte apostar. Si decides dar en prenda algo que te resulta valioso, debes estar preparada para perderlo.

La cortesana lanzó un dramático suspiro y su pecho amenazó con derramarse por el escotado corpiño.
—Estas siendo de poca ayuda a propósito. Yo nunca apuesto por puro entretenimiento. Lo hice por ti. Ese cerdo, el hombre que me robó el brazalete estaba haciendo trampas, lo sé.
En ese momento, el duque se incorporó y dejó la taza sobre la mesa.
—Ah, ahora empiezas a interesarme.
La mujer fue a hablar, pero entonces miró a Elizabeth.
—No tienes por qué preocuparte por ella, Angelique. Ya está implicada. Ha descifrado el código de Le Fleur.
La cortesana entrelazó las manos y contempló a la chica como si hubiese descubierto el santo grial.
—Ay, Dios mío, sí que eres un tesoro —dijo—. ¿Cómo dio Gervase con usted?
—No tenemos tiempo para meternos en eso ahora. Cuéntame que pasó cuando perdiste tu brazalete.
—Fui a esa nueva casa de apuestas en Pall Mall, como me indicaste, y pasé la gran parte de la noche jugando al *piquet*. —La mujer frunció el ceño y se toqueteó la muñeca como si siguiese echando de menos su joya—. Me di cuenta bastante rápido de que me estaban desplumando, pero lo dejé pasar con la esperanza de ser capaz de averiguar cómo lo estaban haciendo.
Y suspiró.
—Antes de conseguirlo, di mi brazalete en prenda y lo perdí. En ese punto decidí que lo inteligente sería parar.
—¿Qué más quisieron de ti?
—Una noche en mi cama y la oportunidad de enfurecerte, sospecho. —Y se giró hacia Elizabeth —. Soy la amante conocida del duque, no es la primera vez que intentan hacerle daño a través de mí.
—¿Había alguien más a quien reconocieras?
Angelique lo sopesó mientras se daba toquecitos en el labio inferior con la punta del dedo.
—Vi a sir John y a Nicholas, pero di por hecho que los habías enviado tú.
Pese a la confesión de la cortesana, la joven ya estaba segura de que el duque no se trataba de su amante. Le parecía que ella era otro gran truco de ilusionismo del noble, una conveniencia necesaria para establecerle como un vividor y otra forma útil para que reuniese información.
El siguiente comentario de Angelique hizo volver a la joven a la conversación.
—El hombre que ganó mi brazalete se llamaba... —Entonces, frunció el ceño y se quedó un momento callada, como si estuviese buscando la palabra correcta. Luego, chasqueó los dedos—. Ay, estos estúpidos apellidos extranjeros. Tenía algo que ver con árboles. Señor Olmo, señor Castaño. —La mujer se puso de pie y fue hasta su escritorio—. Lo tengo aquí, Gervase.
A continuación, abrió un cajón y sacó el primer recibo. Después, el duque echó un vistazo a la nota y se metió el pergamino arrugado en el bolsillo.
—Descríbeme el brazalete, por favor.
Angelique soltó un suspiro de exasperación y se llevó las manos a las caderas.
—Gervase, ¿eres capaz de recordar algo? Estaba hecho de oro y tenía rubíes y diamantes moldeados con forma de corazón. Me lo diste cuando llegué a Inglaterra. —En ese momento, sonrió y le lanzó un beso—. Por eso es tan especial para mí.
Al noble se le ablandó el gesto serio mientras atravesaba la sala para ir junto a la cortesana.
—Debes perdonarme. Solo quería estar seguro. Jamás olvidaré por qué te di ese brazalete y prometo que lo recuperaré para ti.

Luego, dejó caer un beso casto en la mejilla de la mujer y la llevó de vuelta a su sillón.
—Bueno, antes de que nos marchemos, me gustaría ofrecerle a Elizabeth la oportunidad de hablar contigo a solas. —Y el hombre se dirigió a la puerta—. Voy a llevar a los perros al jardín. Obviamente necesitan hacer algo de ejercicio.
Angelique frunció el ceño.
—¿Para qué, Gervase? No puedo ayudarla con el código, soy demasiado estúpida.
Pero el caballero le hizo una reverencia.
—Angelique, no eres ni de lejos estúpida, sino una joya. Elizabeth espera convertirse en una cortesana y creo que podrías aconsejarla.
Acto seguido, le dedicó a la chica una sonrisa pícara y salió de la sala mientras los dos perros aullaban pisándoles los talones.
La mujer contempló a la joven boquiabierta antes de acordarse de soltar la taza.
—Gervase se está burlando de mí otra vez. ¿Por qué ibas a querer convertirte en una cortesana? Eres una dama.
La muchacha se ruborizó.
—Puede que el duque crea que debería contar con otra mujer con la que hablar cuando él es incapaz de explicarme asuntos.
La boca de Angelique se abrió más si cabe y, a continuación, soltó un chillidito.
—¿Eres la amante de Gervase?
—Es un poco más complicado que eso. Insiste en que no se acostará conmigo y en que mi trabajo descifrando el código me mantendrá en lugar de esto, pero ¿cuánto va a durar esta guerra? Necesito una profesión y sigo creyendo que él es la mejor persona que puede enseñarme a cómo convertirme en una cortesana excelente.
En ese momento, la mujer se levantó de un salto de su asiento y espachurró a la chica en un abrazo.
—Por supuesto que te ayudaré. Si Gervase cree que eres merecedora de su confianza, yo también. —Y le plantó un beso a Elizabeth en la mejilla—. Ya he decidido que me caerías bien por ser más lista que él y ahora considero que podríamos ser amigas.
Entonces, hizo una pausa y buscó la mano de la joven.
—¿Comprendes que Gervase y yo ya no somos amantes? Me dio el brazalete hace muchos años como regalo de agradecimiento por ayudar a su hija Eloise a escapar de Francia. Él y yo tenemos casi exactamente la misma edad. Mi madre fue su nodriza y le conozco casi desde toda la vida. Mi familia trabajaba en una de sus fincas y permanecimos leales a él durante la revolución.
Una curiosa sensación de alivio tremenda fluyó por la muchacha al darse cuenta de que no tenía nada que temer de Angelique, dejó que la cortesana le sirviese otra taza de té y las dos disfrutaron de una agradable charla amistosa hasta que el duque volvió a aparecer desde el jardín y llevó a Elizabeth a casa.

Capítulo quince

A la hora intempestiva de las seis de la mañana, Elizabeth se anudó en un lazo desenfadado bajo la oreja derecha las cintas de color ciruela de su capota y bajó de puntillas por la escalera principal. Por desgracia, Standish, el mayordomo del duque atravesó el pasillo justo cuando ella se acercaba a la puerta de entrada, a lo que la joven le dedicó una sonrisa segura e intentó abrir los gigantescos cerrojos.

Para su desazón, el hombre se aclaró la voz y susurrando un: «Por favor, permítame, señora», se deslizó junto a ella y, de un giro diestro de la muñeca envuelta en un guante, abrió la puerta de par en par.

La chica le ofreció una sonrisa de agradecimiento y vaciló al mirar hacia la desolación de la plaza con las lluvias torrenciales, pero antes de que pudiese salir al diluvio universal Standish apareció y le entregó un paraguas grande de caballero, que ella dio por hecho que sería suyo, ya que sabía que el duque no poseería nada tan plebeyo. El hombre no dijo nada, pero su expresión verbalizaba claramente que, si la muchacha insistía en dar un paseo por ahí a esa hora de la mañana, él no se haría responsable de que contrajese un resfriado.

Llovía a cantaros y las gotas repiqueteaban a un ritmo constante en el paraguas mientras Elizabeth se recogía las faldas y se dirigía a Hyde Park. Había acordado una reunión allí con el nuevo asistente de Michael, Jack Llewelyn, antes de que entrase a trabajar. La joven se estremeció cuando llegó a las puertas adornadas y examinó con la mirada el parque, aparentemente desierto. Aparte de unas cuantas almas fuertes a lomos de caballos, no vio a nadie lo bastante estúpido como para andar de acá para allá durante una tormenta.

—¿Señorita Waterstone?

La chica se giró hacia el sonido de una voz galesa y musical que provenía directamente de su espalda. Un joven de cabello rubio aguardaba a que le prestase atención sin cubrirse la cabeza de la lluvia. Vestía un abrigo militar viejo y andrajoso y unas botas en mal estado del ejército. Tenía la piel bronceada y los ojos de un intenso marrón chocolate. Supuso que andaría en los veintimuchos, muchísimo más joven de lo que había esperado por su correspondencia.

—¿Es usted el señor Llewelyn?

—No me decido a ser tan informal, señorita Waterstone, pero ¿consideraría continuar esta conversación bajo la protección de los árboles?

El hombre le dedicó una sonrisa y sus fuertes dientes emitieron un destello blanco en la penumbra verdosa mientras se zambullían debajo de las ramas bajas de los árboles que invadían la zona.

En ese instante, la joven se dio cuenta de que le estaba devolviendo la sonrisa. Había algo tan honesto y acogedor en las profundidades de sus ojos marrones que no se preocupó en absoluto al acompañarle. El sonido de la lluvia disminuyó hasta un tamborileo suave y susurrante bajo dosel de hojas verdes, y la muchacha cerró el paraguas de un golpe decisivo.

—Bueno, señor Llewelyn, ¿qué le ha parecido mi hermano? ¿le gusta su puesto?

El hombre giró el rostro hacia ella.

—Michael me parece un jefe fácil, aunque uno un poco terco. —La agradable sonrisa del joven la invitó a compartir la broma—. En realidad, aunque no puedo curarle, sí que soy capaz de animarle a ser más activo. Es importante que mantenga tanta movilidad como le sea posible, especialmente en el torso. Parece ansioso por aprender todo lo que pueda enseñarle y creo que nos llevaremos extremadamente bien, sin embargo...

Elizabeth se apresuró a intervenir.
—Le he pedido que quedemos aquí para poder hablar libremente el uno con el otro. Sé que ha debido resultarle complicado comprender la actitud de mi madre hacia Michael.
El señor Llewelyn asintió.
—El primer día, le ofrecí a la señora del Bosque aportarle un informe diario del bienestar de su hijo. —El chico suspiró y se pasó los dedos por el cabello del color del trigo—. Me preguntó por qué debería pensar que estaba interesada y me dijo que derivase mis informes a usted.
La muchacha tragó saliva con fuerza.
—Siento la rudeza de mi madre, señor Llewelyn. No ha sido la misma desde que Michael volvió de la Península en tan malas condiciones.
—Disculpe mi franqueza, señorita Waterstone, pero Michael es un hombre bueno y honorable. Si formase parte de mi familia, me sentiría orgulloso de volver a dar la bienvenida a tal héroe.
Algo peligroso resplandeció en las profundidades de sus ojos y le hizo parecer mayor y más duro.
La joven se apresuró a tranquilizarle.
—Me alegro de que esté cuidando de Michael y de veras que espero tener noticias de su progreso. Si tiene cualquier problema con mi madre, por favor, no dude en ponerse en contacto conmigo. —Y le entregó la trascripción de su dirección—. Creo que será una inspiración para él.
El señor Llewelyn le dedicó un saludo militar.
—Difícilmente, señorita Waterstone, pero gracias por la confianza. Y, la próxima vez, por favor, escoja un lugar con menos agua para nuestro encuentro. —Entonces, se le encendió la mirada con un buen humor—. A lo mejor en Gunter o una cafetería, ¿puede que algún sitio donde haga calorcito?
Elizabeth se rio y luchó contra el paraguas para abrirlo mientras caminaban de vuelta a la llovizna.
—Lo siento mucho, señor Llewelyn, y espero que no pille un resfriado. Le prometo que elegiré un lugar más apropiado la próxima vez. También le veré en casa de los del Bosque cuando les visite el viernes.
—Por supuesto, señorita Waterstone, lo estoy deseando.
Con una última reverencia, el exmilitar se alejó a paso largo por el parque, aparentemente ajeno a la lluvia que le empapaba el denso cabello rubio y al daño que esta le infligía a las desgastadísimas botas. La muchacha suspiró y se volvió en la dirección contraria para comenzar su viaje a casa. Su sorpresa ante la juventud de Jack Llewelyn no disminuyó. Había esperado a un hombre más mayor, uno que hubiese completado sus años de servicio en el ejército y ansiado un entorno familiar como asistente de un oficial. El chico contaba con toda la seguridad de uno, así que, ¿por qué había dejado de servir, especialmente en aquellos tiempos de necesidad?
La voz del muchacho era tan cultivada como la suya y sus modales tan buenos como los de cualquier caballero que ella conociera. El hombre resultaba un rompecabezas, pero afortunadamente no uno que necesitase desenmarañar. Hablaría con Michael el viernes para ver cómo se sentía con el misterioso señor Llewelyn. Si él se encontraba satisfecho, ella también.
Apresuró el paso, ansiosa por llegar a la mansión del duque y sentarse a desayunar. Las botas de media caña chapotearon y resbalaron por la inclinada cuesta de la colina cuando cruzó la calle. El sonido de un caballo solitario tras ella le hizo girarse bruscamente hacia la pared. Entonces, el estrépito de los cascos en los adoquines empapados se volvió más atronador y Elizabeth se giró a media mientras el fragor parecía concentrarse directamente a su espalda.
La joven ahogó un grito cuando el viento le arrancó el paraguas de las manos y, antes de que

fuese capaz de recuperarlo, la punta del látigo de un jinete fue a apoyarse bajo su barbilla.
—Señorita Waterstone. Está empapada de los pies a la cabeza.
La chica se estremeció con una combinación de alivio y un frío que hacía que le temblasen los huesos cuando reconoció el rostro serio del duque bajo el ala del sombrero que goteaba sin parar.
—Excelencia.
La muchacha trató de hacer una reverencia, pero antes de que pudiese recuperar el equilibrio, el hombre se inclinó hacia delante, le abrazó la cintura con un brazo y la depositó en su regazo, encima del caballo. Los dientes le castañearon cuando el cálido aliento del noble pasó por su oreja. Este unió las riendas en una mano hábil, se desabrochó la chaqueta de equitación y atrajo a Elizabeth contra la calidez de su pecho. La chica suspiró mientras el calor del noble se calaba en las capas empapadas de su ropa. Al final, el caballo se movió a un ritmo suave debajo de ella y la joven se relajó dentro de la seguridad de sus brazos.
—Me ha asustado —le susurró contra el hombro.
—Te lo mereces. ¿Qué demonios haces en la calle a esta hora de la mañana?
—¿Tengo prohibido pasear por el parque?
—¿Por qué ibas a querer hacer tal cosa con este tiempo?
En ese momento, la muchacha le dio la espalda y se negó a contestar. ¿Qué podía decirle? Su orgullo rechazaba revelar cualquier información sobre Michael y él no tenía derecho a esperar que se lo contase todo.
En los establos, el duque la ayudó a bajar y, luego, se tocó el sombrero en un gesto hacia ella.
—Elizabeth, me complacerá enormemente si fueses arriba y te dieses un baño.
La joven intentó evaluar el humor del hombre, pero su voz permaneció fría y la expresión oculta en las sombras del ala del sombrero.
Al final, decidió cumplir con su petición y le dedicó una reverencia.
—Sí, Excelencia.

***

Gervase esperó hasta que la chica llegó a la casa para entregarle el caballo a su mozo de cuadra. Se desprendió de los guantes, se quitó el sombrero y le entregó la fusta a las manos expectantes de Standish.
Luego, subió la escalinata con paso largo sumido en sus pensamientos mientras consideraba el comportamiento de Elizabeth. Si no hubiese elegido cabalgar en Hyde Park esa mañana, nunca habría avistado a la chica saliendo del refugio de los árboles ni visto al hombre con el que aparentemente había estado conversando.
Mientras Jacques le ayudaba a deshacerse de las ajustadas botas de arpillera y exclamaba sobre el estado de su chaqueta de equitación, el caballero continuó dándole vueltas al extraño incidente. Tenía que admitir que aquello había puesto todos sus instintos en tensión. Había seguido al joven con el que la joven había hablado durante un rato. Parecía empobrecido a juzgar por el estado de su ropa. La chaqueta maltrecha que llevaba fue un día la reglamentaria del ejército francés.
En nombre de Dios, ¿en qué andaba metida? Gervase tensó la boca cuando rememoró la sensación de familiaridad entre ellos de la que fue testigo. Una puñalada de algo que habría llamado posesión, si le hubiese importado ponerle nombre, le inundó la tripa. ¿Estaba aquel hombre enamorado de Elizabeth?
Hizo caso omiso a las quejas de Jacques sobre el estado de su ropa y se dirigió a la habitación de la muchacha. Sabía que debía concentrarse en sus sospechas sobre que la joven se trataba de una espía y no en sus sentimientos, pero, para su sorpresa, cada vez se estaba volviendo más complicado separar las dos emociones.

Gervase inspiró una nube de esencia de lirio de los valles mientras iba hasta donde yacía la muchacha en la bañera, de espaldas a la puerta. Llevaba el empapado cabello castaño recogido en un moño suelto y alto, de manera que dejaba caer unos ricitos hasta sus hombros. Sin decir ni una palabra, el duque se agachó tras la bañera y levantó una de las manos para acariciarle la mejilla a la joven.

El grito de alarma habría hecho justicia a un pavo real enfadado. El hombre dio un salto hacia atrás cuando un chorro de agua salpicó por encima del lateral de la bañera. Acto seguido, deslizó las pupilas hacia abajo y siguió los intrigantes contornos del cuerpo de la chica. Esta intentó inútilmente taparse y, entonces, se le levantó la barbilla y enderezó la espalda, algo que le llamó la atención.

Al caballero se le ensanchó la sonrisa en reconocimiento.

—Muy bien, querida.

En ese instante, se agachó para recuperar la pastilla de jabón y calculó su peso sobre la palma.

—Parece que ha llegado mi momento de asistirte con el baño. —Y, con un elegante gesto de la mano, la invitó a que se sentara de nuevo en el agua—. A no ser que prefieras que llame a Jacques.

Ni siquiera la forma recatada en la que inclinó la cabeza pudo apenas ocultar su gesto torcido. Gervase disfrutó de la vista que era su cuello largo y de cisne y de la dulce curva de su columna cuando bajó para meterse en el agua turbia. Acto seguido, se quitó los gemelos de plata con forma de serpiente y el chaleco negro y se remangó la camisa.

El hombre se empalmó en cuanto le tocó la carne blanda con las palmas enjabonadas. Luego, cerró los ojos y disfrutó de las texturas y los olores de su piel. La muchacha se relajó a su cuidado mientras él untaba el jabón sobre las cimas en punta de sus pezones y bajó hacia el vientre. Ella apenas susurró una protesta cuando se alargó más abajo y le rozó con los dedos entre las piernas en una búsqueda delicada de que le dejasen pasar.

—Ábrete un poco de piernas para mí, querida. Te prometo que no te haré daño.

La chica relajó los muslos y el hombre ahuecó la mano sobre el monte de Venus mientras sus besos volvían más intensos y las manos cubiertas de jabón de ella le rodeaban lentamente el cuello. Sin molestarse en pedirle permiso, la levantó en brazos y la llevó hasta la cama, donde esperaba una toalla.

***

Elizabeth abrió los ojos de golpe cuando el duque dejó de participar del acto sexual y comenzó a secarla como si fuese una niña. De hecho, susurró una protesta y le abrazó el cuello con un brazo para acercarle de un tirón.

El hombre soltó un gemido y medio cayó encima de ella. Acto seguido, la muchacha usó los dedos para tirar de la parte trasera de la camisa; de pronto quería sentir la piel desnuda de él contra la suya.

El noble le permitió que le quitase la camisa por la cabeza y volvió a bajar hasta ella. La chica musitó en reconocimiento cuando el musculoso pecho del caballero entró en contacto con sus senos ya excitados y se empujó contra él.

Con una lejana sensación de sorpresa, Elizabeth se dio cuenta de que echaba de menos que la tocara. A pesar de lo que le preocupaba el código, había lamentado la interrupción de sus lecciones sexuales y ahora entendía por qué. Entonces, pensó distraída que era como una droga. Su necesidad de él aumentaba cada vez que la tocaba. Pensando en complacerle, y en mostrarle que había aprendido bien sus enseñanzas, bajó la mano más, hasta que sus dedos fueron a posarse sobre los pantalones cada vez más tensos.

Entonces, le agarró la mano y se la inmovilizó detrás de la cabeza.
—Todavía no, querida. Primero es tu turno.
En ese momento, deslizó la mano entre las piernas de la joven y ella ahogó un grito cuando notó sus dedos moverse sobre sus secretos femeninos más sensibles. Su carne le cedió el paso, como si perteneciese a ella. El caballero estableció un ritmo que hizo que la muchacha hiciese fuerza contra él buscando algo que todavía no comprendía pero que en su corazón sabía que él podía darle.
Después de un buen rato, el noble se separó ligeramente de ella y puso una mueca; las uñas de la chica seguían clavadas en la carne de su hombro.
—Elizabeth, necesitas relajarte. Lo estás intentando demasiado.
La muchacha intentó rodar para alejarse de él y taparse la cara.
—¿Cómo puedo estar intentándolo demasiado cuando ni siquiera sé lo que estoy buscando?
—¿Prefieres que pare? Podemos continuar con esta lección otro día.
Y apartó la mano de su sexo a la vez que flexionaba los dedos, como si le doliesen.
—No —le dijo ella en voz baja y con urgencia mientras le agarraba la muñeca y le impedía ir a ninguna parte—. Quiero saberlo.
El hombre se inclinó sobre ella y trazó el contorno de su boca con la punta de la lengua.
—Hay otra forma en la que te puedo ayudar. —Y respiró pegado a sus labios—. Pero temo que mi pajarito marrón se escandalice.
La mujer se preguntó cómo era posible encontrar algo más íntimo que hacerle. Estaba tumbada en la cama, desnuda, con él medio tumbado sobre ella. Ya le había tocado en los lugares más privados de su ser. ¿Qué más podía hacer?
—Escandalízame, Gervase, por favor.
La sonrisa lasciva del hombre debería haberle advertido de que se había equivocado cuando le besó en la boca y, luego, se deslizó hacia abajo. Paró un momento para besarle el ombligo y los suaves rizos castaños en la unión de sus muslos y, a continuación, notó el raspón de la mejilla sin afeitar del duque contra su carne más privada. Acto seguido, Elizabeth intentó incorporarse con un aullido de alarma, pero él le puso un brazo a lo largo de las caderas para que no se moviese del sitio.
Mientras miraba hacia abajo y sin palabras a la coronilla de su cabeza oscura, el hombre alzó la vista y sonrió.
—Prepárate para escandalizarte, *ma femme*.
Y la muchacha solo pudo cerrar los ojos mientras le acariciaba ligeramente el aliento caliente del noble y sus dedos la preparaban para el roce de su boca. El escándalo se disolvió en un placer que le lamía y acariciaba los sentidos como si fuese una corriente cálida. Entonces, comenzó a mover las caderas con el mismo propósito que la lengua y los dedos del duque, y enseguida le agarró del pelo a la vez que la excitación se volvía algo casi excesivo.
Sintió como si rondase el borde de un precipicio y no estuviese segura de si quería alejarse o abrazar lo desconocido que le atraía de una manera tan seductora. Estuvo a punto de gritar cuando el duque paró y la dejó tambaleándose en el filo de... algo.
En ese instante, su mirada de plata se entrelazó con la suya.
—¿Quieres que pare?
Un gemido de negación pasó a duras penas por el nudo de su garganta, y él volvió a agacharse hasta su carne que imploraba y palpitaba. Apenas tuvo tiempo de respirar cuando el hombre exigió y controló su respuesta a él. Entonces, el duque le pasó rápidamente la lengua por el clítoris hinchado e introdujo con cuidado los dedos en su ser, metiéndolos y sacándolos hasta que

ella se empujó contra las demandas de sus manos y su astuta, astuta boca. Con un grito, se rindió a él mientras experimentaba la potencia de su placer.
El hombre no dejó de tocarla ni de susurrar cuando ella bajó suavemente desde el éxtasis. Cuando guardó silencio, el caballero subió a gatas para tumbarse junto a ella y la chica enterró la cara en su hombro; sus sentimientos eran demasiado puros y descontrolados como para permitirle contemplarlos.
Después de un buen rato, una vez ella se hubo quedado medio dormida, le susurró:
—¿Quién era ese hombre con el que estabas hablando en el parque?
La joven abrió la boca para hablarle de Jack Llewelyn y luego la cerró rápidamente. Si lo hacía, tendría que contarle lo de Michael, y no estaba preparada para exponer la debilidad de su hermano a la mirada fría y analítica del noble.
¿Había pensado en ganarse su confianza después de dejarla medio insensible con su forma de hacer el amor? Le pareció más que probable. En ese momento, el duque alargó una mano y le acarició un seno a la vez que sus dedos daban forma y moldeaban el pezón cada vez más turgente.
—¿Quién era, Elizabeth?
La joven luchó contra la respuesta instantánea a su tacto y se giró para rozarle el hombro con un beso.
—No sé quién era, Gervase. Se paró a preguntarme por la hora y, luego, me pidió dinero de un modo superencantador. —Acto seguido, dejó caer la mano sobre los botones de sus pantalones y los abrió poco a poco—. ¿Entonces le viste? ¿También te pidió dinero?
El hombre no contestó cuando los dedos de la chica le envolvieron el falo y esta comenzó a acariciarlo. Alentada por el suspiro trémulo del duque, deslizó la pierna desnuda sobre su muslo ataviado de ante. Le besó con más intensidad y empujó el cuerpo contra el de él mientras le daba placer y, susurrando una maldición, la mano de Gervase se enhebró en la parte trasera de su cabello y comenzó a devolverle los besos.

Capítulo dieciséis

Elizabeth mordió la punta de la pluma y observó la cabeza inclinada de sir John. El secretario llevaba trabajando duro toda la mañana y ella no tenía nada que hacer. Había escrito a Eloise y a su hermano Hugh, y no se le ocurría nadie más con quien desease comunicarse.

Llovía a cántaros, lo que oscurecía la plaza Grosvenor. Había terminado la traducción de los tres primeros mensajes cifrados y los habían enviado a toda prisa al Ministerio de Asuntos Exteriores. Ahora se encontraba sentada, ociosa y esperando a que le entregasen otro.

Entonces, estudió al hombre. A sir John apenas parecía importarle si la ropa le quedaba bien o no, al contrario del duque, que era meticuloso en sus exigencias del corte y el estilo más a la moda. El musculoso cuerpo del noble le recordaba a las estatuas griegas, aparentemente escandalosas, que se exhibían en Carlton House.

La joven sacudió la cabeza ante su propia estupidez. No se hallaba en su alcoba, sino en su *otro* lugar de trabajo, y el secretario del duque se escandalizaría si pudiese leerle la mente. A veces le resultaba complicado no confundir sus dos profesiones, especialmente cuando el caballero se encontraba cerca para distraerla.

En ese momento, la puerta se abrió de golpe y sir John bramó una advertencia cuando, a pesar de todo su empeño, varios de los documentos que tenía en el escritorio salieron volando por el aire. Nicholas entró alegremente y se dirigió a la estrecha esquina de la sala que pertenecía a Elizabeth. Llevaba un sobre en las manos que portaba un sello de aspecto oficial.

—Buenos días, señora Waterstone. Felicitaciones de parte de Su Excelencia, el duque de Diable Delamere. —El chico le sonrió y los hoyuelos le danzaron en las mejillas ruborizadas; tenía el cabello pelirrojo empapado y despeinado—. Creo que es un otro mensaje interceptado de Le Fleur.

La muchacha abrió el sobre, que contaba con la firma garabateada del noble, y sacó un trocito de pergamino cubierto con una caligrafía angulosa que ya le resultaba familiar.

—De hecho, es igual.

—¿Qué es igual, señora Waterstone? ¿El código? —le preguntó sir John con expresión impaciente.

—No lo sabré hasta que intente traducirlo, señor, pero definitivamente es la misma caligrafía.

—¿Eso es bueno? —quiso saber Nicholas.

—Bueno, ayuda —contestó Elizabeth, ausente, cautivada mentalmente por el fascinante rompecabezas que tenía delante de ella.

Dejó de escuchar las voces emocionadas de los hombres, afiló una pluma nueva y se acercó una hoja de pergamino sin usar.

***

—Elizabeth, ¿cómo, en nombre de Dios, puedes ver lo que estás haciendo?

La chica pestañeó varias veces cuando el resplandor de la luz de la vela cayó en cascada sobre su desordenado escritorio. Luego, levantó la mano manchada de tinta y se frotó los ojos, pero, antes de que pudiese ensuciarse la cara, el duque le agarró los dedos y le colocó en ellos un pañuelo limpio a la fuerza.

La joven le dio las gracias mientras se limpiaba las manos y se sonaba la nariz. Cuando se acostumbró a la luz, vio que sir John ya no se encontraba en su mesa y se arriesgó a lanzar una mirada furtiva al rostro del hombre. Al final, soltó la pluma con un suspiro y se recostó en su asiento.

—¿Y bien? —le preguntó el caballero—. Has estado trabajando en ese puñetero trozo de código más de seis horas. —Y frunció el ceño al darse cuenta del intento en vano que había hecho la chica de enderezar los dedos—. ¿Has comido?

Elizabeth se dio cuenta de la sensación de vacío que sentía en el estómago y del dolor de cabeza entre los ojos.

—Va a suceder en Londres.

—¿El intento de asesinato?

—Sí. Creo que está hablando de los meses de verano, aunque no puedo estar segura todavía. —Y le dio unos golpecitos al pergamino con la pluma—. El código es muy parecido, pero han alterado varias palabras clave. Voy a tener que esforzarme más para descubrirlas.

Gervase rodeó el escritorio y la puso de pie. La muchacha se balanceó contra él disfrutando la novedosa sensación de que la apoyasen y cuidasen de ella, incluso aunque solo fuese por sus habilidades descifrando códigos.

—Vas a parar ya —le ordenó el duque en un tono que no admitía discusión—. Cuando hayas comido, pretendo llevarte a la ópera. Deja esos documentos a un lado y acompáñame.

***

Después de una cena copiosa, que tomó ante la mirada del duque, la joven se apresuró a subir las escaleras para cambiarse. Su sirvienta había dispuesto un vestido para ella y no tardó casi nada en conseguir que estuviese presentable.

La chica se paró a admirar su reflejo después de que la criada le hubiese vuelto a peinar el cabello en una mata de tirabuzones. El vestido de muselina *jaconet* de color lavanda caía en líneas puras y elegantes desde debajo de corpiño alto y adornado con encajes hasta la punta de sus zapatillas de cabrito.

Con un beso juguetón al espejo, la muchacha recogió la capa larga con capucha y bajó hasta el vestíbulo de mármol. El duque, vestido en un austero blanco y negro, se encontraba bajo su retrato, su actitud arrogante en competición directa con la de su yo pintado.

Luego, se acercó a ella mientras se ponía un par de guantes. La enigmática mirada gris del hombre recorrió su vestido y sonrió a la vez que le quitaba la capa de las manos.

—Siempre olvido lo guapa que eres cuando estás manchada de tinta y peinada con trenzas tirantes, querida.

Le hizo un gesto para que se girase y le rodeó los hombros con la pesada capa. Ella suspiró cuando los dedos del duque se entretuvieron en su cuello mientras le ataba los lazos. Cuando el hombre dio un paso atrás, la joven fue consciente de una falta de calor, un sentimiento que se vio reforzado por la fuerte brisa que pasaba por la puerta de entrada que Standish estaba sosteniendo abierta.

Justo cuando Elizabeth se puso las faldas derechas y el duque se acomodó enfrente de ella en el carruaje, la puerta se abrió de golpe y entró Nicholas.

—Lo siento, Excelencia, no encontraba mi mejor chaqueta y he tenido que intimidar a Jacques para que me dejase una vuestra.

El noble se deslizó por su asiento y observó al joven a través de sus inquisitivos anteojos.

—Me fascina que una prenda tan pasada de moda haya adornado alguna vez mi armario. Esa chaqueta dejó de ser tendencia al menos hace tres años y todo el mundo lo sabrá, Nick. Por favor, no te ofendas si afirmo no conocerte esta noche.

En ese momento, el chico le guiñó un ojo a Elizabeth.

—Espera a que vea el desastre que he formado con mi plastrón. Posiblemente empiece a arreglarme antes de que me deje salir del carruaje.

Era una noche clara y sin nubes cuando el caballero le ayudó a bajar del carruaje y agradeció el calor de la capa. El duque había llegado elegantemente tarde y, para cuando les acompañaron a su palco, el teatro estaba prácticamente lleno y la orquesta había comenzado a afinar.
La joven apenas tuvo tiempo de echar un vistazo a su alrededor antes de que atenuaran las luces y diesen comienzo los melodiosos tonos de la obertura de «Las bodas de Fígaro» de Mozart. Al final se relajó con un suspiro, consciente del brazo del noble a lo largo del respaldo de su silla y de la persistente intensidad del olor cítrico del duque a su alrededor.
Cuando las luces se encendieron al final del primer acto, casi le disgustó que la zarandearan de su cómodo estado de medio ensoñación. Entonces, el caballero le pidió que le excusara y fue hasta la puerta. Con nada mejor que hacer que observar a la inquieta masa de gente bajo el palco, la muchacha apoyo el codo en el borde forrado de terciopelo y se inclinó ligeramente hacia delante.
Sin pretenderlo, sus ojos siguieron al noble mientras se abría paso hasta el otro lado del teatro. Costaba no mirarle. El corte serio de sus prendas blancas y negras hacía que resaltase entre los bonitos colores pastel de las damas y los tonos más apagados de los hombres.
En ese momento, vislumbró la oscura cabeza agachada del hombre sobre la mano de una preciosa dama pelirroja en un palco justo enfrente del suyo. Sin apartar la vista de la pareja que estaba conversando, alargó la mano hacia abajo en busca de los binoculares que el caballero se había dejado en su asiento. Entonces, pudo ver claramente el pronunciado escote enjoyado de la dama con el cabello caoba dorado y la forma en la que estrechó la mano envuelta en un guante del noble contra su pecho. Con un sonido de fastidio, se concentró en los otros ocupantes del palco y descubrió a Angelique, radiante en un raso melocotón, con perlas y diamantes resplandeciendo en su cabello peinado de manera preciosa.
La extraña tensión que se enroscaba en su interior se relajó cuando el duque se giró hacia la cortesana y le dibujó un camino de besos por el brazo desnudo hasta el hombro. Elizabeth estuvo a punto de dejar de caer los binoculares cuando el hombre le susurró algo a Angelique y esta guiñó el ojo en su dirección. Aturullada cuando el caballero descubrió su escrutinio, se giró con prisa y clavó las pupilas en otro palco.
Cuando se le aclaró la visión se dio cuenta de que estaba observando a su hermanastra, Mary, y a su madre. La chica iba ataviada con un vestido sencillo de muselina blanca con una faja azul a juego con sus ojos. A Elizabeth se le cerró la garganta cuando el señor del Bosque se inclinó hacia delante y le dio a la muchacha unas palmaditas en el hombro con un gesto que era la viva imagen del orgullo paternal.
Aparentaban ser la familia perfecta, y la joven luchó contra la sensación conocida de no ser deseada que la había asolado desde que su madre volvió a casarse. Con un esfuerzo decidido, inspeccionó al resto de ocupantes del palco a la vez que se preguntaba si alguno de los caballeros apiñados alrededor de su padrastro pretendería la mano de Mary.
Entonces, reconoció la mejor chaqueta verde militar de sir John Harrington y un plastrón anudado con austeridad, y se aferró a los binoculares.
—Señora Waterstone... Disculpe, señora Waterstone. ¿Le apetecería un poco de vino?
La pregunta de Nicholas la sacó de golpe de sus desconcertantes imaginaciones y soltó los binoculares igual que si se tratase de un niño culpable. Aceptó una copa de vino, dejó que el joven se sentase junto a ella y le animó a charlar a la vez que intentaba pensar en alguna manera de introducir el tema de sir John en la conversación.
Cuando el chico se quedó sin nada que decir, le rellenó la copa de la botella que se encontraba en el cubo con hielo, a lo que ella le dio las gracias y, luego, añadió con aire distraído.

—¿Sir John no puede unirse a nosotros esta noche? Me dijo que Mozart era su compositor favorito.
En ese momento, el muchacho chocó la copa contra la suya y se bebió el contenido de un animado sorbo.
—Sir John está aquí, aunque creo que el duque le ha pedido que se gane el sueldo.
Elizabeth levantó una ceja y Nicholas le sonrió.
—Disculpe el terrible juego de palabras, señora Waterstone, pero le ha pedido al secretario que se congracie con algunos de los jugadores más prolíficos de la alta sociedad. Creo que ahí es donde está ahora. ¿Por qué, le ha visto?
—Creo que le vi al otro lado del teatro cuando estaba observando a la multitud.
—Ah, sí, le envié tras el joven lord Molyneux.
La voz tranquila del duque se inmiscuyó en su conversación y Nicholas renunció rápidamente a su asiento. Después de un vistazo rápido a la joven, el hombre le cogió el abanico y lo manejó con gran destreza delante de su rostro ruborizado.
—Molyneux solo tiene veinte años, pero parece haber decidido arrastrarse a él y a su apreciada familia a la deuda y la deshonra antes de que ni siquiera llegue a la mayoría de edad. Su padre en es ministro del departamento de guerra y temo que pueda resultar un contacto valioso para los franceses.
Pese al tono lánguido del duque, el corazón de la chica latía de una forma tan terrible contra los confines de su corsé que le sorprendió que no fuese capaz de escucharlo.
—¿Dónde ha visto exactamente a sir John, señora Waterstone?
La muchacha señaló el palco en el que se sentaba su madre y esperó con las manos entrelazadas en el regazo mientras el hombre dirigía los binoculares hacia los ocupantes.
—Parece que está en lo cierto, querida. Veo a lord Molyneux poniéndole ojitos de cordero degollado a una rubia insípida y a sir John conversando con tu padrastro al fondo del palco.
—La *rubia* es mi hermanastra, Mary del Bosque, Excelencia. Mucha gente opina de ella que es un diamante de primera —le espetó la joven.
Entonces, el duque la examinó.
—Retiro lo dicho. Usted, por supuesto, sabrá mucho más sobre la belleza femenina de lo que yo seré capaz jamás.
En ese momento, el chico ahogó una carcajada y el noble se volvió hacia él.
—Nicholas, he hablado antes con tu hermana, Hortense, y quiere saber por qué no la has honrado con una visita tras el primer acto.
El muchacho se puso tan colorado como su cabello y su rostro asumió una expresión mustia.
—¿Qué quiere de mí? ¿No le has dicho que estoy bien y contento?
El caballero contempló al joven durante un buen rato a la vez que sonaba la campana de llamada por el comienzo del segundo acto. Cuando Nicholas bajó la vista hasta sus zapatos arañados, este volvió a hablar, con un tono incontrolable en su voz.
—Efectivamente, le he dicho que estabas bien. —Y se quedó callado un momento mientras el muchacho se removía incómodo en su asiento—. A lo mejor prefiere oír esas palabras del despreciable desagradecido al que ayudó a criar.
En ese instante, el hombre le dio la espalda al chico, claramente abatido, y volvió a su escrutinio de Elizabeth.
—¿Va todo bien? —le susurró mientras la música crecía y ascendía desde el foso de la orquesta —. ¿Te he dejado más tranquila?
La joven clavó las pupilas en el escenario, donde se encontraba un coro femenino colocado en

elegantes círculos, listo para la actuación.
—¿Por qué iba a pensar que estaba preocupada, Excelencia?
El duque se inclinó hacia delante y acomodó la boca sobre el pulso que le palpitaba en la base del cuello.
—Porque estoy empezando a aprender cómo funciona tu mente, querida. La espléndida dama a la que he visitado durante el descanso es la hermana mayor de Nicholas, Hortense. ¿Has visto el parecido?
La muchacha intentó encogerse de hombros, pero entonces se quedó petrificada cuando el noble le mordió el hombro levantado y lanzó una excitación directamente a su vientre.
—No estaba al tanto de sus movimientos, Excelencia. Estaba demasiado ocupada disfrutando de los decorados.
—Mentirosa... —Suspiró el hombre contra la oreja de la chica y, luego, le dio un ligero mordisquito—. Y no he enviado a sir John tras tu padrastro. También puedes estar tranquila en ese aspecto. —Los dedos del caballero se deslizaron por la curva de su cuello y trazó uno de sus senos—. Solo ha sido una coincidencia que haya resultado visitar el palco de tu padrastro.
Elizabeth no dijo nada cuando el duque se recostó y fijó su atención en el escenario. En cambio, contempló sin ver la colorida confusión de figuras mientras se alojaba en ella un atisbo de inquietud. No era propio de aquel hombre molestarse en explicar nada. ¿Estaban empezando a importarle sus sentimientos o es que trataba de apaciguar sus sospechas?
Para cuando terminó la ópera y despacharon a Nicholas para que su hermana le soltase una reprimenda, la joven seguía sin haberse decidido. Casi pegó un salto cuando el caballero le tocó el codo y le tendió la capa a modo de invitación silenciosa. No hablaron mientras se abrieron paso para bajar hasta el carruaje, y no fue hasta que llevaron un rato en marcha cuando Elizabeth se dio cuenta de que el chico no se encontraba con ellos.
—¿Dónde está Nicholas, le he hemos dejado atrás?

***

Gervase sonrió y alargó el brazo para besar la mano envuelta en un guante de la muchacha.
—Se ha ido a tomar una cena tardía con su hermana y Angelique. No espero que vuelva hasta que le hayan insultado todo lo posible y hecho que se sienta como un zoquete ignorante, que es solo lo que merece.
El hombre contempló el perfil apartado de la joven. Le preocupaba cuando se quedaba callada porque normalmente eso significaba que estaba pensando demasiado. Sospechaba que sus explicaciones simplistas de las idas y venidas en el teatro no habían conseguido ocuparse de sus preocupaciones. ¿Cuánto más se inquietaría si supiese que en realidad el objetivo de las atenciones de sir John era el señor del Bosque?
Temía que lo bastante para dañar toda la delicada operación y ocultó un suspiro.
—No quiero que intentes descifrar el código esta noche, Elizabeth, sino que te vayas directamente a la cama.
—¿Sola o con usted, Excelencia?
El noble contuvo el aliento al notar el despertar de su cuerpo ante la tímida invitación. Su naturaleza lujuriosa ansiaba más tras haber probado los placeres de la chica la noche anterior. Se la imaginó desnuda entre sus brazos y ofreciéndose a él. Casi podía sentir su excitación escurridiza contra su carne erecta mientras se introducía lentamente en ella, centímetro a centímetro de placer. En ese momento, apretó los dedos con los que sujetaba el bastón.
—Sola.
El rostro de la muchacha se coloreó ante aquel rechazo y, cuando el carruaje paró poco a poco, la

chica manipuló el pasador de la puerta con torpeza, como si se muriese por escapar de él. El hombre la ayudó a bajar los escalones con una falta de su delicadeza habitual y la dejó en los brazos de uno de sus lacayos antes de retirarse al interior del coche.

Atisbó su rostro sorprendido cuando golpeó ruidosamente el techo con el bastón y el carruaje se alejó rápidamente. El caballero se miró el regazo con el ceño fruncido y deseó que disminuyese su excitación indeseada. Si no tenía cuidado, Elizabeth consumiría sus pensamientos, y sería capaz de cometer el error de sentir algo por ella. No podía permitir que eso sucediera. No creía que fuese capaz de soportar ese dolor otra vez.

Su carruaje se detuvo en el caro y discreto burdel al que normalmente favorecía como cliente, y clavó las pupilas en la puerta delantera a través de la ventana del coche durante un buen rato. Sí, ansiaba la carne femenina, pero la idea de tocar a alguien que no fuese Elizabeth albergaba poco atractivo. Al final, el hombre gritó unas órdenes al cochero y los caballos dibujaron un amplio círculo alrededor de la plaza para comenzar el viaje a casa.

Gervase respiró hondo, convencido a resistirse a la tentación que le ofrecía la franca y demasiado inteligente señorita Waterstone. Debía recordar que no era más que un pequeño e insignificante engranaje de los mecanismos de su plan maestro. Había llegado a un trato y él pretendía hacer honor a este. Convertir su entrepierna en un lugar más permanente para él definitivamente no formaba parte de ese acuerdo.

Luego, sonrió ante su arrogancia cuando el carruaje giró para entrar en la plaza adoquinada y disminuyó de velocidad. Puede que la muchacha tuviese un par de cosas que decir de sus suposiciones sobre que a ella le complacería acostarse con él. Debería aprender de la historia y recordar no subestimar la importancia de su maravillosamente molesto engranajito propio.

Capítulo diecisiete

Elizabeth soltó el segundo trozo de tostada en el plato y clavó la vista en la silla vacía del duque. El hombre llevaba cinco mañanas sin desayunar con ellos y sin acudir a verla a su cama por las noches. Sus pensamientos vagaron hasta la visita al teatro. Después de que el caballero la dejara en los escalones de la entrada bruscamente y se fuese en el coche, escuchó a uno de los lacayos reírse y comentar que había ido a un burdel.

¿Su atrevida oferta había molestado tanto al noble que había huido de ella? Le parecía poco probable. La principiante en el elegante juego de seducción en el que participaban era ella, no él. Intentó recordar su rostro cuando salió del carruaje. No parecía enfadado, solo impaciente por marcharse.

Suspiró y se puso de pie, consciente de que Standish estaba merodeando a su alrededor a la espera de recoger la mesa. Se alegraba de tener aquel misterioso código para concentrarse en algo. Si no estuviese tan ocupada habría pasado los días preocupándose por el aberrante comportamiento del duque...

La joven se quedó parada en la puerta y vio a sir John analizando algo en su escritorio.

—¿Puedo ayudarle?

El hombre se incorporó, cogió rápidamente un librito con la cubierta de cuero rojo de la mesa y se lo deslizó dentro del bolsillo de la chaqueta.

—Mis disculpas, señora Waterstone. El duque me ha pedido que le eche otro vistazo al código.

Elizabeth levantó la barbilla. Algo en el tono condescendiente y la actitud paternalista de sir John siempre implicaba que el noble no creía que estuviese trabajando lo bastante duro.

—¿De verdad, señor?

El secretario se limpió la frente con un pañuelo de lino arrugado.

—A veces me resulta de ayuda escribir algunas de las frases más inciertas y estudiarlas cuando me viene bien. Confieso estar extremadamente entusiasmado por verle descifrar el código.

La muchacha tenía en la punta de la lengua recordarle que se suponía que debían dejar el código guardado bajo llave, pero permaneció en silencio mientras el hombre se daba palmaditas en el bolsillo en el que había depositado el libro. Al final, la chica tomó asiento, cogió el trocito de pergamino en el que había estado trabajando y le dedicó una sonrisa de despedida.

—Lo haré lo mejor que pueda por ustedes, señor.

—Debe pensar que soy impaciente, señora Waterstone —dijo lentamente—, pero he visto a demasiados hombres morir como para no desear una conclusión rápida de este asunto.

La joven fue incapaz de ignorar la nota de sinceridad en la voz del hombre. Si hubiese visto a sus compañeros y amigos asesinados dentro de unos bajos fondos tan peligrosos, posiblemente sintiese la misma pasión que sir John. Con un vigor renovado, se rindió a su tarea y el enfado con el secretario del duque desapareció.

El hombre entró y salió de su despacho al del noble y llegó un momento en el que escuchó a Nicholas burlándose de él. No oyó la voz del duque hasta que el reloj del estudio marcó las doce del mediodía. Entonces, soltó la pluma y respiró hondo, de pronto insegura de cómo abordarle.

Standish tocó a la puerta y le recordó que el almuerzo estaba servido y ella le dio las gracias, ausente. Luego, bajó la vista hasta el vestido liso, de cuello alto y color uva y puso una mueca al darse cuenta de que se las había apañado para dejar caer una gota de tinta en la falda. No le sorprendía que el duque no la considerara una pareja adecuada cuando parecía una pilluela. Tendría que cambiarse antes de salir a tomar el té con su madre y Mary.

Esperó hasta que sir John y el noble abandonaron la biblioteca y, entonces, subió las escaleras después de guardar sus preciosos documentos en el escritorio, bajo llave. No se molestó en llamar a su sirvienta cuando se cambió a toda prisa por otro vestido prudente y recatado que su madre no dudaría en considerar anticuado. Mientras bregaba con los botones de la espalda, sus sentimientos le sobrepasaron.

—Maldita sea, ¡ojalá fuese un hombre!

—Bueno, en eso debo disentir. Mis gustos nunca han ido en esa dirección y me alegro mucho de que seas una mujer.

Elizabeth se quedó petrificada cuando el duque se acercó a su espalda y le abrochó el vestido; los dedos calientes pegados a la curva de su columna. Luego, este dejó caer un beso en la piel suave debajo de la oreja y la muchacha, demasiado avergonzada como para mirarle, se apresuró a ir al espejo para pasarse la mano por el cabello.

—Tienes buen aspecto, querida, un poco serio. ¿Vas a salir a ver a tu madre?

—Sí, Excelencia, si le parece aceptable.

Entonces, la chica echó un vistazo a su alrededor y miró a todas partes excepto al noble. Él se retiró a la puerta y ella comenzó a respirar con la esperanza de que significase que se marchaba. Después, avistó la ridícula y su capota favorita en el suelo, junto a la cama, y se apresuró a recogerlas. La montaña de libros que le había comprado a Michael en Hatchards yacía en su tocador, atada ya con una cuerda.

Estuvo a punto de llorar de la frustración cuando el hombre volvió a acercarse tranquilamente y la liberó de su carga.

—Deja que te eche una mano a llevar esto. Luego, Nicholas puede meterlo en el carruaje por ti.

La muchacha solo fue capaz sonreír y encabezar la bajada por la amplia escalera. No había nadie en el pasillo cuando llegaron, ya que todo el servicio se encontraba reunido sirviendo el almuerzo.

Elizabeth se giró para darle las gracias al duque y le encontró observándola atentamente.

—Bueno, ¿qué he hecho ahora?

Su mirada viajó por ella como si se tratase de un interesante rompecabezas nuevo. La chica se volvió sobre los talones, pero él la agarró por el codo y la persuadió para que le mirase a la cara.

—¿Te unirás a nosotros para tomar algo del almuerzo antes de desaparecer? Es un poco pronto para una visita de mediodía y creo que Nicholas no ha terminado de comer.

Hubo un atisbo de orden en el tono del duque que había aprendido que significaba que pretendía que le obedeciese. Con un suspiro de derrota, se volvió en dirección al comedor y, tras un instante, la siguió. Después, la ayudó a sentarse y se inclinó sobre ella a la vez que le cubría el regazo con una servilleta.

—No te equivoques, querida —le dijo en un tono agradable y peligroso—. No voy a tolerar que se me ignore mucho más. Ya discutiremos de mis defectos más tarde.

***

Tras una hora de reflexión interior sobre su visita, Elizabeth se aventuró a la planta baja para cenar. Al parecer Jack Llewelyn había dado con la aprobación de su hermano. El respeto y la buena relación entre Michael y él, además de la mejora obvia en la salud del muchacho, la había alentado enormemente. De pronto, la decisión de quedarse con el duque y ganar el dinero para el cuidado de su hermano le parecía una buena.

Su madre había sido tan grosera como siempre, y sus preguntas sobre el duque fueron tan insistentes como, en opinión de la joven, impertinentes. Mary también aparentaba estar igual que siempre. La emoción por su presentación en sociedad era algo asombroso de lo que hablar y con

lo que maravillarse junto a su hermanastra mayor.
La chica sonrió cuando entró en el comedor y vio que el duque y Nicholas ya se hallaban presentes, y el revuelo de un rosa vaporoso y el destello de unos diamantes revelaron la vuelta de Angelique del balcón con vistas a la plaza.
—Ay, ya estamos todos. —Y la cortesana apretó una mejilla aromatizada y con colorete contra la de Elizabeth—. Qué aburrido, el insulso de sir John se ha marchado y solo quedamos los cuatro.
La chica aceptó una copa de vino de parte del duque sin mirarle apenas a los ojos y se la bebió de un trago rápido. Antes de que pudiese respirar, el noble le rellenó la copa y la acompañó a la mesa en la que Standish esperaba para servir el primer plato. La joven se encontraba sentada a la derecha del duque; Angelique, a su izquierda, y Nicholas junto a esta.
Durante un breve instante, la muchacha concentró su atención en la deliciosa comida. Su madre únicamente había servido un té flojo, y eso solo después de quejarse muchísimo. Un vino rico acompañó el segundo plato, y la chica comenzó a sentir los potentes efectos de este. Al final, dejó caer la cuchara en el postre a medio terminar de crema chantillí y se recostó con un suspiro.
El duque despidió al servicio con un gesto de la mano y pasó alrededor de la mesa el pesado decantador de cristal con Oporto y una caja con cigarrillos españoles.
La joven se quedó ojiplática cuando Angelique aceptó ambas cosas. En el momento en el que el noble se giró para servirle, se llenó la copa de Oporto de manera desafiante y, consciente de la mirada sarcástica del hombre, se lo bebió imprudentemente de un trago. Los ojos se le llenaron de lágrimas por el fuerte efecto que tuvo este cuando le cayó en el estómago, pero sostuvo la mirada fija del noble con un desafío en la suya.
Fingió dar un sorbo al vino y luego cerró los ojos mientras la sala se ondulaba bajo sus pies. Con la esperanza de que el caballero no se diese cuenta, colocó lentamente los dos codos en la mesa y descansó la barbilla en las manos.
En ese momento, Angelique exhaló un anillo de humo perfecto y le sonrió.
—Justo le estaba diciendo a Nicholas la suerte que tiene de contar con una familia. Gervase y yo perdimos a muchos de nuestros parientes en el caos tras la revolución de Francia. —Y la cortesana hizo un gesto de asentimiento hacia el duque, se recostó en su asiento mientras observaba a la Elizabeth—. En realidad, si no hubiese sido por él, Nicholas y yo no estaríamos aquí ahora mismo.
La muchacha inclinó la cabeza con cierta dificultad y miró al noble.
—No intentes pintarme como a un héroe, Angelique. Hice lo que debía, igual que tú.
—Ay, Gervase. —Y la mujer le señaló agitando el dedo—. Odias que te alaben, ¿no es verdad? —Y se volvió hacia la joven—. Después de que traicionasen a su familia con el nuevo gobierno, Gervase se aseguró de que todos sus subordinados y empleados fuesen capaces de abandonar Francia antes de que los capturasen también. —Y la cortesana suavizó el gesto—. Solo deseo que hubiésemos podido salvar a todo el mundo.
La chica frunció el ceño a la vez que la pena atravesaba en un destello los rasgos rígidos del duque. ¿Seguía llorando a una mujer a la que afirmaba despreciar?
Ansiosa por cambiar el tema que al hombre le resultaba incómodo, y rebosante de un deseo irrefrenable de hablar, Elizabeth interrumpió a Angelique con un gesto de la mano que hizo que la cabeza le diese vueltas.
—Mi padre también fue un héroe, pero me dejó. Mi madre decía que yo le maté.
Incluso a través de la confusión del embrollo de sus pensamientos, la muchacha estaba segura de que se había ganado la atención alarmada de sus acompañantes. Entonces, intentó asentir, pero aquello consiguió que la sala comenzase a dar vueltas a su alrededor como una pareja de vals, así

que volvió a anclar la barbilla sobre las manos.
—Elizabeth... —La voz persuasiva del noble hizo que se parase y le mirase pestañeando—. Creo que te encuentras un poco bebida. ¿Quieres que te acompañe a la cama?
—No, Excelencia —le contestó la joven con decisión, y se preguntó por qué torció el morro—. Siempre me dice lo mala persona que es usted, y ahora pretendo contarle que yo no soy mucho mejor.
—Bueno, pues adelante, *ma belle* —le dijo él con delicadeza—. Pero, por favor, recuerda que tendrás que vernos la cara a todos por la mañana.
La chica frunció el ceño mientras trataba de concentrarse en sus recuerdos. No dejaban de escapar de ella igual que los documentos de sir John arremolinándose en la brisa.
—Mi padre servía en el ejército y solía estar fuera, pero una vez, cuando yo tenía ocho años, vino a casa sin que le esperásemos. Mis hermanos se encontraban en el colegio y a mí me dejaron con mi madre. —Y sintió un escalofrío—. La casa siempre estaba oscura, y ella se había marchado, me había dejado sola. Cuando oí la voz de mi padre, tuve tanto miedo que me escondí debajo de la cama.
Angelique se inclinó más adelante y tomó la mano de la muchacha.
—Es aterrador quedarte sola así, ¿no? A esa edad recuerdo pensar que todos los sonidos eran un monstruo que venía a devorarme.
La joven volvió a fruncir el ceño cuando Nicholas le deslizó una taza de café debajo la nariz. Luego, miró al duque, y este le hizo un gesto para que bebiera. Al final se las apañó para darle un sorbito a la infusión humeante antes de continuar con el relato.
—Cuando mi padre me convenció para salir, me di cuenta de que estaba enfadado incluso a pesar de que me aseguró que no había hecho nada malo. Después, me sentó en su rodilla y comenzó a preguntarme por mi madre. —Y se encogió de hombros—. Había poco que pudiese contarle sobre su paradero, solo que me dejaba sola en casa todas las noches.
»Entonces, me agarró de la mano y caminamos por la casa, parando de tanto en tanto para mirar los espacios vacíos en la pared o en las vitrinas.
La muchacha examinó los muros tapizados con seda del comedor del noble y el magnífico alarde de arte y se preguntó si él habría pensado alguna vez en apostar sus posesiones.
—Al final, llegamos a la cocina, que era la única habitación de la casa en la que no hacía frío. Mi padre tenía el rostro blanco y le temblaban los dedos mientras intentaba beberse el té que le había preparado. Él siguió preguntando a dónde habían ido a parar todos los cuadros y las reliquias familiares, pero todo lo que le pude decir fue que madre decía que lo estaban reparando y volveríamos a tenerlos pronto.
Elizabeth cogió la taza de café y le sopló con cuidado.
—Por supuesto, tuvo que adivinar que mi madre había vendido nuestros objetos de valor para financiarse el juego. En ese entonces yo solo sabía que mi padre se encontraba desconsolado y que no tenía ni idea de cómo ayudarle.
Angelique echó un vistazo al duque, que asintió ligeramente y, luego, la mujer le dio a la chica un apretón en la mano.
—¿Qué pasó después? No parece que te culpase ni que le asesinases.
La joven soltó la taza con tanta torpeza que esta repiqueteó en el platito.
—Me sentía tan mal por él, que le hice seguirme escaleras arriba hasta mi dormitorio. —Y entrecerró los ojos a la vez que le abrumaban los recuerdos—. Ahora suena ridículo, pero quería reconfortarle y enseñarle que no todo estaba perdido, así que levanté la tabla suelta del suelo de mi habitación, donde había escondido algo de comida y mi muñeca favorita para que mi madre

no pudiese quitármela. Le ofrecí mis tesoros con tanto orgullo que cuando me espachurró contra él con fuerza y comenzó a mecerme como a un bebé estaba de lo más indignada.
A la chica le flaqueó la sonrisa.
—Recuerdo cómo me aplastó el raído galón dorado de su uniforme contra la cara y cómo luché por respirar hasta que me di cuenta de que estaba llorando. Me quedé quieta hasta que me soltó, aterrada por haberle molestado al enseñarle mis secretos.
Entonces, alzó un momento la vista hasta sus silenciosos oyentes y tomó aliento.
—Cuando mi madre volvió a casa hubo una discusión terrible. Me senté al final de las escaleras, con las rodillas pegadas con fuerza al pecho, y escuché cómo se destruía mi mundo.
El duque alargó el brazo a través de la extensión de la mesa y le agarró la otra mano.
—Mi padre nunca volvió. Le asesinaron poco después al ofrecerse voluntario para un ataque peligroso, algunos dirían suicida, en un emplazamiento de tiro francés. Mi madre me culpó a mí y aún lo hace de vez en cuando.
El noble se levantó tan rápido que la silla se inclinó hacia atrás y la estrechó entre sus brazos.
—No fue tu culpa. —Y la aplastó con fuerza contra su pecho; la voz ronca en su oído—. Jamás pienses eso.
La chica ahogó un grito cuando el hombre la levantó en brazos y se dirigió a la puerta. Ella se aferró a sus hombros mientras el caballero subía resuelto las escaleras y la soltaba en la cama. La boca del duque cubrió la suya con una urgencia y un hambre que se esforzó en devolverle.
Su cuerpo pareció volverse líquido mientras se pegaba más y más a él con el ansia de aliviar las emociones que se arremolinaban dentro de ella. Él continuó besándola mientras le tocaba por todo el cuerpo; sus senos ansiaban que los tocara. El hombre se estremeció cuando la volcó bocarriba desde su regazo y bajó sobre ella para colocar una pierna envuelta en satén entre sus muslos.
—No debes culparte, Elizabeth. Solo tenías ocho años.
La joven le tocó la mejilla.
—¿Por qué es tan importante para ti que lo crea, Gervase?
En ese momento, el noble rodó sobre la espalda y la llevó con él.
—Yo le enseñé a mi hijo los secretos de nuestro castillo en Francia y su madre, mi esposa, usó ese conocimiento para destruir a mi familia.
La muchacha forzó al duque para que la mirase mediante el simple recurso de apresarle la cara entre las manos.
—No sabía que tenías un hijo.
—Y no lo tengo. Mi mujer se buscó un amante importante dentro del gobierno revolucionario y, en un esfuerzo por impresionarle, decidió traicionar a mi familia y súbditos con las cortes provinciales.
Y se encogió de hombros.
—Persuadió a mi hijo, David para que le revelase todos los escondites de las personas y el dinero del castillo que yo le mostré. Por desgracia, yo no me encontraba en el edificio principal cuando llegaron los soldados, pero sí varios miembros de mi familia.
El noble cerró los ojos.
—Cuando mi hijo se dio cuenta de lo que había hecho, intentó reparar el daño. Sabía que yo me encontraba en la vieja casa del guardia y vino a avisarme. —Entonces, abrió los párpados y clavó la vista en la muchacha—. Los soldados le dispararon igual que a una alimaña mientras huía por los bosques. Duró lo bastante entre mis brazos como para contarme lo que había sucedido y rogar mi perdón.

Acto seguido, el duque soltó un improperio en voz baja y giró la cabeza a otro lado.
—Así que, ya ves, Elizabeth, sé que tu padre te habría perdonado igual que yo hice con mi hijo. La única persona que os traicionó fue tu madre.
La muchacha apoyó la frente en la del duque, y las lágrimas le resbalaron por la cara para precipitarse hasta las suyas.
—Gervase, lo siento muchísimo.
En ese instante, se inclinó para darle un fuerte beso en la boca y, después, le sostuvo la cabeza contra el pecho en un intento desesperado de consolarle. Él dejó que la chica le abrazase durante un corto instante y acto seguido se separó de ella.
La joven le tocó la boca con la punta de los dedos.
—¿No vas a quedarte?
—No, querida, no sería sabio. —A continuación, giró las piernas por el lateral de la cama y se pasó una mano por el denso cabello negro—. Quizás creas que al ofrecerte a mí por pena y, al ser un hombre lujurioso, puede que acepte la oferta, pero eso jamás funcionaría.
—¿Por qué no, Excelencia? —le preguntó ella cuando se dirigió a la puerta.
—Porque cuando me acueste contigo, Elizabeth Waterstone, no será debido a los efectos de un exceso de Oporto ni porque sientas pena por mí, sino porque me desearás tanto como te deseo yo.
Luego, cerró la puerta tras él con un golpe decisivo y la muchacha volvió a dejarse caer sobre las almohadas. ¿De veras la deseaba? La chica se acurrucó bajo las mantas. Temió que el hombre lamentase aquellas palabras imprudentes al día siguiente y se preguntó de qué formas sutiles la castigaría por hacerle parecer vulnerable. Un dolor de cabeza se le aproximó sigilosamente, pero aun así no pudo arrepentirse de su insensata competición de beber con el duque.

Capítulo dieciocho

—Nicholas, por última vez, ¡vete a casa! No necesito que me sigas. La gente está empezando a mirar.

Elizabeth se paró en medio de la calle concurrida y frunció el ceño, a lo que el joven tuvo el descaro de sonreír y negar con la cabeza.

—Lo siento, señora Waterstone, pero estoy a las órdenes del duque. Debe ir acompañada todo el tiempo.

A la joven se le ocurrió una idea audaz, volvió a ponerse en marcha y habló por encima del hombro mientras el chico se esforzaba en alcanzarla.

—Voy a comprar unas prendas de naturaleza íntima y había esperado evitar la vergüenza de ambos.

Luego, se paró en la puerta de la tienda de lencería de *madame* Isabelle, un establecimiento que le había recomendado el duque.

—A lo mejor prefieres esperar fuera. Solo voy a tardar un momento.

Nicholas dudó un instante mientras la muchacha abría y liberaba una nube de perfume intenso. Tintineó una campanita al fondo de la tienda y la chica notó que su acompañante estaba vacilando.

—No me gustaría nada tener que contarle a tu hermana que te he visto en un sitio como este.

El muchacho se desplomó contra el escaparate con un suspiro exagerado y se cruzó de brazos.

—Está bien, señora, no hay necesidad de sacar la artillería pesada. Le esperaré aquí.

Elizabeth se giró para entrar a la tienda, pero paró cuando Nicholas llamó su atención.

—Señora Waterstone, por si lo ha olvidado, el color favorito del duque para usted es el lila.

Después, le guiñó un ojo y ella frunció el ceño a la vez que le cerraba la puerta en la cara risueña. Al final, soltó un suspiro de frustración. Ahora tendría que comprar algo. Tras saludar a la propietaria, *madame* Isabelle, cogió un camisón de seda lila con aljófares cosidos que sabía que le gustaría al duque y fue al fondo del establecimiento a probárselo.

Mientras le ayudaba a volver a ponerse el vestido de muselina, la joven llamó la atención de la francesa.

—*Madame*, si quisiese evitar al joven que me está esperando en la fachada de su tienda, ¿podría salir por otra puerta?

La comprensión iluminó los sagaces ojos marrones de *madame* Isabelle.

—¿Tiene otra cita secreta? —Y recorrió a la muchacha con una mirada sorprendida—. Seguiré trayéndole prendas para probarse y que así el joven caballero no sospeche y pueda marcharse y volver desde la parte trasera de la tienda.

La mujer no se explayó, pero ella supo que pagaría el favor con una selección de escandalosa lencería nueva que solo complacería al duque. Al fin, asintió mientras se ponía el casquete en la cabeza.

—Gracias, *madame*, no debería tardar más de media hora.

Acto seguido, cogió su ridícula y subió corriendo la colina hasta la cafetería Barings, donde había concertado una cita con Jack Llewelyn. Cuando entró, tardó un momento en adaptarse al aire viciado del humo y al interior oscuro, sucio y cubierto de paneles de roble, pero por fin avistó el cabello rubio del exmilitar en una mesa de bancos corridos en la esquina más alejada.

Mientras se acercaba, el caballero alzó la vista con un recelo y velocidad que delataban que se trataba de un hombre de acción. El gesto serio se le ablandó cuando se puso de pie y le sonrió.

Luego, le dedicó una reverencia que fue elegante incluso en el entorno estrecho.
—Señorita Waterstone, creí que había calculado mal la hora. —Entonces, sacó un maltrecho reloj de bolsillo y lo miró con el ceño fruncido—. No ha vuelto a ser el mismo desde Salamanca.
La muchacha se deslizó en el banco frente a él, y el hombre le hizo una señal al camarero. A continuación, pidió un café para él y un chocolate caliente para ella, después volvió a sentarse y la observó.
—Michael ha disfrutado de los libros, señorita. Ha sido muy amable de su parte traérselos.
—Sé lo mucho que disfruta de la lectura y lo que le frustra no ser capaz de pasear por Hatchards o Hookhams para leer detenidamente los últimos títulos.
Cuando el camarero les trajo las pedidas, Jack Llewelyn le dio las gracias y le soltó unas monedas en la bandeja.
—Quería hablar con usted sobre eso. He visto imágenes de sillas con ruedas que se pueden utilizar para llevar a un inválido a la calle y que tome el aire. Sería aconsejable que le comprase una Michael.
La duda de la chica tuvo que dejarse ver porque el hombre continuó, con las enormes manos envolviendo la humeante taza de café.
—Ya sé que esas sillas son caras, y comprendería que no pueda permitirse una, pero ¿pensará al menos en ello? —Y frunció el ceño—. Saqué el tema con los del Bosque, no están predispuestos a ayudar.
Elizabeth trató de pensar en qué decir. Todo el dinero del que disponía ya se lo estaba gastando en Michael.
—Estoy de acuerdo con usted, señor Llewelyn, pero...
—Por favor, llámeme Jack. No me acostumbro a volver a ser solo un señor.
—Bueno, pues Jack, no estoy segura de cómo seré capaz de encontrar el dinero, pero ten por seguro que lo intentaré. —Y se aclaró la voz—. Como seguramente te habrá comentado Michael, trabajo para el duque de Diable Delamere. Podría pedirle un adelanto de mi sueldo.
El caballero frunció el ceño.
—No haga tal cosa. En cuanto pueda retenerla, es posible que se encuentre realizando mucho más que labores administrativas. Ese hombre es tan frío y despiadado como un tiburón.
La chica se alegró de que Jack Llewelyn no pudiese ver el rubor de color traicionero en sus mejillas.
Luego, terminó el café y su informe, y se puso de pie.
—Lo siento, señorita Waterstone, tengo que volver con Michael. Nadie más contesta a su campana.
La muchacha asintió, aceptó la mano del hombre y se abrió paso hasta la puerta. Entonces, el caballero inclinó la cabeza para sonreírle y el sol bañó su cabello de oro igual que si se tratase del halo de un ángel.
—¿Puedo acompañarla a algún sitio, señorita?
Ella le dio un apretón en el brazo.
—No, gracias. Se supone que estoy comprando y volver contigo podría complicar las cosas.
Así, Jack Llewelyn se despidió de ella con naturalidad y se alejó a paso largo por la calle. Después, Elizabeth se apresuró a volver a la tienda, donde encontró a *madame* Isabelle esperándola.
—Su jovencito me ha preguntado por usted, pero creo que he conseguido tranquilizarle. ¿Ha logrado lo que se proponía?
Elizabeth se echó un vistazo en el espejo y se frotó una mancha de chocolate que tenía en el labio

superior.
—Sí, gracias, *madame*. —Luego, miró rápidamente la montaña de prendas que la mujer y sus asistentes había envuelto con empeño y suspiró—. Tendrá que enviarla la cuenta al duque de Diable Delamere. Desde luego yo no puedo permitirme pagar todo esto sola.
Madame Isabelle soltó un grito ahogado y se llevó las manos entrelazadas al pecho.
—Qué suerte tiene, querida. El duque es uno de mis mejores clientes. Estará encantado con sus elecciones. —Entonces, frunció el ceño y señaló a la chica mientras sacudía el dedo—. Un consejo. Si hubiese sabido que estaba intentando engañar al duque de Diable Delamere nunca la habría ayudado. Es demasiado inteligente como para confundirle.
Con aquella última advertencia desgraciadamente sabia y real, acompañó a la muchacha con determinación fuera de la tienda, depositaron sus bolsas con Nicholas y la enviaron a casa.

***

—Nicholas, ¿puedes describirme al hombre?
—Tendría más o menos su edad y tenía el cabello sorprendentemente rubio. Se comportaba como un exmilitar. No pude acercarme mucho por miedo a que la señora Waterstone pudiese verme. Así ha sido que apenas he conseguido volver a la tienda antes que ella.
—Has hecho bien, Nick. —Y Gervase bajó el rostro fruncido a sus relucientes botas—. Vuelve a la cafetería y mira si puede averiguar quién es esa persona. Sospecho que se trata del mismo hombre con el que la señora quedó en el parque hace una semana o dos.
—Sí, por supuesto, Excelencia. Voy inmediatamente.
El chico cogió su sombrero y la chaqueta y se apresuró hasta el vestíbulo, donde estuvo a punto de chocarse con Elizabeth, que estaba llegando al pie de la escalera. Con una disculpa a gritos, el muchacho salió corriendo por la puerta.
Medio riéndose, la joven llamó la atención de Gervase y se encogió de hombros.
Este se enderezó y borró toda expresión de su rostro cuando Elizabeth se acercó a él. La ligera arruga entre las cejas de la chica agrandó su preocupación y le formó un nudo en el estómago.
—Excelencia, ¿puedo tomarle un segundo de su tiempo?
Tras asentirle, la chica se dejó caer con elegancia en el asiento frente al escritorio. Iba ataviada con un suave vestido lila de cuello alto y unos anteojos le adornaban la nariz. Después, la muchacha se mordió el labio y su tensión aumentó.
—Me preguntaba si podría darme un adelanto de sueldo.
El noble la contempló durante un minuto entero antes de que pudiese decidirse a hablar. Que le pidiese dinero no formaba parte de todo lo que había esperado.
—¿Por qué necesita dinero tan desesperadamente? No puede tener muchos gastos viviendo aquí, como haces, a mi costa.
El pecho de la muchacha se agitaba por la respiración alterada.
—No puedo decirle para qué es, Excelencia. ¿No puede simplemente aceptar que lo necesito? ¿Que solo se lo pido porque es absolutamente necesario?
Los pensamientos de Gervase volaron hasta el misterioso rubio. ¿La estaban chantajeando? ¿Por eso temía contárselo? Entonces frunció el ceño. Si realmente trabajase para el señor del Bosque y los franceses, seguramente estaría recibiendo dinero en lugar de pedirlo prestado.
—¿Necesita de mi ayuda, señorita Waterstone? No hay nada que pueda contarme que me escandalice y le prometo actuar en la más estricta confidencialidad.
Acto seguido, el duque se dejó caer en su asiento tras el escritorio y le sonrió de modo alentador.
Pero, por desgracia, Elizabeth le devolvió una mirada asesina.
—No voy a dejarme manipular, Excelencia. Estoy segura de que si fuese un hombre me prestaría

el dinero sin hacerme preguntas, sin ni siquiera pedirme que se lo devolviese. ¡Soy tan capaz de poner en orden mis finanzas y tomar mis propias decisiones como usted!
—Si fuese un hombre... —comenzó Gervase en voz baja—, no sería mi empleada y no estaríamos teniendo esta conversación.
Admiraba el brillo combativo en los ojos grises de la muchacha y aquel temperamento cortante que arañaba su voluntad cuando esta se puso de pie. En ese momento, el caballero agitó la mano para que volviera a tomar asiento y ella se sosegó con un resoplido de indignación.
—Pensaré en lo que me has pedido, Elizabeth, y te daré mi decisión cuando acabe la semana.
Esperó que aquello le otorgase el tiempo suficiente como para descubrir en qué estaba metida exactamente.
—Supongo que tendrá que valer con eso, Excelencia. —Y suspiró—. Gracias.
—Antes de que desaparezcas, querida, me corresponde recordarte nuestro acuerdo. —La chica se quedó quieta y él sonrió—. No eres completamente responsable de tus propios actos, ¿verdad? Prometiste obedecerme.
—Prometí que usted me dirigiría en los asuntos de la *carne*, Excelencia, no en todas las esferas de mi vida.
Entonces, el hombre se recostó en el asiento, colocó las manos detrás de la cabeza y no la perdió de vista mientras estiraba. La joven siguió la flexión de sus brazos musculados con la mirada y tragó saliva.
—Bueno, señorita Waterstone, ¿se le ha ocurrido que existe otra manera de ganarse el dinero? Tengo varios conocidos interesados en su identidad desde que apareció junto a mí. Estoy seguro de que si trabajamos juntos podemos descubrir a un hombre tolerable que la tome como amante. A lo mejor podría pedirle a él una suma de dinero como muestra de buena fe para sellar el pacto.
Pese a sus palabras, la idea de la muchacha con otro hombre le provocó que un arrebato incontrolable de pura posesión se desplegase y propagase por su enorme figura. Luego, flexionó los dedos en un esfuerzo por no alargar la mano y retirar las palabras.
Elizabeth se puso de pie con el gesto paralizado. Entonces, se acercó a él sin decir nada, colocó las palmas en la superficie del escritorio y se inclinó hacia delante.
—Es usted un verdadero demonio, Excelencia. No hay necesidad de hacerme pedazos porque se arrepienta de compartir sus secretos. No tengo intención de usarlos contra usted.
Ante aquello, Gervase exhaló mientras ella se daba la vuelta sobre los talones y salía de la sala con aire resuelto. Lo que la chica había afirmado era ridículo. Debía descubrir qué estaba escondiendo. Para él aquello se estaba convirtiendo rápidamente en algo más importante que el código.

***

Elizabeth subió las escaleras hecha un basilisco y cerró de golpe la puerta de su dormitorio con un satisfactorio crac. Luego, lanzó los anteojos al suelo y se resistió a la necesidad de reducirlos a polvo en la alfombra. ¿Cómo se atrevía el duque a sentarse ahí con esa sonrisa irritante en la cara y negarse a darle el dinero? ¿Cómo se *atrevía* a insinuar que debería buscar un protector rico? Jack Llewelyn llevaba razón. Jamás debería haber acudido humildemente al diablo. Exponer el aprieto de su hermano a aquel hombre le resultaba impensable.
Gateó sobre la cama y un aluvión de lágrimas indeseadas la inundó y la dejó ahogando gritos y temblando. Pero, cuando la ira se marchó, la fría lógica ocupó su lugar. El duque estaba en lo cierto. Tenía todo el derecho del mundo a preguntar respecto a por qué necesitaba un gran adelanto de su sueldo.
Después, se metió la mano en el bolsillo, rescató un pañuelo limpio y se sonó la nariz. Así que

¿por qué había reaccionado con tanta furia cuando le había sugerido una alternativa perfectamente viable dado su supuesta elección de profesión? La joven se tranquilizó y dejó que sus verdaderos sentimientos la consumieran. A pesar de todas sus advertencias, creyó que Gervase había llegado a tener sentimientos por ella, y como una tonta ella había comenzado a imaginar un futuro juntos.

También estaba el asunto de su deseo de experimentar el placer que el duque le había mostrado en toda su extensión. La muchacha clavó las pupilas en las rosas rosas bordadas en la colcha de satén. Si era verdaderamente sincera consigo misma, y debía serlo, quería que el noble terminase lo que había empezado. Si sus circunstancias financieras dictaban que tenía que dejarle, quería probar lo que era hacer el amor con él solo una vez antes de embarcarse en su nueva profesión. Además, seguía siendo la única alternativa viable. Descifrar el código para el gobierno no se pagaba ni la mitad de bien.

Siguió el curso del hilo de seda entrelazado que ascendía por los tallos y las espinas de las rosas, y tomó una decisión. No iba a volver a pedirle dinero al duque, pero sí que la llevase a su cama y rompiesen su pacto. Cuando hubiese experimentado lo mejor que le podía ofrecer, seguro que podría seguir adelante, a un nuevo protector rico, y recoger las recompensas económicas que necesitaba para apoyar a Michael.

Una vez hubo tomado la decisión notablemente práctica, y con una ligera sensación de náuseas en la región del estómago, se bajó deslizándose de la cama y tocó la campana. Estaba ansiosa por reparar los estragos de sus lágrimas y deseosa de poner su nuevo plan en marcha.

Luego, se contempló detenidamente en el espejo y se preguntó por qué tenía la curiosa percepción de que alguien le estaba espachurrando el corazón hasta prácticamente dejarla sin respiración.

Capítulo diecinueve

—Excelencia, he terminado la traducción.

Elizabeth esperó junto a la puerta hasta que el duque levantó la vista de la montaña de papeleo del escritorio y se quitó los anteojos. El cabello negro le brillaba en un tono azulado a la luz del sol que entraba a raudales a través de la alta ventana arqueada.

—Pase, señora Waterstone, y deje que le traiga un brandi. No parece en absoluto encontrarse en su mejor momento.

Con un suspiro de agradecimiento, Elizabeth se hundió en el asiento que sir John le retiró y aceptó un vaso de brandi de parte del noble. Luego, le tendió el fragmento de pergamino y su traducción de este, y el caballero los cogió.

Acto seguido, Gervase soltó un improperio por lo bajini.

—No nos dice prácticamente nada. El intento de asesinato del príncipe regente sucederá en Londres y en verano. —Y se frotó el puente de la nariz—. Al menos eso deja a Brighton fuera del rompecabezas. Sería más inteligente por parte del príncipe regente pasar todo el verano allí abajo. Es mucho más fácil de vigilar.

La muchacha frunció el ceño.

—¿Pero no lo ve, Excelencia? Es bien sabido que el príncipe prefiere pasar el verano allí. ¿Por qué iba a venir a Londres sino estuviese obligado?

—El príncipe regente volverá si el Parlamento requiere su presencia en alguna ceremonia oficial —contestó el secretario—. Doy por hecho, Excelencia, que se ha planeado un desfile de la victoria para festejar la derrota de Napoleón. Seguramente tenga lugar en verano.

—Muy bien visto, sir John. —Entonces, el duque se acercó a paso largo hasta la puerta y llamó a Standish a gritos—. Me pondré en contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores y veré si pueden advertirme de algún plan así. Al menos nos daría algo con lo que continuar.

El secretario se hizo cargo del mensaje codificado y fue a buscar a Nicholas para que le acompañase al ministerio. Elizabeth permaneció en su asiento y dando lentos sorbitos a su brandi hasta que el ajetreo de la marcha de los hombres se apaciguó. La muchacha dibujó una sonrisa cuando el noble se agachó en cuclillas y chocó la copa de brandi con la suya.

—Enhorabuena, querida. No he olvidado lo duro que has trabajado y no soy capaz de expresar lo agradecido que estoy.

La joven tomó aliento y susurró.

—Podría besarme, Excelencia. Eso me gustaría.

El caballero dejó la copa en la alfombra y levantó las manos para enmarcarle el rostro. Pasó un buen rato examinándola antes de recogerle un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja. Entonces, la chica cerró los ojos cuando la boca del hombre se cernió sobre la suya mientras respiraba su aroma inolvidable.

Los labios del duque la persuadieron para abrir la boca con dulzura y ella respondió con ansia, fascinada por lo rápido que su cuerpo había aprendido a reaccionar al de él. Acto seguido, el noble volvió el beso más intenso y después comenzó una danza sensual de avance y retirada que hizo que la chica le llevase los brazos alrededor del cuello y le introdujese los dedos en el denso cabello. Luego, soltó un gemido cuando una de las manos del hombre se dejó llevar hacia abajo desde su cara y se instaló en su seno.

A continuación, Gervase deslizó los dedos dentro del corpiño y dio con un pezón turgente que frotó siguiendo el mismo ritmo de la lengua. Ella arqueó la espalda en un esfuerzo desesperado

por atraerle más cerca y el duque se acopló entre sus piernas con las faldas como única barrera. La muchacha sintió la excitación de su falo duro hundiéndose contra ella y subió el pie por la parte trasera del muslo envuelto en ante para empujarle hacia delante.
El noble gimió en la boca de la chica y deslizó la mano por dentro de las faldas, dejó la liga atrás y se dirigió a la unión de los muslos.
Elizabeth arrancó la boca de él.
—Sí, oh, por favor...
Pero el duque se quedó quieto con la mano petrificada en el muslo de la chica y la boca a un suspiro de la de ella. Entonces, apartó los dedos y volvió a empujarla con cuidado hacia su asiento.
—No... No voy a obligarte. —Extendió una mano y puso una mueca al verse los dedos temblorosos—. A lo mejor no comprendes lo que me estás haciendo, Elizabeth. No he tomado a una mujer desde que te instalaste en mi casa.
La joven intentó agarrarle, pero él se puso de pie, momento en el que echó un vistazo al bulto duro de su falo y, después, a la fría arrogancia de su rostro.
—No juegues conmigo, querida. Si vuelves a tocarme, estarás bocarriba y no dejaré de hacerte el amor ni aunque entren el príncipe regente y todo su puñetero consejo de ministros bailando un vals.
La muchacha abrió la boca, pero el hombre la silenció con un gesto abrupto.
—Por favor, hágame saber qué es lo mejor para ti en esta situación, señorita Waterstone. Yo, al menos, cuento con la experiencia para saber que lo que hacemos es insensato si queremos mantener nuestro acuerdo.
—¿Y si no?
Elizabeth se levantó del asiento y se quedó delante de él, con los senos rozándole el chaleco y la nariz prácticamente tocándole la barbilla. A continuación, alzó la mano y trazó los labios entrecerrados del noble con las puntas de los dedos y, en ese instante, al duque se le contrajo un músculo de la mejilla, pero no se alejó de ella.
El gong que anunciaba el almuerzo sonó en el vestíbulo y la chica oyó a Standish advirtiendo a sus empleados que se diesen prisa. Se acercó más de manera deliberada, hasta que todo su cuerpo se hundió contra el del noble, de la rodilla al hombro. Luego, se alzó de puntillas, colocó las manos en los anchos hombros de él y le plantó un beso en los labios antes de volver a bajar deslizándose por su cuerpo excitado.
—Lo siento, Excelencia, solo estaba practicando mis habilidades. Prometo comportarme durante el resto del día.
El caballero fue el primero en separarse del abrazo, lo que motivó poderosamente a Elizabeth. La joven observó su veloz retirada y sonrió para sí. Estaba a punto de llevarla a la cama, pero sospechaba que si no actuaba pronto él renunciaría a su promesa y desaparecería en el burdel más cercano para aliviarse un poco. Había notado la urgencia tras sus caricias incluso siendo una inexperta.
Lo único que necesitaba hacer era continuar persiguiéndole y estar disponible cuando por fin se rompiese. La chica sonrió al pensar en la dulzura que le esperaba y rezó por que su pretendiente tan increíblemente experimentado se convirtiese pronto en la víctima de su propia restricción.

***

El reloj del pasillo marcó la una cuando Elizabeth reunió el coraje y cruzó el distribuidor hasta el conjunto de habitaciones del duque. Esperó tras la pesada puerta con su revestimiento dorado e intentó escuchar el sonido de la conversación que podía indicar que Jacques seguía con el noble.

Al no oír nada, abrió la puerta una rendija y vio al hombre de pie frente al fuego con una copa en la mano y un ceño fruncido en el rostro.
Entonces, giró la cabeza un pelo, pero no cambió de actitud cuando su mirada recorrió la transparencia sedosa de la bata y el pelo suelto de la joven.
—¿Qué quieres, Elizabeth?
La chica se acercó dos pasos a él y los pies descalzos se le hundieron en la gruesa moqueta carmesí. Resistió el impulso de cerrar las manos en dos puños y tomó aliento.
—He tomado una decisión. Antes de buscar a otro protector quiero que me hagas el amor, Gervase. Quiero que seas el primer hombre que me posea por completo.
—¿Has tomado una decisión? *Nosotros* llegamos a un acuerdo. Y yo he cumplido con mi parte.
—Acto seguido, se llevó la copa a los labios y se bebió el contenido de un trago—. ¿Por qué ibas a desear cambiarlo?
La muchacha le quitó la copa de la mano y soltó en la repisa de la chimenea.
—A lo mejor me has enseñado demasiado bien y eres el único hombre con el que deseo acostarme.
Al caballero se le contrajo un músculo de la mejilla cuando le puso las manos en los hombros y los senos envueltos en seda le rozaron la parte delantera de la camisa.
—Sé que no vas a desearme para siempre, y prometo que no me quedaré dependiendo de ti. Por favor, deja que cambie de opinión. Permíteme esto esta noche, por favor.
En ese instante, las manos del noble cubrieron las suyas para sujetarlas con tanta fuerza que le hizo daño.
—¿Por qué debería? No ha cambiado nada. Sigo siendo el mismo cabrón que intentó violarte.
—*Yo* soy quien ha cambiado —dijo Elizabeth con urgencia—. Era una chica inocente y asustada cuando hice ese trato.
—¿Y ahora? ¿Crees que eres sofisticada? —Y el duque soltó una carcajada de pocos amigos—. Sigues siendo inocente, querida, y pretendo que sigas siéndolo.
Sin dejar de sostenerle la mirada, la muchacha dio un paso atrás y dejó que la bata satinada cayese al suelo. La suave seda lila del camisón se aferraba a su cuerpo dejando poco a la imaginación y el duque soltó un improperio entre dientes, pero pareció incapaz de apartar la mirada.
A continuación, Elizabeth se acercó más, hasta que le acarició la mejilla sin afeitar con los dedos. Mantuvo la voz firme pese a que el corazón le golpeaba y le daba vueltas por el pecho como loco.
—Bien, entonces, si no deseas seducirme, puede que te apetezca jugar a las cartas y dejas que el ganador elija.
Un destello de interés surcó el gesto serio del duque y desapareció en las frías hendiduras grises de sus ojos.
—Eso depende de lo que apostemos, querida. ¿De veras crees que puedes ganarme? —Y soltó una suave carcajada de desdén—. Estoy casi tentado a dejar que descubras el error de tus métodos.
—Entonces, ¿por qué no hacerlo? —le contestó ella con dulzura—. A no ser que tengas miedo.
—¿De ti? —Y sonrió—. Elizabeth, me aterras de muchas maneras, pero no considero que seas una jugadora.
Entonces, el noble colocó una mesita entre los dos sillones que había delante del fuego y recolocó el candelabro para arrojar más luz al tablero. A continuación, cogió una botella de brandi y dos copas y los colocó sobre la alfombra. Al final, la chica se sentó en el asiento de la

derecha y el duque le ofreció las barajas de *piquet.*
—¿Desea mezclar usted las cartas, Excelencia, o confía en mí para hacerlo?
El hombre le dedicó un gesto indolente con la mano a la vez que acomodaba su enorme figura en el asiento frente a ella y se cruzaba de piernas.
—Adelante, querida. Dudo que hayas escondido cartas en tu exiguo atuendo. —Y la miró con lascivia deliberadamente—. Y siempre puedo establecer una búsqueda si temo que me estás engañando.
Elizabeth se esforzó en contener una sonrisa cuando comenzó a mezclar las dos barajas entre ellas con una competencia que llamó la atención del duque.
—Ya veo que no eres una novata en el *piquet*, querida, pero debo advertirle de que se me considera uno de los mejores jugadores de Londres.
La muchacha repartió las cartas y le dedicó al hombre una sonrisa más bien ansiosa.
—Llevo un tiempo sin jugar, Excelencia. —En ese instante, el hombre frunció el ceño y ella reformuló la respuesta—. Quiero decir, Gervase. Pero me han dicho que juego bastante bien para ser una dama.
Luego, inclinó la cabeza sobre las cartas para reprimir otra sonrisa. A decir verdad, su hermano se había quejado entre risas de que podría haberse labrado una fortuna en las mesas de juego solo con que hubiese sido un hombre.
Cuando alargó el brazo para coger sus cartas, el noble le tapó la mano con la suya.
—No hemos hablado de qué nos apostamos.
—¿Puedo sugerir un chelín por punto?
—Si así lo deseas, aunque estoy acostumbrado a jugar con apuestas más altas. —Entonces, se inclinó sobre el lateral de la silla y se agachó para servir una copa de brandi a cada uno—. ¿Qué sugieres que reciba el ganador?
—Si gano, Gervase, me gustaría seducirte.
—No vas a ganar, querida.
En aquel momento, la joven le devolvió la mirada directamente.
—¿Y que reclamarás como premio si ganas tú?
—Esperaré que me bañes durante un mes y que prometas no mostrarte en desacuerdo conmigo en nada durante toda una semana. ¿Crees que podrás conseguirlo?
La muchacha soltó una carcajada por la nariz, cogió sus cartas y las abrió en abanico delante de su cara.
—Obviamente me tomas por una sosa. ¿Estás listo para jugar ya? ¿O tienes demasiado miedo de perder contra una mujer?
El caballero entornó los ojos y cogió sus cartas. La primera ronda decisiva pasó de forma discreta sin que las cartas favorecieran a ningún jugador mientras los dos ponían a prueba la habilidad del otro. El duque ganó por un margen muy pequeño y la chica le observó relajarse y comenzar a beber más libremente de la botella de brandi que descansaba junto a su codo. Esperó que pensase que se trataba de una jugadora excesivamente precavida, una impresión que había cultivado con trabajo duro.
Durante la segunda muerte súbita, alcanzó al noble en el recuento de puntos y le superó para cuando comenzaron la partida tercera y decisiva. Cuando el hombre se volvió a rellenar la copa de brandi y maldijo un descarte tonto que había hecho, la muchacha se adelantó en su asiento y dejó que el fino tirante de encaje del camisón le cayese por el brazo.
Para su sorpresa, se lo estaba pasando bien. Él era un jugador extremadamente bueno y contaba con una habilidad desconcertante de calar su mano con una certeza magnífica, aunque ella se

enorgullecía de que sus cálculos de las probabilidades la convertían en una jugadora mejor. Aun así, mientras ella contoneaba el hombro de manera subrepticia para bajar más el tirante, decidió que usaría cualquier táctica de la que fuese capaz para distraer al caballero de la partida.
Y Gervase estuvo a punto de atragantarse con el brandi cuando el seno medio desnudo de la muchacha rondó su visión, justo por encima de la línea de sus cartas. Entonces, le lanzó una mirada de sospecha, pero la chica, absorta en su propia mano, pareció no ser consciente de su desnudo parcial. Un mechón de cabello castaño se derramó por el hombro de la joven y yació como un símbolo de interrogación invertido pegado a la apenas cubierta turgencia de su seno. El hombre se obligó a volver a mirar a las cartas cuando ella emitió un suave murmullo con la garganta. Se empalmó en un segundo y, a continuación, se removió incómodo en su asiento.
El juego estaba demasiado reñido, maldita fuese. Su próximo descarte posiblemente decidiese la partida. Por primera vez en su vida, dudó.
—¿No vas a jugar, Gervase?
La voz baja de la mujer le sacó de sus deliberaciones y cometió el error de alzar la vista hasta ella. La garganta se le cerró cuando se dio cuenta de que los dos tirantes del camisón se le habían deslizado hasta los codos y que el delicado corpiño elaborado en seda fina y encaje solo se mantenía subido por la presencia de sus pezones.
Incapaz de ver, el hombre lanzó una carta sin ni siquiera mirarla, y Elizabeth soltó un suave grito de molestia y volvió a deslizarse los tirantes por los brazos.
—Voy a tener que devolver esta espantosa prenda a *madame* Isabelle. —Y se tiró de los tirantes —. Estas cintas son demasiado largas.
Gervase se relamió los labios secos. Tenía dudas de que el camisón estuviese en estado de devolverse para cuando le hubiese rasgado la ropa del cuerpo y se hubiese sumergido dentro de ella. Acto seguido, se sacudió aquellos pensamientos lujuriosos de la cabeza y bajó la vista hasta la carta que había descartado.
—Un trébol.
El hombre gimió para sus adentros por aquella elección tan tonta y tiró el resto de la mano, indignado.
La muchacha le sonrió y reveló que la última carta que tenía en la mano era el diamante que él había anticipado antes de que la lujuria pura se apoderase de él. ¿Había querido perder? ¿Había deseado una excusa para tenerla en su cama a pesar de todo?
—He ganado, Gervase. Ahora tu honor te obliga a pagar tus deudas.
El duque clavó la vista en ella y flexionó las manos entre las cartas desperdigadas de la partida. En ese momento, se levantó lentamente y le dedicó una elegante reverencia.
—Yo siempre pago mis deudas, Elizabeth. Estoy a tus órdenes.

***

La joven se puso de pie, y el diez de diamantes se le escurrió de los dedos y se le cayó al suelo. Luego levantó la mano con los dedos temblorosos y se la pasó por la mejilla hasta el plastrón anudado. La muchacha examinó su alta figura, agradecida de que Jacques ya le hubiese ayudado a quitarse la estrecha claqueta y las botas o su seducción se habría quedado atascada a la primera de cambio.
Se concentró en desenmarañar los metros de tela almidonada mientras le acariciaba la garganta con los nudillos de vez en cuando. Aparte del crepitar del fuego, en la habitación solo se oía el roce de la tela.
En ese momento, el caballero se le abrió la camisa por accidente dejando a la vista los tensos músculos de su pecho, y ella deslizó la mano por estos y frotó los dedos contra su piel. Susurró

una valoración cuando le acarició la carne con la nariz y su aroma único excitó sus sentidos. Un latido palpitó en el lateral de la garganta del noble y ella posó la boca sobre este.
Entretanto, el caballero se quedó quieto, sin impedir sus atenciones, pero tampoco ayudándola en nada. Mantuvo la respiración calmada en el momento en el que la muchacha se estiró hacia arriba y le dio un beso en la boca. Cuando se resistió a la dulce seducción de la lengua de la chica, esta le mordisqueó el labio inferior y tiró de él hasta que abrió la boca y la dejó probar su interior.
A la vez que la joven le acariciaba la lengua con la suya, esta le desabrochó el chaleco usando solo el sentido del tacto. Los botones plateados le resultaron fríos contra sus dedos apasionados y el apretón de los senos. La chica emitió un murmullo quedo con la garganta cuando la lengua del duque se unió y encontró con la suya en un duelo rítmico. En ese instante, dejó caer el chaleco al suelo y le instó a que retrocediese en dirección a la silla junto al fuego.
La muchacha se quedó entre las piernas estiradas del noble, le quitó la camisa por la cabeza con un movimiento rápido y, después, se arrodilló para admirar aquella belleza masculina. Dejó que sus manos vagasen por los fuertes brazos y el pecho del hombre en un círculo infinito. Luego, siguió el mismo camino lleno de seducción con la boca y le besó y lamió hasta que estuvo satisfecha.
—Es precioso, Excelencia.
Cuando le absorbió un pezón turgente, el caballero levantó las manos para agarrarse a los reposabrazos de la silla y, a continuación, con cuidado de no tocar los pantalones en los que parecía haberse erguido una tienda de campaña, la joven se le posó en la rodilla, le envolvió el cuello con los brazos y le besó otra vez.
Esa vez fue él quien gimió cuando el beso terminó. Acto seguido, Elizabeth se deslizó por su regazo y se sentó a horcajadas sobre él, solo con el suave satén de los bombachos de él entre la excitación en el centro de su cuerpo y el palpitar del hombre. Entonces, deslizó las manos hacia abajo y comenzó a desabrochar los botones, y Gervase se quedó sin aliento cuando le liberó. Con un susurro quedo de aprobación, envolvió la mano en su miembro y acarició la extensa y dura longitud de su ser hasta que este comenzó a levantar las caderas contra su mano.
Desesperada por completar el acto para cuya ejecución la había entrenado, se alzó sobre las rodillas e intentó guiarle dentro de ella, pero, para su consternación, no parecía ser tan sencillo como había imaginado. O él era demasiado grande o ella demasiado pequeña, pero no parecían encajar. La joven intentó cambiar el ángulo de su cuerpo para disminuir la presión, pero aquello solo pareció introducirle solo un poco más y empeorar la sensación de dolor. Al borde de las lágrimas, levantó la vista para encontrarle observándola con unos ojos grises que resplandecían con intenso plateado.
—Por favor —susurró.
—¿Qué, querida? —Y comenzó a frotarle la espalda cubierta de seda en círculos infinitos.
—Por favor, ayúdame.
—Pero este premio es tuyo, no mío.
En ese instante, comenzó a frotarse contra él y vio la excitación en sus ojos.
—¿No quieres ayudarme?
El caballero la contempló durante un largo momento y, después suspiró.
—Dios sabe que no debería, pero nunca me he considerado un santo. —Y le acarició el labio inferior con el dedo—. Siempre tienes tanta prisa, Elizabeth, cierra los ojos y relájate.
Acto seguido, comenzó a frotarle el dedo por el contorno de los labios hasta que abrió la boca y se lo chupó. Con un sonido de satisfacción, arrastró el dedo mojado por el cuerpo de la joven

hasta que alcanzó la cima de sus muslos.
—Esto ayudará, mi amor.
Entonces, le dibujó con el dedo un lento camino alrededor del clítoris ya hinchado y se paró a rodear la parte en la que la corona del glande desaparecía dentro de ella. A continuación, la joven se movió hacia delante y subió las manos para aferrarse a sus musculosos hombros. El hombre la acarició con el dedo de un lado a otro, como si fuese un péndulo, tentando, poniendo a prueba y seduciendo a sus sentidos. Antes de que fuese consciente, sus caderas comenzaron a balancearse al ritmo que el duque la tocaba en su carne más tierna.
Gervase apretó los dientes cuando su voluptuoso cuerpo se hundió, deslizó y bailó contra sus dedos. Alzó la vista hasta su rostro a la vez que la muchacha agitaba las pestañas contra los pómulos, echaba la cabeza hacia atrás y dejaba la garganta al descubierto para él. Se sintió igual que un encantador de serpientes hipnotizando y atrayendo hasta la trampa a su presa inconsciente. Mientras ella se ondulaba a su alrededor, este arqueó la espalda y se deslizó más adentro.
—Es tu última oportunidad de pararme, Elizabeth. Intentaré refrenarme si cambias de opinión, pero no va ser fácil. No soy más que un hombre.
El ansia aumentó entre las piernas de la chica, se acumuló en su vientre y esta se inclinó deliberadamente sobre él para introducirle más a la fuerza mientras sentía cómo se extendía por ella hasta que pareció que no podía llenarle más. Entonces, la joven pronunció su nombre con un jadeo.
—Ah, *ma femme*, estás tan apretada.
Acto seguido, Gervase exhaló y le inclinó las caderas hasta que se hundió más de lo que ella imaginó que era posible. Poco a poco, Elizabeth abrió los ojos y contempló el rostro excitado del noble. El corazón de este palpitó de forma tranquilizadora bajo sus dedos extendidos.
—¿Esto es todo?
—¿De mí? —El caballero echó un vistazo abajo y se le torció el gesto durante un segundo—. No del todo, y tampoco lo es de hacer el amor.
—Entonces dámelo todo, Gervase. Enséñamelo todo —dijo la muchacha en tono distraído mientras adoraba los sentimientos puros que creaba en ella y anticipaba el resto con alegría.
El reloj de la repisa de la chimenea sonó dos veces cuando el duque la cogió en brazos.
—Lo siento, Elizabeth, pero tu seducción termina aquí. Te necesito desnuda y debajo de mí esta primera vez. Vamos a retirarnos a la cama. Envuélveme con las piernas y agárrate.

Capítulo veinte

Cinco minutos.

Solo tardó cinco minutos de pura maravilla y puro infierno para completar un acto con el que llevaba semanas soñando. Gervase se dio la vuelta llevándose a Elizabeth con él y se tapó los ojos con el antebrazo. Luego, gimió en voz alta. Debía pensar que era un amante espectacularmente inepto.

Para su infinita aversión, se había pasado tres minutos resistiéndose a la necesidad posesiva de sumergirse en ella tan profunda y completamente como fuese posible y los dos últimos luchando contra el deseo de locos de quedarse dentro de ella cuando sabía que debía retirarse.

Bajó la mirada hasta el rostro sonrojado de la muchacha, que descansaba sobre su corazón. Como si hubiese notado su mirada, le apoyó las manos en el pecho y levantó la cabeza. Después abrió la boca y él se la tapó con la mano.

—Si vas a preguntarme si esto es todo, te pego —gruñó a la vez que la chica le apartaba los dedos.

Esta frunció el ceño y arrugó la nariz a la vez que le contemplaba; los ojos grises del hombre serios y muy abiertos. Entonces, se metió un mechón de pelo detrás de la oreja y le dio unas palmaditas en la mejilla.

—No pasa nada, Gervase. Entiendo que debe haber sido una noche complicada para ti. —Y paró un momento para rozarle los labios con un beso—. De ningún vividor cada vez más viejo se espera que disfrute de que una mujer le dé una paliza a las cartas y encuentre energía para cumplir en la cama.

Con una palabrota, le agarró las manos, se las subió a la cabeza de un tirón y la puso de espaldas antes de que apenas fuese capaz de terminar la frase. Privado de palabra, bajó la vista un instante a los párpados entornados con pudor de la chica y captó lo que sospechaba que era una sonrisa en sus labios fruncidos.

—¿Que estoy envejeciendo? —Entonces, se inclinó hacia delante, le besó en la boca con fuerza y se sentó a horcajadas sobre ella—. Vas a ser tú la que implore dormir dentro de poco, querida. Tú serás la que suplique.

Su única respuesta fue encogerse de hombros cuando el duque le capturó un seno con la boca y comenzó a chupárselo con fuerza.

***

La chica cerró los ojos y se decidió a resistirse a las tentaciones que le ofrecía pese a los deseos de su cuerpo. El noble necesitaba aprender que no era fácil de seducir.

Para cuando el reloj dio la media hora, Elizabeth había dejado muy lejos el punto de la súplica. Estaba retorciéndose, mordiendo y arañando al duque en un esfuerzo por conseguir que se metiese en ella. Este se cernía sobre la muchacha como un demonio burlón y sonriente que no le permitía tocarle ni soltarse de su sujeción de las muñecas. El sudor brillaba en su cuerpo musculoso mientras contenía los esfuerzos de la joven y buscaba por su piel temblorosa otro lugar con el que atormentarla.

La muchacha pestañeó y agitó la cabeza cuando volvió a inclinarse hacia a ella para besarle la boca hinchada.

—Gervase, te necesito. Retiro lo dicho. En realidad, eres el mejor amante del mundo, igual que el mejor jugando a las cartas.

El hombre se rio contra el cuello de la joven a la vez que deslizaba los dedos entre sus piernas y

los hundía dentro de ella. Elizabeth gimió cuando su pulgar encontró el clítoris hinchado y lo acarició con la punta de la uña. Luego, le capturó un seno con la boca y se lo chupó lentamente con el mismo fin con el que le empujaba los dedos. Un aturdimiento de placer ya familiar comenzó a aumentar en el interior de la muchacha y arqueó las caderas para mantenerle cerca.
Esta se estremeció cuando el hombre le soltó las manos y se enganchó sus rodillas a los codos para abrirla de par en par a él. Después, la inclinó hacia atrás sobre el montón de almohadas hasta que ella le vio listo para introducirse en ella. Contuvo la respiración a la vez que él le mantenía la mirada y poco a poco se dirigió hacia delante hasta que se vio envuelto en su excitación anhelante. Contó cinco latidos de su corazón antes de que el duque volviese a moverse y, luego, se salió por completo. La muchacha intentó cerrar los tobillos alrededor de la espalda del noble, pero el ángulo en el que la sujetaba lo impedía. Volvió a zambullirse en ella y contó hasta cinco de nuevo antes de que se retirase.
Pasó otra media hora desesperada y, cuando el reloj marcó las tres, le hundió los dientes en el brazo y chilló su nombre. Él se rio y se bajó de encima de ella. La joven le observó incrédula cómo cruzaba la habitación tranquilamente hasta la chimenea en todo su esplendor desnudo y excitado para recuperar su copa de brandi. Luego, llenó el vaso y brindó por ella antes de llevárselo a los labios.
—Por los viejos vividores y las vírgenes arrogantes.
Elizabeth no se había dado cuenta de que tenía la habilidad de mascullar.
—Tú...
El brandi salió volando por todas partes cuando cargó contra el hombre con los puños al aire para acabar cayéndose al suelo encima de él. El caballero la agarró con fuerza a su pecho cuando los dos se desplomaron a la vez sobre la gruesa alfombra turca y asumió el impacto en la ancha espalda. Ella le notó sacudirse de la risa mientras intentaba luchar para librarse de su abrazo.
Luego le dio la vuelta y el brandi, atemperado por su piel, goteó de su cara a la de la chica mientras se miraban a los ojos. El duque sonrió con una sonrisa de conquistador y, después, agitó la cabeza lentamente para empaparla en más alcohol. Elizabeth se lamió los labios y saboreó el líquido ámbar mezclado con el sutil sabor salado del noble. De pronto consciente de la erección apretada contra su barriga y su deseo igual de intenso de volver a tenerle dentro.
La joven se relamió deliberadamente y la mirada rebosante de lujuria del hombre siguió el movimiento de su lengua.
—Estamos cubiertos de brandi.
Acto seguido, la muchacha se estiró para pasarle la punta de la lengua en círculos por la barbilla sin afeitar. Un temblor recorrió al duque y lazó las caderas contra las de la chica con un empujón incontenible. Al final, su lengua salió disparada hacia delante para tocarle la nariz a Elizabeth y enseguida los dos estuvieron limpiándose a lametones.
Después de un rato, la cogió y la soltó en la cama. La joven se había excitado tanto que cuando le deslizó las enormes manos bajo las nalgas para levantarla y penetrarla, apenas paró a respirar antes de explotar de placer.
Gervase apretó la mandíbula mientras la cabalgaba por el clímax y se obligó a no derramar su semilla dentro de ella. Debía luchar contra el agarre cada vez más fuerte de los músculos internos de la muchacha y, para su completa miseria, las largas piernas con las que le envolvía y le amarraba igual que si fuese una hiedra.
Entonces, apoyó las manos a ambos lados de su cabeza y se apartó mientras ella se esforzaba por sujetarle.
—Elizabeth, déjame salir. Necesito correrme fuera de ti.

La chica le dejó apartarse de golpe con cara de desconcierto mientras le inmovilizaba la cintura con un brazo y forzaba las caderas contra las suyas. El bendito frenesí de la liberación le cegó la vista, le exprimió y le dejó jadeando contra los senos de la joven. Pasó un buen rato antes de que la voz de la chica penetrara la papilla que le quedaba por cerebro.

—¿Por qué tenías que separarte de mí de golpe?

Maldita fuese, debería haber sabido que la señorita curiosidad exigiría una explicación coherente. Entonces, se giró bocarriba y clavó las pupilas en el dosel negro de seda bordada con mantas rayas y sirenas ligeramente tapadas sobre su cabeza. Si no estuviese tan cansado estaría profundamente tentado a ignorar su pregunta y besarla hasta que dejase de hablar. Aquel era el método para cerrarle el pico más efectivo que había ideado hasta el momento.

—Si derramo mi semilla dentro de ti, podrías quedarte embarazada.

El hombre estuvo a punto de gritar cuando la muchacha le deslizó la mano por el vientre y la cerró alrededor de sus partes masculinas, tristemente menguadas. Acto seguido, le dio un ligero apretón y después unas palmaditas, como si estuviese siguiéndole la corriente a una mascota revoltosa.

—Había olvidado que la procreación de los niños se supone que es la única razón para llevar a cabo este particular acto.

Con un gruñido, el hombre colocó las manos sobre las de ella, las empujó con fuerza contra su falo y las mantuvo ahí.

—Discutiremos sobre esos asuntos por la mañana. Ahora tienes que volver a tu cama. A Jacques no le parecería aceptable encontrarte aquí.

La chica se incorporó y arqueó la espalda dejando que la sábana se desprendiese de sus senos desnudos. La sonrisa que le concedió rebosaba satisfacción agotada.

—Me temo que lleva razón. Estoy un poco cansada después de mis ejercicios.

El duque la cogió en brazos y cruzó el pasillo hasta su suite. Luego, abrió las colchas bordadas y desplomó en el centro de la cama. Solo una vela arrojaba luz a la oscuridad e iluminaba la pureza de su piel y los destellos dorados de su cabello mientras este se abría como un abanico sobre las almohadas. Las puntas sombreadas de sus pechos le llamaron para que los frotase entre los dedos igual que si fuesen pétalos de rosa arrugados.

Se le cortó la respiración y supo que debía volver a poseerla. Si en efecto se trataba de locura, esta le consumiría o moriría como un hombre feliz y satisfecho. Se deslizó dentro de ella para tomarla rápido y la muchacha respondió con el mismo entusiasmo, tirando de él para acercarle, correspondiendo el ritmo con el que la cabalgaba hasta que gimió y se retiró a la vez que el clímax le superaba.

Ya estaba quedándose dormida cuando se desenredó de sus brazos y salió deslizándose de la cama. Entonces, se paró un momento para bajar la vista un momento hasta su rostro, ahora inocente, al tenue resplandor del alba. Se imaginó volviendo a la cama con ella y quedándose dormido. En su alma sabía que descansaría bien a su lado, lo supo desde el primer momento en el que la conoció.

Luego, frunció el ceño y apartó la mano del edredón de seda al reconocer el alcance de su estupidez. En lugar de saciar la sed de su lujuria, simplemente la había elevado a nuevas cotas.

—Buenas noches, querida —susurró.

Elizabeth pensó que solo había llegado al trato de una noche de pasión, pero hasta que él decidiese lo contrario pretendía seguir en su cama. Después estiró el cuerpo saciado. La señorita Elizabeth Waterstone simplemente tendría que aprender a acostumbrarse a sus exigencias.

Capítulo veintiuno

—Excelencia, sé cómo se llama el hombre con el que la señora Waterstone ha estado reuniéndose.

Gervase volvió a soltar el cuchillo en un lado del plato y se hizo un gesto a Nicholas para que cerrase la puerta y se sentase. Solo eran las siete en punto de la mañana y Elizabeth todavía no había aparecido a desayunar. Mientras el duque examinaba la cara preocupada del joven, su sensación de satisfacción disminuyó y la acompañó su apetito.

—He hablado con algunos de los parroquianos habituales de la cafetería y he descubierto que el hombre se llama Jack Llewelyn. —El chico se inclinó por la mesa, cogió la cafetera y se llenó la taza—. A pasar de su apariencia un poco andrajosa, a Llewelyn se le considera un caballero. Se comenta que perteneció al ejército y le expulsaron de su regimiento por cobardía.

—Llewelyn... —dijo el noble, pensativo—. Ese es el apellido del duque de Carmarthen. Por lo menos tiene tres hijos que yo sepa. Me pregunto si hay alguna conexión ahí.

Nicholas se bebió el café de un trago y, a pesar de la mirada de sufrimiento del duque, se limpió la boca con el dorso de la mano.

—De momento no sé nada, Excelencia, pero tengo la impresión de que Jack Llewelyn no era el tipo de persona al que contrariar. —Y el muchacho puso una mueca—. Al parecer siempre está dispuesto a hacer frente y reparar los errores cuando siente que las probabilidades son desiguales.

Gervase soltó la taza.

—Necesito saber si ese hombre tiene alguna conexión con los franceses o si se ha puesto en contacto con los del Bosque. Y si la señora Waterstone vuelve a quedar con él, ¿puedo sugerir que le sigas? Me gustaría saber dónde vive.

El chico vaciló.

—Puede que suene ridículo, Excelencia, pero no soy capaz de ver a la señora Waterstone como a una espía francesa.

El duque enterró la mano en el bolsillo de los pantalones y buscó sus anteojos.

—Para serte sincero, Nick, yo tampoco, pero apreciaría tu atención total a este asunto. He aprendido a mi costa que en este juego no se puede confiar en nadie, especialmente en una mujer.

Nicholas asintió y volvió a su desayuno. Cuando el noble cruzó el distribuidor, echó un vistazo por la amplia escalera, pero no había ni rastro de Elizabeth. Había dado la orden de que los sirvientes le diesen un baño caliente cuando se despertase por fin. Posiblemente estaría dolorida después de sus relaciones. La sonrisa se le borró al cerrar la puerta de su estudio.

A pesar de todos los esfuerzos que había hecho para convencer a la joven de confiar en él, le había mentido en cuanto a que conocía a Jack Llewelyn. Gervase contempló sin ver el escritorio repleto de documentos. Simplemente podría preguntarle sobre el hombre, pero no quería pillarla en una mentira. Deseaba que confiase en él. Ya había decidido que, si estaba involucrada en los planes del señor del Bosque haría todo lo posible por protegerla de las formas más severas de la justicia.

Se paró en seco cuando le asaltó lo que implicaba aquella decisión formada de manera inconsciente. ¿Estaba dispuesto a ayudar a una espía en potencia? ¿Qué, en nombre de Dios, le había hecho Elizabeth? Y ahora que la había llevado a la cama, quería continuar disfrutando de ella. Era la mujer más lista con la que se había topado o la más desafortunada. Al final, soltó varios improperios de corrido, sacó una hoja de pergamino del cajón de su escritorio y comenzó

a escribir.

***

Elizabeth se despertó de un profundo sueño para descubrir que el sol brillaba a través de las cortinas y que ya estaba bien avanzada la mañana. Luego, se estiró y notó que el cuerpo le dolía y se le arqueaba en un sensual resonar de la noche de pasión. Se abrió la puerta y el rostro alegre de Nancy, su criada, se asomó por el umbral.

—Buenos días, señora. Le prepararé un baño si lo desea.

—Sí, por favor.

La muchacha se puso la bata, se arrastró fuera de la cama y se metió en la acogedora bañera. Mientras se relajaba en el agua perfumada, se inclinó hacia atrás y contempló el techo. A continuación, se pasó la punta de la lengua por los labios todavía hinchados y notó un escalofrío. ¿Cómo se comportaría el duque con ella después de pasar la noche haciendo el amor? Ya había aprendido que, igual que ella, el hombre tenía una habilidad asombrosa para mostrar un rostro tranquilo cuando por dentro sus pensamientos eran un torbellino.

La chica se enjabonó el cuello y frunció el ceño al querubín dorado que había sobre su cabeza. En realidad, estaba más preocupada por cómo reaccionaría ella hacia el duque que al contrario. Temía que pudiese abrumarle la necesidad de besarle en la mesa del desayuno, delante de sir John y Standish.

No pudo evitar sonreír mientras se lavaba el cabello y se lo enjuagaba con la jarra de agua limpia que Nancy le había dejado junto a la bañera. No se arrepentía ni lo más mínimo de su noche con el noble. Fue todo lo que había esperado.

Pero la sonrisa se le borró cuando contempló su futuro. Debía buscar a otro protector y tenía que empezar de inmediato. La perspectiva resultaba menos atractiva todavía ahora que había probado los placeres que el caballero podía ofrecerle. Lo mejor sería que evitase a Gervase por si se ablandaba y le rogaba que la dejase quedarse entre sus brazos para siempre. Con ese pensamiento tan poco alegre, salió a rastras de la bañera y empezó a vestirse con el ánimo inexplicablemente apagado.

Para cuando llegó a su escritorio, sir John ya se encontraba paseándose de un lado a otro de la moqueta con una sonrisa en la cara. Entonces, le señaló el nuevo mensaje, que descansaba sobre la mesa de la muchacha.

—No hay por qué apresurarse, señora Waterstone, apenas la he necesitado. Creo que ya casi he descifrado este código.

La joven se acercó resuelta al escritorio y arrancó el rompecabezas de la mesa.

—Si verdaderamente es tan sencillo, señor, ¡estoy segura de que seré perfectamente capaz de descodificarlo en sueños!

Una ligera tos procedente de la puerta hizo que la chica se girase rápidamente sobre sí misma para encontrar a Gervase observándola con sus anteojos. La mirada pensativa del hombre se deslizó de ella hasta el rostro colorado de su secretario.

—¿Estaban peleándose?

Elizabeth se sonrojó igual que una niña de cinco años a la que pillaban en una travesura y sir John se aclaró la voz.

—Solo informaba a la señora Waterstone de que casi he descifrado el código nuevo, pero parece oponerse a mi afirmación.

La muchacha levantó la vista y descubrió los ojos ocultos del duque clavados en ella. Un calor molesto se asentó en la parte baja de su vientre e hizo que sonase más cortante de lo que pretendía.

—Sir John parece creer que mis servicios aquí no son necesarios. ¿Está de acuerdo con él, Excelencia?
El caballero mantuvo el contacto visual con la chica mientras hablaba con el secretario.
—Considero que deberías permitir que la señora Waterstone traduzca el código y, luego, si admite la derrota, es posible que puedas intentarlo tú.
A la joven le preocupó el labio ya mordido. Al parecer sir John llevaba razón y, al fin y al cabo, Gervase no confiaba en ella por completo.
El secretario hizo una reverencia con una sonrisita triunfal en los labios.
—Gracias, Excelencia. Solo intento ser de ayuda.
Luego se dio la vuelta, abandonó la habitación y se alejó por el pasillo mientras canturreaba. La chica se sentó y clavó la mirada vacía en la hoja de pergamino que tenía delante. El noble continuó observándola desde la puerta cuando cogió la pluma y comenzó a afilarla con golpes fuertes y desiguales.
—Estoy seguro de que traducirás el código perfectamente, Elizabeth. —El duque se calló un instante, como esperando su respuesta, pero ella se negó a mirarle, así que el caballero continuó con un suspiro—. Por favor, no te lo tomes como algo personal. Tengo que asegurarme de que la información que recibo es certera. Nadie está libre de sospecha. Pongo controles a todo el mundo.
La muchacha levantó lentamente la cabeza para observarle.
—De veras que lo entiendo, Excelencia. Puede que lo mejor sea que sir John sea capaz de traducir el código, porque no voy a estar aquí mucho más tiempo.
El hombre se quitó las gafas y comenzó a sacarles brillo contra el muslo sin ninguna prisa.
—¿Qué quieres decir, querida?
Elizabeth hizo el intento de encogerse de hombros.
—Tal y como acordamos, voy a buscar un nuevo protector. Difícilmente podría trabajar para usted mientras entretengo a otro hombre.
Al duque se le heló la mirada y echó un vistazo al reloj.
—Vas a acompañarme a casa de Angelique en una hora. Hablaremos sobre tus planes futuros allí. Por favor, no me hagas esperar.
Luego, se fue cerrando la puerta con determinación tras él y dejando a la joven con la sensación incómoda de haber errado de alguna manera. Esta permaneció con ella cuando devolvió su atención al código. Sir John llevaba razón. La traducción resultaba ridículamente sencilla hasta que trató de comprender las palabras clave de cada frase.
Bregó con los términos encriptados durante casi una hora antes de recordar las órdenes del duque y subió corriendo las escaleras para ponerse su pelliza favorita de color lavanda y el casquete a juego. El caballero se encontró con ella en el recibidor con un guardapolvo negro con muchas capelinas ya alrededor de los hombros, y la acompañó afuera, hasta su faetón.
La joven se sentó en silencio e ignoró los intentos de conversación del noble mientras este conducía por las vías concurridas para después entrar en los barrios residenciales. El sol había desaparecido tras las nubes para cuando la discreta criada de Angelique les dejó pasar al salón adornado con cintas. La muchacha se sentó en uno de los delicados sillones de rayas rosas mientras el duque merodeaba por la sala igual que si fuese un animal enjaulado.
Cuando su anfitriona abrió la puerta, se paró en el umbral con las manos entrelazadas en el abundante pecho, miró primero a la chica, luego al duque y su rostro se volvió todo sonrisas.
—Te has llevado a Elizabeth a la cama, Gervase. Me alegro tanto por los dos.
La joven contempló boquiabierta al hombre, que encogió los hombros ataviados de manera

impecable.
—Angelique es francesa, querida. Nota el comienzo de una aventura amorosa en otro país.
Pero la chica se levantó de golpe.
—No tenemos una aventura amorosa. Solo una noche. Eso es todo lo que requería de ti.
Ignorando a la cortesana, el noble atravesó la moqueta y colocó los dedos bajo la mejilla de la muchacha.
—¿Todo lo que requerías de mí? ¿Te estás atreviendo a sugerir que no tengo nada más que ofrecerte? —Y su tono se tornó mordaz—. Si crees que voy a permitir que te marches después de una única noche, estás tristemente equivocada.
Entonces, bajó la cabeza para sonreírle y después echó un vistazo a Angelique.
—¿Quieres decirle lo equivocada que está?
La mujer extendió las manos.
—Gervase, apenas éramos adultos cuando nos convertimos en amantes. A lo mejor Elizabeth está ahora en una posición mejor que yo para juzgarte. Es posible que no hayas estado a la altura de sus expectativas.
Ante aquello, el duque comenzó a despotricar por lo bajini.
—Maldita sea, preferiría enfrentarme a una manada de harpías chillonas antes que a vosotras dos.
Angelique cruzó la sala tranquilamente hasta la chica y le entrelazó el brazo.
—Sube conmigo, Elizabeth, deja que Gervase se tranquilice. Tengo una cosa que creo que puedes necesitar.

***

La muchacha contempló con una fascinación aterrada la montañita de esponjas naturales y la botella oscura de vinagre mientras la cortesana le explicaba con calma cómo aquello podía ayudarle a prevenir un embarazo. Intentó escuchar cuando Angelique le habló con conocimiento de causa sobre contar los días de su ciclo y cuándo era más peligroso hacer el amor. Esta observó y asintió mientras la mujer le mostraba cómo atar una fina línea de hilo de coser a una esponja, empaparla en vinagre y luego...
En ese instante, la joven posó la mano sobre la de la cortesana.
—¿Por qué me estás contando esto? No tengo intención de volver a acostarme con Gervase.
Pero Angelique comenzó a meter los artículos en una bolsita con gesto serio.
—Este es un regalo para ti, no para él. Si decides pasar a otro protector, seguirás necesitando prevenir el embarazo. —Y la mujer apretó los dedos en la bolsa—. Muchos hombres no van a pagar la manutención de sus bastardos. Tengo amigas a las que han dejado en la calle y sin un penique con un niño pequeño.
Más que un poco hundida por aquella información, la chica aceptó la suave bolsa de cuero que Angelique le puso en las manos de golpe.
—Elizabeth, no creo que Gervase vaya a dejarte escapar fácilmente. Es un hombre muy posesivo. —La joven intentó interrumpirla mientras la mujer tiraba de ella para alejarla de la cama y atravesar el dormitorio hasta la puerta con una sonrisa pícara en la cara—. Apuesto a que ni si quiera encontrarás posible escapar de él. —Y le guiñó el ojo mientras bajaban las escaleras —. Además, ¿por qué ibas a querer abandonarle? Incluso con diecinueve años era un amante verdaderamente excepcional.
El duque las estaba esperando al pie de la escalera y su voz seca subió flotando hasta ellas.
—Gracias por el cumplido tardío, Angelique. Espero que Elizabeth siga tus recomendaciones.
La chica ignoró la presencia amenazante del caballero en el pasillito abarrotado y se giró para

darle un abrazo a la cortesana.
—Gracias por los consejos, me aseguraré de no olvidarlos.
El hombre no dijo ni una palabra hasta que llevaron un rato de vuelta a Delamere House. Se abrió paso con su faetón perfectamente por el atestado mercado de reses que había inundado las calles aledañas y, luego, se giró para echar un vistazo al perfil apartado de la muchacha.
—¿Qué te ha dado Angelique, querida?
La joven agarró la ridícula con fuerza contra el pecho y le asesinó con la mirada.
—Nada que deba preocuparle, Excelencia.
El noble juntó las riendas en una mano envuelta en un guante cuando el carruaje disminuyó su velocidad para subir una ligera pendiente y la chica echó un vistazo a su sonrisa divertida.
—Le pedí a Angelique que te aconsejara sobre evitar el embarazo, querida. Apenas es un secreto que no deseo más hijos.
—Bueno, eso me viene estupendamente, Excelencia, porque no pretendo tomar el camino de traer ningún bastardo suyo al mundo en un futuro próximo —le espetó.
Para entonces, ya se encontraban cerca de la puerta de Delamere House y el duque disminuyó la velocidad de los caballos con una orden queda. Antes que la muchacha fuese capaz de reaccionar, el caballero le tomó la mano en la suya y se la llevó a los labios.
—Tch, tch, Elizabeth, esa boca de parte de una dama. Vas a hacer que me den palpitaciones. —Después, le apretó la mano y le mordió con cuidado la piel expuesta de la muñeca—. Seguiremos con esta discusión esta noche en la privacidad de tu cama y puede que encontremos otros medios más interesantes de llegar a un acuerdo.
—No...
Retorció la mano para liberársela mientras jadeaba y buscaba a tientas la puerta del faetón. Los ojos del duque emitieron el destello de una advertencia de tormenta y abrió la boca como para ordenarle que se quedase, pero se refrenó cuando un lacayo corrió en su ayuda. La joven no esperó a que rodease el carruaje y le tendiese la mano para bajar, pero sí que corrió en busca de la seguridad de la casa con toda la rapidez que logró reunir.

***

Elizabeth, tras una media hora reparadora en su alcoba, bajó las escaleras de puntillas y se dirigió al estudio de sir John. Cuando apareció, el hombre alzó la vista y se puso de pie.
—He sido un poco duro con usted esta mañana, señora Waterstone, y me gustaría pedirle disculpas. —Y se aclaró ruidosamente la voz—. Cuando esta tarde le he echado otro vistazo al código por casualidad, me he dado cuenta de que después de todo no era tan sencillo.
La joven le dedicó una sonrisa mecánica, abrió la cerradura de su escritorio con la llave que el duque le había dado y que portaba alrededor del cuello, y el trozo de pergamino, el intrigante misterio esperando a ser resuelto, le devolvió la mirada.
—¿Cómo ha accedido a mi escritorio para mirar el código, sir John? Creía que el duque y yo éramos las únicas personas que teníamos una llave.
El secretario del noble le mostró su cuaderno rojo con una floritura y le dio unos golpecitos con el dedo índice.
—Señora, es posible que recuerde que a veces copio las partes más enigmáticas en el librito para reflexionar sobre ellas en mi tiempo libre. —Luego, volvió a guardárselo en el bolsillo y la honró con una cariñosa sonrisa—. No tema por su seguridad, señora. Lo llevo siempre conmigo.
La chica asintió; ya se había despedido de él en su mente mientras el código le hacía señas. Enseguida se olvidó de cenar y del enfrentamiento latente con el duque, y lo único que la sacó del estado de concentración profunda fue el estruendo del reloj del pasillo al marcar las doce de

la medianoche. La muchacha se recostó en su silla y estiró los hombros. El texto tintado comenzó a elevarse del pergamino y a danzar y hacer piruetas ante sus ojos.

No había ni rastro del servicio doméstico del duque cuando encendió una única vela y subió para acostarse. Los pies, ataviados con unas pantuflas, apenas hicieron ruido en los corredores cubiertos por una gruesa moqueta. A continuación, abrió la puerta y se paró de golpe. Gervase se encontraba sentado con las largas piernas estiradas hacia las ascuas casi extintas, de espaldas a ella y junto al fuego.

Elizabeth inspiró con determinación y rodeó el respaldo del sofá con las manos en las caderas para enfrentarse a la visita no deseada, pero la mirada se le ablandó cuando vio que estaba dormido mientras envolvía un libro con los dedos flácidos y el plastrón aflojado en el cuello. En ese momento, la joven se inclinó hacia delante y le quitó con cuidado los anteojos de la nariz. Parecía tan cansado como se sentía ella, y no tenía ninguna intención de interrumpir su descanso.

Entonces, le lanzó un beso y susurró: «Buenas noches, Excelencia», antes de desvestirse y deslizarse dentro de la cama. Su último pensamiento ansioso mientras el sueño la reclamaba fue qué haría si el hombre se despertaba antes que ella. Demasiado cansada para preocuparse por él, y extrañamente tranquila ante la idea de hallarse tan cerca, se rindió a la noche.

Capítulo veintidós

—¡Cómo se atreve!

Nicholas se hizo rápidamente a un lado cuando Elizabeth se acercó al escritorio del duque. Este se recostó en su asiento, cruzó los brazos y alzó la vista hasta ella con una expresión ligeramente inquisitiva.

—¿Qué ocurre, *ma belle*?

—Usted... —Y le lanzó la suave bolsita de terciopelo a la cabeza desprotegida.

El hombre alargó la mano rápidamente y la cogió antes de que le diese. Al quedarle negado el placer de agredirle, a la muchacha solo le quedó dar un zapatazo.

—¡Cómo se atreve a dejar eso en mi almohada!

El caballero levantó una ceja y le hizo una señal a Nicholas con la mano para que se marchara.

—No comprendo por qué estás tan molesta, querida. —Entonces, bajó la vista un momento a la bolsita y se la lanzó de una mano a otra, de manera que liberó el suave tintineo de las monedas que albergaba dentro—. Es costumbre que un hombre pague a su amante cuando está satisfecho con ella.

La muchacha soltó una risita por la nariz y se sentó con un porrazo impropio de una dama.

—Ya me paga un sueldo, Excelencia. No necesito esto. —Y señaló con repulsión a la montaña de monedas de oro que el noble había vaciado del monedero.

Luego, este empezó a apilarlas mientras la juzgaba.

—¿Por qué te ofende, Elizabeth? Es obvio que necesitas dinero. Hace poco me pediste que te diese un adelanto de sueldo.

La chica tragó saliva al contemplar la expresión cínica del hombre.

—¿Por eso cree que me fui con usted a la cama...? ¿Por dinero?

—No estoy seguro. —E hizo una pausa—. ¿Lo fue?

La mirada de la joven cayó hasta el escritorio, donde la montaña de monedas se inclinaba hacia el puño apretado del caballero.

—Me fui con usted a la cama porque quería que fuese el primer hombre en tocarme. —Y puso una mueca al ver el resplandor de incredulidad en sus ojos—. Decidí escuchar su consejo y pedirle a mi nuevo protector dinero.

En ese momento, el noble relajó la mano.

—Si te estoy entendiendo bien, me estás diciendo que has decidido acostarte conmigo por razones, digamos, más sentimentales, antes de pasar a un nuevo protector de quien te resultará menos incómodo aceptar dinero.

Elizabeth sintió vergüenza. Dicho así, sonaba como una mercenaria, pero no podía negar la esencia de la verdad. Asintió sin apartar la vista de las manos del caballero sin atreverse a mirarle por miedo a su desprecio.

El duque se inclinó hacia delante y, de pronto, tiró la torre de monedas con el dorso de la mano. La golpeó con tanta fuerza que dos de ellas surcaron el aire haciendo espirales y aterrizaron en el regazo de la chica. Acto seguido, el noble se puso de pie de golpe y se acercó a la ventana a paso largo sin dejar de darle la espalda.

—Me pregunto, Elizabeth, si tu redición momentánea no ha sido un intento de sacarme el dinero mediante extorsión. —Y se volvió sobre sí mismo para mirarla a la cara con unos ojos grises severos y una voz baja—. También me preguntaba si decidiste tentarme fuera de toda razón como forma de venganza.

La joven levantó la barbilla y le devolvió la mirada.
—Está equivocado, Excelencia. No contaba con pensamientos avaros ni vengativos cuando fui a su cama, solo curiosidad. —La muchacha se encogió de hombros para contener las lágrimas que se apiñaban en su garganta e intentó sonreír mientras se ponía de pie—. Como he conseguido lo que ambicionaba, me aseguraré de que mis bolsas estén preparadas y yo lista para marcharme cuando usted convenga.
Una repentina avalancha de lágrimas le nubló la retirada y solo se dio cuenta de que Gervase había aparecido tras ella cuando fue incapaz de abrir la puerta.
—No quiero que te marches, Elizabeth. Te quiero en mi cama.
La muchacha apoyó la frente en el panel de la puerta a la vez que él se inclinaba para besarle la nuca. Los jadeos acelerados del hombre reproducían los suyos.
—Me temo que hemos tenido un malentendido, *ma belle*. —Y sus labios viajaron hasta la oreja de la chica—. ¿Y si te dijera que te he dejado el dinero porque quería darte una razón para que te quedases conmigo? ¿Lo harías?
Elizabeth cerró los ojos a la vez que la tentación de ceder ante sus exigencias le abrumaba. Suspiró cuando el noble le posó las manos en los hombros y la giró para que le mirase. Entonces, ella alzó una mano insegura para acariciarle la mejilla y él le atrapó los dedos para sujetárselos en el sitio.
—Me quedaré hasta que se haya descifrado el código y capturado al asesino, Excelencia, pero no quiero más dinero así de usted. Me quedaré porque me place permanecer aquí, no por un beneficio económico.
—Eso me complace, Elizabeth. Me esforzaré para mostrarme merecedor de ti.
El duque bajó la boca para reclamarla en un beso posesivo e intenso que la dejó aferrándose a los hombros del caballero y apoyándose en él con debilidad. Contuvo un suspiro cuando el hombre levantó la cabeza y se alejó de ella. Este sonrió, se pasó una mano por el cabello y bajó la vista hasta el bulto de su falo.
—Desearía contar con tiempo para llevarte arriba y demostrarte lo mucho que te aprecio, pero me esperan en el Ministerio de Asuntos Exteriores en una hora.
La muchacha tomó un aliento trémulo y se alisó el vestido.
—Yo también tengo trabajo que hacer, Excelencia. El código está resultando particularmente difícil de descifrar.
Gervase le dedicó una reverencia.
—Pues bien, querida, te sugiero que me dejes para que me ponga presentable y que vayas a batallar con el código.

***

El duque cerró el libro de golpe y echó un vistazo al reloj de la biblioteca. Ya había pasado la medianoche y aun así seguía reluciendo una luz entre las sombras del despacho de sir John. El hombre se puso de pie, estiró los hombros para librarse del cansancio y atravesó tranquilamente la puerta oculta en dirección al escritorio de Elizabeth.
Se apoyó en el marco de la puerta y examinó la figura seria en la mesa. La joven tenía una arruga entre las cejas y una pluma equilibrada sobre una hoja de pergamino. Sin que se diese cuenta, Gervase se acercó más, miró por encima del hombro de la chica y dedujo por la cantidad de garabatos que su último intento por descifrar el código de Le Fleur no estaba progresando adecuadamente.
El noble le apoyó la mano en el hombro y notó la tensión en los músculos, así que apretó y relajó los dedos, pero ella trató de librarse de la mano con una sacudida. Entonces, el caballero se

quedó quieto a la vez que la sensualidad de su aroma se dejaba llevar en un ascenso que tentaba y revitalizaba sus cansados sentidos.
—Elizabeth, es hora de irse a dormir.
La muchacha, con toda su atención puesta en la hoja que tenía delante, apenas le miró. Y el duque contuvo una sonrisa. Se la pasó por la cabeza que no le gustaba que le ignorasen y que no estaba acostumbrado a que lo hiciese la mujer que ocupaba su cama.
—Elizabeth. —Y volvió el tono dominante—. Quiero irme a la cama, preferiblemente contigo.
Esa vez sí que levantó la vista. En ese momento, le dedicó una sonrisa más bien mecánica y se subió los anteojos por la nariz.
—Váyase, Excelencia, que yo me uniré dentro de nada. Solo necesito terminar esta hoja.
Sin molestarse en responder, Gervase cogió una de las largas plumas de ganso del escritorio y pasó las puntas de los dedos por el borde firme de esta. A continuación, se acercó más a Elizabeth, le tocó el lóbulo de la oreja con el extremo de la pluma y se la bajó por la nuca mientras seguía el camino de esta con la punta de la lengua.
La joven se estremeció ligeramente, pero siguió negándose a levantar la vista. Con una intención renovada, el hombre inclinó la pluma para meterla por la parte delantera del corpiño. Este se sentó de lado en el escritorio y usó el índice y el pulgar para desabrochar los botones de nácar del cuerpo de terciopelo verde con corte austero. En ese momento aparecieron la camisa interior y el corsé, y se le aminoró la respiración cuando dejó que la pluma acariciase las seductoras turgencias y puntas de sus senos. Al noble le complació ver cómo los pezones comenzaban a ponérsele turgentes mientras giraba rápidamente el artículo de escritura alrededor de la piel expuesta en un patrón circular infinito.
Entonces, suspiró una invitación y una orden contra su cuello.
—Deja que te toque, *ma belle*, deja que entre dentro ti.
La muchacha suspiró y se le cayó la pluma que llevaba en la mano. El caballero la recogió para redoblar su sensual asalto y ella dejó caer la cabeza hacia atrás, contra el chaleco del noble, de manera que le permitió acariciarle la garganta y después la boca con sus besos y roces suaves. Luego, se subió más al escritorio deslizándose, tomó el peso de la joven entre sus brazos, le aflojó las ballenas y le desnudó los senos por completo a su boca hambrienta.
Cuando Elizabeth levantó las manos para aferrarse a sus hombros y comenzó a devolverle los besos, él la inclinó para que se tumbase debajo de él en el escritorio y le levantó las faldas de golpe. La chica no protestó más sobre su trabajo cuando el duque se abrió los pantalones, se zambulló en ella y le recordó sus otras obligaciones.
Esperó hasta que la muchacha expresó su placer con gemidos dentro de su boca para darse cuenta de que deseaba más.
—Elizabeth, agárrate a mí. Vamos a terminar esto arriba. Te quiero desnuda.
Acto seguido, la levantó del escritorio en un simple movimiento y sonrió cuando la muchacha ahogó un grito en el momento en el que su miembro se adentró más todavía en ella a la fuerza.

***

La joven cerró los ojos y se aferró al duque mientras este subía las escaleras; cada sacudida por subir un escalón formaba un charco en la parte baja de su vientre y hacía que se arquease hacia él en una plegaria muda. El hombre comenzó a respirar de forma más jadeante cuando llegaron al final de las escaleras, pero no creía que fuese porque le molestase su peso.
Gervase paró cuando ella volvió a empezar a contraerse con espasmos alrededor de él y levantó la mano para taparle la boca. Luego, la arrastró a las sombras de la gigantesca ventana del descansillo y al escondite que ofrecían las gruesas cortinas de terciopelo mientras despotricaba

en voz baja. Estrelló a la muchacha contra la pared revestida de paneles a la vez que la sujetaba contra esta y le colocaba las manos a ambos lados de la cabeza. Cuando el cuerpo de la joven, liberado del agarre del duque, se deslizó hacia abajo, este se lanzó hacia arriba concentrando todo el peso de ella en la parte por la que se unían, y Elizabeth luchó por contener un grito mientras el noble le tapaba la boca con la suya a la vez que le metía la lengua y se introducía en su ser.
Pero, en ese momento, el último retazo de cordura le recordó que tenía que salirse, la sacó de golpe y movió las manos a tientas para agarrarle las caderas mientras él se derramaba en el olvido.
En el pasillo de abajo, la puerta de la entrada dio un golpe y unas voces resonaron en el silencio. La chica no habría podido moverse si su vida hubiese dependido de ello, pero sí que trató de acallar la respiración y notó que el duque estaba haciendo lo mismo.
—Dios, cómo me alegro de estar en casa —dijo Nicholas—. Odio pasar el rato en esos tugurios del juego y observar a esas personas sosas y confiadas mientras las atraen a las trampas de los trileros.
—Por desgracia, chico, hay muchos incapaces de resistirse a la emoción del juego.
La voz prosaica de sir John hizo que Elizabeth reprimiese una sonrisa contra el hombro del caballero.
—Usted tampoco es inmune a la emoción, ¿verdad? —le respondió el muchacho—. Esta noche ha estado terriblemente mal. Le he visto garabateando recibos con lo mejorcito.
—Solo por el interés de apresar a los espías, joven Nicholas. —Y el hombre resolló—. Naturalmente, jamás perdería mi triste fortuna.
El chico soltó una breve carcajada.
—Pero sí considera aceptable perder la del duque, ¿verdad?
—Por supuesto, es mi deber. Es tan asquerosamente rico que apenas va a notar la pérdida. —Y Elizabeth notó que los músculos del hombre se apretaban a su alrededor igual que si fuesen las espirales de una serpiente—. Me pregunto por qué ya no se molesta en salir y apostar su dinero.
—¿Está usted ciego, sir John? Se encuentra demasiado ocupado pasando noches de intimidad con la señora Waterstone como para querer salir a la ciudad.
—¿La señora y el duque?
La voz del secretario albergaba una mezcla de sorpresa y asco que hizo que la muchacha se avergonzara. La joven forcejeó para desprenderse de los brazos del duque, pero este la agarró con fuerza mientras la voz de Nicholas se desvanecía en la dirección de las cocinas. Elizabeth estaba justo a punto de protestar cuando el noble le tapó la boca con la mano.
—Zorrita lista —susurró sir John—. El señor del Bosque estará complacido.
Aquellas palabras subieron flotando por el hueco de la escalera y se asentaron de una forma repugnante en el estómago de la muchacha. Luego, la puerta se cerró de un porrazo y la casa se quedó en calma.
Entonces, el duque dejó que bajase deslizándose hasta el suelo y esta entró a su dormitorio con paso incierto. En cuanto el hombre cerró la puerta, la chica se volvió hacia él con la respiración irregular.
—Gervase, si piensas que he hecho el amor contigo para complacer a mi padrastro, estás equivocado.
Una mezcla de emociones impropia de él parpadeó en su rostro.
—¿En serio?
Y la muchacha levantó la barbilla.
—Si me hubiese pedido que te sedujera para que le perdonases la deuda, me habría negado. El

dinero que te pedí no es para él.
El caballero inclinó la cabeza.
—Nunca creía que lo fuera y, al haber conocido a tu padrastro, comprendo la aversión que sientes por él.
Elizabeth se las apañó para respirar cuando el duque se acercó a ella y la tomó de la mano.
—Bueno —murmuró—, ¿por dónde íbamos?
En ese instante, la boca del noble se acercó a la suya y las preguntas que tenía en relación al extraño comportamiento de sir John volaron de su cabeza a la vez que se rendía a las manos curiosas del hombre y a la tentación de su musculoso cuerpo.

***

Gervase la dejó dormir y atravesó la casa desierta para bajar hasta el estudio de sir John. Después de guardar el código bajo llave y ordenar el caótico escritorio, encendió una vela y se acomodó en la silla de Elizabeth. Cuando sir John hizo aquel comentario tan imprudente, el caballero se preparó para hacer frente a las sospechas de la joven, pero, para su sorpresa, su mayor preocupación había sido convencerle de que no estaba aliada con su padrastro. Había dado por hecho que preguntaría sobre el señor del Bosque y la relación del secretario con él.
Inclinó la silla hacia atrás y puso los pies calzados con las botas en la esquina de la mesa. Había deseado bastante distraerla haciéndole el amor. Sonrió y se pasó la lengua por unos labios en los que permanecía su dulzura. Se trataba de una pupila excepcional tanto dentro como fuera de la cama. Solo tenía que pensar en una manera de impedir que su ágil mente indagase más de la cuenta en sus planes.
Hacerle el amor solía funcionar como distracción, pero temía que ni siquiera él contaba con el vigor para embelesarle día y noche durante todo lo que tardase en descifrar el código y descubrir el alcance de la implicación del señor del Bosque.
Sopló la vela y volvió a subir hasta la cama con una pequeña parte de él deseando que pudiese reunirse con Elizabeth en la suya y quedarse con ella hasta el alba, pero eso no sería inteligente, no lo sería en absoluto...

Capítulo veintitrés

—En nombre de Dios, ¿qué está pasando aquí?

—No estoy seguro, Excelencia, la hemos encontrado así.

Gervase espantó a sir John y a Nicholas para que se apartasen de su camino. Elizabeth yacía desplomada sobre el escritorio con los dedos enroscados alrededor de la pluma y la mejilla aplastada contra la hoja de pergamino garabateada sobre el papel secante. Eran las seis de la mañana y Gervase no tenía ninguna sospecha de cuánto tiempo llevaba la joven ahí tumbada. Le palpó en busca de pulso y se agachó sobre una rodilla junto a la silla.

—¿Elizabeth?

La joven abrió los párpados con un pestañeo y, después de un largo momento de distracción, se concentró en él, momento en el que el duque se estremeció ante la desolación de los ojos grises de la chica.

—No puedo descifrar el código —gruñó mientras el noble alargaba el brazo de manera instintiva en busca de su mano—. Soy demasiado estúpida.

Una única lágrima le cayó por la nariz respingona. Él sabía que odiaba llorar. Le barrió una ola de emociones enmarañadas y fue hacia delante para envolverla en sus brazos.

Con un sollozo digno de pena, la muchacha se acurrucó en él. Luego, el hombre se sentó en la silla libre y la colocó en su regazo. La meció como si fuese una niña mientras le frotaba la espalda y murmuraba algo tanto en su idioma como en francés a lo que no le encontró el sentido.

Después de un rato, la mano manchada de tinta de la chica le rodeó poco a poco el cuello y lo abrazó con fuerza. Entonces, Gervase sacó un pañuelo enorme y se lo entregó.

—Estás demasiado cansada como para descifrar el código, no eres demasiado estúpida. Te he presionado demasiado y lo siento enormemente. —La muchacha abrió la boca, pero él le posó los dedos a lo largo de los labios—. No te he pedido que hables, Elizabeth. Voy a sacarte de aquí durante el fin de semana para que puedas olvidarte del código y concentrarte exclusivamente en satisfacerte a ti misma. —Y se agachó para rozarle la mejilla manchada de tinta con un beso—. Y a mí, por supuesto.

***

Dos horas después, la joven se encontraba sentada frente al duque en su lujoso carruaje de viaje con suspensión de camino a la residencia campestre de Chipping Ongar, Essex. No podía creer la velocidad a la que se había conseguido llevar a cabo su traslado. Ella solo había dormido, según la orden autocrática del noble, y cuando se despertó se puso el casquete y la capa y se marcharon. Le aliviaba librarse de los confines de la casa y la tortura del código intransigente. Si admitía la verdad, también se alegraba de encontrarse a solas con Gervase. Estaba tan preocupada sobre su falta de progreso que fue incapaz de dormir, así que bajó poca poco hasta su escritorio a la luz grisácea del amanecer. Lo próximo que recordaba era al duque pronunciando su nombre.

Este sonrió.

—¿Te encuentras un poco mejor, querida?

—Sí, Excelencia, me siento mucho más recuperada. Solo estaba pensando en lo agradable que es hallarse lejos de Londres.

El hombre se alargó y tomó la mano de la chica envuelta en un guante en la suya.

—Me alegro de que te sientas así, Elizabeth, porque hay algo que quería pedirte. —La muchacha respondió al apretón de la mano y se inclinó hacia él noble—. Quiero que finjas que hemos dejado a la señorita Elizabeth Waterstone, la extraordinaria descifradora de códigos, en la casa de

Londres. —El hombre sonrió ante su evidente confusión y le quitó el guante de la mano—. Quiero que simules que eres la elegante viuda señora Waterstone que ha salido para un fin de semana ilícito con su amante.
La joven consideró la impropia sugerencia del duque mientras este le quitaba el otro guante y tiraba de las cintas del casquete.
—¿Qué haría una elegante viuda que una jovencita bien educada no? —quiso saber.
—Siéntate a mi lado, es para una cosa.
La chica fue a su lado y el caballero le deslizó un brazo por los hombros para, a continuación, besarla con un esmero que le hizo sentir débil y al mismo tiempo le excitó los sentidos. Acto seguido, la inclinó para separarla de él y comenzar a desabrocharle los botones del corpiño.
—La vez que nos conocimos, querida, cuando te llevé a casa en mi carruaje, quise traerte de un tirón a mi regazo y hacerte el amor.
Aquellas palabras hicieron que se retirase.
—¡Pero ni siquiera me conocía! ¿Cómo pudo considerar algo así, incluso aunque hubiese sido posible?
El caballero le agarró la barbilla con sus largos dedos.
—Siento recordarte aquel desagradable evento, Elizabeth, pero en ese momento creía que eras una prostituta. Pensé que estarías dispuesta a hacer todo lo que te dijera. —Y su boca adoptó un gesto más severo con un arrepentimiento aparente.
Luego, le soltó el último botón del corpiño con los dedos y los deslizó por el corsé para extenderlos de una forma posesiva sobre el pecho. La muchacha se estremeció cuando él dejó que el pulgar se le enzarzara ligeramente con su pezón.
—Y en cuanto a hacer el amor en un carruaje, querida, estás a punto de descubrir que, de hecho, es posible.

***

Mucho rato después, Gervase abrió los ojos y bajó la vista hasta la coronilla del cabello perfectamente rizado de Elizabeth. Se había quedado dormida en sus brazos después de haberle mostrado lo fácil y placentero que era hacer el amor en un carruaje. Había adorado la fiera concentración de la muchacha cuando llegó al clímax y la forma en la que se aferró a él después.
La mejilla ruborizada de la chica yacía contra su pecho, y los dedos de la joven se aferraban a los botones plateados del chaleco. El hombre se deslizó por el asiento para levantar la persiana y comprobar cuándo habían avanzado. Incluso en la oscuridad cada vez mayor, estimaba que se encontraban pasando por Woodford Bridge, una pequeña aldea a unos ocho kilómetros de su destino.
Cuando volvió a su sitio, notó una sacudida en el falo que le recordó que seguía enterrado en lo más profundo de la muchacha y que necesitaría poco estímulo para comenzar a disfrutar de ella de nuevo. En ese instante, deslizó las manos entre los dos cuerpos completamente vestidos y la chica abrió los ojos. Luego, le sonrió adormilada mientras él tocaba sus enaguas arremangadas y las faldas arrugadas.
Entonces emitió un ruidito cuando la agarró de las caderas y comenzó a alzarla para separarla de él, pero este se quedó petrificado mientras sus instintos le bramaban que volviese a bajarla sobre su carne cada vez más estimulada.
La muchacha clavó la mirada somnolienta en él.
—Parece un poco raro ir con ropa tan decente y aun así estar unidos de una forma tan íntima debajo de esta.
El hombre no pudo contener el empuje hacia arriba de sus caderas, pero se las apañó para tomar

las riendas de su control hecho jirones y salir de ella de golpe. Después, la giró para sentarla en el asiento junto a él y luchó contra el urgente crecimiento de su miembro mientras se abrochaba los estrechos pantalones.
La joven le observó sin decir ni una palabra, envolviéndose el torso con los brazos mientras las faldas eran un ligero y liviano embrollo. Cuando él volvió a estar decente, tiró de ella para ponerla de pie y la colocó entre sus piernas. La chica apoyó las manos en sus hombros por el bamboleo del carruaje a la vez que él le abrochaba el corpiño y le colocaba la falda derecha.
—Gervase —le dijo mientras él le pasaba el casquete y los guantes y la conducía hasta el asiento de enfrente—. Seguías dentro de mí cuando me he despertado y no he pensado en prepararme...
La muchacha se sonrojó mientras él asimilaba lo que le quería decir y se enfrentó a su propia incredulidad. ¿Cómo podía haber sido tan descuidado? A pesar de lo que le había enseñado, no era una cortesana experimentada ni una mujer casada que supiese manejar estos asuntos. Apenas había imaginado que podía decidir embelesarla en el carruaje.
—¿Cuándo esperas el menstruo?
El hombre la observó luchar con la falta de decoro de la pregunta mientras intentaba conformar una respuesta.
—Creo que sangraré el lunes. —Y le dedicó una sonrisa más bien trémula—. Eso son buenas noticias, ¿no? Angelique me dijo que era uno de los momentos más seguros para hacer el amor.
Gervase le devolvió el gesto a la vez que visualizaba el fin de semana quedándose dentro de ella sin el miedo de que concibiese, y su cuerpo volvió a excitarse con una expectativa sexual.
—Sí, querida, sí que son muy buenas noticias.
Cuando giraron hacia el largo camino de acceso que conducía a la casa, permitió que la chica levantase las persianas que cubrían las ventanas de la carroza. Este redujo la velocidad a la vez que el cochero sorteaba el serpenteo de la entrada de grava flanqueada por olmos. Unas luces aparecieron y desaparecieron en la oscuridad repleta de niebla cuando el carruaje comenzó su último descenso.
—Ay, Gervase —susurró Elizabeth—. Es precioso.
El duque ocupó un asiento junto a la otra ventana a la vez que la casa solariega de Diable Delamere aparecía ante sus ojos. La luz de la luna titilaba en el lago de estilo formal más allá del camino de acceso circular y extendía un sendero plateado hasta la majestuosa puerta de entrada. Su padre había remodelado la fachada de la casa en el estilo de la Grecia clásica, y las columnas y el frontón, elegantes y blancos, reflejaban la luz de la luna otorgándole al edificio un resplandor pálido y casi sobrenatural.

***

Cuando Gervase dio la vuelta para ayudar a la joven a salir del carruaje, esta le apretó los dedos en la manga para evitar que se moviera y contempló la fachada espectral de la mansión.
—Da la sensación de que la casa flota sobre la niebla. ¿Suele ser así?
El hombro se encogió de hombros y la instó a dirigirse hacia los escalones de entrada mientras una manada de sirvientes bajaba para ocuparse de su equipaje.
—Supongo que sí. No he tenido tiempo de visitarla desde hace mucho.
La muchacha le dio un apretón en el brazo cuando atravesaron la gigantesca puerta de entrada de roble.
—Entonces es obvio que ya era el momento.
Luego, se paró en seco y alzó la vista para contemplar las gigantescas cerchas que se alzaban nueve metros sobre sus cabezas. Unos pendones vetustos y hechos jirones que colgaban de las vigas se movían con las corrientes de aire y unas armas antiguas resplandecían en contraste con

las paredes cubiertas con una lechada de cal.
El duque condujo a Elizabeth por los escalones bajos de madera.
—La casa original es mucho más antigua de lo que parece. Se comenzó a finales del siglo XV. —Y señaló tras él mientras subían para llegar a la galería de los trovadores—. Cuando se construyó la casa, este sería el gran salón, pero mi padre decidió modernizarla y le estampó una fachada nueva.
Por el tono que usaba, la joven dedujo que no había estado del todo a favor de las renovaciones que hizo su padre. El caballero se paró delante de la puerta de un dormitorio y la abrió por ella con una floritura antes de que pudiese preguntar.
—Esta suite comunica con la mía, en la puerta de al lado, pero creo que deberíamos mantener las apariencias.
La muchacha miró la elegancia debilitada de la habitación forrada de seda a su alrededor e inspiró poco a poco. Sus sentidos tendieron la mano y abrazaron tímidamente el aura antigua que la rodeaba. Aquello era un hogar. Un lugar donde fabricar bebés y ver crecer a los niños, un lugar donde sentir alegría, un lugar donde llorar el duelo. Ella nunca había tenido uno de verdad y aun así reconoció su esencia al instante.
Se volvió para decirle algo a Gervase, que seguía junto a la puerta. Entonces, se dio cuenta de que posiblemente no compartiría su valoración femenina sobre las bellezas y la sensación de amor que se moría por abrazar. El hombre cruzó los brazos sobre el pecho, como para protegerse de lo que fuese que había visto o adivinado en sus ojos.
Y ella se las apañó para sonreír.
—El dormitorio es perfecto. Voy a disfrutar dormir aquí.
El caballero atravesó el espacio que les separaba en tres simples zancadas y la acercó a él de un tirón.
—Tú no vas a dormir aquí. Vas a estar en mi cama y tampoco vas a dormir mucho en ella.
Elizabeth le deslizó las manos por los brazos y se las enganchó alrededor del cuello mientras él la atraía a un beso que parecía destinado a durar el resto de la noche. La joven le respondió con el mismo entusiasmo con el que imaginaba que las anteriores ocupantes de aquella habitación habían reaccionado al resto de miembros magníficamente dotados de la línea masculina de Diable Delamere.
—Primero vamos a cenar y luego nos retiraremos a la cama —ordenó con una sonrisa—. Estoy bastante seguro de que deseas irte temprano a dormir.

***

Gervase se despertó sobresaltado cuando el ululato de un búho resonó en el cielo mudo. El duque giró la cabeza por la almohada y contempló a Elizabeth, que yacía hecha un ovillo contra su costado con una mano sobre su pecho y la otra atrapada bajo su cadera. La luz de la luna resaltaba el destello dorado oculto en el cabello castaño y rizado de la muchacha y le bañaba los labios de plata.
Soltó poco a poco un largo suspiro y le deslizó la mano hasta el hombro desnudo. La joven sonrió dormida y se acercó más para acariciarle el bello negro y ensortijado del pecho. El búho le había despertado en medio de un sueño y todavía podía recordar las atmósferas y olores de este. Estaba en paz, sosteniendo a su hijo entre los brazos mientras este dormía.
El hombre tragó con fuerza ante la imagen vívida y se preparó para el dolor que sabía que le seguiría. Elizabeth susurró algo tranquilizador contra su carne, como si incluso dormida pudiese notar su tensión.
Los minutos pasaron mientras el reloj de la repisa de la chimenea los contaba. El caballero soltó

un suspiro de cautela mientras su aflicción fluía más allá de él, hacia la chica, en lugar de instalarse igual que un puño que se le aferraba a las tripas.
Entonces, examinó sus rasgos tranquilos y corrientes con mucha atención. Dormir con ella en la misma cama había resultado ser todo lo que esperaba. En la quietud de la noche, incluso podía admitir que le proporcionaba paz. A pesar de admitirlo y apartar aquel pensamiento con determinación, su cuerpo volvió a la vida de golpe y supo que tenía que poseerla, que tenía que dejarle huella hasta que ya no desease dejarle.
Sin pensarlo más, la giró bocarriba y gateó sobre la chica con una necesidad tan grave de unirse a ella que no podía soportar aguantar ni un segundo más. El hombre utilizó el muslo para separarle las rodillas con cuidado y, mientras Elizabeth comenzaba a despertarse, él entró en ella hasta que no pudo hundirle el falo más. Esperó a que la muchacha se adaptase a su palpitante presencia y a que su respiración y los latidos del corazón fuesen un reflejo de los suyos.
Para su alivio, no protestó ante su prisa indecente. En cambio, levantó más las piernas para permitir una penetración más profunda y se aferró a sus caderas. Con un gruñido, el caballero tomó todo lo que le ofrecía y le exigió más, con un ritmo rápido, mientras sus envites la hundían en el colchón y él buscaba fusionarse con ella, tomar lo que albergaba dentro de su ser, unirse a su paz interior.
Gervase aumentó el ritmo y la muchacha comenzó a jadear a la vez que él bombeaba las caderas; su respiración ronca contra la piel de la joven. Esta abrió los ojos y clavó las pupilas en su rostro absorto cuando retrocedió un poco y agarró las dos manos a ambos lados de las caderas de la chica. Ella ahogó un grito cuando el duque le deslizó las piernas por los brazos y las apoyó en sus hombros para abrirla bien a él sin dejar de embestirle. La muchacha cerró los ojos y alargó la mano en busca de los musculosos antebrazos del hombre. La sensación que sentía formó una espiral, se tensó y ya le dio igual lo que le hiciese mientras no dejase de hacerlo. El placer se estrelló sobre ella y le se le levantó con una sacudida para chocar contra el de él a la vez que este palpitaba dentro de ella.
El duque gimió desde lo más profundo de su garganta cuando ella se apretó alrededor de él y hasta que no fue capaz de seguir respirando, de seguir viendo. Empujó una última vez para luego seguirla por el valle del placer que habían creado juntos y adorarlo, regodearse y deleitarse en él.
No tenía palabras que decirle por haberla despertado de una forma tan súbita, pero por una vez ella no pidió ninguna. Al final, rodó bocarriba llevándola con él y cerró los ojos mientras le rodeaba y empapaba la sensación de paz y plenitud que traía con ella.

Capítulo veinticuatro

Elizabeth abrió un ojo cuando la puerta se cerró de golpe tras el aleteo de las cintas del delantal de una de las sirvientas y se relamió cuando el fragante aroma del desayuno tentó sus sentidos.

Una sombra se cernió sobre ella y el duque soltó una bata de seda china en su almohada. Él llevaba una similar de seda negra bordada con dragones plateados.

La muchacha agitó los hombros para ponérsela y se colocó el cabello enredado sobre un hombro mientras Gervase le hacía una seña para que se acercase a la mesa atestada de exquisiteces crujientes. Una vez hubo calmado los peores retortijones de hambre del mundo, se giró hacia el hombre, que se encontraba sentado tranquilamente en una silla junto a ella.

Y este levantó una ceja.

—¿Quieres que te pida algo más, querida? ¿Un pudding de ciruela o algo más sustancioso? No me gustaría nada que entrases en un declive.

Ella fingió fruncir el ceño mientras le servía una taza de café y luego le dio un sorbo al suyo.

—Gracias por la oferta, pero todavía quedan tostadas y mermeladas.

El duque se inclinó hacia delante, agarró un trozo de pan tostado y lo agitó delante de la nariz de la joven.

—¿Quieres que le unte mantequilla por ti?

Acto seguido, se inclinó sobre ella y cogió la bandeja plateada que contenía los condimentos. Su mano sobrevoló la mermelada de fresa y luego se posó en la miel. Entonces, se volvió para lanzarle una mirada reflexiva.

—¿Te gusta la miel, *ma belle*?

Esta asintió a la vez que él se ponía recto y comenzaba a untarle la mantequilla en la tostada. Un segundo después, le envolvió la cintura con el brazo y la subió a su regazo de un tirón. Después colocó el pan en la palma extendida de la muchacha y esta observó fascinada cómo hundía la cucharilla de plata en el tarro, la sostenía en el aire y por último la inclinaba. La chica ahogó un grito cuando un chorro dorado de miel descendió igual que una tela de araña. La joven trató de manejar la tostada con frenesí para colocarla en la posición adecuada y evitar acabar con el regazo lleno de miel.

Gervase soltó una suave carcajada al contemplar sus intentos y el gritito triunfal de la muchacha cuando por fin le dio un bocado al rebosante trozo de pan. El hombre esperó hasta que hubo devorado hasta la última partícula y, en ese momento, volvió a abrir el tarro de miel.

La chica se quedó quieta mientras el duque sostenía la cucharilla y le sonreía mirándola a los ojos.

—¿La probamos sin tostada? Tengo bastantes ganas de lamer todo lo que se derrame.

Cuando las primeras gotas pegajosas se pegaron la piel desnuda de la joven y se deslizaron entre sus senos, esta suspiró y se relajó entre los amplios hombros del duque. Habría resultado un terrible malgasto de miel si no le hubiese permitido lamérselos. Cerró los ojos mientras la lengua del hombre se deslizaba por la columna de su garganta y se dirigía hacia sus senos. Además, estaba segura de que, si notaba que tenía un poco de hambre, le permitiría que dejase caer un chorrito de miel sobre él.

***

Después de un baño, el duque se excusó para ir a consultarle algo a su ayudante de cámara y dejó a Elizabeth que deambulase por los vastos jardines a sus anchas. La muchacha llegó a una puerta pintada de amarillo que conducía al interior de una sección del jardín cercada con un alto muro

de ladrillo y no pudo resistirse a abrirla. Un jardinero solitario se encontraba escardando una hilera de zanahorias con una gracia lenta y regular mientras la fragancia de las especias y las flores ascendía hasta el aire que portaba un agradable aroma.
La joven cerró los ojos e inhaló el ramillete de aromas entremezclados. Reconoció la menta, la lavanda y el olor herrumbroso de los geranios recién regados. Entonces, se quitó el casquete y levantó el rostro al sol a la vez que la rodeaba una sensación de paz.
—Buenos días, señorita.
La muchacha abrió los ojos y vio al jardinero delante de ella. Tenía el rostro tan nudoso como la corteza de un árbol, y sus ojos eran de un azul nítido y primaveral.
—Entonces, ¿ha bajado con el duque?
Elizabeth le sonrió.
—Sí, así es. Solo estaba admirando este precioso huerto. ¿Se ocupa de su mantenimiento usted solo?
—Sí, yo solo. No soy tan vivaz como el resto de los jardineros y me siento bastante satisfecho con mi parcelita. —Entonces, se quitó el sombrero deforme y se rascó la cabeza—. Es fantástico que haya conseguido persuadir al chico para volver. Por lo que he oído es propenso a consumirse en esa ciudad infame de ahí arriba.
La chica intentó no sonreír al imaginar al noble como un niño.
—Confunde mi influencia. En realidad, ni siquiera sabía de la existencia de la casa hasta que llegamos a sus puertas.
El anciano asintió.
—Y así es como debería ser. Todo hombre necesita un lugar privado al que llamar hogar, especialmente el señor. —Y le brillaron los ojos azules—. Pero yo no cuestionaría su poder sobre él, mi niña. Usted es la primera dama que ha traído aquí desde que su esposa murió. El personal femenino no para de parlotear de ello.
Elizabeth se sonrojó y bajó la vista hasta sus prácticas botas, de pronto temerosa de mirarle a los ojos. Un ramillete de flores apareció bajo su nariz y la muchacha se rio, encantada.
—Estas son para usted, señora, por conseguir que el señor vuelva a sonreír.
Y la chica hundió la nariz en las olorosas flores.
—Gracias. Intentaré conseguir que el duque sonría más a menudo.
Tras otro aluvión de agradecimientos, la joven se recogió las faldas y se dirigió a las cocinas con la mente ocupada en los intrigantes comentarios del jardinero.

***

—He pensado que te gustaría dar un paseo conmigo por la galería de retratos de la familia.
Después, esa misma tarde, Elizabeth alzó la cabeza para sonreírle al duque mientras este le envolvía los hombros con un chal de cachemir. La muchacha se estremeció cuando la piel le entró en calor y se recostó en el pecho del caballero. Entonces, él emitió un sonido de satisfacción y le pasó la punta de los dedos por el borde del corpiño, a lo que los pezones de la chica alcanzaron su máxima turgencia, como suplicando su roce.
Cuando llegaron al cavernoso recibidor, el hombre paró un momento para hablar con su mayordomo, luego cogió un candelabro y la condujo por una serie de salones grandiosos hasta que llegaron a un conjunto de puertas dobles. La luz del sol cada vez más débil se esforzaba por penetrar los cristales en forma de diamantes irregulares que adornaban la parte trasera de la casa.
En ese momento, el duque golpeó un pedernal, encendió las velas y la luz resplandeció en la oscuridad y le iluminó el rostro.
—La galería recorre la extensión del ala este.

A continuación, le hizo un gesto a Elizabeth para que pasase a la sala delante de él. Obviamente, allí había estado alguien antes que ellos. Los postigos se encontraban abiertos y las gruesas cortinas de terciopelo descorridas para revelar las ventanas que llegaban hasta el suelo. Los candelabros de pared estaban encendidos en estratégicos intervalos por la larga galería para bañar las paredes con un suave resplandor acogedor.
La chica hizo una pausa para apreciar la vista. La sala contaba con un techo alto decorado con oro y marfil. Una seda blanca brocada con un estampado de flores cubría las paredes y la moqueta se trataba de un confuso remolino azul y dorado. La joven se ciñó el chal alrededor de los hombros cuando el duque apareció a su lado.
—Es una sala preciosa. —Pero dudó cuando dejó las velas en una mesita—. Aunque, ¿no crees que sería mejor esperar a por la mañana? Temo no ser capaz de distinguir los retratos con mucha claridad.
—Por desgracia, no vamos a tener tiempo por la mañana. Siempre me ha parecido que ver los cuadros durante el crepúsculo hace que me concentre en los detalles con más esmero.
Entonces, Elizabeth fue hasta el primer retrato de la izquierda.
—Este debe ser uno de los más antiguos de vuestra colección.
El hombre apareció tras ella y miró por encima de su hombro.
—Sí, este es el primer Gervase. Amasó su fortuna luchando junto a Enrique Tudor el usurpador en la batalla de Bosworth.
La chica se inclinó para acercarse y examinar las facciones del hombre del retrato mientras el duque le pasaba la punta de los dedos por los brazos una y otra vez. Esta se estremeció cuando el noble se pegó más todavía, e intentó leer la firma garabateada en la esquina del retrato.
—Es un Holbein. —Y se volvió para contemplar el rostro divertido del duque—. Nunca antes he visto una colección privada que conservase un cuadro suyo.
En ese momento, el caballero se posó la mano de la muchacha en el brazo y la condujo hasta el siguiente retrato, que representaba a un grupo familiar.
—Esta es su esposa, Matilda, y sus siete hijos.
La joven se rio, el chal se le escurrió por los brazos y se le cayó al suelo.
—Matilda no parece muy feliz, ¿no? Pero debería haber imaginado que tener siete hijos deprimiría a la mayoría de las mujeres.
Gervase se agachó para recogerle el chal y su cabello negro resplandeció a la luz de la vela, a lo que Elizabeth resistió la necesidad de pasarle los dedos por él. Este le recolocó la prenda alrededor de los hombros y luego la giró para que le mirase a la cara. La chica tragó saliva con fuerza cuando él procedió a atarle las puntas con flecos en un lazo que descansaba justo por debajo del corpiño. Mientras llevaba aquello a cabo, los dedos del caballero rozaron la parte inferior de sus senos.
Luego, volvió a girarla para que mirase el retrato sin apartar las manos de los hombros desnudos de la muchacha. Su cálido aliento le hizo cosquillas en los pelitos rizados de la nuca.
—Tengo entendido que, según los registros familiares, la pobre Matilda dio a luz a quince hijos del primer Gervase. Tuvo suerte de que sobreviviesen tantos.
La joven se mordió el labio.
—Ahora me siento mal por decir que parecía triste. Tiene toda la razón para estarlo.
En ese momento, el duque le posó la mano en la parte baja de la espalda y la dirigió hacia el siguiente retrato.
—¿Qué opinas de este?
La chica echó un vistazo tan detenidamente como fue capaz al pequeño cuadro de una dama a

horcajadas sobre su caballo, con el pelo rojo fuego cayéndole como una cascada por la espalda y una expresión desafiante.
—Parece un poco inusual para su época. Se suponía que las mujeres recatadas no debían descubrirse el cabello a no ser que fuesen solteras. —Y volvió a examinar el retrato—. Pero esta dama no parece una doncella. Es demasiado... sofisticada.
—Esta es lady Marguerite de Villas. Fue la amante de Gervase durante gran parte de su vida.
Elizabeth soltó una risita por la nariz.
—¿Cómo encontró tiempo para tener una amante cuando estaba ocupado engendrando quince hijos con su pobre mujer?
El duque torció el morro durante un segundo y se agachó para plantarle un beso a la joven en los labios.
—Mi familia siempre ha demostrado un vigor extraordinario en lo que se refiere a encontrar y conservar mujeres. —Entonces, volvió a besarla y esa vez le dio permiso a su lengua para hundirse en la boca de ella—. De todas las personas, tú deberías saber si la reputación de mi familia es merecida.
Y continuó besándola hasta que ella enroscó los brazos alrededor de su cuello y se apoyó en él. Con un murmullo de satisfacción, la agarró de la mano y la condujo hasta el siguiente retrato. Entonces, acercó más el candelabro.
—Este es el hijo mayor superviviente del primer Gervase. Él fue quien empezó a construir la casa.
Elizabeth inclinó la cabeza a un lado para observar el rostro engreído del segundo Gervase. Se encontraba sentado en una silla de respaldo alto con dos perros de caza a sus pies calzados en unas botas. La mano, estirada, señalaba de manera autoritaria un mapa del Nuevo Mundo a la derecha del cuadro. La muchacha frunció el ceño mientras intentaba adivinar los detalles de este.
Tras examinarlo e intentar ignorar la sensación de los firmes dedos del duque rodeándole la cintura y acercándose a su seno, la chica se retorció para que la liberase, pero cerró los ojos mientras el hombre le dejaba que se deslizase íntimamente por su cuerpo. El noble no apartó la mano extendida sobre su vientre cuando ella agarró con firmeza su falo cada vez más duro.
—¿Decías, querida?
—¿Tu ancestro estaba involucrado en el comercio marítimo?
Sonó sin aliento y temió que pudiese saber por qué.
En ese momento, el hombre desplazó los dedos hacia arriba y se los apretó sobre el pecho a la vez que inclinaba la cabeza para frotarle el cuello con la nariz.
—Sí, creo que sí.
Elizabeth observó el índice y el pulgar dar vueltas alrededor del pezón, pero cuando intentó moverse sus rodillas se negaron a cooperar.
—Gervase —susurró mientras él continuaba mordisqueándole mientras ascendía hasta la oreja —. No puedo concentrarme en las pinturas si me haces esto.
—Bueno, te sugiero que lo intentes con más esfuerzo, *ma belle*, porque no tengo intención de parar.
La joven lanzó una mirada angustiada a la larga pared de retratos y se preguntó cómo iba a sobrevivir a aquello. Con la determinación de una mujer muy bien educada, se las apañó para los pocos pasos que necesitaba hasta el siguiente cuadro. Una dama vestida de estilo isabelino le clavó las pupilas. Portaba una gola tremendamente almidonada alrededor del largo cuello que recordaba al de un cisne, además de un corpiño de corte cuadrado y pronunciado con un borde de piedras preciosas. Pese a su juventud, parecía notablemente dueña de sí misma. La inclinación

felina de los ojos grises era idéntica a la del duque actual.
La chica se mordió el labio cuando Gervase volvió a enjaularla con un brazo sobre las caderas y el otro sobre los senos. Una ola de deseo barrió su ser y la instó a frotarse contra las ataduras de acero que eran los brazos del hombre. En ese instante, el noble deslizó los dedos por su corpiño y la muchacha se quedó quieta.
—Esta es la segunda hija mayor de Gervase. Si puedes adivinar cómo se llama, te doy un beso.
—Yo daría por hecho que se llamaba Mary o Elizabeth por una de las reinas Tudor.
El duque la giró para que le mirase a la cara.
—Chica lista. Ella es mi otra Elizabeth. —Y se quedó un momento callado para frotarle la boca con el pulgar—. ¿Puedo reclamar mi beso ya?
La joven separó los labios y él tomó posesión de su boca. Ella permitió que la excitación creciente de su pasión se derramase en el beso y notó cómo el cuerpo de Gervase se tensaba en respuesta. En el momento en el que este se separó, estuvo a punto de gritar. Entonces, el hombre bajó la mirada a sus ojos bravos y sonrió.
—Sé qué es lo que quieres, Elizabeth, pero no te lo has ganado todavía. —Y le señaló los retratos que quedaban—. No sabes cuánto ansío tus inteligentes comentarios sobre el resto de mis ancestros.
Cuando llegaron al final de la sala y estaban a punto de girarse para ver el resto de retratos, la chica estaba teniendo serias dificultades para encontrar cualquier cosa que decir, pero cada vez que dejaba de hablar Gervase alejaba sus atenciones de su cuerpo necesitado. Solo los comentarios cada vez más distraídos sobre los cuadros se veían recompensados por el roce seguro de su boca y manos.
La muchacha contempló obnubilada un retrato del rey Carlos II ataviado con una monstruosa peluca negra y acunando a un ahijado de Diable Delamere. Intentó pensar en algo que decir a la vez que la mano del duque se movía debajo de su falda, subía poco a poco por su muslo y se instalaba sobre su monte de Venus. Luego, extendió los largos dedos y la agarró con la mano ahuecada, de manera que la levantó ligeramente de puntillas y tiró de ella hacia atrás, contra su pecho.
—Este es el rey Carlos II —se las apañó para decir con la voz entrecortada mientras el hombre le acariciaba el sensible bultito de un lado a otro con la punta del dedo—. Se le conocía como al monarca feliz.
Gervase aumentó el ritmo de los dedos y su voz no fue más que un mero susurró en el oído de la chica.
—¿Y eso por qué, Elizabeth?
—Porque... —Y se vio reducida a balancearse de puntillas mientras el duque empujaba los dedos dentro de ella—. Porque tenía tantas amantes... por favor, Gervase, por favor...
No sabía si estaba suplicándole que parase o que continuase, lo único que tenía claro era que iba a comenzar a gritar si no hacía algo para poner pronto fin a aquella situación tan lamentable.
Entonces, la giró y la besó con fuerza. La joven reprimió a duras penas el deseo impropio de una dama de trepar por sus pantalones y envolverle las caderas con las piernas y, para cuando el duque se hubo echado hacia atrás y examinado su rostro, ella estaba jadeando.
—Si simplemente me escuchases, *ma belle* —le comentó, paciente—. Ya te he dicho que la anticipación es una gran parte de la culminación de la pasión. Siempre tienes tanta prisa...
Su voz tranquila la puso de los nervios y retrocedió para alejarse de él con las manos en la espalda y los puños apretados.
—Lo siento, Excelencia, obviamente soy demasiado inexperta para que se tome la molestia. —Y

se dedicó una reverencia—. Le eximiré de mi presencia.
Pero la mano del caballero salió disparada para volver a acercarla a rastras hasta él.
—Esto es exactamente de lo que estoy hablando, Elizabeth. En lugar de pensar en la cualidad de mis palabras, enseguida te exaltas.
En ese momento, la muchacha hundió la frente en el chaleco del duque y se quedó quieta. No podía descubrir que temía darle nada más de sí misma. En su alma sabía que si le permitía seducirla por completo estaría perdida. No quería volverse una más de la, sin duda, legión de mujeres que había rogado al noble que las quisiese.
—Lo siento, Gervase. A lo mejor no tengo la pasión necesaria para convertirme en una buena cortesana.
—¿Pasión? Tú cuentas con pasión en abundancia, *ma femme*. —La voz se le tornó más grave y extendió los dedos por el cabello de la chica antes de volver a besarla—. Dámela —le ordenó—. Dame toda tu pasión.
Acto seguido, la arrastró delante de un espejo ornamentado que colgaba en la pared del fondo de la galería de retratos. Elizabeth apenas se reconoció en la mujer convulsa, despeinada y sensual que le devolvió la mirada.
—Inclínate hacia delante, Elizabeth, pon las manos a ambos lados de la mesa y no dejes de mirar al espejo.
Sin pensar, la joven obedeció la orden del duque y se dobló hacia delante. Después le observó recolocar las velas hasta que su rostro estuvo iluminado y el de él permaneció entre las sombras. El suave suspiro de la seda alcanzó su oído forzado cuando le levantó la falda y las enaguas para doblárselas perfectamente en la cintura.
La muchacha tembló cuando el aire frío se estrelló contra su piel desnuda y Gervase emitió un sonido de aprobación. Ella inhaló el toque cítrico de la colonia del noble mezclado con el aroma de la excitación del hombre y se relajó sobre la mesa de apoyo. El hombre le pasó las manos desde las caderas a los tobillos y, a continuación, cayó de rodillas. En ese momento, la chica dejó de poder verle la cara en el espejo, solo la coronilla, y se tensó cuando la agarró de los tobillos y comenzó a ascender entre besos por el interior de sus piernas.
Cuando la boca del duque se acercó a la carne más íntima de la joven, esta gimió, pero él la sujetó para que no se moviera mientras su lengua resultaba un tormento de lametones rápidos que la tanteaba y hacía que le se arqueara la espalda y buscase sin ningún pudor su roce travieso. El placer la consumió y comenzó a temblar cuando el noble le dio un último lametazo lascivo y se puso lentamente de pie.
Este le sostuvo la mirada en el espejo mientras se desabrochaba los pantalones y se inclinaba sobre ella.
—Mírame, Elizabeth, y deja que te vea.
Entonces, la sació lentamente sin apartar la mirada de ella y permitiéndole que viese la lujuria insolente que le coloreaba la expresión. La muchacha suspiró cuando el vientre plano y velludo del noble le empujó la espalda y estuvo completamente hundido en ella. Luego, se quedó quieto a la espera de que se relajara y se amoldase a su falo. Cuando el abrazo apretado de la chica se ablandó un poco, Gervase se retiró y repitió su larga y lenta entrada en ella. Entonces, subió la mano desde la cadera y le recorrió el lateral de la garganta con los dedos para después bajarlos e instalarlos sobre su pecho.
—Mírame mientras te toco, *ma belle*. —Entonces, le frotó el pezón con el índice y el pulgar, y sus caderas se retrasaron al mismo ritmo ligero y seductor.
Elizabeth intentó soportar sus embistes incompletos y poco profundos lo mejor que pudo. En ese

momento, los ojos plateados del hombre captaron los suyos en el espejo a la vez que deslizaba la mano alrededor de ella para agarrarle la entrepierna con la palma ahuecada.
—¿Sabes por qué a los hombres les gusta tanto esta postura en particular, querida?
Después de que la hubiese provocado hasta mucho más allá de su buena educación usual, la joven dijo entre dientes.
—¿Para no tener que mirar a la mujer a la cara ni entablar conversación?
El caballero se rio.
—Eso es tremendamente divertido, *ma belle,* pero no es lo que tenía en mente. Y en absoluto lo que estamos haciendo. —Y se apoyó en la parte baja de la espalda de la muchacha de manera que empujó el sexo de ella hasta la palma de su mano—. No, es porque el hombre tiene el control. Puede controlar la profundidad de sus embistes y los movimientos de su pareja.
—Doy fe de ello —musitó la chica mientras Gervase continuaba moviéndose contra ella a una velocidad tan lenta que exasperaba y a un ritmo suave y frustrante.
—Ah, pero vas a alegrarte de que te haya hecho esperar hasta el final, Elizabeth, confía en mí en eso.
A la vez que ella se rondaba insegura el abismo de otro clímax, la joven oyó claramente el sonido metálico de la campana de la puerta delantera a lo lejos y el ruido de un carruaje que estaban conduciendo alrededor del lateral de la casa en dirección a los establos.
—Nuestros invitados están llegando, querida. Me pregunto si mi mayordomo los enviará aquí abajo a buscarnos o les hará esperar en las salas de recepción. —La joven ahogó un grito cuando se hundió profundamente en ella—. ¿Quién preferirías que nos encontrase así? ¿Mi mayordomo o mi madre?
—¿Tu, tu madre está aquí? —chilló.
Entonces, el hombre presionó los dedos una, dos veces con urgencia contra la carne hinchada de la joven y esta se hizo pedazos por él. El duque amortiguó rápidamente el grito de la chica con la mano y se unió a ella en el ardiente clímax.
Antes de que pudiese volver a respirar con normalidad, no digamos ya hablar, Gervase había vuelto a abrocharle el corpiño, sacudido las faldas y se había apresurado a llevarla a la esquina al fondo de la enorme sala. Luego, abrió una puerta oculta y señaló un estrecho tramo de escalera.
—Sube dos plantas y después busca una puerta tu derecha. Entonces, estarás en mi dormitorio. Tienes diez minutos para conseguir estar presentable y encontrarte conmigo en el vestíbulo principal. Ahora, ¡vete!
Gervase cerró la puerta tras ella y se giró al espejo para atender el estado desaliñado de su ropa. Se alisó el cabello despeinado con la mano e inspiró varias veces. Hasta lo que sabía, su madre se encontraba en Brighton. En realidad, esperaba una selección de habitantes locales y parientes lejanos a los que estaba obligado a recibir.
Sonrió mientras se colocaba el plastrón recto y recordaba la expresión de consternación de la muchacha y la rápida retirada. Se preguntó si tendría el coraje de volver a bajar y esperó que así fuera. Su pajarito marrón albergaba todo el nervio de un gallo de pelea. Puso una mueca cuando su propio gallito respondió a aquella idea demasiado bien.
Con un último vistazo a su reflejo ahora inmaculado, el duque se colocó una sonrisa acogedora y atravesó tranquilamente el pasillo para recibir a sus invitados.

Capítulo veinticinco

Elizabeth se quedó parada en el rellano que sobrevolaba el salón medieval y bajó la vista hasta los invitados reunidos. Se atusó el cabello, empujó una horquilla descarriada y comprobó que los tres volantes del vestido de seda lavanda estaba rectos. A continuación, adoptó una sonrisa amable y bajó por las escaleras mientras susurraba saludos a aquellos que se encontraban lo bastante cerca para escucharla.

Solo tardó dos minutos en descubrir de mano del servicial mayordomo que la madre del duque se encontraba residiendo en Brighton en ese momento y que no había decidido honrar a su único hijo con una visita. La joven levantó la barbilla, mantuvo la cabeza alta y fue a buscar al duque. Le encontró en el salón dorado con su lustroso cabello inclinado sobre una dama diminuta de edad indeterminada que se aferraba con determinación a su manga.

La muchacha sonrió a la vez que hacía una reverencia y dejaba ver al noble la represalia en sus ojos. Él inclinó la cabeza medio centímetro indolente, con una sugerencia de satisfacción petulante en su expresión que hizo que la chica desease pegarle.

—Ay, señora Waterstone, aquí está.

Ella puso una mueca cuando el noble alzó la voz y le gritó a la oreja, que parecía una concha, de la anciana dama a su lado.

—Tía Agnes, esta es mi invitada, la señora Waterstone. Le he estado hablando de ti antes.

—Señora Waterstone, esta es mi tía abuela, lady Cottlesmore. Vive en la casa de la duquesa viuda de la propiedad junto a sus tres hijas solteras.

Elizabeth echó un vistazo por encima del hombro de Gervase a las tres damas apiñadas junto a la ventana y vestidas de colores apagados. Luego asintió con educación y estas comenzaron a parlotear entre ellas tras sus manos como si le hubiese dicho algo osado.

El duque sonrió victorioso a la joven y transfirió la mano de su tía a los dedos cubiertos por unos guantes de ella. La anciana alzó la vista hasta la muchacha con un interés entusiasta en sus ojos marrones y astutos.

—Señora Waterstone, el duque me ha contado que está relacionada con la familia Diable Delamere. —La voz vieja y temblorosa sonó peor que un violín mal tocado—. ¿Su madre era una de las chicas de Matilda?

La muchacha agitó ligeramente su abanico y asesinó al duque con una mirada por encima de este antes de forzar una risa despreocupada.

—Me emparenté con la familia al casarme, señora, y no puedo considerar que conozca bien todas las ramas.

El duque les dedicó una reverencia y retrocedió un paso.

—Señoras, las dejo para que recuerden. Estoy seguro de que tendrán un montón de lo que hablar.

Elizabeth se resignó a media hora de incomodidad a la vez que conducía a lady Cottlesmore al sofá más cercano y se sentaba con ella con una sonrisa atenta fija en el rostro. Al mismo tiempo que la anciana dama debatía la historia familiar, principalmente con ella misma, la joven observó al duque mientras este daba una vuelta por la sala y se hacía el simpático con sus invitados.

Parecía más relajado allí de lo que había estado nunca en Londres. En ese momento, la chica deseó contar con un refugio similar y contuvo el anhelo prohibido de que su refugio fuese también el de él.

Con una paciencia amable, la muchacha dejó que lady Cottlesmore se convenciese de aceptar la relación de Elizabeth con la familia antes de huir con elegancia. Gervase se encontraba solo junto

a la puerta después de haber acompañado a dos de sus invitados a la salida.
La chica se acercó a él hecha un basilisco y le brindó su mejor reverencia.
—Gracias, Excelencia, por una media hora de lo más estimulante. Ya me siento como si realmente formase parte de su familia.
—Muchas de nadas, querida. Sabía que disfrutarías demostrando tu admirable ingenio.
Antes de que la muchacha pudiese contestarle, un lacayo apareció y abrió el conjunto de puertas contiguas que conducían a la galería de retratos. Varios invitados pasaron tranquilamente a su lado y el hombre bajó la vista hasta ella.
—¿Terminamos nuestra ruta?
La muchacha permitió que la condujese hasta la galería llena de cuadros y se paró en seco cuando sus ojos enfocaron la mesa de la final en la que el duque había abandonado el candelabro de más. La risa queda del caballero le revolvió los suaves ricitos de la nuca y otras zonas imposibles de mencionar.
—No pasa nada, *ma belle*. Nadie adivinaría que te han hecho el amor frente a ese mismísimo espejo hace menos de una hora. Pareces perfectamente respetable, ni una pluma erizada en mi pajarito marrón.
—Su comportamiento es imperdonable, señor. ¿Cómo se atreve a fingir que estaba a punto de conocer a su madre?
El duque la giró rápidamente para apartarla de él y le soltó un ligero beso en el dorso del guante de la mano.
—Ya te lo he dicho, Elizabeth, una de mis ambiciones en la vida es dejarte callada. Solo puedo darme la enhorabuena por lo bien que ha funcionado mi estrategia.
Incapaz de contener su agitación, la chica se alejó bruscamente de él y casi se choca con el mayordomo. Sus movimientos abruptos la llevaron a toparse con los retratos familiares que no había visto durante su visita anterior, y se quedó quieta al contemplar a un pensativo y joven Gervase aferrándose a un cachorro con la mano protectora de su padre en el hombro.
La joven casi se salta el siguiente cuadro, que se encontraba medio oculta en las sombras. En él reconoció al duque y a su mujer, Imelda. Entre ellos se encontraba un niño pequeño con a lo mejor dos o tres años. Atraído por una extraña compulsión, se acercó más para examinar el grupo familiar. El hijo de Gervase tenía el cabello negro y unos ojos cuyos rabillos se inclinaban hacia arriba.
La muchacha saltó cuando la mano del hombre le tocó un hombro.
—Ese es mi hijo, David. Me dicen que albergaba cierto parecido conmigo.
Ella echó un vistazo atrás al caballero, pero su expresión se encontraba tan desprovista de emoción como su voz.
—Era un niño precioso, Excelencia. Un honor para su apellido y su padre.
Algo titiló en las profundidades de los ojos plateados del noble, y este apretó la mano con la que le estaba sujetando el hombro durante un instante mínimo.
—Gracias, Elizabeth. Él era mi alma.
—¿Excelencia?
El mayordomo se acercó al duque y la joven se apartó para reunir los pedazos de sus defensas. Sentía un extraño anhelo de atraer al hombre hasta sus brazos y reconfortarle, pero en lugar de eso se mantuvo lejos de su camino y dio una vuelta por la galería de los cuadros parándose a intercambiar opiniones sobre el parecido familiar con un viejo retrato o a escuchar las historias sobre los parientes del caballero.
Para cuando Gervase fue a buscarla, ella ya había recuperado la compostura y fue capaz de posar

la mano en su brazo con una seguridad tranquila. El noble volvió a conducirla hasta el comedor, donde un bufé estaba esperando a los invitados. A continuación, la ayudó a llenarse el plato y le llevó una copa de vino. Mientras ella buscaba a su alrededor un lugar donde sentarse, el hombre le señaló las ventanas abiertas con un gesto.
—¿Te importaría que nos sentásemos fuera, en la terraza? No hace mucho frío.
Con una reverencia, el duque la dejó pasar al exterior con suelos de mármol. Aquella noche no había niebla ni apenas una brisa que agitase las hojas de los árboles o las faldas de las damas.
Elizabeth se sentó y el duque tomó el asiento frente a ella. La chica estudió el rostro del noble a la media luz a la vez que el caballero brindaba por ella con su copa.
—Te gusta estar aquí, ¿verdad? —le preguntó mientras probaba uno de los delicados pastelitos de langosta que el duque le había amontonado en su plato—. Entonces, ¿por qué vienes tan poco?
—Porque si me quedase aquí, empezaría a lamentarme del hombre que tengo que ser en Londres. Empezaría a dudar de si soy capaz de continuar con la farsa.
—¿Y cuándo termina? ¿Cuando eres simplemente tú mismo?
Entonces, el rostro del noble se cerró poco a poco y él se recostó en su asiento.
—No es nada que deba preocuparte, querida. Aquí solo estás, al fin y al cabo, de manera temporal.
Elizabeth se puso de pie y soltó la copa de vino en la mesa con un clic cortante.
—Odio cuanto haces eso, Gervase. Odio cuando me dejas fuera.
El hombre encogió un elegante hombro e inclinó la cabeza para alzar la vista hasta ella.
—Mi querida señora Waterstone, el odio es una palabra demasiado fuerte para usarla con las emociones que discurren entre nosotros.
—¿Lo es, Excelencia? Permita que le de las buenas noches.
Acto seguido, la chica le hizo una leve reverencia y se giró para marcharse. Él no hizo ningún esfuerzo por seguirla, y la joven entró y distraída le deseó las buenas noches a los invitados que quedaban antes de retirarse escaleras arriba a su propio dormitorio.
La tranquilidad de la habitación la alcanzó y la abrazó mientras cerraba y echaba el pestillo de la puerta. Se quitó las zapatillas de dos patadas, pasó junto a la ventana con cristales en forma de diamante y cerró las cortinas a la oscuridad de la noche. Sumida en sus pensamientos, dejó pasar los dedos por los pétalos de las flores secas en el bol llano del tocador e inhaló el aroma de un verano pasado hace mucho tiempo.
Después de un buen rato, se desvistió al oír el murmullo y el ajetreo de los invitados que se marchaban. Las palabras cortantes del duque reverberaron en su cabeza mientras trataba de considerar cómo lidiar con ellas. Ya había vislumbrado al hombre debajo de la fachada dura y zalamera que mostraba al mundo. Sabía que siempre se arrepentiría de que hubiese visto sus puntos vulnerables, pero contraatacó con fuerza para eliminar cualquier traza de interés y preocupación de su parte.
La chica se quedó quieta antes de bregar con el corsé para quitárselo. ¿Deseaba que la volviese a despreciar? Y ¿cuándo se había vuelto tan importante para ella hacer las reticencias del duque añicos? Como solía suceder, sus comentarios hirientes albergaban una parte de verdad. Nunca había pretendido quedarse con él para siempre.
Para cuando consiguió animarse para meterse en la cama, había pasado la media noche. Se quitó las horquillas del recogido alto y arqueó la columna vertebral cuando el cabello le cayó en ondas por la espalda. ¿Cómo podía Gervase hacer el amor con tanta pasión y luego repudiarla de ella cuando se aventuraba a preguntar por su futuro?

Tenía que decidir si seguía la orden sin palabras que le había dado y se retiraba o si lo arriesgaba todo en un avance que podría resultar fatal para su propia alma.
Mientras contemplaba las opciones que tenía, la puerta de la suite del duque se abrió y este apareció, ataviado solo con la bata de seda negra. Estaba segura de que no iba a dejarla enfurruñarse, incluso lo había esperado.
De pronto preocupada por lo que pudiese ver en su rostro, le dio la espalda y caminó hasta la ventana. Él llegó tras ella sin hacer el menor ruido y le colocó las manos en los hombros.
Tras un suspiro largo, lento e intencionado, la joven se volvió para mirarle a la cara. Luego, le abrió la bata y le acarició el pecho musculoso. El vientre del hombre se tensó cuando le trazó un camino ligeramente serpenteante alrededor del ombligo y luego volvió a subir hasta el enmarañado vello del pecho. Le encontró los pezones y los tocó con la lengua para, después, dirigir los dedos hacia abajo.
—¿Entonces no tienes palabras duras para mí? —susurró.
—No, Gervase, solo esto.
La mano del caballero se aferró a su hombro como si fuese a volver a levantarla de un tirón, pero la chica se liberó de su exigencia encogiéndolo y, a continuación, cayó de rodillas. Solo en ese instante, cuando le posó las manos en los muslos, se aventuró a levantar la vista un segundo hasta él. Tenía los ojos cerrados y su rostro albergaba una cautelosa combinación de expectativa y aprensión con la que se deleitó.
Gervase bajó la vista hasta la cabeza inclinada de la muchacha cuando esta arrastró los dedos por el interior de sus muslos y le agarró con cuidado los huevos y el falo en la palma de la mano. El murmullo bajo de la chica cuando el miembro se le puso morcillón hizo que se le secase la garganta. Se volvió imposible hablar cuando lo metió en la boca y rozó su carne excitada con la lengua para atraerle hasta un calor acogedor. Era la primera vez que permitía que le sirviese de esa manera.
Entonces, cerró el puño entre su cabello sin estar seguro de si sería capaz de soportarlo.
Se esforzó en respirar mientras la boca ignorante de la joven le llevaba a un pico de placer que no había experimentado nunca antes. ¿Por qué no se había sentido así con ninguna de las demás mujeres que le habían satisfecho sexualmente y de las que había sido tan sencillo deshacerse en el pasado?
—Ya basta... —le pidió con un chirrido—. Vamos a la cama.
Elizabeth le tomó la mano tendida y se puso de pie con gracia. Luego, se desabrochó la bata con una lentitud infinita y se acercó unos pasos hasta empujar todo su cuerpo contra el de él. Entonces, le deslizó las manos hacia arriba por el pecho y le quitó la bata de los hombros de un empujón. A continuación, se puso de puntillas y le besó. El hombre estuvo a punto de balancearse hacia atrás sobre los talones cuando el beso de la chica se volvió más intenso y le ofreció todo lo que no le había pedido atrayendo a su cuerpo a una espiral de necesidad cada vez más tensa.
La muchacha le tiró a la cama de un empujón y este cayó de espaldas, de manera que le permitió gatear sobre él. Sus instintos le bramaron que la girase para ponerla debajo de él y la poseyera, pero algo le retuvo.
La joven se agachó, le rodeó el rostro con las manos y le besó de nuevo. El duque se encontraba tumbado bocarriba mientras dominaba sus deseos sin compasión, ansioso por ver a dónde los llevaría Elizabeth a la vez que le frotaba la espalda cubierta de seda con las manos.
No podía ponerle ni una falta a las vistas. Por delante estaba desnuda bajo la bata y completamente expuesta a su mirada lujuriosa y sin embargo la espalda seguía cubierta por la

deliciosa seda de la prenda.
Intentó agarrarle las caderas y bajarla sobre su falo ansioso, pero la seda fina de la bata se le deslizaba entre los dedos y la chica se le escurría. Después, separó las piernas en una orden silenciosa cuando Elizabeth se bajó de la cama y, entonces, esta le lamió la planta de los pies y él soltó un gemido. El duque cerró los puños alrededor de las sábanas de lino mientras ella continuaba la lenta exploración de su tobillo y lo mordía con cuidado.
Luego le acarició los dedos y susurró su nombre deleitándose con cada sonido de este, como si estuviese ahogándose en su propia sensación de poder. Por primera vez, la dejó que le retuviese como a su esclavo y, durante esa noche y en esa cama, él fue suyo, suyo para atormentarla y amarla al antojo de la joven.
Con un suspiro de pura lascivia, la muchacha se arrodilló entre sus piernas separadas y dejó que el cabello le cayese en cascada sobre su ingle. El caballero se estremeció y se movió ansioso contra las sábanas cuando la chica le apoyó la mejilla en la curva de la cadera desnuda para, después, arrastrarle los dedos por los muslos hasta encontrarse con la magnificencia de su falo morcillón.
No le quedaba mucho para suplicar cuando se alzó sobre él y bajó, milímetro a cuidadoso milímetro, sobre su ansioso miembro. El duque plantó las plantas de los pies en el colchón y se impulsó hacia arriba igual de salvaje y libre que un caballo bravío. Entonces, Elizabeth se unió a él, se ajustó a él y le atrajo al caldero que era su cuerpo para confundirse con los huesos del hombre y mezclarse con él en una carne, un cuerpo y un deseo anhelante.
Al final, tuvo que hacerla rodar para ponerla debajo de él cuando empezó a llegar al orgasmo en un gesto que escapaba a su razonamiento, pero que le pareció descaradamente obvio a su parte dominante y posesiva que acababa de despertar, no como a los preocupantes ecos, mentiras y engaños que seguro que le esperaban en Londres.

Capítulo veintiséis

A medida que el carruaje se acercaba a las afueras de Londres, el rostro del duque perdió su amabilidad distendida para volverse duro y desprovisto de emoción. Aunque seguían ocupando el mismo espacio reducido, parecía como si se hubiese separado por completo de Elizabeth. La chica esperó que estuviese más relajado con ella tras su noche de pasión, pero daba la sensación de que su sacrificio había sido en vano.

No se quedó en su cama, lidió con ella en la mesa del desayuno sin decir apenas una palabra y su conducta distante enseguida la redujo al silencio. No se había atrevido a conversar con él desde el principio del viaje por miedo a su ingenio mordaz, así que suspiró y apoyó la mejilla en la ventana a la vez que el carruaje reducía la velocidad para atravesar las calles adoquinadas y las multitudes de gente que se movían en manada y se desparramaban por la carretera.

Había jugado su mano y ahora su camino estaba claro. Debía resolver el código y seguir su camino. Resultaba obvio que el duque jamás iba a volver a permitirle traspasar su guardia de nuevo. Lo notaba en su mirada y en cada gesto sutil e indefinible que la alejaba de él a empujones.

El cochero frenó en la imponente entrada de Delamere House. Un lacayo con librea apareció para abrir la puerta y permitió que Elizabeth bajase. Esta le dio las gracias y, sin esperar al duque, entró al vestíbulo de mármol y le deseó a Standish unos buenos días con voz queda.

***

Una hora después había vuelto a su escritorio, tenía los anteojos posados en la punta de la nariz y el cabello recogido en trenzas que se aferraban a su cabeza. Cuando sir John apareció y se acomodó detrás de su escritorio después de un tremendo alboroto por su parte, estuvo lista para saludarle con una tranquila satisfacción propia.

—Señora *Waterstone*, qué delicia verle. ¿Ha disfrutado de su fin de semana fuera con el duque?

—Entonces, le guiñó un ojo y ella se sentó más recta en su asiento—. Estoy seguro de que allí ha encontrado muchísimas cosas con las que divertirse.

Elizabeth reprimió el impulso de sonrojarse cuando el tono de desdén del secretario la menoscabó y se mantuvo ocupada en abrir la cerradura del cajón del escritorio y sacar el código.

—Gracias, sir John. De hecho, fue de lo más agradable dejar Londres atrás y disfrutar de los efectos beneficiosos del aire del campo.

—Yo tengo un sitio en el campo, señora. —Su risa contenía un trasfondo de encono—. Por supuesto que es menos lujoso que el del duque y está tremendamente hipotecado. ¿Le apetece pasar un fin de semana conmigo?

Su proposición descaradamente íntima hizo que se detuviese. No había pensado en cómo el resto de miembros de la casa vería su repentina marcha de Londres junto al duque. Se echó a temblar ante la posibilidad de que Nicholas se acercase a ella de manera furtiva para ser el siguiente en hacerle la propuesta.

—Es muy amable de su parte, sir John, pero creo que he tenido bastante campo de momento. —Y señaló el código que se encontraba ante ella—. Tengo mucho de lo que ocuparme, pero gracias por la oferta.

Para su tremendo alivio, el secretario se limitó a refunfuñar y se puso a trabajar. La joven contempló el código con la mirada vacía hasta que el ritmo de sus latidos se volvió normal y las manos le dejaron de temblar. Seguía de piedra por la crudeza con la que sir John le había hablado. Toda la amabilidad fingida desapareció en cuanto pensó que ella se encontraba por

debajo de él. Casi se le escapa una sonrisa por las palabras que había elegido... *debajo de él*. ¿De verdad eso era lo que pensaba de ella?
Entonces, echó un vistazo por la ventana de la fachada, donde esperaba el resplandeciente carro negro del duque. Este pasó bajo ella en un remolino del guardapolvo con capa y el rostro oculto bajo el sombrero de copa. Con una sensación de desesperación, cogió la pluma y encajó la mandíbula. Cuanto antes terminase el código, antes podría marcharse.
Ya durante el almuerzo, Elizabeth por fin fue capaz de relajar después de la retirada de sir John y de que Nicholas le sirviese la segunda copa de vino. El muchacho le sonrió por encima de su taza de café.
—Me alegro de que se las haya apañado para persuadir al duque de que se tomase un fin de semana libre. Llevaba un siglo sin tomarse un descanso.
La joven se preparó para cualquier otra cosa que el chico quisiese añadir, pero, para su alivio, estiró el brazo para coger otro pastel, que se metió entero en la boca. Cuando terminó de masticar, se dio unas palmaditas en el bolsillo del chaleco amarillo y sacó un trozo de pergamino doblado.
—Dios mío, casi se me olvida darle esto. El duque ha dicho que es posible que esta información le ayude con el código. —Y le pasó la hoja de pergamino arrugado a Elizabeth, enfrente de él.
La gruesa letra del duque cubría la página.
—Parece que Londres acogerá un desfile de los vencedores de la triple alianza contra Napoleón el tres de junio. El emperador de Rusia y el rey de Prusia acompañarán al príncipe regente —dijo.
Nicholas soltó un silbido mientras la chica continuaba.
—Creía que el código mencionaba junio, pero se encontraba tan bien camuflado que casi lo descarté. —Y se inclinó hacia delante—. Para un asesino francés, sería la oportunidad perfecta de asesinar al príncipe regente.
—O, lo que es más, a cualquiera de los jefes de Estado —comentó el muchacho con el ceño fruncido—. Solo queda una semana. ¿Cómo sabremos exactamente dónde planea atacar el asesino? La ruta por Londres sí o sí será enrevesada y la multitud será tremenda.
La joven se puso de pie.
—Sospecho que el código contiene esa información.
Acto seguido, cogió la nota del duque y la guardó con cuidado en su ridícula.
—¿Sigue deseando visitar a su madre hoy, señora Waterstone? Estoy a su servicio.
La muchacha le lanzó una sonrisa distraída.
—Voy a ver cómo avanzo con el código. Si siento que incluso visitar a mi madre sería menos estresante, se lo haré saber.

***

Elizabeth usó la punta del dedo enguantado para limpiar un trozo del cristal sucio y bajó la vista hasta la calle. Seguía sin haber ni rastro de su madre ni de Mary, y ya llevaba esperando un cuarto de hora.
La sirvienta le dijo que se habían ido a dar un paseo y que se esperaba que volviesen pronto, así que, sin nada mejor con lo que ocupar su tiempo, la muchacha se puso a limpiar el desordenado salón.
Recogió la vajilla y los vasos vacíos y los bajó a la cocina. Cuando volvió, sin aliento tras subir tres tramos de escaleras, comenzó a ordenar los libros. La mayoría parecieron ser las escabrosas novelas románticas de estilo gótico de Minerva Press que su madre adoraba, pero algunos pertenecían al señor del Bosque. Estos los separó y decidió llevarlos hasta su estudio, que

ocupaba una pequeña habitación junto al vestíbulo.
La muchacha tocó en la puerta con suavidad, pero no contestó nadie. Como era costumbre, el estudio de su padrastro se encontraba bastante más ordenado que el resto de la casa. Elizabeth soltó la pila de libros en el escritorio y comenzó a volver a colocarlos en la estantería. Justo cuando terminó, un librito con el lomo rojo parcialmente bajo el protector del escritorio, le llamó la atención y, con una extraña punzada de inquietud, lo agarró con los dedos.
Lo abrió de golpe por una página aleatoria y se encontró contemplando la pulcra caligrafía de sir John. Cerró los ojos en un esfuerzo de reemplazar la conocidísima letra del hombre por una mano desconocida, pero no fue capaz. Casi se le cae al leer el fragmento del código y la traducción, que sir John había transcrito de los originales que se hallaban en posesión de la joven.
Esta se agarró el libro contra el pecho y contempló distraída la pared de libros tras el escritorio. ¿Qué hacía el preciado libro del secretario en manos del señor del Bosque? Le había asegurado que nunca abandonaba su persona.
Se oyó una tos seca en el hueco de la escalera y Elizabeth se apresuró a volver a colocar el libro debajo del protector y a dirigirse a las estanterías.
Unos segundos después, su padrastro perturbó su soledad.
—Elizabeth, ¿has venido a ver a tu madre?
La joven volvió a poner en su sitio el atlas que había estado fingiendo consultar y se giró rápidamente para sonreír a su padrastro.
—Buenas tardes, señor del Bosque, espero que esté teniendo un día agradable.
Acto seguido, se acercó con confianza a la puerta a la vez que entrelazaba las manos para que le dejasen de temblar con la esperanza de que el hombre no se diese cuenta de la velocidad de su respiración. Este permaneció en la puerta impidiendo que se marchara. Entonces, la chica le señaló con un gesto las estanterías mientras intentaba deslizarse junto a él.
—Estaba ordenando el salón mientras esperaba a madre y he traído una selección de tus libros para volver a colocarlos en la librería.
Las pupilas del señor del Bosque no la abandonaron.
—No se pierden las viejas costumbres, ¿eh? Siempre fuiste quien se aseguraba de que viviésemos de un modo respetable, ¿no es así? —El hombre le guitó el ojo y le pellizcó la mejilla —. No hay bastante que ordenar en casa del duque, supongo, aparte de las sábanas arrugadas de tu cama.
—Tengo pocos quehaceres domésticos, señor —coincidió, educada—. El duque cuenta con un servicio excelente.
—Eso he oído.
Un murmullo de ruido alertó a Elizabeth de la vuelta de su madre y su hermana. El señor del Bosque se puso recto y ella aprovechó esa oportunidad para dedicarle una reverencia apresurada y pasar a su lado.
—Debo marcharme para desearle a mi madre las buenas tardes. ¿Se unirá a nosotras para el té?
El hombre se acercó tranquilamente a su escritorio y negó con la cabeza.
—Tengo muchísimo que hacer hoy, pero, por favor, ve y pásalo bien.
Cuando se giró para marcharse, Elizabeth captó el ceño fruncido de su padrastro al encontrar el libro del lomo rojo sobre la mesa. Entonces, soltó un improperio, abrió el cajón del escritorio de un tirón y lo dejó caer dentro. El último sonido que la chica oyó antes de salir huyendo fue la llave girando en la cerradura.
Su madre se mostró tan entusiasta como siempre con su llegada e inmediatamente comenzó con

una letanía de quejas que incluían los gastos de Mary, la rudeza de Jack Llewelyn y las exigencias financieras de existir en el mundo de la alta sociedad.
Por primera vez, la joven se alegró de que la mujer no necesitase que participara en su conocida diatriba. Para que la considerase útil, solo debía asentir, darle sorbitos al té y mordisquear el *macaron* rancio. Su mente divagó sin parar entre las aterradoras posibilidades de su descubrimiento. ¿Sir John se encontraba en complot con su padrastro? Casi se atraganta con el pastelito cuando afloró otra idea más espantosa. ¿El señor del Bosque estaba involucrado con los franceses?
Elizabeth estuvo a punto de tirar la taza de té por los aires cuando la puerta se abrió de golpe, pero solo era Mary. La chica le sonrió a su hermana, que tenía un aspecto encantador con el vestido de paseo de muselina y estampado floral que hacía juego con sus ojos.
Las enaguas emitieron un susurro cuando la jovencita se desplomó en el asiento a su lado y, acto seguido, soltó un suspiro profundo.
—Ay, Lizzie, cómo me alegro de que hayas venido. Justa estaba hablando de ti durante mi paseo con mamá.
La señora del Bosque soltó una risita por la nariz a la vez que Mary le estrechaba la mano a su hermana. Algo brilló en la muñeca de esta, y Elizabeth se inclinó para ver de qué se podía tratar, a lo que la chiquilla soltó un chillido de emoción y alargó la mano orgullosa hasta que la colocó delante de las narices de la muchacha.
—Mira lo que me ha dado papá. ¿No es precioso?
La joven contempló el brazalete dorado y adornado con una cascada de diamantes y rubís con forma de corazón. Por alguna razón, le resultó vagamente familiar.
—¿Tu padre te ha comprado esto?
—No hay necesidad de adoptar ese tono contrariado con Mary, Elizabeth. —Y la señora del Bosque resopló—. ¿Tanto te cuesta creer que un padre pueda decidir concederle un regalo a su hija para su primera temporada?
La chica contuvo la respuesta cortante cuando vio la desilusión repentina en el rostro de su hermana.
—Sí que es un regalo maravilloso, Mary, y te queda tan bien que es digno de admiración.
En ese momento, volvió a soltar la taza en la mesa, aguantó la charla con su hermanastra durante unos diez minutos más, y luego se puso de pie.
—Gracias por el té, madre. Voy a pasarme a ver a Michael y después debería marcharme.
La mujer agitó una mano con desinterés y la joven huyó por la escalera trasera, la ruta más rápida hasta la zona que ocupaba su hermano en la casa. Cuando llegó, tuvo que pararse en la puerta en un esfuerzo por recobrar la compostura. Michael era capaz de detectar el más mínimo matiz en su expresión y necesitaba su ayuda, no su protección.
La chica llamó a la puerta y la voz melodiosa de Jack Llewelyn la invitó a entrar. No pudo evitar sonreír al ver a los dos ocupantes de la habitación. Se encontraban jugando a las cartas y el dormitorio estaba cargado, sumido en la niebla y con un olor a cigarrillos españoles y a un toque de brandi.
El exmilitar se puso de pie enseguida.
—Señora Waterstone, que sorpresa tan agradable. Creí que sería un emisario de su madre para recordarme que no vuelva a usar la entrada principal de la casa. —El hombre se encogió de hombros y echó un vistazo al muchacho impedido—. Al parecer, sigo olvidando utilizar la puerta del servicio.
Michael se rio y le tendió una mano a su hermana.

—Ven a sentarte, Lizzie. Jack abrirá la ventana para librarnos de todo este humo y luego, si se lo pides con la suficiente educación, puede que nos prepare un té.
—No quiero té.
El joven apretó la mano con la que la sujetaba y se llevó los dedos de la chica a los labios.
—Por dios, mujer, ¡tienes las manos como un polo!
Elizabeth tragó saliva cuando Jack Llewelyn se apartó de la ventana y se dio la vuelta para mirarla.
—¿Pasa algo, señorita Waterstone?
Su tono tranquilizador y el aire de aptitud discreta la ayudaron a conseguir el valor que tanto necesitaba.
—No estoy segura —confesó mientras el caballero la ayudaba a sentarse.
La chica les examinó los rostros mientras practicaba mentalmente su petición y rezaba por que no creyesen que había perdido la cabeza.
—Si os pidiese que me guardaseis alguna información sin poder explicaros exactamente por qué o de dónde la he sacado, ¿me ayudaríais?
Michael medio frunció el ceño y echó un vistazo a su acompañante.
—Por supuesto que sí, y creo que puedo dar fe de la integridad de Jack.
—Puede que no llegue a nada, pero necesito estar segura de que no me traicionaréis con nadie. Ni siquiera con nuestra propia familia ni el duque.
—¿Has robado algo, Elizabeth?
Michael usó un tono tranquilo, pero la joven detectó el impulso de su voluntad férrea detrás de la pregunta.
—No, y antes de que preguntes, tampoco he heredado la maldición familiar y dado lugar a una tremenda deuda de juego. —La muchacha vaciló un instante y luego examinó los rostros de los dos hombres con la mirada—. Solo necesito que confiéis en mí.
Jack Llewelyn asintió.
—Para mí basta con eso. Me alegraré de poder ayudarla en lo que me sea posible.
—Yo solo puedo secundar lo que ha dicho Jack, pero debes prometerme que tendrás cuidado.
Elizabeth sonrió a los dos a modo de agradecimiento.
—Gracias. Me siento mucho mejor sabiendo que cuento con aliados si la cosa se tuerce. —Y dio una palmada, determinada a cambiar de tema—. Bueno, ¿puedo unirme a vosotros para una partida de cartas? No he tenido el placer de jugar contra el señor Llewelyn.
La chica captó la mirada de aprecio que le dedicó el caballero y le guiñó el ojo a Michael, tras él. Ganar unas cuantas manos a las cartas le ayudarían a que se le asentaran los nervios y la prepararía para los problemas que sin duda le esperaban a la vuelta a casa de Delamere.
Tras reducir a su hermano y Jack Llewelyn a la miseria imaginaria, dejó que el hombre la acompañase hasta el carruaje, donde la esperaba Nicholas. Para cuando el coche llegó a la residencia del duque, había aclarado muchas cosas. No tenía pruebas reales contra sir John ni contra su padrastro para enseñárselas a Gervase, solo su palabra.
Sabía que le gustaba comprobar dos veces cada fragmento de información, así que ¿cómo podía asegurarse de que el libro del secretario no se encontraba en su posesión?
Según todo lo que sabía, era posible que estuviese trabajando a las órdenes del noble y ella podría arruinarle los planes sin querer. Pero, ¿por qué el duque no le había hablado de sus sospechas sobre el señor del Bosque? Podría haberle ayudado si lo hubiese sabido.
Mientras bajaba del carruaje se le ocurrió, con una leve sensación de conmoción, que el duque podría considerar que tenía una muy buena razón para no decírselo o no confiar en ella. Se

trataba, obviamente, de la hijastra del señor del Bosque. ¿Creía que ella también estaba involucrada con los franceses?

Capítulo veintisiete

Elizabeth se puso para la cena el vestido más simple que tenía y sin llamar a la sirvienta. Se dejó el pelo en el intransigente estilo trenzado y se puso los anteojos en la punta de la nariz.

Si iba a enfrentarse al duque, lo haría con su apariencia más simple. No iba a acusarla de intentar tentarle. Si él decidía mantener su relación en un marco más profesional, estaba más que feliz de complacerle. Además, le preocupaba demasiado su plan para determinar el paradero del libro de sir John como para que le inquietase el noble.

La joven entró al comedor tras el secretario y Nicholas. Unos aromas suculentos se elevaban desde los platos de plata tapados que Standish había colocado en la mesa, y la muchacha tragó saliva y recordó que apenas había comido en todo el día.

Para su alivio oculto, y el deleite de su apetito, el duque se encontraba ausente. Estaba tan decidida a comer lo más deprisa que pudiese que apenas se acordó de responder a la ligera charla de Nicholas. ¿Era su sensación agudizada de percepción lo que hacía que le pareciese que el chico estaba un poco distraído?

Esperó a que los sirvientes se retiraran, se inclinó hacia delante para coger su copa de vino y soltó un grito de angustia cuando el pesado cristal se le resbaló de entre los dedos, se le cayó en el lado de la mesa de sir John y golpeó su copa por el camino.

El hombre se levantó como un rayo y maldiciendo a la vez que el vino tinto le caía en cascada por el regazo.

—Ay, sir John, le ruego que me disculpe, ha sido imperdonablemente patoso por mi parte —dijo ella con la voz entrecortada.

Entonces, rodeó la mesa y le dio unas enérgicas palmaditas en las manchas carmesí chillón que le habían salpicado la chaqueta, el chaleco y los pantalones.

—Si se quita la chaqueta, la llevaré abajo, a la cocina, y la impregnaré en agua de mar. Es una prenda tan magnífica que odiaría que se echase a perder.

Acto seguido, giró alrededor de un sir John desconcertado igual que si fuese un poste de las fiestas de mayo mientras le quitaba la prenda de los delgados hombros. Por una vez, agradeció que no llevase chaquetas tan tremendamente moldeadas a su figura como las del duque. Antes de que el hombre pudiese protestar, la muchacha se dirigió a la puerta casi corriendo ante sus esfuerzos por marcharse.

Se paró en la penumbra de las escaleras del servicio y revisó a conciencia todos los bolsillos. El librito rojo de sir John no se encontraba ahí. Ya había determinado que tampoco estaba oculta en el chaleco ni en los bolsillos de los pantalones cuando le dio los toquecitos con la servilleta. Soltó un suspiro de frustración y se apresuró a bajar a las cocinas, donde le suplicó a la cocinera que le diese un poco de sal marina y cubrió la chaqueta salpicada con ella.

Para su alivio, la rojez comenzó a filtrarse en la sal y tornó los cristalitos blancos en un color rubí brillante. Por suerte, la chaqueta del secretario era marrón, lo que ayudaba a disimular la mancha. Pasado un rato, raspó la sal empapada y lavó las manchas que quedaban con una esponja mojada en agua fría. En un intento inútil de impedir que sus pensamientos turbulentos le abrumasen, se tomó la tarea con una cantidad de cuidado desorbitada.

Cuando se encontró lo bastante serena, volvió a subir las escaleras con la chaqueta de sir John sobre un brazo. Standish había devuelto el orden perfecto a la mesa del comedor y una nueva copa de vino descansaba a la derecha de su plato. Por desgracias, el duque también. Este se levantó y le dedicó una reverencia cuando apareció.

—Señora Waterstone.
La chica consiguió ofrecer una sonrisa distraída al caballero, pero toda su atención estaba puesta en el secretario. Este no se molestó en ponerse de pie, pero esperó a que se acercase a él como si ella no fuese más que una sirvienta de la trascocina.
—Se ha tomado su tiempo.
—Lo siento, sir John, solo intentaba asegurarme de que la mancha se había ido. —Y sacudió la prenda para mostrársela—. ¿Ve? Está casi tan bien como nueva.
El hombre refunfuñó, le arrancó la chaqueta de las manos extendidas y se levantó para ponérsela con una sacudida de hombros.
—Parece que está bien —añadió a regañadientes—, pero si no se seca del todo por la mañana esperaré que me compre una nueva. Estoy seguro de que, si se lo pide al duque por favor, le dará el dinero.
Elizabeth notó que se estaba sonrojando y volvió a su siento consciente de la mirada sarcástica de Gervase.
—¿Sir John? —dijo el duque con un tinte de amenaza glacial inconfundible en el tono que hizo que todo el mundo en la mesa se pusiese firme—. Creo que ha olvidado darle las gracias a la señora Waterstone por los esfuerzos que ha hecho por usted.
El hombre palideció de forma visible a la vez que apartaba la vista del caballero y la dirigía a Elizabeth.
—Gracias, señora.
—No hay de qué, sir John.
Un silencio incómodo cayó sobre la mesa sin que el noble dejase de examinar a su secretario con los ojos entornados. Incluso se empañó el buen humor de Nicholas. La chica se esforzó en comer y dar respuestas evasivas a los esporádicos intentos de conversación del muchacho. El duque se reclinó en su asiento y les observó como si se tratase de un depredador decidiendo quién sería su siguiente víctima.
El secretario fue el primero en lanzar su servilleta a la mesa y ponerse de pie, de tal manera que la silla, al retroceder, arañó el suelo. Luego, les favoreció con una reverencia agarrotada.
—Les ruego que me disculpen. Por suerte para usted, señora Waterstone, a pesar de mi exiguo salario, sí que *tengo* otra chaqueta.
Acto seguido, asesinó con una mirada despectiva a la chica y luego salió con aire resuelto del comedor cerrando la puerta tras él.
Nicholas soltó un largo y lento silbido.
—No se preocupe, señora Waterstone. La chaqueta de sir John debería haberse hecho trapos hace años. Al viejo tacaño le vendrá bien tener que comprarse una nueva. Ya es hora.
—Gracias por las palabras tranquilizadoras, Nicholas, pero sigo sintiéndome muy culpable. —Y empujó la silla para apartarla—. No es propio de mí ser tan patosa.
—No, no lo es, ¿verdad?
La pregunta incisiva del duque hizo que se parase en seco, y tuvo que obligarse a mirarle.
—Nadie es perfecto, Excelencia. Todos cometemos errores.
—Así es, señora Waterstone. —Y levantó una ceja—. ¿Ha cometido más últimamente?
La joven levantó la barbilla y le miró directamente a los ojos.
—No estoy segura, Excelencia, pero, si ha sido así, estoy segura de que será la primera persona en señalármelo.
La chica huyó al pasillo y se dirigió al despacho de sir John. Debía comprobar el escritorio del hombre antes de sucumbir a sus sospechas y tenía que decidir qué hacer respecto al

incriminatorio libro rojo que al parecer se encontraba en manos de su padrastro.
Las mullidas zapatillas de cabrito apenas hicieron ruido sobre el suelo pulido del vestíbulo y ninguno en la gruesa moqueta de felpa del estudio del duque. Al final, abrió la puerta del despacho del secretario con un empujón y se deslizó en la habitación en completo silencio. Para su alivio, parecía ser que sir John verdaderamente pasaba la noche fuera.
Una única vela ardía en el candelabro de la pared arrojando sombras sobre el robusto mobiliario de roble. Atravesó la habitación hasta el gigantesco escritorio del hombre y comenzó a abrir los cajones sin cerrar con llave y a examinar cuidadosamente su contenido.
No encontró nada, así que se agachó para investigar en el de abajo. Estaba tan absorta en su búsqueda que casi chilla cuando la reluciente punta negra de la bota torneada del duque se coló en su visión.
—¿Qué hace exactamente, señora Waterstone?
Elizabeth se puso de pie como un rayo y se agarró al borde del amplio escritorio del secretario para no perder el equilibrio.
—Esperaba terminar la traducción del código esta noche. Sir John mencionó que contaba con muestras de algunos de los que se han descifrado antes que podían serme de utilidad. —Y la joven le lanzó una sonrisa reluciente—. He olvidado dónde los guardaba exactamente después del desafortunado incidente en la mesa del comedor.
La muchacha tragó saliva cuando el hombre no respondió nada.
—¿Me está acusando de algo, Excelencia? —Y le señaló el escritorio con un gesto—. Los cajones no están cerrados con llave. No esperaba descubrir ningún secreto de estado en ellos.
—No le estoy acusando de nada... de momento.
La joven se acercó con cuidado al otro extremo del escritorio para poner tanta distancia como fuese posible entre ella y el noble. Luego, miró detenidamente la puerta mientras él reducía sin prisa el espacio que les separaba.
—Exactamente, ¿cuánto código le falta por descifrar, señora Waterstone? —le inquirió.
La chica abandonó la idea de escapar y se retiró tras su escritorio.
—Creo que llevaba razón y que pretenden intentar asesinar al príncipe regente durante el desfile de la victoria de los aliados. Solo necesito determinar la hora y el lugar en el que el asesino tiene intención de atacar.
El hombre puso una mueca.
—Y esa es la misma información que necesitamos lo antes posible. Solo queda una semana para el desfile y las autoridades se ofendieron muchísimo ante mi sugerencia de que deberían cancelarla.
La muchacha fingió sopesar su trabajo mientras el corazón le latía con fuerza y los dedos seguían temblándole. ¿Por qué no podía simplemente marcharse antes de soltase algo desaconsejable o, incluso peor, le suplicase ayuda?
—¿Elizabeth?
—¿Sí, Excelencia?
—Si hablamos de errores recientes, esté segura de que yo he cometido tantos como tú. —Y le dedicó una media sonrisa—. Y no estoy seguro de arrepentirme de ninguno. Buenas noches, querida.
La joven le observó marcharse y se atragantó con las lágrimas contenidas. ¿Qué haría Gervase si se deslizaba en su cama durante la noche? ¿La acogería o le pediría educadamente que se fuese? Obligo a sus ojos a que volviesen al código, consciente de que no soportaría el riesgo de descubrirlo. Una vez hubiese resuelto el rompecabezas para la satisfacción del noble y aclarado

sus sospechas sobre el comportamiento de sir John, tendría más tiempo libre para tomar decisiones sobre su futuro.
Elizabeth hundió la barbilla en las manos y miró sin ver el pergamino hasta que la excelente caligrafía comenzó a emborronarse. Una lágrima se deslizó por su nariz y cayó en el código con un ploc al que siguieron otros rápidamente. Con grito de terror, usó los flecos del chal para secar la hoja, que se había convertido en un lago de tinta azul confusa.
Cuando consiguió deshacerse de la mancha mojada, sopló el pergamino estropeado en un intento vano por devolverlo a su condición anterior y, al acercarse más el documento, se dio cuenta de una serie de muescas en la hoja que la tinta desparramada había resaltado.
Con una sensación de tensa expectativa, encendió otra vela. Daba la sensación de que el documento contenía varias palabras adicionales arañadas en la vitela usando una pluma sin tinta. El molesto e indeseado torrente de lágrimas había revelado sin querer las palabras ocultas.
Casi sin atreverse a respirar, Elizabeth intentó traducir la primera palabra y se dio cuenta con una sensación triunfante de que el código permanecía igual. En menos que canta un gallo, desveló el nuevo mensaje que contenía instrucciones detalladas sobre dónde y a qué hora el asesino iba a acabar con la vida del príncipe regente.
Con un cuidado infinito, la muchacha comenzó a transcribir la información en una hoja de pergamino limpia. Pero, cuando se acercó al final del mensaje, empezó a escribir más despacio con la pluma. ¿Cómo podía evitar que sir John enviase aquella información al señor del Bosque y aun así asegurarse de que se le desvelaba al duque? No podía robar el original. Aunque considerando el actual estado emborronado de este, debería resultar seguro dejarlo allí. Dudaba que el secretario ni nadie más fuese capaz de descifrar aquello.
Entonces, se puso otra hoja de pergamino delante y comenzó a escribir mientras rezaba porque su instinto le sirviese bien.
Pasaba la medianoche cuando terminó y se recostó en su asiento. La casa estaba en silencio y vigilante cuando cogió la titilante vela y subió las escaleras. Tenía mucho que conseguir a la mañana siguiente y temía que, sin la presencia tranquilizadora del duque, le resultase difícil dormir algo.

Capítulo veintiocho

—¿Que ha hecho qué?
Gervase intentó disimular su sorpresa mientras escuchaba el informe de Nicholas.
—La señora Waterstone, Excelencia —repitió el joven lentamente—. Quedó con Jack Llewelyn en la misma cafetería hoy por la mañana temprano.
—¡Maldita sea! —El duque estrelló la mano en el escritorio y alzó la vista para ver que el chico seguía esperando, así que tomó aliento—. Suéltalo, Nick, percibo que hay más.
El muchacho bajó la vista hasta sus botas.
—También me pidió que averiguara dónde vive Jack Llewelyn. Ayer, mientras esperaba en casa de los del Bosque, el caballero acompañó a la señora Waterstone al carruaje. Esta mañana también le he seguido de vuelta a allí.
El hombre luchó contra el escalofrío de incomodidad que le recorrió el cuerpo forzado por las palabras reacias de Nicholas.
—¿Cómo parecen estar juntos? ¿Era cariñoso con ella? ¿Parecían íntimos?
—Llewelyn abrazó a la señora y le besó la mejilla antes de conducirla al interior del carruaje, y ella no pareció objetar ante su confianza.
Sir John, que había permanecido todo el tiempo junto a la ventana, soltó un resoplido con el gesto petrificado con repulsión.
—Bueno, ya sabíamos que tiene la moral de un gato callejero, ¿no, Excelencia?
Gervase apretó los puños y reprimió la inesperada necesidad de pegarle al secretario en la cara. Seguía resultándole imposible creer que su Elizabeth compartiese de forma ocasional sus favores con otro hombre.
Sir John se acercó tranquilamente al escritorio del duque.
—Además, podemos dejar de lado la fantasía de que es viuda. El señor del Bosque me ha dicho que la *señorita* Waterstone perfeccionó el arte de hacerse la joven inocente hace años. —Y soltó una carcajada ordinaria—. Tengo entendido que de vez en cuando recrea milagrosamente su virginidad con la ayuda de una vejiga bien escondida de sangre de cerdo.
Nicholas abrió la boca como para protestar la vulgaridad del secretario, pero el noble hizo un gesto tajante con la mano.
—Ya está bien. Yo fui quien le sugirió que fingiese ser una viuda. Convenía a mis planes, no a los suyos. —Y dejó de hablar deliberadamente para asegurarse la atención completa de sir John —. Solo estoy interesado en la relación de la *señorita* Waterstone con el código, no en cotilleos sin confirmar sobre su pasado.
Entonces, se giró hacia Nicholas.
—¿Es posible que Jack Llewelyn sea amigo de uno de los hermanos de la señorita? Creo que tiene dos. Puede que solo esté visitando a la familia.
Sir John interrumpió el intento de responder del joven.
—No creo que estén en casa ahora mismo. El señor del Bosque me contó que el hijo mayor de su mujer, Hugh, en este momento se encuentra sirviendo con el ejército de ocupación en Francia. Y del más pequeño, Michael, no habla. Dice que está muerto para ella.
El secretario se cruzó de brazos con un gesto inconfundiblemente triunfal en el rostro.
—¿Cree que Jack Llewelyn se está haciendo pasar por el hermano de la señorita Waterstone desaparecido hace mucho tiempo?
El noble apretó los dientes.

—Por supuesto que no, sir John, solo intento estudiar todas las posibilidades. Bueno, ¿tiene algo más que añadir o pretende confiar completamente en los cotilleos y las insinuaciones?
En ese momento, el secretario se recolocó los anteojos en la fina nariz.
—Entonces puede que aprecie este pedacito de información, Excelencia. Anoche, en un momento de ebriedad, el señor del Bosque me dijo que espera que la señorita Waterstone le entregue la versión final del código mañana. ¿Ha terminado la traducción?
Gervase negó con la cabeza.
—Hablé con ella anoche y me dijo que seguía intentando determinar la localización y la hora exacta.
Nicholas suspiró.
—A mí me dijo exactamente lo mismo, Excelencia.
—Entonces es posible que esté retrasando entregarles la información vital que necesitan deliberadamente —comentó sir John—. Piénsenlo, si puede demorarles hasta el día del desfile, no tendrán ninguna posibilidad de atrapar al asesino.
El duque apartó la vista del rostro ansioso de Nicholas e intentó ignorar la presencia presuntuosa de sir John.
—Necesito pensar en cómo deberíamos proceder. No quiero alertar a la señorita Waterstone de nuestras sospechas. Voy a dejarle el resto del día para traducir el código y, entonces, me enfrentaré a ella.
El secretario le dedicó una reverencia y se marchó con una sonrisa de satisfacción en los labios. Nicholas se quedó, como si quisiera decir algo, pero después de un vistazo rápido a la cara del hombre, se retiró en silencio.
El noble se enterró la cara en las manos e intentó separar la maraña de emociones que sentía por Elizabeth del problema que tenía entre manos. Al fin y al cabo, era posible que mintiese igual de bien que Imelda. Las imágenes de Elizabeth en los brazos de Jack Llewelyn confiándole sus secretos y riéndose del duque no dejaban de importunarle y arruinar su sensación de calma. Se sentía como si alguien le hubiese sacado el corazón y se lo hubiese apretujado poco a poco hasta dejarlo seco estrujándole su última esperanza, su última oportunidad de creer en el amor.
Gervase soltó un improperio mordaz y se permitió admitir que Elizabeth se había entrelazado en el entramado de sus sueños y en el concepto de sí mismo con muchísima fuerza. La amarga experiencia le había enseñado que se daban muy pocas coincidencias en la vida y, aun así, ahí estaba, todavía intentando excusarla.
Se trataba de un tonto tan iluso que había empezado a verla como su salvación, como su camino fuera del traicionero mundo que habitaba en ese momento. ¿Había sido un necio dentro de la cama y fuera de ella? El hombre se levantó y tiró del cordel de la campana para llamar a Standish. Necesitaba ver a Angelique.

***

Elizabeth pasó la mayor parte del día fingiendo darle vueltas al código mientras se aseguraba de que sir John no echaba un buen vistazo a las hojas alteradas. Debía dar por hecho que había conseguido una llave de su escritorio, así que dejó que la viera guardando el documento en su ridícula y llevársela con ella siempre que abandonaba la habitación.
La joven se encontró con el duque cuando salió del comedor tras su almuerzo en solitario. Después de entregarle a Standish el sombrero y el guardapolvo empapados por la lluvia, le dio unas buenas tardes cortantes, la agarró del brazo y la llevó a su estudio.
—¿Has resuelto el código ya?
—Todavía no, Excelencia.

La expresión del hombre se volvió distante y se alejó unos pasos de ella mientras se pasaba la mano por el cabello aplastado. Consciente de la pérdida de su roce y el tramo de moqueta que había interpuesto entre ellos, la chica intentó pensar en una forma de apaciguarle.
—Está demostrando ser más difícil de lo que había previsto.
Atemorizada, le lanzó una mirada furtiva y se quedó inmóvil.
El caballero la observó con la mirada severa y aburrida de un extraño.
—Un pariente mío, lord Vincent Delacroix, ha llegado hoy a Londres. Pretendo salir con él esta noche. Tú nos acompañarás.
El duque se volvió sobre los talones y se dirigió al vestíbulo sin esperar a que mostrase su acuerdo. La chica clavó las pupilas en su espalda fornida mientras subía las escaleras y ansió poder llamarle y hacerle responsable de todos sus problemas. La simple idea de que desconfiara de sus sospechas sin tramar del todo y las despreciara le dio que pensar. Necesitaba estar segura; al menos le había enseñado eso.
Se recogió la falda de volantes en una mano y se dirigió con aire penoso al estudio y a la expectativa poco atrayente de pasar una larga tarde esquivando las pullas de sir John y rechazando los esfuerzos poco efectivos de Nicholas para protegerla.

***

Cuando Elizabeth se retiró a su dormitorio al atardecer, encontró un vestido sobre su cama. La chica cogió la resbaladiza prenda púrpura de satén y encaje y la observó con ciertas reservas. No la reconocía y, a primera vista, le pareció un poco ordinaria para el gusto impecable del duque.
Después de un breve esfuerzo por bajarse el corpiño y la falda, brevísimos, se acercó al espejo y se llevó rápidamente la mano a la boca. El cuerpo tenía un corte tan pronunciado que el pecho amenazaba con salirse cada vez que respiraba. Las piezas de encaje que se habían agregado verticalmente en el exuberante satén morado dejaba a la vista destellos de su piel. La muchacha se giró lentamente, consciente de que la falda estrecha era tan fina que exhibía la forma de sus piernas. Dudó de que fuese capaz de ponerse una sola enagua debajo.
La piel se le sonrojó desde el cuello hacia arriba y se alisó el estrecho satén con las manos. El vestido bien podrían habérselo pintado sobre la carne. ¿De veras se trataba de un vestido de noche o el hombre quería que se lo pusiese para la cama? Parecía una ramera cualquiera. ¿Así era como la veía el duque después de su fin de semana de sexo?
Durante un breve segundo consideró desafiarle y cambiarse por algo más recatado, pero entonces la ira, que había comenzado a crecer dentro de ella desde que el caballero se retiró, se fusionó en bravuconería. Llevaría el vestido que el duque había elegido para ella y le contemplaría sufrir las consecuencias.

***

Gervase la esperaba en el vestíbulo con una expresión de actitud intransigente fija en el rostro mientras consultaba el reloj de bolsillo. Elizabeth se acomodó la capa para cubrir el ligero vestido y le recibió con una sonrisa cortés.
—¿Llego tarde, Excelencia? Parece ansioso por marcharse.
El hombre apenas le echó un vistazo y la pequeña semilla de duda que se había instalado en su estómago comenzó a florecer en serio.
—Pretendo pasar a recoger a Angelique. Ahí es donde nos dirigimos ahora.
El caballero le sostuvo la puerta del carruaje y la cerró de golpe mientras el cochero partió a cierta velocidad hacia la noche pasada por agua. La joven miró por la ventana e intentó ignorar las sensaciones de inquietud. El duque la observaba como si fuese el enemigo y, por primera vez en su vida, no tenía el coraje de preguntarle por qué. Había demasiado en juego.

Mientras contemplaba el perfil apartado del hombre, se le pasó por la cabeza que quizás supiese de la posible involucración de su padre con los franceses desde el principio. Si era así, toda su relación con ella se podía ver desde otro punto de vista. Cerró los ojos para apartar la imagen de él. ¿Había estado usándola todo ese tiempo?

Angelique parecía apagada cuando entró en el coche, menos de media hora después; su frágil estado de ánimo, un reflejo de el del duque. Elizabeth se rindió en su intento de comprender las paradojas de tensión que llenaban el carruaje en silencio y se concentró en sus propios problemas, pero, para cuando se detuvieron en el teatro, no estaba más cerca de dar con una solución adecuada a su dilema.

En cuanto la joven puso un pie en los adoquines inestables por el agua, se vio absorbida por un grupo de vendedores callejeros y aficionados al teatro. La ruidosa muchedumbre parecía más chillona y animada que la audiencia de la *alta sociedad* habitual con la que se había encontrado antes allí. Alzó la vista hasta la majestuosa fachada iluminada mediante antorchas del teatro del Covent Garden con una aprensión cada vez mayor.

De la variada vestimenta de la multitud que se dirigía en manada a la entrada, la muchacha dedujo que se estaba dando un baile de máscaras público. Pese a sus preocupaciones, no pudo evitar sentir cierta curiosidad. Había oído que el comportamiento en ese tipo de fiestas podía rayar lo impropio.

En ese instante, Angelique la atrajo a la sombra de la puerta de acceso y le entregó un antifaz púrpura.

—Deberías ponerte esto, Elizabeth. Te ayudará a ocultarte.

Luego, ayudó a la chica a atarle los cordeles del antifaz y esta hizo lo mismo con la máscara con plumas rosas que la cortesana había decidido portar. Mientras ellas estaban ocupadas arreglándose, el duque desapareció. No hizo el más mínimo esfuerzo por disfrazarse. Se le reconocía al instante con el atuendo negro azabache, la chaqueta salpicada de gotas y el denso cabello oscuro.

La joven aprovechó que el noble se encontraba lejos para examinar a la multitud allí reunida. Sus primeras impresiones parecían ser correctas. Aquel no era lugar para las damas bien educadas de la *clase alta*. Reconoció a varios caballeros pudientes cuya compañía femenina, por el atuendo escaso y provocativo, era imposible que fuesen sus mujeres.

La chica había oído susurrar a sus hermanos sobre la obscenidad y la juerga que se daba en esos bailes públicos, y ahora podía imaginárselo bien. Cada cortesana, vividor, jugador y actriz de Londres parecía encontrarse presente y ansioso por empujar más allá de los límites las barreras del comportamiento aceptable. Elizabeth sintió un escalofrío y se relamió los labios cuando el aroma de la excitación y los cuerpos calientes más perfumados de la cuenta se arremolinó a su alrededor. Casi podía degustar el deseo reprimido de las travesuras libertinas.

Incluso Angelique parecía distinta cuando se quitó la capa y reveló el estrecho y escotado vestido rosa que llevaba debajo. Aunque la máscara prácticamente le ocultaba los ojos azules, se había pintado los labios de un intenso carmesí y se había aplicado muchísimo colorete en las mejillas.

Elizabeth se aferró a la capa para pegársela más al cuerpo cuando el duque volvió trayendo con él a un hombre delgado y moreno.

La cortesana sonrió con afección tras su abanico y le dedicó una reverencia tan exagerada al desconocido que casi propulsó su pecho fuera del vestido.

—¿Quién es, Gervase, mi amor? —arrulló la mujer y se aferró al brazo del duque cuando este la incorporó de su genuflexión con gallardía.

—Este es mi primo, lord Vincent Delacroix. —El gesto de saludo del hombre también incluyó a

la joven—. Vincent, la rubia es Angelique y la castaña Elizabeth.
La muchacha estuvo a punto de dar un paso adelante, pero Gervase se lo impidió. Ella le asesinó con la mirada durante un peligroso segundo y, después, tendió los dedos envueltos en un guante.
—Buenas noches, mi señor. Me *llamo* señora Waterstone. Es un placer conocerle.
El caballero tomó la mano enguantada de la chica con una miradita perpleja al duque y se inclinó para rozarle los nudillos con un beso.
—Encantado, señora.
Elizabeth le permitió que le colocase la mano en el brazo y la condujese hacia el teatro abarrotado. No era mucho más alto que ella y su figura no era tan fornida como la del duque, aunque estimaba que tendrían edades similares. Su atuendo apagado, pero inmaculado, exponía su delgada figura en todo su esplendor.
El hombre agachó la cabeza para hablar por encima del griterío y clamor del *demi-monde* que allí estaba representado.
—¿Ha asistido antes a un baile de máscaras, señora Waterstone?
La chica negó con la cabeza a la vez que el duque les hacía un gesto para que subiesen por los escalones bajos y mal iluminados y entrasen a un palco privado ligeramente menos ruidoso y con vistas a la desenfrenada reunión de abajo.
—No, mi señor, es la primera vez, aunque he de admitir que pretendo disfrutar de la experiencia.
Lord Vincent le sonrió y le ofreció un asiento con una floritura practicada, pero, antes de que pudiese sentarse, el duque le colocó las manos en los hombros.
—Quítate la capa, Elizabeth. Es prácticamente imposible que tengas frío.
—De hecho, estoy helada, Excelencia.
El hombre la miró fijamente durante un momento largo y peligroso
—Quítatela.
La muchacha alzó la vista hasta su rostro. Algo iba muy mal y no tenía ni idea de cómo solucionarlo. Al final, soltó a regañadientes la mano con la que se estaba sujetando los pliegues delanteros de la capa. Cuando se descubrió el vestido, lord Vincent se quedó petrificado y tomó aliento de forma visible. Incluso Angelique se quedó boquiabierta mientras se deslizaba hasta una silla dorada junto a la chica. El caballero le apretó el hombro con los dedos y la giró hacia él.
—Ah... —Suspiró—. Sabía que ese color te sentaría bien. Pareces una suculenta uva esperando a que la... recojan.
Entonces, en un momento de espantosa claridad, supo que se estaba refiriendo a librarse de ella en el lugar más público posible. ¿La había vestido así para presumir de ella delante de compradores potenciales, como si fuese una yegua llamativa en Tattersalls? La chica levantó la barbilla y se negó a desvelar la necesidad que tenía de llorar. De hecho, se liberó de la represora mano del noble de una sacudida y se volvió hacia lord Vincent.
—¿Planea una visita larga, mi señor?
El duque soltó un improperio en voz baja mientras ella continuaba ignorándole con toda la atención puesta en su primo.
—No, señora Waterstone. Normalmente vivo tranquilamente en Suiza. Solo vengo a Londres para reunirme con mis socios y realizarles consultas y, por supuesto, para ver a mi primo, Gervase. —El hombre le sirvió una copa de vino que ella aceptó con agradecimiento, alegre de tener algo que hacer con las manos—. ¿De qué conoce a mi primo, señorita? Si disculpa mi franqueza, no parece ser de su estilo habitual.
Elizabeth se las apañó para dibujar una sonrisa, consciente de que el duque no estaba haciendo ningún esfuerzo por ocultar su interés por la conversación íntima que estaban manteniendo.

Entonces, este se sentó en el brazo de su silla, lo que le daba una visión excelente de su escote, y envolvió el respaldo con el brazo de forma posesiva.
—Yo trabajo para el duque en calidad de dos ámbitos separados, mi señor. —Y la joven le dio un sorbo al vino—. En primer lugar, le ayudo con tareas administrativas para el gobierno y, en segundo, me está enseñando a convertirme en una cortesana.
Lord Vincent se atragantó ligeramente y se recostó en su asiento con un fuerte destello de diversión en sus ojos azules.
—¿Gervase le está enseñando a convertirse en una cortesana? —Y esperó a que asintiese para continuar con el rostro rebosante de divertimento burlón—. Bueno, supongo que, si debes aprender una profesión, es mejor hacerlo de un maestro.
—Exacto, mi señor. —Y la chica soltó su copa de vino en la mesa—. El duque ha demostrado ser muy competente en sus obligaciones, se lo puedo asegurar, y ahora estoy lista para avanzar hacia cosas mejores y más grandes.
La muchacha hizo una pausa para sonreír a sir Vincent y a cambio recibió otra sonrisa a modo de respuesta y una risotada de indignación por la nariz de parte de Gervase. Ella se inclinó hacia delante para servir a su compañía más vino y dejó que la manga abullonada del corpiño se le deslizase por el hombro desnudo. Entonces, recordó lo inadecuado que era e intentó no respirar muy profundamente por miedo a que pudiese depositarle en la copa algo más que el fuerte vino de Madeira. Si el duque de veras pretendía librarse de ella, se aseguraría de ser la persona que llevase a cabo la elección.
Una vez terminó de servir el vino, este se aclaró la voz y le metió la copa vacía bajo la nariz de un empujón. Además, cuando la joven se puso recta, volvió a subirle la manga por el brazo con un dedo indolente.
En cambio, ella le favoreció con su sonrisa más reluciente.
—¿Desea más vino, Excelencia? Me alegraría complacerle, pero temo que, desde mi posición más baja pueda derramarlo sobre sus pantalones.
Luego, le miró agitando las pestañas y le pasó la punta de los dedos por el interior del muslo, pero él le agarró la mano justo por encima de la rodilla y frenó su exploración en seco.
—Lleva bastante razón, señorita Waterstone. Puedo servirme yo.
En ese momento, se inclinó sobre ella y cogió la botella a la vez que permitía que la superficie suave de esta se deslizase por la parte más turgente de sus senos al levantarla por encima de ella. El frío repentino hizo que ahogase un grito y el pezón de pronto duro se mostró claramente a través de la fina tela del corpiño. Con un resoplido de irritación, Elizabeth encorvó el hombro y se inclinó un poco más adelante hasta que sus rodillas tocaron las de lord Vincent bajo la mesa.
—¿Le importaría pasear conmigo, mi señor? —le arrulló ella—. Tengo *tantas* ganas del baile.
Los sonidos estrangulados de una pequeña orquesta afinando apenas se oían por encima de los chillidos y el parloteo de los asiduos al baile. Lord Vincent se puso de pie e hizo una reverencia.
—Estaría encantado de acompañarla, señora Waterstone. —Y le guiñó un ojo al duque mientras la chica acomodaba la mano sobre su brazo—. A decir verdad, hace años que no me lo paso bien.
Justo cuando estaban a punto de abandonar el palco, Gervase agarró a su primo por el brazo y le susurró algo en francés con insistencia.
—¿El duque le ha advertido que se comporte? —Y le apretó el brazo con una familiaridad invasiva que habría hecho llorar a su madre.
El hombre se paró para sujetarle la puerta y los dos intentaron penetrar en la colorida melé.
—No, me estaba advirtiendo sobre usted. Al parecer cree que el diablo se le ha metido dentro esta noche y no le gusta nada. —Y estudio el gesto cuidadosamente inexpresivo de la muchacha

—. También me ha ordenado que la mantenga alejada de cualquier cosa demasiado lasciva.
De pronto, el estallido de una pelea de borrachos tras la chica la empujó de pronto a los brazos del caballero. Este la agarró de la cintura con las dos manos para que no perdiese el equilibrio y la atrajo hacia él con más firmeza. Al final, les alcanzó el movimiento de la multitud y se vieron arrastrados al centro de la pista de manera inexorable.
—No creo que haya visto nunca a mi primo Gervase ponerse tan ansioso por una simple mujer —comentó el noble—. Su primera esposa podría haberse desnudado por completo en público y no habría reaccionado en absoluto. Usted solo se ha quitado la capa y ha quedado reducido a comportarse como la tía de una virgen protegiendo la virtud a su cargo.
Elizabeth suspiró y volvió a dar un apretón en la manga de su acompañante.
—Me temo que está usted equivocado, mi señor. El duque ha perdido el interés en nuestra relación y está buscando librarse de mí.
Lord Vincent llegó al final de lo que se consideraba la pista de baile y la atrajo de nuevo hasta sus brazos.
—Si esa es la razón por la que me ha traído aquí, querida, da la sensación de que lo está abordando de una forma bastante equivocada. Si de veras deseara librarse de usted, le habría satisfecho que los dos nos hubiésemos llevado de una manera tan cordial.
En ese momento, bajó la cabeza, le besó la oreja con un gozo obvio y le susurró:
—Está observando cada movimiento que hacemos con un ceño fruncido tan atroz que ha impedido que incluso las mujeres más decididas se le propongan.
La chica apenas podía oír la música, pero no parecía importar. Alzó una mirada furtiva al palco del duque cuando pasaron bailando lento y confirmó la observación de lord Vincent. Gervase parecía tan sombrío que incluso se las arregló para ahuyentar a Angelique.
A continuación, rodearon a un anciano con la cara colorada que tenía la mano sobre la parte delantera del inadecuado corpiño de su joven compañera. La muchacha se quedó más ojiplática cuando el tono de la noche se desintegró lentamente en algo más abiertamente sensual. Entonces, notó que el caballero se encontraba usando su cuerpo de forma deliberada para protegerla de algunas de las peores actividades que se estaban perpetuando en la pista de baile, pero ni siquiera él fue capaz de impedirle ver algunos espectáculos desagradables.
Al parecer el duque llevaba razón. No era capaz de verse del todo viviendo su vida con el *demi-monde*. La existencia discreta de una institutriz o una dama de compañía de pronto le pareció mucho más atrayente.
—Señora Waterstone, ¿se encuentra bien?
La preocupación de lord Vincent interrumpió sus pensamientos abatidos y sintió un escalofrío. El hombre tiró de ella para estrecharla más entre sus brazos y la condujo al borde de la pista de baile. El caballero se abrió paso con susurros de disculpas entre los jóvenes que merodeaban la puerta comiéndose a las mujeres con los ojos y la llevó de vuelta al vestíbulo de la entrada principal.
—¿Desea marcharse, señora? Yo estaría encantado de acompañarla.
En ese momento, el noble le desató el abanico de la muñeca, lo abrió con un rápido movimiento y le brindó una refrescante ráfaga de aire.
Elizabeth tomó aliento y le sonrió.
—Gracias, mi señor, pero no deseo marcharme. Solo me sentía un poco débil entre el agolpamiento de la gente. Ya estoy bastante recuperada.
Luego, asintió con convencimiento, recuperó su abanico y se volvió hacia la escalera.
El hombre la alcanzó y volvió a tomarla de la mano.

—Señora Waterstone, ¿puedo ser sincero con usted? Gervase me señaló que podría elegir entre la compañía de Angelique o la suya para esta tarde. —Y dudó—. Y sospecho que la noche que le sigue. ¿Gervase tiene la costumbre de contratar sus servicios?

Durante un segundo de espanto, la joven pensó en su padrastro lanzándola a la fuerza y sin piedad a los brazos del duque. ¿Estaba intentando humillarla deliberadamente sugiriendo lo mismo?

—No, mi señor, él nunca ha intentado disponer antes de mí. Tal y como he dicho, creo que ha decidido que nuestra relación se encuentra en su final.

Entonces, lord Vincent le apretó la mano.

—Si perdona mi intromisión, Gervase está siendo un estúpido. Resulta obvio que encajaría con él de forma admirable. —Acto seguido, se colocó la mano de la joven sobre la manga y subieron las escaleras—. ¿Cómo se sentiría con cubrirme de atenciones durante el resto de la noche para ver hasta dónde puede aguantar antes de darse cuenta de lo tonto que es?

Elizabeth se tragó el dolor y sonrió a lord Vincent mientras le miraba a los pícaros ojos y este abría la puerta del palco de golpe.

—Ay, creo que podré con ello, mi señor.

Luego, le dio la mano y entraron juntos al palco para enfrentarse al duque.

Capítulo veintinueve

El duque yacía despatarrado en su asiento con las largas piernas estiradas ante él y la mano alrededor de una botella de brandi medio vacía. Este alzó el vaso a modo de saludo socarrón cuando lord Vincent retiró una silla para Elizabeth y le ofreció un poco de vino.

—¿Has disfrutado de tu baile, Vincent? —le preguntó arrastrando las palabras—. La señora Waterstone puede ser una excelente compañía cuando quiere.

La joven trató de no poner una mueca ante el tono abrasivo en la voz de Gervase y aceptó la copa de vino con una sonrisa de agradecimiento. Entonces, el caballero arrastró su silla todo lo posible para acercarse a la de ella.

—Llevas razón, mi querido primo. La señora no es solo una mujer bella y deseable, sino también inteligente. —Acto seguido, le besó los dedos con una elegancia despreocupada y los retuvo entre los suyos—. No puedo agradecerte bastante que nos hayas presentado.

La chica giró el abanico para taparse la boca mientras el duque continuaba observándola con mirada severa y aburrida. Este volvió a llenarse el vaso de brandi con las pupilas clavadas en el regazo de Elizabeth, donde lord Vincent le acariciaba la palma de la mano con la punta del pulgar.

—Excelencia, ¿dónde está Angelique? —quiso saber la muchacha.

El hombre levantó un hombro elegante e insolente.

—Llevo un rato sin verla. Se ha ofendido por algo que he dicho que ha desaparecido en un torbellino de enaguas. —Y le guiñó el ojo a su primo—. Incluso después de todas las mujeres que me he llevado a la cama, sigo sin comprender qué sucede en sus preciosas cabecitas.

La joven le lanzó una mirada cortante.

—Resulta bastante obvio, Excelencia, de no ser así no se encontraría aquí solo sentado.

Gervase se incorporó y su aire indolente desapareció. Luego, se inclinó hacia ella y la joven intentó no inhalar el aroma a brandi que se aferraba a su piel igual que un intenso y potente perfume.

—¿Está insinuando que soy incapaz de mantener una relación con una mujer?

La chica soltó una carcajada nerviosa y giró la cabeza para alzar la vista hasta los ojos divertidos de su compinche.

—Yo no me atrevería a sugerir tal cosa, Excelencia. Para mí los hombres son un misterio tan grande como afirma que las mujeres lo son para usted.

En ese momento, lord Vincent rodeó a la muchacha con el brazo.

—Creo que se subestima, mi querida señora Waterstone. Apostaría a que puede adivinar *exactamente* en qué estoy pensando ahora mismo.

Elizabeth bajó la cabeza con modestia y el hombre rozó la mejilla apartada con la boca, pero esta estuvo a punto de ahogar un grito cuando el duque le apretó dolorosamente los dedos alrededor de la muñeca para luego soltarla y recostarse en su asiento.

La iluminación principal del auditorio se había atenuado y la música continuó sonando, aunque no parecía que hubiese mucha gente bailando. Un lacayo solitario con la peluca blanca torcida y la librea manchada de vino subió los escalones del escenario para empezar a encender las velas que adornaban el borde de este.

Angelique volvió a entrar al palco con un montón de explicaciones y disculpas y acompañada de una rubia enmascarada. Elizabeth no estaba segura si era que lo que le resultaba familiar de la desconocida era que se parecía a la cortesana o su voz cuando le susurró a esta en el oído.

Mientras ella reflexionaba sobre aquel misterio, la mujer comenzó con las presentaciones.
—Excelencia, esta es Emilia, lady Ma...
Pero el hombre cortó la presentación agitando la mano.
—Ya sé quién es, Angelique. Su nombre de pila es del todo suficiente para un baile de máscaras... Ya lo sabes. Debemos esforzarnos en cultivar un aire de misterio. —Y se levantó con una sonrisa encantadora en el rostro—. ¿Te gustaría sentarte, Emilia?
—Ay, Gervase. —Suspiró la mujer—. Sabía que me perdonarías. Sabía que querrías que volviese.
La chica frunció el ceño al recordar de pronto dónde había visto antes a Emilia: la primera ocasión en la que el duque las llevó a Eloise y a ella al teatro, se deshizo de ella de forma muy pública cuando se encontraron después de la actuación.
La mujer aceptó la invitación del noble a sentarse en su regazo con una risa nerviosa y Elizabeth apartó la vista. No había creído que su lamentable noche pudiese empeorar. Una sonrisa reticente le tembló en los labios. Qué propio del duque invitar a su anterior amante a contemplar el vergonzoso despido de su sucesora. ¿Es que Emilia era incapaz de resistirse a la seducción del hombre o había usado a Angelique como intermediaria para maquinar aquella situación particular?
La joven clavó las pupilas en la cortesana, que evitó su mirada mientras fingía charlar con lord Vincent. Entonces, la otra dama comenzó a lanzar una lluvia de besos sobre el rostro del duque, algo que él no hizo ningún esfuerzo por frenar.
En un determinado intento de mostrarse despreocupada, la muchacha permitió que el caballero le tomase la mano y le quitase el guante. Cerró los ojos mientras él ascendía por la carne tierna del interior de su brazo hundiéndole besos, y descubrió que su roce no le resultaba desagradable.
Por desgracia para sus nervios hechos añicos, todavía podía distinguir al duque y a Emilia, incluso a través de las sombras. Entonces, el hombre captó la mirada reacia de Elizabeth, deslizó los dedos entre el pelo dorado afro, le inclinó la cabeza hacia atrás, la besó directamente en la boca y, cuando hizo del beso algo más intenso, ella soltó un chillido.
Mientras tanto, Gervase le mantuvo la mirada por encima del hombro de su examante todo el tiempo.
Un dolor agudo mezclado con ira la atravesó como una bala. Se negaba a jugar a su juego. No iba a quedarse y observar su mundo reducirse a cenizas. En ese instante, lord Vincent le tocó la mano con el rostro rebosante de preocupación.
—¿No desea ver el espectáculo, señora Waterstone? Creo que es una farsa.
La chica arrancó la vista de la mirada cínica del duque y miró a su alrededor como una loca para buscar su capa.
—No, se lo agradezco, lord Vincent. Quizás podría mostrarme dónde puedo alquilar un coche de caballos.
Acto seguido, hizo una reverencia al resto de ocupantes del palco.
—Ha sido una noche interesante, Excelencia, pero siento que ya he presenciado la actuación más inspirada de la noche en este mismísimo palco.
En ese momento, su compinche le metió la mano en su recodo y la condujo hasta el fondo del lugar.
—La acompañaré a casa, señorita Waterstone. De veras, para mí será un placer. —Y la dejó al otro lado de la puerta, en el pasillo sombrío—. Si me espera aquí, iré a llamar a un carruaje.
Elizabeth apoyó la cabeza en el mugriento papel de pared y cerró los ojos. La vela con olor acre en el candelabro de pared que había sobre su cabeza siseó, parpadeó y se apagó.

No debería haber provocado al duque. Él era un experto en despojarse de las mujeres que le molestaban. Solo había probado que no estaba a su altura y se había hecho daño en el proceso. Contrariándole había perdido toda esperanza de conseguir que escuchase sus sospechas sobre sir John. ¿Cómo podía haber sido tan tonta?

Entonces, una mano familiar le envolvió el cuello y ella se puso tensa.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte, Elizabeth? —le susurró el duque.

El olor empalagoso del perfume de Emilia casi le atragantó e intentó girar la cabeza a un lado, pero no fue lo bastante rápida como para evitar la boca del hombre. Este la besó con un deseo descarado y posesivo que no le dio cuartel, que le exigió una respuesta y le hizo el alma pedazos.

Las rodillas de la muchacha se rindieron ante el ataque imperdonablemente explícito y se esforzó en liberar la mano de la íntima presión de su cuerpo. El chasquido de la palma abierta contra la mejilla del noble sonó igual que el disparo de una pistola en la oscuridad. Él retrocedió unos pasos y se limpió la boca con el dorso de la mano sin ninguna prisa. Entonces, le apareció una marca de color rojo intenso en el pómulo.

—Váyase, Excelencia —susurró Elisabeth—. Ha conseguido lo que se proponía. No deseo quedarme.

El caballero sonrió, y ella le odiaba tanto que deseaba gritárselo a la cara.

—Mucho mejor acabar así, con ira, que con ríos de lágrimas, ¿no te parece?

—Me alegro tanto de que apruebe mi ira...

Él frunció el ceño.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Me ha enseñado todo lo que sé sobre la diferencia entre pasión y amor, y lo aprecio inmensamente. —Y reunió todo su coraje—. Por eso también comprendo por fin que es demasiado cobarde para admitir siquiera sus verdaderos sentimientos.

La expresión del hombre se volvió más sombría.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Creo que lo sabe. ¿Por qué si no iba a tomarse tantas molestias para librarse de mí? —Y le mantuvo la mirada—. Pensaba que estaba enamorada de usted. Gracias por sacarme esa idea estúpida e idiota de la cabeza esta noche con tanto éxito, incluso aunque fuese por protegerse a sí mismo.

—Elizabeth, yo...

Pero se alejó de él, con la cabeza alta, hacia la compañía mucho más tranquila de lord Vincent.

***

La joven no dijo mucho mientras el ventilado coche de caballos de alquiler volvía sin prisa a casa del duque a través de la ligera lluvia. Cuando llegaron a la plaza, lord Vincent pagó al conductor y ayudó a Elizabeth a bajar del carruaje. La acompañó hasta el pie de la imponente escalera de Delamere House y, luego, paró para apoderarse de las manos de la chica.

—Me siento culpable por haberle animado a desafiar a Gervase. No creía que reaccionase así. Temo que solo he empeorado las cosas.

—No pasa nada, mi señor. A veces es mejor que las cosas terminen rápido que que renqueen durante meses. —Y tomó un suspiro para templarse—. Al menos sé dónde me encuentro y puedo planear a partir de eso.

Lord Vincent frunció el ceño mientras se palpaba el bolsillo de la chaqueta y le entregaba una tarjeta.

—Aquí está mi dirección de Suiza, al igual que la de mis banqueros en Londres. Estaré en la pensión El Pelícano en Birdcage Walk durante otros tres días. Por favor, póngase en contacto

conmigo si necesita de mi apoyo.
La chica aceptó la tarjeta y se sorprendió cuando volvió a agarrarle las manos.
—Debo decirle esto, señora Waterstone. Si Gervase no la hubiese conocido primero, definitivamente estaría dedicando mi interés a usted. —Ella comenzó a hablar, pero él la frenó con un dulce beso—. No como cortesana, *ma cherie*, si no como futura esposa. Me encantaría tener la oportunidad de llegar a conocerla mejor e insisto en que, como mínimo, me considere un amigo.
Después, la soltó y la muchacha subió las escaleras aturdida por el conflicto de emociones. La puerta estaba abierta y el vestíbulo desierto, exactamente igual que en la funesta noche en la que el duque la llevó allí por primera vez. Subió lentamente los escalones, a sabiendas de que en el fondo era más vulnerable en ese momento, tras haber amado y perdido al hombre, de lo que podría haber imaginado posible durante esa noche hace tanto tiempo.
Al final, tiró el horrible vestido de satén violeta a la moqueta y lo pisoteó antes de ponerse uno de sus voluminosos camisones que se abrochaban hasta arriba del cuello. Pese a su angustia, no pudo dormir, y recorrer la moqueta de un lado a otro le pareció lo único capaz de frenar los gritos que brotaban de su garganta.

***

Gervase cerró la puerta de su suite con una lentitud deliberada y luego se desplomó contra esta. El esfuerzo de mentir a Elizabeth le había agotado hasta el punto de la extenuación y temía que al día siguiente quedasen cosas peores por venir. Solo acababa de conseguir deshacerse de cualquier rastro de expresión de la cara cuando recordó que Angelique seguía ahí. El hombre se puso recto cuando la mujer se arrancó el dominó rosa y la máscara y se los tiró a los pies.
—¿Ya estás contento, Gervase? —Le temblaba la voz, pero no dejó de avanzar hacia él—. ¿Estás contento ahora que has destruido a Elizabeth?
El duque seguía demasiado alterado para hablar, así que se sirvió una generosa copa de brandi antes de encontrar el nervio para girarse y volver a mirar a la mujer a la cara.
—Me odio por haber dejado que me involucraras en esto.
Angelique se retorció las manos mientras caminaba en un círculo incesante.
Y el noble se encogió de hombros.
—Era necesario que vinieses a casa conmigo por si decidía abordarme en mi dormitorio. —Y puso una mueca—. Si mis sospechas son correctas, pronto se encontrará protegida por los franceses y no volveremos a verla. Sospecho que es un activo demasiado valioso para que la ignoren.
El rostro expresivo de la mujer palideció bajo del colorete.
—Podrían asesinarla, ¿lo has pensado?
Gervase luchó con todas sus fuerzas por ocultar el dolor que le provocaba las palabras de su amiga. No podía permitirse que nadie supiese todavía la verdad, ni siquiera ella. Entonces, arqueó una ceja indolente, como si le hubiese propuesto ir a dar un paseo a caballo por el parque.
—¿Estás sugiriendo que la exponga a las autoridades británicas? Como traidora a su propio país sospecho que la pena que se le infligirá será igual de severa.
Acto seguido, se vio recompensado por su calculado aire desinteresado cuando la cortesana le tiró de un golpe la copa de brandi de la mano. Él le agarró la muñeca a la vez que el líquido bajaba goteando por su pecho.
—Vete a casa, Angelique. Iré a verte mañana.
Ella se deshizo de su mano con una sacudida y se agachó para coger su copa de brandi con un gesto de resentimiento.

—No se moleste, Excelencia. No pretendo quedarme bajo su «protección» ni un segundo más. Le informaré cuando abandone la casa.
Gervase se pasó una mano por el cabello.
—No necesitas hacer esto. Por favor, espera a estar más tranquila.
En ese momento, la mujer le empujó la copa contra la mano extendida y se dirigió a la puerta, pero, justo antes de llegar a esta, se giró de golpe mientras le caían las lágrimas.
—Necesito alejarme de usted. Se ha convertido en alguien que ya no comprendo. Se ha vuelto un hombre que sacrificaría a su propia amante sin pensárselo dos veces, sin ni siquiera permitirle la cortesía de un juicio justo.
El caballero extendió la mano de golpe, pero ella continuó de todas formas.
—¿Cuánto tiempo va a pasar antes de que se vuelva contra mí, Excelencia? ¿O contra Nicholas o Eloise? Pronto no quedará nadie que pueda amarle de verdad porque no se lo *permitirá*. Solo quedarán los que le teman y le odien. ¿Eso le hace feliz?
Gervase dio dos zancadas hacia ella, pero esta le cerró la puerta en las narices.
El hombre posó toda la palma en la sólida puerta de roble. No podía contarle a Angelique el verdadero alcance de sus sospechas. Si estaba en lo cierto, distanciar a Elizabeth en ese punto le salvaría la vida o la condenaría finalmente. *Debía* creer eso. Sus sentimientos sobre su involucración con Jack Llewelyn no tenía nada que ver sus acciones, *nada*. El duque clavó las pupilas en los pesados cuarterones, llevó el puño hacia atrás y lo estrelló contra la madera hasta que los nudillos le comenzaron a sangrar.

Capítulo treinta

Elizabeth se despertó al alba grisácea y oyó el sonido de las entregas que se estaban llevando a cabo en la puerta de la cocina de Delamere House, justo debajo de su ventana. Eran las seis en punto cuando salió de la cama a duras penas sin haber dormido apenas. Un vistazo apresurado al espejo no hizo lo más mínimo por dispersar sus temores sobre que parecía una solterona desaliñada y arrugada. Tras el sinnúmero de humillaciones de la noche anterior, se encontraba reticente a salir del santuario de su habitación y enfrentarse al resto de miembros de la casa.

Se obligó a abandonar el dormitorio y bajó la vista hasta el vestíbulo blanco y negro. No iba a quedarse en aquel lugar ni un minuto más del necesario. Entonces, posó ligeramente una mano en el pasamanos y bajó. Para su propio alivio, la sala del desayuno estaba desierta. Tomó un té y una tostada sola mientras el cielo se oscurecía y la lluvia azotaba los cristales de las ventanas.

Cuando en el reloj resonaron las siete, atravesó el vestíbulo solitario con la esperanza de llegar a su escritorio antes de que apareciera sir John y el duque y Nicholas volviesen de su paseo a caballo matutino. Para su consternación, casi no le dio tiempo a dejar la ridícula en la mesa antes de que la puerta contigua que llevaba al estudio del noble se abriese de repente y apareciese Nicholas. La amable sonrisa de la joven se borró cuando captó la expresión inusualmente seria del joven.

—¿Señorita Waterstone? ¿Le importaría venir al estudio del duque?

Elizabeth se tragó su inquietud y atravesó la puerta tras él. Las pesadas cortinas de damasco se encontraban medio corridas frente a los estragos de la lluvia y ninguna lámpara iluminaba la penumbra de las primeras horas de la mañana. Gervase se encontraba sentado detrás de su escritorio, con el rostro de perfil y una expresión imposible de leer, y sir John estaba reclinado contra la pared. En ese momento, Nicholas le ofreció una silla y se colocó a su lado.

El duque enlazó las manos sobre la mesa y pareció contemplarse los pulgares.

—Tengo una pregunta para usted. ¿Dónde está el código?

Elizabeth levantó la barbilla.

—No estoy del todo segura de lo que está hablando, Excelencia. Guardé el último mensaje cifrado que me dio en mi escritorio, bajo llave, como me indicó. —Entonces, echó un vistazo a su alrededor para mirar a sir John y a Nicholas con una sorpresa cuidadosamente fingida—. ¿Está diciéndome que ha desaparecido? ¿O me está acusando de robar?

El hombre sostuvo una hoja de pergamino teñida de azul en alto que la chica reconoció de inmediato.

—Tengo el código, señorita Waterstone. Al parecer ha sufrido daños. ¿Tiene la traducción?

—Por desgracia, Excelencia, como sin duda ha observado, se me derramó agua en el original y he sido incapaz de descifrarlo.

—Chorradas, señorita —le espetó sir John—. La he visto trabajar en la traducción desde hace varios días.

La muchacha se puso tensa cuando el secretario abandonó la pared y dio un paso amenazante hacia ella. El duque se aclaró la voz y sir John se quedó quieto, igual que un perro de caza bien entrenado.

—Todos la hemos visto rumiar sobre al código y todos hemos hablado con usted de la traducción. —Gervase le mantuvo la mirada; su tono era intencionado—. ¿Está intentando decirme que está demasiado avergonzada como para asumir el hecho de que no puede descifrarlo?

La joven estuvo a punto de desmoronarse ante la entonación mordaz del duque, pero se recordó con dureza que no había esperado que aquella tarea fuese a ser sencilla.
—Tras los intentos de sir John de hacerme sentir superflua, ¿cree que admitiría por voluntad propia que he fallado?
El noble se puso de pie y se inclinó hacia delante.
—Con todo el debido respeto, señorita Waterstone, creo que está mintiendo. ¿Ha pintarrajeado el código a propósito para que nadie más pueda leerlo? ¿Dónde está la traducción?
—No lo hice de manera deliberada. Fue un accidente.
Elizabeth le devolvió la mirada asesina, negándose a que le intimidasen, y el hombre se volvió a sentar.
—¿Le ha pasado el código traducido a su querido amigo Jack Llewelyn cuando quedó con é ayer en la cafetería?
La chica se esforzó en respirar cuando la conversación que había imaginado cambió de dirección de forma tan abrupta.
—¿Qué sabe de él? ¿Ha hecho que me sigan?
—Por supuesto que sí. Nicholas ha sido su fiel sombra desde que vino a vivir aquí. No ha respondido a mi pregunta. ¿Le dio el código a Llewelyn?
—No, no lo hice —contestó tranquilamente, desorientada por aquel inesperado cambio de los acontecimientos—. El señor Llewelyn no tiene nada que ver con el código. Cuida de mi hermano Michael, que está inválido.
Entonces, sir John soltó una carcajada de pocos amigos.
—¿Espera que el duque se crea ese sinsentido? ¿Por qué el hijo del duque de Carmarthen iba a hacer de niñera con su hermano?
La muchacha frunció el ceño.
—Yo no sabía eso, Excelencia. Contraté a Llewelyn por carta. Ninguna de sus referencias hacía mención a sus antepasados.
El duque no dijo nada, aparentemente conforme con dejar que sir John se ocupase de la investigación. El secretario se acercó a la joven hasta ocultar al noble de su visión.
—Es una mentirosa consumada, *señorita* Waterstone, pero la hemos descubierto. Ya le he contado al duque que su único hermano con vida sirve al ejército en Francia.
Elizabeth se obligó a mirar a los ojos claros del hombre, que brillaban triunfales.
—Usted es íntimo tanto de mi padrastro como de mi madre. Debe saber que cuento con otro hermano, señor. Incluso si afirma no haber conocido a Michael, mi madre debe haber hablado de él.
—Siento informarle, señorita Waterstone, de que su madre me *dijo* que su hermano Michael murió por sus heridas y que usted solo insiste en fingir que está vivo.
—Ella miente casi tanto como lo hace usted, sir John —susurró.
—¿Podemos volver al asunto del código, señor?
La voz suave de Gervase se coló en la violencia cada vez mayor del rostro del secretario y el hombre se alejó a regañadientes.
Alterada por el deseo demasiado evidente de hacerle daño de sir John, la chica calvó las pupilas en las del duque.
—Excelencia, no le di el código a Jack Llewelyn.
Luchó por encontrar las palabras para defender a la compañía de su hermano incluso a pesar de notar la reticencia del noble a escucharlas.
Pero las esperanzas de conseguir llegar al caballero murieron cuando arqueó las cejas.

—¿En serio, señorita Waterstone? Creo que hay algo más. Si tiene una relación tan íntima con él como sugieren sus encuentros clandestinos, seguro que sabría de su historial y su inclinación por traicionar a su país.
Elizabeth abrió la boca para rebatir la declaración condenatoria del noble y luego la cerró de golpe. No tenía tiempo ni la munición necesaria para discutir su relación con Jack Llewelyn. Necesitaba que el duque volviese al asunto del código y dejar atrás sus sospechas sobre la compañía de su hermano.
Para su propio alivio, Standish tocó en la puerta entreabierta y distrajo la atención del duque.
—Disculpe, Excelencia. Hemos registrado el dormitorio de la señorita, tal y como pidió, y no hemos encontrado nada.
El noble asintió.
—Gracias, Standish. Ya sabes qué es lo siguiente que debes hacer.
El hombre se retiró y, entonces, el caballero se volvió hacia su secretario.
—¿Puedes ir a por la ridícula de la señorita Waterstone? Normalmente la deja junto al escritorio.
La chica esperó en tensión hasta que sir John volvió de su despacho con el bolsito remendado. Le estaba costando muchísimo contener la ira por las injustas órdenes del duque. Sin pedirle permiso, el noble volcó el contenido de esta sobre el escritorio.
Elizabeth se inclinó hacia delante en su asiento, lista para protestar cuando el hombre comenzó a revisar sus cosas. Entonces, un destello de color pareció llamar su atención y cogió un brazalete.
La joven solo era capaz de contemplar incrédula la pulsera de oro adornada con corazones de diamantes y rubíes pendiendo de los dedos del caballero. Sabía que aquello no estaba antes en su bolso. ¿Sir John lo había colocado ahí para incriminarla más todavía?
—¿De dónde demonios has sacado esto?
Impactada, se dio cuenta de que los ojos grises del duque solo reflejaban desdén y aversión, y le resultó difícil formar una respuesta coherente.
—No lo sé, Excelencia, la última vez que vi algo así fue en casa de mi madre...
—Este es el brazalete que se le extravió a Angelique. El que perdió jugando con tu padrastro. —Y le lanzó el abalorio—. ¿Le complació llevarlo sabiendo que se lo habían robado a mi amante, o es que su padrastro se lo entregó como recompensa por seducirme?
Elizabeth negó con la cabeza a la vez que le inundaba la ira del hombre. Recordaba vagamente a la cortesana hablando de la pérdida de la pulsera, además de la sensación de que ya había visto el abalorio cuando Mary se lo enseñó en casa del señor del Bosque.
A pesar de que sus planes dependían de mantenerse en silencio, la chica cerró el puño con el deseo feroz de arañar el rostro engreído de sir John.
El caballero, tras una última mirada de desdén hacia ella, devolvió la atención al resto de artículos de la ridícula.
Casi resultó un alivio cuando agitó el libro que había dejado en el bolso y cayó una hoja de pergamino. No podía soportar mirar a Gervase a la cara cuando este descubrió su «traición», así que se concentró en el brazalete, que yacía abandonado a sus pies.
El secretario se apresuró a colocarse junto al noble mientras este desdoblaba el pergamino y comenzaba a leer. Sir John sonrió a Nicholas por encima de la cabeza de la joven.
—Gracias a Dios, es la traducción del código. Le Fleur le dice al asesino dónde debe posicionarse exactamente a lo largo del trayecto del desfile. Ahora contamos con una oportunidad de detenerle.
El duque asintió.
—Agradecería que pudiese llevar esto al Ministerio de Asuntos Exteriores a la mayor celeridad.

Solo quedan dos días para el desfile de la victoria.
El secretario cogió el código y se lo metió en el bolsillo. Luego, se paró en la puerta y echó un vistazo atrás, a Elizabeth.
—¿Quiere que me lleve a la señorita Waterstone, Excelencia? No me cabe duda de que el juez local estará encantado de buscarle un lugar adecuado en los calabozos.
En ese momento, la muchacha hundió los dientes en el labio inferior. No solo dudaba de que sir John pretendiese llevarle el código a las autoridades que correspondía, sino que además temía que, si la obligaban a acompañarle, tampoco alcanzaría la seguridad de una celda.
—No, gracias, sir John. Yo lidiaré con la señorita.
La chica relajó las manos con las que estaba aferrándose a los brazos de la silla cuando el duque salió de detrás de su escritorio para colocarse ante ella igual que un depredador que por fin ha arrinconado a su presa. En ese instante, a la joven se le ocurrió que aquella posiblemente fuese la última vez que estarían a solas.
—Exactamente, ¿qué pretendía hacer con ese código, señorita Waterstone? ¿Entregárselo a su padrastro?
—¡No!
La risa del hombre le provocó escalofríos.
—Entonces, ¿qué debería hacer con usted, señorita? Ha traicionado a su país y mi cama. ¿Se imaginaba que salvaría su precioso cuello de la soga del verdugo por las tiernas pasiones que hemos compartido?
Elizabeth trató hablar, pero descubrió que apenas tenía control sobre su voz. En aquel instante, el caballero tiró de ella para ponerla de pie, le puso un dedo bajo la barbilla y le levantó la cabeza hasta que los ojos de la chica se encontraron con los suyos.
—Puede estar segura de que hablaré con su amigo, Jack Llewelyn, igualmente. Dígale que no sería inteligente abandonar la casa del señor del Bosque hasta haberme visto. —En ese instante, el noble le quitó a la chica los anteojos y le cerró los fríos dedos alrededor de estos—. Nunca me embaucaste, Elizabeth. Sabía lo que eras desde el principio y te complací porque me divertía.
El duque se alejó de una forma tan repentina que la muchacha tuvo que apoyarse en la silla. Este se volvió hacia su escritorio, metió de nuevo las posesiones desperdigadas de la joven en la ridícula y se la lanzó. Luego, fue a paso largo hasta la puerta y la abrió de golpe de par en par.
La chica solo fue capaz de distinguir una montaña de equipaje apilada en el suelo de mármol del pie de la escalera.
—Lárgate, Elizabeth. Y, si intentas volver, haré que Standish te eche a la policía encima.
La chica levantó la barbilla, pasó caminando junto a él con la ridícula apretada contra el pecho y se dirigió hacia la puerta de entrada, que el mayordomo abrió apresuradamente de golpe, ignorando el equipaje. Una densa cortina de lluvia le dio la bienvenida, pero no le prestó ninguna atención mientras se recogía las faldas y bajaba por los escalones resbaladizos.
Un grito tras ella hizo que se parase, aunque se negó a darse la vuelta. Nicholas apareció junto a su codo con la capota y la capa entre las manos. Sin decir ni una palabra, se las entregó de un empujón, y ella intentó sonreír.
La muchacha esperó hasta que la puerta de la mansión dio un portazo tras él antes de abrir la mano y revelar las esquirlas de los anteojos machacados. Al final, se puso la capota y la capa sin hacer caso a la sangre que le corría por los dedos y se marchó.
La silueta del duque se encontraba en la ventana mientras ella caminaba penosamente por el adoquinado. Se alegraba tremendamente de que la lluvia ocultase las lágrimas ignoradas que se precipitaban desde sus ojos.

***

Al fin, cuando tuvo los pies tan fríos y mojados que ya no se los sentía, Elizabeth fue deambulando hasta Hyde Park y se agachó para sentarse en un banco amparado bajo un grupo de sauces. El parque se encontraba desierto; había desaparecido toda la multitud de gente perteneciente a la alta sociedad que solía frecuentar aquella zona durante las tardes de la temporada.

El estómago le rugió para recordarle todas las horas infructíferas que habían pasado desde que el duque la echó.

Las únicas señales de vida en las calles bañadas por la lluvia eran los hombres intentando acordonar la ruta del desfile y colgando banderas mustias de las farolas.

La joven movió los dedos de los pies y contempló con tristeza sus destrozadas zapatillas de cabrito. Si al menos Nicholas hubiese tenido la previsión de llevarle también un par de botas...

Tragó saliva al recordar la inesperada amabilidad del muchacho y esperó que aquello no le metiera en problemas con el duque. ¿Gervase había esperado que cogiese el equipaje que Standish le dejó en el vestíbulo? Y resopló con desdén. No había pagado ninguna de las prendas que se encontraban dentro de las cajas y no tenía interés en reclamarlas. Que se las pasase a su siguiente amante.

Mientras pensaba en aquella deprimente idea, los sauces silbaron a su alrededor para calmarla y deseó tener la habilidad de los árboles para ceder con tanta elegancia.

¿A dónde iba a ir? Si volvía con los del Bosque, tendría que lidiar con su padrastro e intentar ocultar las sospechas que albergaba sobre él. Después del traumático encuentro con el duque, tenía serias dudas sobre si sería capaz de embaucar a un tramposo experimentado como él.

¿Su padrastro la había enviado deliberadamente con el duque con la esperanza de que se volviese de utilidad? Cada vez le parecía algo más probable, además de explicar los desagradables comentarios que le había hecho el hombre.

La muchacha se negó a imaginar el rostro de desdén de Gervase. Debía pensar en proteger a Jack Llewelyn y a Michael del interrogatorio inminente. La sospechaba del noble de que flirteaba con el exmilitar solo le otorgaría un nuevo foco para su ira.

El rostro amable de Angelique se deslizó hasta su mente, pero la lealtad de la cortesana al noble era indiscutible. Allí no sería bienvenida.

Una repentina ráfaga de viento separó la cortina esmeralda de hojas de sauce y reveló el desolador parque que se extendía más allá. Comenzaba a oscurecer y las puertas del recinto se cerraban a la caída del sol. A sabiendas de que no contaba con ninguna opción real, cogió su ridícula, se envolvió en la capa y se dirigió hacia la puerta norte del parque y al Birdcage Walk que se encontraba al otro lado.

Llamó a la puerta número veintitrés y contuvo la respiración hasta que se abrió una rendija.

—¿Señora Waterstone? Dios mío, ¡está empapada hasta los huesos! Pase y caliéntese de inmediato.

Elizabeth le dedicó a lord Vincent Delacroix una sonrisa de agradecimiento mientras el hombre la acompañaba hasta la cálida y acogedora habitación.

—Gracias, lord Vincent, no sabía a dónde más ir...

Capítulo treinta y uno

No había negado nada.

Gervase contempló la silla vacía ante su escritorio y recordó la expresión de Elizabeth en el momento en el que se enfrentó a ella con la prueba de su engaño. Soltó un improperio, apagó el cigarrillo español y continuó fulminando el asiento con la mirada. Una débil luz solar se filtraba por las cortinas medio descorridas y se reflejaba en el brazalete que le había lanzado a la chica.

No se lo reclamó.

El hombre cogió la pulsera y admiró su brillo con cansancio antes de dejar que se deslizase entre sus dedos. ¿Cómo iba a ser capaz de devolvérsela a Angelique si mantenía su amenaza y le abandonaba para siempre? En una noche había conseguido alejar a las dos mujeres más importantes de su vida.

Entonces, sus pensamientos volvieron a Elizabeth. Una parte de él, la que ella había animado a que brotase en su alma, había esperado que se defendiese.

Pero ni siquiera lo había intentado.

Gervase pasó caminando por la ventana, se soltó el plastrón arrugado y se hundió los dedos en los músculos tensos de la parte trasera del cuello. A pesar de repasar mil veces cada palabra y gesto de la joven, no conseguía decidirse sobre qué le molestaba más del comportamiento de la muchacha. ¿Por qué no se defendió con aquella inteligencia y vigor comunes en ella? ¿Por qué había capitulado tan fácilmente?

El suspiro de agotamiento empañó el cristal mientras contemplaba la plaza más abajo. Seguía lloviendo de manera intermitente, así que no había nadie por allí. Sería irónico que el príncipe regente, un infame consentido, suspendiese el desfile de la victoria del día siguiente por miedo a pillar un resfriado.

Un toque discreto en la puerta provocó que el noble levantase la vista. Acto seguido, Nicholas pasó, con el cabello leonado mojado y expresión cansada.

—¿Y bien? —preguntó Gervase.

El chico se volvió hacia el fuego y tendió las manos hacia las llamas.

—No ha ido a casa de los del Bosque.

—Entonces, ¿a dónde demonios ha ido?

—No lo sé, Excelencia. Para cuando salí a buscarla ayer por la tarde, ya había desaparecido.

El hombre se frotó la barbilla sin afeitar con una mano distraída. Había contado con que la joven volviese a casa de su familia.

—¿Te has asegurado también de que no haya acudido a casa de Angelique?

Nicholas se dejó caer en un asiento y bajó la mirada fija a sus manos entrelazadas.

—Ella me pidió que le dijese que, si la señorita Waterstone *hubiese* buscado su ayuda, se la habría prestado gustosamente y que le importa usted un comino.

Gervase dio rienda suelta a sus sospechas. ¿Elizabeth estaba ya de camino a la seguridad de la Francia revolucionaria por el canal de la Mancha? Si así fuese, las frágiles esperanzas que albergaba sobre su inocencia recibirían la estocada final.

—Hay algo que no entiendo, Excelencia —comentó el muchacho pausadamente—. Cuando registramos la habitación de la señorita, no había dinero escondido en ninguna parte.

El duque se encogió de hombros.

—Es una mujer, Nicholas. Probablemente se lo gastó en perifollos a la moda y bombones.

Pero el joven negó con la cabeza.

—He ido de compras con la señorita Waterstone en muchas ocasiones y raramente adquiere algo para ella. Así que, ¿qué ha hecho con su dinero? —Y alzó la vista hasta el noble con la mirada afligida—. ¿Y si estaba diciendo la verdad y mantiene a su hermano inválido?
—Le pregunté al Ministerio de Asuntos Exteriores sobre él, pero no he recibido respuesta —le respondió el hombre—. ¿Y si ocultó el dinero en un banco y lo ha usado para contribuir a su huida?
De pronto, el chico soltó un suspiro arrebatado.
—No sé, Excelencia. Cuando se marchó ayer, no parecía una villana con un plan, sino alguien asustado. —Entonces, dejó caer la cabeza entre las manos y se le amortiguó la voz—. No dejo de imaginar a la señorita Waterstone anoche, fuera bajo la lluvia, sin ningún lugar al que ir ni nadie a quien acudir...
Gervase se sacudió la imagen del rostro afligido de Elizabeth e intentó redirigir los molestos pensamientos de Nicholas.
—¿Jack Llewelyn sigue en casa de los del Bosque?
—Sí, Excelencia, aunque no estoy seguro de si en realidad vive allí o no. —El muchacho se retorció en el asiento cuando Gervase le lanzó una mirada inquisidora—. Hoy he hablado con una de las sirvientas de cocina y me ha dicho que cuenta con una habitación en Broad Street. Todavía no he tenido la oportunidad de confirmar su historia.
El duque se volvió hacia su escritorio.
—Vas a hacer algo mejor que eso, Nick. Esta mañana vas a traerme a Jack Llewelyn y se lo preguntaré yo mismo.
—Iré ahora mismo a por él, Excelencia.
El noble le tocó el brazo.
—Ve a comer algo primero. Jack Llewelyn puede esperar media hora.

***

A mediodía, cuando el exmilitar entró con paso largo al estudio del hombre, este hizo todo lo que pudo para no saltar por encima del escritorio y envolverle el cuello con las manos. Llewelyn contaba con la apariencia atractiva, llamativa y rubia con la que al parecer las mujeres se quedaban embelesadas. Gervase se quedó quieto, pero no le ofreció la mano al otro hombre. Sin esperar a que se lo pidieran, el antiguo miembro del ejército tomó asiento, cruzó una bota destartalada sobre la otra y alzó la vista hasta el duque.
—¿Qué quiere, Excelencia? Tengo que volver al trabajo.
Tal y como había previsto, la voz de Llewelyn conservaba el tono privilegiado de su educación aristócrata combinado con un toque de acento galés.
—¿Me dirijo a lord Jack Llewelyn?
Este puso una mueca.
—Si es tan inteligente como me han hecho creer, Excelencia, sabrá que nunca utilizo mi título. A decir verdad, mi estimado y distanciado padre posiblemente moriría de una apoplejía si le escuchase dirigirse a mí como «lord algo». Lo prohibió expresamente.
Entonces, Gervase tomó asiento.
—Teniendo en cuenta su reputación, cuesta sorprenderse con que su padre haya cortado la relación entre ustedes, ¿no? —Y arqueó una ceja a la vez que el hombre levantaba un hombro indolente—. O va a decirme que es un agravio.
Algo peligroso emitió un destello en los ojos marrones del exmilitar al clavar la mirada en la del duque y, a continuación, sonrió.
—Dudo que haya pedido mi presencia aquí para dialogar sobre mi familia, Excelencia. A no ser

que le hayan encargado la labor de informarme de la muerte de mi padre.
El noble sacudió la cabeza y Llewelyn suspiró.
—Maldita sea, suponía que no. Mi hermano Edward seguro que disfrutaría con que no se me mencione en el testamento. Difícilmente le permitiría a otro el privilegio de entregarme una noticia tan funesta.
En ese momento, el duque se aclaró la voz.
—Deseaba hablar con usted sobre la señorita Elizabeth Waterstone.
Y la sonrisa del otro hombre se desvaneció.
—La señorita me da trabajo. ¿Ha sufrido algún infortunio?
Gervase examinó al exmilitar detenidamente, pero no fue capaz de hallar ni rastro de la alarma de un amante en su comportamiento.
—¿Ha visto a la señorita Waterstone desde que se encontró con ella en la cafetería ayer por la mañana?
Llewelyn soltó una risita por la nariz.
—¿Hace que sigan a todos sus empleados o es que ella cuenta con algo en particular que hacer que no resulte de fiar?
—Mis métodos de obtención de información no tienen nada que ver con esta conversación. Le estoy preguntando por el paradero actual de la señorita y sobre su relación ella.
El hombre se inclinó hacia delante y sacó un cigarro de la caja abierta que se encontraba sobre el escritorio de Gervase.
—Ya se lo he dicho, Excelencia. La señorita Waterstone me da trabajo. Paga mis honorarios. Llevo sin verla desde que quedamos ayer por la mañana, tal y como hacemos todas las semanas, para hablar sobre el progreso de su hermano.
Gervase levantó las cejas.
—Me resulta difícil creer que esté haciéndose pasar por el cuidador de un hombre que, según se me ha informado de manera fidedigna, murió en España. —Entonces, cerró la tapa de la caja de cigarrillos de golpe y se puso de pie—. Si desea evitar otro humillante encontronazo con las autoridades, le sugiero que me diga qué está sucediendo en realidad.
Llewelyn se levantó también, sus ojos marrones a la misma altura que los del duque, su expresión igual de intimidante.
—¿*Puedo* sugerir que verifique los hechos antes de ir por ahí intentando asustar a personas inocentes? No me sorprende que la señorita Waterstone haya desaparecido si la trata así.
El noble avanzó hasta hallarse a menos de treinta centímetros del otro hombre y le agarró por el chaleco.
—*Maldita sea*, dígame dónde está. ¡Podría encontrarse en peligro!
El exmilitar dio un paso atrás y Gervase le soltó a regañadientes.
—No sé dónde está, Excelencia, pero si le sucede algo, sabré a quién culpar.
Luego, se dirigió hacia la puerta y abandonó al duque en medio de la sala.
—Si duda de mi palabra, Excelencia, quizás desee acompañarme a casa de los del Bosque mañana a primera hora de la mañana. Estaré en Hyde Park Corner a las siete. Podrá conocer al hermano de la señorita Waterstone, Michael, y puede que aprender algo que le proporcione un beneficio propio.
Antes de que Gervase pudiese contestar, Jack Llewelyn se había marchado y él quedó rebajado a volver a ir de un lado a otro de la habitación. En un intento de mantenerse ocupado, deambuló hasta el despacho de sir John.
Allí, se agachó para recoger un trozo de encaje de la moqueta y sus fosas nasales captaron el

aroma a lirio del valle. A continuación, se llevó el delicado pañuelo a los labios mientras la imagen de Elizabeth llenaba sus sentidos. Solo podía verla allí sentada, con los anteojos sobre la nariz, los dedos manchados de tinta, las faldas hechas un desastre mientras él se sumergía en ella...

Dios, ¿dónde *estaba*?

El duque aplastó el pañuelo entre los dedos y se lo metió en el bolsillo, agradecido de que nadie hubiese presenciado su momento de debilidad. Sir John había organizado el rápido traslado del escritorio de la joven y ya no quedaba ningún rastro más de su personalidad vital que pudiese tentarle. A medida que recuperaba la compostura, el hombre echó un vistazo al reloj y frunció el ceño al darse cuenta de la falta de su secretario, normalmente puntual.

Un trozo doblado de pergamino dirigido a él descansaba sobre el escritorio de este y, al abrir la misiva, Gervase encontró una nota de sir John disculpándose por su ausencia mencionando problemas familiares. El hombre bajó la vista con los ojos entornados a la escritura indescifrable de su secretario. Ni siquiera sabía que tuviese familia. ¡Le necesitaba allí! Para su mayor enfado, no se mencionaba cuándo volvería.

—¡Maldita sea!

El caballero aplastó el pergamino hasta convertirlo en una bola y lo tiró al hogar vacío y ennegrecido por el carbón, pero este rebotó en el borde de la chimenea y, con un improperio, el hombre fue a recogerlo. Un destello blanco llamó su atención hasta otra carta arrugada que no se había quemado del todo y, al reconocer el sello oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores, la cogió y aplanó los bordes chamuscados.

Al final, rompió el sello y tuvo que leer dos veces su contenido antes de poder encontrarle ningún sentido. Al parecer, Elizabeth y Llewelyn habían dicho la verdad. El ministerio había entregado la información sobre la triste pensión que le pagaba al teniente Michael Waterstone, un veterano herido en la campaña miliar de Wellington en la guerra de independencia española. La dirección que se aportaba como su residencia era la de los del Bosque.

Gervase contempló la carta durante un buen rato mientras el terror se fundía en su estómago. ¿Sir John no había confirmado la muerte de Michael Waterstone? Sus ojos ascendieron hasta la parte de arriba de la carta. Se envió hace dos días.

¿Elizabeth la tiró en la papelera por miedo a su contenido o fue su secretario quien lo hizo? Su conveniente desaparición le parecía más siniestra por momentos.

El duque se sobresaltó cuando Standish tocó a la puerta. El mayordomo le informó de que el carruaje se encontraba a su disposición. Debía acudir al Ministerio de Asuntos Exteriores para un último debate sobre las medidas de seguridad para el desfile de la victoria, y resultaba imposible librarse del compromiso.

Con un gruñido de frustración, recogió los guantes y el sombrero de las manos de Standish y se adentró en la lluvia. Solo podía rezar por que al menos Elizabeth se encontrase a salvo en algún lugar y decidió cumplir la sugerencia de Jack Llewelyn y realizar una visita temprana a casa de los del Bosque la mañana del desfile.

Capítulo treinta y dos

Gervase entornó los ojos para mirar a través del humo del tabaco y se movió impaciente cuando el reloj ormolú de la repisa de la chimenea dio las siete. Intentó no inhalar el olor rancio del rosbif más asado de la cuenta y el pudin de melaza que se dejaba llevar desde el comedor de al lado hasta allí. Por alguna razón inexplicable, el ministro de Asuntos Exteriores había decidido repasar, con tedioso detalle, todo lo que ya se había determinado. Incapaz de soportar un segundo más, el duque se aclaró la voz y se puso de pie.

—Mis disculpas, caballeros, pero tengo que atender otro asunto urgente. Espero que me disculpen.

Sin esperar una respuesta, salió a paso largo del ostentoso edificio gubernamental a la calle adoquinada y desierta, donde le esperaba su carruaje. La seguridad que albergaba de que Elizabeth había buscado refugio con Angelique solo había aumentado durante la interminable reunión, así que decidió ir a comprobarlo por sí mismo.

Media hora después, consiguió cerrar de golpe la puerta de entrada de la casa de la cortesana tras él justo antes de que le estrellasen una delicada figurita de porcelana contra la nuca. El hombre respiraba con dificultad mientras oía a Angelique seguir gritando blasfemias en un francés vulgar a su silueta invisible y, a pesar de sus ruidosas objeciones, registró toda la vivienda.

Elizabeth no estaba allí.

Aunque el caballero no se desesperanzó del todo. Inconscientemente, la mujer le reveló otra posible vía de investigación cuando amenazó con huir con su primo Vincent.

¿Cómo podía haberse olvidado de él? Gervase se encasquetó el sombrero y le indicó a su cochero que se dirigiera hacia la pensión El Pelícano. Si se encontraba en el establecimiento, pretendía pedirle que le ayudase a evitar que la joven abandonase Inglaterra o, en el que caso de que ya hubiese huido, a rastrear su camino hasta Francia.

El servil empleado de la recepción de El Pelícano acompañó al duque escaleras arriba, hasta las habitaciones de Vincent para al final dejarle con una reverencia tan pronunciada que casi se tocó la rodilla con la larga nariz.

—Siento acudir a ti a una hora tan extraña, Vincent, pero...

El hombre dejó de hablar al ver la imagen de su primo y Elizabeth acomodados en un sofá frente al fuego y jugando a las cartas. El caballero se había deshecho del plastrón y la chaqueta, y la muchacha portaba una bata bordada de hombre. El cabello le pendía por la espalda en una trenza gruesa y, durante un segundo de furia, Gervase se vio tentado a estrangularla con ella.

Parte de su deseo debió dejarse ver en su rostro, porque la chica se acercó lentamente a Vincent y este le rodeó los hombros con un brazo protector. El intenso alivio que sintió al ver a la joven desapareció en una espiral de emociones que amenazaban con consumirle. Antes de que su cerebro formase el anhelo consciente de asesinarlos a los dos, sus dedos ya estaban tanteando el bolsillo de la chaqueta en busca de la pistola.

—Primo —le espetó—, al parecer la pregunta que deseaba hacerte se ha respondido mediante la presencia de la señorita Waterstone aquí.

Vincent se levantó, su rostro una máscara de insensibilidad y la protección deliberada de Elizabeth otro insulto que el duque se esforzaba en encajar.

—Gracias a la señorita he llegado a la conclusión de que la dejaste tirada, Gervase, ¿me equivoco?

—No, por Dios. Puedes quedarte a esta joyita mentirosa. ¿Te ha dicho que se gana la vida

traicionando a aquellos que le rodean?
Un regocijo fiero atravesó al duque cuando la chica se puso de pie de golpe con los ojos encendidos.
—Yo no hice tal cosa, Excelencia. Le sugiero que use la inteligencia de la que tanto se jacta y busque al verdadero culpable en su entorno.
Gervase soltó una carcajada de pocos amigos.
—¿Por qué debería, si tú encajas como anillo al dedo?
La muchacha dio un rápido paso hacia él, pero Vincent la agarró del codo y la giró hasta que quedó mirando a la puerta que conectaba las habitaciones de la suite.
—Vete a la cama, Elizabeth. Yo solucionaré esto con Gervase.
Con un resoplido, la joven se puso de puntillas, envolvió el cuello del primo del duque con los brazos y unió su boca a la suya. Las manos del noble se cerraron en dos puños mientras Vincent disfrutaba el lento beso de la chica para luego despedirla con una palmada en el trasero redondeado.
Esta agitó las pestañas y sonrió ignorando por completo a su examante.
—Le esperaré en la cama, mi señor.
Gervase permaneció en silencio hasta que la joven cerró la puerta que separaba los dos dormitorios y, después, devolvió la atención a su primo.
—No tenías que disfrutar tanto del beso, Vincent. Y ¿quién demonios te ha dicho que la llames por su nombre?
—Ella. —Y se encogió de hombros—. Gervase, cuando me ordenaste que la vigilase, también dijiste que ya no te interesaba. Resulta que muy buena opinión de Elizabeth. Cuando haya cumplido con mi obligación para contigo, estaré más que dispuesto en ayudarla de la manera que pueda.
El duque apretó los dientes. ¿Por qué todo el mundo, aparte de sir John, seguía viendo a la chica inocente?
—Limítate en mantenerla a salvo y lejos del desfile de mañana —le ordenó bruscamente.
En ese momento, Vincent le dedicó una reverencia exquisita.
—Por supuesto que sí. Te di mi palabra de que la protegería y no pretendo faltar a ella.
—Se *suponía* que este era el último recurso. No tenía ni idea que había acudido a ti —le replicó el hombre mientras se ponía los guantes.
El otro caballero sonrió y cogió su copa de vino.
—Y no te hace mucha gracia, ¿verdad, primo? Especialmente la idea de que compartamos cama.
Gervase abrió la boca para verter su desprecio sobre cualquier idea de ese tipo y luego la volvió a cerrar de golpe a la vez que alejaba a la fuerza la indeseada imagen de la muchacha y su primo enredados bajo las sábanas. Al final, abrió la puerta de un tirón y cerró de un portazo tras él con estruendo satisfactorio mientras la risa de Vincent le perseguía escaleras abajo.

***

—¡Bueno! —Elizabeth se cruzó de brazos y comenzó a ir de un lado a otro delante de Vincent, que se encontraba sentado en un lado de la cama—. Ni siquiera me ha dado la oportunidad de explicarme. No *merece* descubrir la verdad.
La joven se volvió contra el hombre cuando este cometió la temeridad de reírse.
—Ojalá no le hubiese dicho a Jack Llewelyn que le diese mi mensaje. ¡*Ojalá* hubiese cogido prestada tu pistola de duelo para dispararle!
—Sorprendentemente, en este momento suenas como Gervase, mi vida. —Y fingió estremecerse —. Creía que estaba a punto de inhalar mi último aliento cuando has decidido cubrirme con tus

besos delante de él.
Entonces, la chica le tendió la mano.
—Lo siento, mi señor, estaba tan encolerizada que no lo pensé. No le ha hecho daño, ¿verdad?
Lord Vincent le besó los dedos y se dirigió tranquilamente hasta la puerta.
—No, por suerte, mi primo decidió no reprenderme. Ha necesitado de toda su energía para convencerse de que no le importas, ¿no te has dado cuenta?
El hombre esperó mientras ella absorbía lo que implicaba su comentario.
—¿Estás segura de que no te gustaría que me quedase? —Y le señaló la cama—. Me sonroja admitirlo, pero se dice que estoy igual de dotado en el dormitorio que mi primo. Eres más que libre de compararnos.
Elizabeth negó con la cabeza y el caballero se marchó guiñándole un ojo y encogiéndose de hombros con resignación. La muchacha se metió en la cama y se permitió saborear la tentadora esperanza de que el duque en realidad se preocupase por ella hasta que rodó bocarriba y recordó la desagradable expresión de este cuando la llamó joyita. Habría sido mucho más fácil si fuese capaz de sucumbir a los encantos de lord Vincent. Se había comportado como un perfecto caballero desde que llamó a su puerta la tarde anterior.
La joven se incorporó y apagó la vela de un soplido. Haría un último intento de convencer al duque de su inocencia por la mañana. Si seguía negándose a escucharle, tendría que esperar a que Jack Llewelyn y Michael pudiesen persuadirle en su lugar.

***

Gervase lanzó el sombrero y los guantes a la mesa del vestíbulo y atravesó la entrada hasta sus aposentos. La casa estaba en silencio a su alrededor y no se molestó en tocar la campana para llamar a Jacques. Echaba de menos la presencia vibrante de Elizabeth más de lo que habría creído posible. Las palabras de desdén de Angelique en relación a su naturaleza solitaria y desconfiada reverberaron en su cabeza mientras se desvestía y se deslizaba desnudo en la cama.
Para más preocupaciones, sir John no había vuelto. El duque había enviado a Nicholas en busca de alguna noticia suya. La conveniente desaparición de su diligente secretario disparó todo tipo de alarmas en la cabeza de Gervase. ¿Habrían secuestrado a sir John para impedir que interfiriese en los planes de Le Fleur o había cometido lo impensable y se había aliado con los enemigos del duque? Ya nada parecía seguro, excepto la desagradable imagen de un futuro en soledad, demasiado desoladora como para poder contemplarla.
Al final, el hombre se sentía tan sofocado que salió de la capa para abrir una de las ventanas de guillotina que daban al jardín tan bien cuidado. Aparentemente el caprichoso tiempo inglés sería bueno para el desfile de la victoria y, por desgracia, eso significaba que el gentío saldría en multitud a la mañana siguiente. ¿Elizabeth se molestaría en ir a ver las celebraciones o Vincent la mantendría ocupada en la cama?
Gervase soltó un improperio mientras volvía a meterse en la cama e intentaba bloquear la imagen traicionera de la chica entre los brazos de su primo. Luego, se llevó las manos detrás de la cabeza y se concentró en el brillo borroso del dosel de seda negra sobre su cabeza. La suave brisa que entraba por la ventana hizo que esta se ondulase igual que una serpiente lista para atacar.
A decir verdad, todavía no había terminado con Elizabeth Waterstone, y ella lo sabía. Si Vincent era capaz de mantener las manos alejadas de ella hasta la noche del día siguiente, además de mantenerla a salvo, tendría lugar el ajuste de cuentas...

Capítulo treinta y tres

Gervase se vistió a la tenue luz del sol naciente mientras este despuntaba por los tejados de pizarra de la plaza. Después, se guardó su pistola favorita en el bolsillo interior de la chaqueta negra y bregó con las botas para ponérselas sin la ayuda de su mayordomo. Bajó la escalera sin hacer ruido y salió por la puerta lateral que conducía a los establos. No había nadie por allí cuando ensilló un caballo y salió a su encuentro en el parque con Jack Llewelyn.

El duque mantuvo al caballo al paso mientras tomaba el camino con cautela entre la multitud de espectadores que iban llegando. La gente ya comenzaba a reunirse en los puntos con mejores vistas a lo largo de la ruta, aunque el desfile no estaba previsto que comenzase hasta el mediodía. Una brisa ligera agitó las banderolas que colgaban lacias a ambos lados de los bordes de la carretera, y el hombre agachó la cabeza para evitar una de las banderas prusianas que colgaban.

No había ni rastro de Jack Llewelyn en el lugar fijado para su reunión y, tras rodear varias veces la fuente, el noble desmontó y paseó al caballo por una margen de césped recién cortado. Después de un rato, se sacó el reloj del bolsillo del chaleco y se fijó en la hora que era. Al final, cerró la carcasa de este de un golpe decisivo y clavó la mirada sin ver en la puerta oeste del parque.

Si el exmilitar no iba a salir de su escondite, tendría que hacerle salir como la alimaña que era y, sin pensárselo dos veces, volvió a montar en su caballo y se dirigió a casa de los del Bosque.

Tras descubrir un establo desierto y en desuso en la parte trasera de la casa, ató al animal en la barandilla oxidada de delante del edificio y subió los desgastados escalones. Para su sorpresa, la puerta de entrada se encontraba entreabierta. En ese momento, le atacó una sensación de intranquilidad, así que sacó la pistola y empujó la puerta con la punta del pie para abrirla. No había nadie en la lóbrega entrada y Gervase dudó un instante de espaldas a la puerta e intentó asimilar lo que estaba sucediendo.

Entonces, le llamó la atención el susurro de unas enaguas al final de la escalera, donde la silueta de la señora del Bosque se encontraba recortada ante el papel de pared floral y descolorido. El hombre dejó caer la mano para esconder el arma en los pliegues de la chaqueta y se quitó el sombrero.

—Le pido disculpas por la intrusión, señora del Bosque, pero nadie contestaba a la puerta. Necesito hablar con el señor Llewelyn sobre un asunto urgente.

La señora bajó los escalones hasta que se halló a la altura del duque.

—No hay necesidad de disculparse, Excelencia. —Y se dio un toquecito en la nariz con un pañuelo de encaje—. Por desgracia, el señor del Bosque ya se ha marchado a ver el desfile con mi hija, Mary, así que no puede encontrarse presente para darle la bienvenida a nuestro humilde hogar. —Y echó un ligero vistazo a su alrededor—. Parece que todo el servicio se ha marchado también, pero Llewelyn está aquí. —Entonces, se apartó el pañuelo y señaló hacia abajo, a un pasillo tenuemente iluminado que parecía llevar a la parte trasera del edificio—. Trabaja en las habitaciones de la antigua ama de llaves, junto a la cocina.

El duque dejó su sombrero en la mesa del vestíbulo y se marchó por el pasillo antes de que pudiese preguntarle nada más. Al llegar a su destino no se molestó en llamar a la puerta, reacio a perder el elemento sorpresa. El exmilitar y un hombre, que consideró que sería el hermano de Elizabeth, Michael, por su parecido, se encontraban sentados hombro con hombro tras el escritorio.

—¿Qué demonios está sucediendo, Llewelyn? —le preguntó.

Y este se levantó de golpe.
—¡Cuidado, Excelencia!
Pero, antes de que Gervase fuese capaz de reaccionar, le agarraron la muñeca derecha y se la inmovilizaron en la espalda. Le aplastaron los dedos varias veces contra la pared hasta que la pistola se le cayó de la mano ya inservible y una mano enorme y sucia le cubrió la boca. Luchó contra el asfixiante abrazo de la fiera de hombre que se encontraba tras él, pero no consiguió liberarse.
Le giraron para que mirase el centro de la sala a tiempo para ver a su secretario, sir John Harrington, cruzarle la cara a Llewelyn de un bofetón.
—Te dije que no hicieses ruido —le bramó con el rostro sudado de un color rojo ardiente.
Pero el hombre le espetó:
—Eres mucho más valiente ahora que tus matones me han atado, ¿no es verdad?
El secretario volvió a golpear al exmilitar y le empezó a gotear sangre de la comisura. Sir John se rio.
—Eres un cobarde reconocido, Llewelyn. ¿Cuántas veces voy a tener que pegarte antes de que te rindas y pidas clemencia a gritos? —Y arrastró el puño hacia atrás—. ¿Una, dos?
Jack Llewelyn musitó una obscenidad y Gervase se deshizo de la mano que le cubría la boca con una sacudida.
—¿Qué demonios está pasando? Dile a este idiota que me suelte.
—Ay, no, Excelencia. He esperado demasiado como para que se me niegue la oportunidad de devolverle las interminables horas de devoción que he malgastado con usted. —El duque se quedó quieto mientras su secretario le asesinaba con la mirada—. Tiene idea... —continuó él— ¿de lo *insultante* que es trabajar para alguien tan desagradable y disoluto? ¿Para alguien que malgasta todas las oportunidades que le ha otorgado Dios y disfruta asociándose con prostitutas y jugadores?
Gervase sonrió.
—¿Cree que podría hacer algo mejor, sir John? Ni siquiera fue capaz de descifrar ni una línea del código. Tuvo que convencer a Elizabeth para que lo hiciese por usted.
Y el secretario se quedó inmóvil.
—Me insulta, pero no importa. Sí, tuve la suerte de que el señor del Bosque fuese capaz de embaucarle para que aceptase a su hijastra en su casa. Albergábamos muchas esperanzas de que pudiese traducir el código que necesitábamos.
Michael Waterstone gritó.
—Elizabeth no es ninguna traidora. Si tradujo el código fue porque se vio forzada a ello.
En ese momento, el duque soltó una suave carcajada.
—Si conociera algo a su hermana, teniente Waterstone, también sabría que ella decidió meterse con el código sin que nadie le obligase.
Sir John le cortó la siguiente respiración al cruzarle la cara con el dorso de la mano.
—Detesto interrumpir esta inspiradora conversación, Excelencia, pero por supuesto que no le dijimos a la señorita Waterstone lo que estaba sucediendo. Al principio, pretendí pedirle que me ayudase con el código, pero siendo una mujer, y una tan condenadamente inquisitiva, consiguió traducirlo por completo sola.
—Por eso ella es mucho más inteligente de lo que usted lo será jamás —le dijo el noble—. *Usted* no hace más que el papeleo tedioso, es un avaro, un mensajero para los franceses. Lo que no entiendo es por qué era necesaria toda esta farsa.
—¡Soy mucho más que un mensajero! Tuve que desarrollar todo un nuevo plan después de que

la persona que nos descifraba los códigos fuese asesinada. —Sir John tartamudeó—. No podía permitir que los planes de Le Fleur se interrumpiesen. ¡Planeé que sus hombres descubriesen el código y recluté a Elizabeth para que lo tradujese justo delante de sus narices! Fue *todo* idea mía.
Gervase puso un gesto de desprecio.
—Si espera que le dé la enhorabuena por traicionar a su país, debe haber perdido la cabeza.
El secretario le hizo un gesto al rufián que se encontraba tras él, y el duque se preparó cuando el hombre dio un paso atrás y llevó los puños rollizos hasta su cuerpo desprotegido. Este temió que, si no le hubiesen sujetado, habría caído de rodillas. Luchó por mantener el equilibrio mientras el dolor se extendía rápidamente por su tripa y caja torácica maltrechas.
Luego, sir John asintió.
—Llévatelo de aquí. Ya no tengo ningún uso que darle. —Entonces, Gervase abrió la boca para hablar, pero el secretario le pisó la frase—. No hay ninguna razón para que apele a lo mejor de sus personas, Excelencia, porque no lo tienen y ya les he pagado generosamente.
Después le hizo un gesto al hombre invisible que se encontraba tras el caballero.
—Átale las manos al duque, Albert, y asegúrate de registrarle antes de abandonarle a su suerte.
Mientras le arrastraban hacia la puerta, el noble comenzó a luchar en serio. Se negaba a entregarse, así que clavó los talones en el suelo, lo que vio recompensado con un violento golpe en los riñones. El hombre gritó por encima del hombre mientras el otro matón se acercaba a él.
—¿Doy por hecho que no le contó al Ministerio de Asuntos Exteriores la posición correcta del asesino?
Sir John soltó una risa por la nariz.
—¿Sigue tomándome por un estúpido? Reemplacé mis propias instrucciones antes de llevar el mensaje. —Y soltó una carcajada sin aliento—. Soy la única persona que sabe dónde tendrá lugar el asesinato..., aparte del mismísimo asesino, claro está.
En ese momento, abrió la puerta de golpe y observó a Gervase mientras le sacaban portándolo a medias por ella.
—Con viento fresco, Excelencia —le despidió con vanidad—. Disfrutaré manejando sus asuntos cuando le encuentren muerto. Incluso continuaré defendiéndole cuando le hayan implicado de manera póstuma y finalmente condenado por su participación en el asesinato del príncipe regente.
Al duque lo sacaron de un empujón por la puerta trasera a la brillante luz del día con tanta fuerza que acabó despatarrado en el suelo. Apretó los dientes cuando le levantaron por las manos atadas y le metieron apresuradamente en un carruaje negro. Por el aspecto de los dos hombres que le acompañaban, consideró que podía contar la vida que le quedaba en horas, si no en minutos.
No contó con ninguna oportunidad de escapar durante el corto viaje y solo tuvo tiempo de tomar una bocanada del aroma salado y maloliente del río antes de que le llevasen a una habitación fría, húmeda y cavernosa en la que le desataron las manos. Se frotó las muñecas mientras sus captores se acercaban a él con la pretensión de hacer daño grabada en sus rostros despiadados.
Gervase levantó los puños cuando uno de los hermanos Grimm le golpeó en la mandíbula. Al final, cayó al suelo y, tras varias patadas agonizantes en las costillas y después de que le arrancaran la chaqueta y el chaleco, el duque se dejó caer, casi afortunadamente, en la inconciencia.

***

Solo eran las nueve de la mañana, pero Elizabeth sospechaba que ya había alterado seriamente la compostura de lord Vincent con sus exigencias constantes de acción. Volvió a enfrentarse a él mientras este se encontraba sentado y dándole sorbos a su té en la sala de visitas privada.

—Necesito ver al duque, mi señor. Tengo algo que decirle sobre el mensaje codificado.
El compañero de la joven suspiró.
—Ya lo hemos hablado un millón de veces, Elizabeth. Gervase recibirá la información de mano de Jack Llewelyn, tal y como lo planeaste.
—Pero ¿y si algo va mal?
—Ese no es tu problema, querida. Le prometí a mi primo que no dejaría que te acercaras a menos de ciento cincuenta kilómetros del desfile de la victoria.
La chica dejó de ir de un lado a otro y clavó la vista en el caballero.
—¿Que se lo prometió al *duque*?
Lord Vincent se dio unos toquecitos en los labios con la servilleta.
—Maldición —dijo en tono malhumorado—. Eres una mujer extremadamente irritante. Debes olvidar lo que he dicho.
Elizabeth le dedicó una reverencia a Vincent y fue corriendo hasta la puerta.
—Debería haber sabido que estaba en complot con su primo. A diferencia de usted, *nunca* hago lo que Gervase dice.
Antes de que el hombre pudiese frenarla, la muchacha se recogió las faldas y se marchó por las escaleras para salir a las calles abarrotadas de más abajo. Tomó aliento con determinación, se sumergió en la parte más concentrada de la multitud y se dirigió al lejano resplandor verdoso del parque.
Cuando llegó a la plaza Grosvenor, le pareció extrañamente tranquila, su jardín central desierto. Ninguna niñera jugaba con cuidado con los niños a su cargo bajo las ramas de los graciosos olmos ni paseaban por los caminos de grava. La chica supuso que mucha gente habría ido a ver el desfile y se habría llevado al servicio.
Subió corriendo los escalones hasta Delamere House y tocó a la puerta. Pasó un siglo antes de que alguien contestase sus llamadas.
Cuando por fin Standish abrió la puerta, la joven le dedicó una sonrisa de alivio que el hombre no le devolvió.
—Buenos días, Standish, ¿está el duque en casa?
El mayordomo apretó los labios.
—Tengo instrucciones estrictas de negarle la entrada, señorita Waterstone.
—Este es un asunto de gran urgencia. Si le dice que estoy aquí, *querrá* hablar conmigo.
—Lo siento, señorita, pero debe marcharse. No me gustaría tener que llamar a la policía.
Dicho eso, el hombre le cerró la puerta en la cara y la dejó boqueando igual que un pez varado.
Al final, pronunció un improperio de lo menos propio de una señorita y le dio una patada a la placa de latón de la puerta antes de girarse y bajar los escalones con aire resuelto. Mientras se encontraba ahí, preguntándose qué hacer entonces, la entrada se volvió a abrir.
—¡Señorita Waterstone!
Nicholas bajó saltando por la escalera de piedra y casi se cayó por la prisa que tenía de alcanzarla. Entonces, la agarró de las manos y tiró de ella para alejarla de la casa.
—El duque ha desaparecido. Según Jacques, salió por la mañana sin decirle a nadie a dónde iba y todavía no ha vuelto.
—Él suele salir sin decirle a nadie a dónde se dirige, no es un niño.
—No, pero está pasando algo raro. Sir John desapareció ayer. No he sido capaz de encontrarle, y ahora el duque también se ha marchado. Tiene que tener algo que ver con el plan de Le Fleur para asesinar al príncipe regente. ¡Necesitamos encontrarle!
Elizabeth le dio unas palmaditas al chico en la manga mientras la mente le funcionaba con

frenesí. No le sorprendía la deserción de sir John, pero la desaparición del noble era otro asunto por completo.
—Tienes que comprobar con Angelique que el duque no se encuentre con ella y entonces informar al Ministerio de Asuntos Exteriores de lo que ha sucedido. Diles que envíen más hombres a la calle Strand.
Nicholas se mostró de acuerdo, aparentemente agradecido de que alguien le estuviese dando órdenes.
—¿Y qué hará usted, señorita Waterstone?
Elizabeth sonrió con tristeza.
—Voy a ver si mi padrastro está en casa y averiguar si el duque le ha honrado con su visita.

***

La puerta de la casa de los del Bosque se encontraba abierta, y la joven vio el conocido sombrero gris del duque descansando en la mesa del vestíbulo. Entonces, subió las escaleras con una inquietud tremenda hasta la salita de su madre. Esta se encontraba sentada en su sofá habitual y ataviada con un vestido verde intenso y una frívola cofia de encaje con un lazo a juego. La mujer alzó la vista con expresión hostil cuando apareció su hija.
—¿Por qué has venido, Elizabeth?
—He venido a ver a Michael, madre. Esperaba acompañarle a él y al señor Llewelyn a ver el desfile.
En ese momento, la señora del Bosque se sirvió una taza de té.
—Siento que no vayas a encontrarlos. Salieron al amanecer para asegurarse de un buen lugar, igual que tu padrastro y tu hermana.
La chica retrocedió hacia la puerta. Si Jack Llewelyn y Michael se *habían* marchado al amanecer, ¿habrían tenido la oportunidad de pasarle su mensaje al duque?
Acto seguido, la muchacha puso una sonrisa de confianza en sí misma e hizo una reverencia.
—No pretendía molestarla, madre. Solo me pasaré por abajo para asegurarme que no han dejado una nota y, entonces, me marcharé.
Entonces, abrió la puerta y ahogó un grito cuando sir John Harrington apareció y le bloqueó la salida.
—Ay, no, señorita Waterstone. No va a ninguna parte. Tengo que ajustar unas cuentas con usted. Su constante entrometimiento ha hecho que el duque se cuestione mi juicio y lealtad.
Elizabeth se puso tensa.
—No sé de lo que habla, sir John.
—Ah, yo creo que sí. —Y la agarró por el codo—. Ha intentado minarme desautorizarme con el duque, y él estaba tan enamorado de usted que casi decidió creerla a *usted* en lugar de a *mí*.
—Le dijo la sartén al cazo, sir John. Usted dejó el brazalete robado de Angelique en mi ridícula —le devolvió—. Se aseguró de que el duque me tirase a la calle. No le influencio en absoluto. ¿Por qué cree que he vuelto aquí?
Pero sir John se negó a soltarla. Desesperada, la chica miró a su madre, que permanecía sentada mientras bebía tranquilamente a sorbos su té.
—Madre, sir John no es lo que parece. Está aliado con el señor del Bosque. Debe encontrar al duque y...
—¿Sabías que sir John es un primo lejano mío, Elizabeth? —le contestó la mujer—. Nuestras familias nos dejaron sin un penique.
Luego, se levantó de su asiento y se deslizó hacia su hija.
—¿Crees que no sabía nada de lo que estaba sucediendo en mi propia casa? —Y levantó la

cabeza para sonreírle al hombre—. Tu padrastro es un caballero afable y ha demostrado ser un mensajero útil entre sir John y yo, pero eso es todo lo que ha hecho.
—¿Sabía lo del intento de asesinato? —musitó la chica.
—Por supuesto que sí, Elizabeth. Sir John y yo llevamos trabajando más de un año ya para conseguir la muerte del príncipe regente desde hace. Cuando la persona que descifraba originalmente el código falleció, supe que necesitaríamos encontrar a alguien que le reemplazase y ¿quién mejor que la sangre de mi sangre? Habría enviado a Michael, si hubiese estado disponible, pero tu demostraste ser muy satisfactoria, cariño. —Y se rio—. Incluso convenciste al duque para que se metiera en tu cama, lo que le distrajo de sus obligaciones. Ni yo lo habría hecho mejor.
—¿Por qué hace esto, madre? ¿Por qué traiciona a su país?
Y la mujer arqueó una ceja perfecta.
—¿Por qué? Por dinero, por supuesto. Sir John tiene que trabajar para vivir a pesar de su título y su apellido noble. El señor del Bosque y yo tenemos una posición social que mantener y Mary se merece elegir entre sus pretendientes.
Elizabeth negó con la cabeza, incapaz de hablar ante tan impecable avaricia. Su repulsión debió dejarse ver, porque su madre se puso tensa.
—Sir John, a la vista de que mi hija está tan ansiosa por ver al duque, ¿por qué no la lleva con él?
La muchacha abrió la boca para protestar, pero el golpe invisible en la cabeza le hizo caer en una espiral a la inconsciencia sin que pudiese hacer nada por evitarlo.

Capítulo treinta y cuatro

Elizabeth recuperó el sentido cuando una voz conocida y ronca de la desesperación repitió su nombre varias veces. Durante un largo rato de aturdimiento, la joven contempló el techo curvo y revestido por ladrillos sobre ella e intentó recordar dónde se encontraba. Al final, se incorporó ahogando un grito y se llevó las manos a la cabeza para sofocar la desagradable sensación de que le iba a explotar el cráneo. Una oleada de náusea la atravesó con una sacudida y el suelo comenzó a ondularse bajo sus pies.

—¿Elizabeth? ¿Te encuentras bien?

La muchacha recobró los sentidos lo mejor que pudo y examinó con cuidado su alrededor. La sala que parecía un túnel contaba con una cuesta que bajaba al río, donde unas largas barras oxidadas y taponadas por algas y basura dejaban pasar un hilo de agua de manera constante. Al otro lado, cinco escalones empinados conducían a una puerta en la parte alta del muro. A la sombra de estos, la chica distinguió la silueta de otra figura y, aún incapaz de dar con el coraje para probar sus piernas, reptó hasta la forma inmóvil.

El duque yacía contra la pared con las manos atadas sobre la cabeza y las piernas, calzadas con las botas, estiradas hacia delante. No portaba chaqueta ni chaleco, y tenía la camisa de lino moteada de porquería y lo que parecían ser marcas de botas y puños ensangrentados.

—Gracias a Dios.

Las palabras ásperas del noble tiraron de Elizabeth hacia delante hasta que acabó arrodillada a sus pies. Tenía el ojo izquierdo medio cerrado y la sangre le corría por el pómulo para ensuciarle la parte delantera de la camisa. Cuando el hombre intentó hablar, su respiración sonó ruidosa de forma antinatural en el espacio reverberante.

—Creía que te habían matado.

La joven se tocó la nuca y puso una mueca.

—Creo que sir John me golpeó mientras hablaba con mi madre.

Y el caballero soltó un gemido.

—Debería haber sabido que Vincent jamás sería capaz de contenerte. ¿Me seguiste hasta casa de los del Bosque?

La chica resopló.

—Primero fui a Delamere House, pero Standish me dijo que no se encontraba en casa y que no iba a divulgar su paradero a nadie, especialmente a mí.

El duque dibujó una mueca y alzó un momento la vista a sus manos atadas.

—Me disculpo, pero me detuvieron de manera inevitable. ¿Puedes soltarme los brazos?

Sin pensar más en el tremendo dolor de cabeza, la muchacha se puso de pie tambaleándose, se apoyó en los húmedos ladrillos para recuperar el equilibrio e inspiró los aromas mezclados a moho y a la marea rancia.

Habían anudado una soga alrededor de las muñecas del hombre y la habían atado de forma muy eficiente a un poste de hierro de la pared. Entonces, Elizabeth tiró de la cuerda, el caballero soltó un improperio entre dientes y la sangre fresca le corrió desde las muñecas para empaparle las mangas de la camisa. Luego, la muchacha volvió a deslizarse hasta el suelo y le examinó. Bajo la porquería que le cubría el rostro, estaba tan pálido como la cuajada.

—No creo que pueda soltar las cuerdas, Excelencia. Las han atado con demasiada fuerza como para que pueda deshacer los nudos.

—Maldita sea, mujer, ya sé que están apretadas. ¡He pasado las últimas horas intentando

soltarme!
—No hay necesidad de ser grosero, Excelencia —le contestó—. Yo no soy quien le ha metido en este apuro.
—¡Y una mierda que no!
El sonoro estruendo de las campanas de la ciudad resonó por el húmedo pasadizo subterráneo y reflejó el leve retumbar del bramido de la multitud sobre sus cabezas.
—Son las dos en punto —dijo el duque una vez hubo disminuido un poco el ruido —. El príncipe y sus amigos monarcas tienen previsto pasar por la calle Strand en aproximadamente una hora. —Y echó un vistazo a Elizabeth con la mandíbula tensa—. No se han molestado en cerrar el pestillo de la puerta cuando te han traído. Posiblemente dieran por hecho que ibas a tardar horas en recuperarte del golpe en la cabeza. Lo mejor sería que me dejaras aquí y fueses a buscar ayuda.
La chica consideró las palabras del duque. ¿Su madre la había enviado allí a sabiendas de que moriría? La idea era demasiado horrible como para contemplarla siquiera, así que se deshizo de ella a la fuerza y concentró su atención en la enorme entrada con rejas que dejaba pasar dentro de su prisión la luz veteada que se reflejaba en el río. El agua ya estaba comenzando a pasar a borbotones por los barrotes y a lamer el borde del suelo de ladrillo para volverlo de un color rojo oscuro y manchado de sangre.
— Excelencia, si le dejo aquí, se ahogará. Por el estado de las paredes, sospecho que la marea alta del Támesis va a inundar estos túneles por completo.
En ese momento, echó un vistazo por encima del hombro y sus ojos grises se encontraron con los de él. Por primera vez desde que se conocieron, Gervase apartó la vista primero.
—La seguridad de la nación es mucho más importante que mi vida, Elizabeth. Déjame aquí.
—Preferiría que me acompañase. —Entonces, volvió a atravesando el agua cada vez más alta y, sin preocuparse por el estado de su falda, se agachó a su lado—. No me puedo creer que el poderoso duque de Diable Delamere no cuente con un plan para su propia huida.
El hombre le dedicó una sonrisa reticente y, entonces, inspiró con dificultad.
—Si insistes en ayudarme, tengo un cuchillo en la bota izquierda. Si fueses tan amable de sacármelo.
Con un esfuerzo obvio, la joven le llevó la rodilla izquierda al pecho. Intentó meter los dedos entre la pierna cubierta por una media y la reluciente bota ribeteada de blanco. Después de una breve brega, hizo una pausa y se pasó el cabello mojado detrás de la oreja.
—Tiene la bota demasiado apretada, Excelencia. Voy a tener que quitársela.
Acto seguido, se sentó a horcajadas sobre él, aplicó todo su peso en la bota y terminó cayendo de espaldas en el agua que seguía subiendo rápidamente. Luego, palpó dentro de la suave y cálida piel y localizó el cuchillo de hoja fina. Apretó los dientes cuando el acero tremendamente afilado se deslizó por las hebras empapadas de cáñamo y rezó por no cortarle.
Las campanas de la iglesia de Londres repicaron la media hora y el leve estruendo del fuego de artillería a lo lejos resonó a través de los túneles y formó olas en los charcos de marea que avanzaban constantemente.
La muchacha comenzó a tararear *Campana sobre campana* para distraerse mientras trataba de ignorar el agua que subía, que ya había alcanzado las piernas extendidas del duque y le lamía con avidez las suelas de las botas.
—Estás tardando demasiado. —La voz tranquila de Gervase hizo añicos su concentración y casi se le cayó el cuchillo—. Déjame y vete de aquí.
—No, Excelencia —le contestó entre dientes a la vez que por fin conseguía soltarle una de las

manos y se ponía manos a la obra con la otra—. ¿Teme que quiera liberarle para luego conducirle hasta la muerte como a un corderito?
—Elizabeth...
—Solo le libero porque le necesito para prender al asesino. —La chica serró con violencia el resto de la soga y el hombre cerró los dedos en un puño—. Después del daño que le ha hecho a mi reputación, dudo que nadie con autoridad me escuchase si *yo* comenzase a implorar ayuda.

***

Gervase trató de bajar las manos hasta el regazo, pero los músculos se le bloquearon en una dolorosa respuesta. La joven se hallaba sobre él igual que un ángel de la venganza, con una expresión de desdén en el rostro pálido. El hombre flexionó los dedos a la vez que la sangre volvía de pronto a sus extremidades inútiles y luchaba contra la necesidad de gritar.
Se deslizó la mano hacia arriba por las costillas y apretó con cuidado al mismo tiempo que cerraba los ojos por la nueva oleada de intenso dolor. Cuando intentó ponerse de pie, estuvo a punto de perder el conocimiento, así que extendió los dedos en la pared asquerosa para mantener tanto el equilibrio como la dignidad.
Elizabeth apareció a su lado y le repasó con su mirada sagaz.
—Parece estar sufriendo, Excelencia. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarle?
El duque apretó los dientes ante la necesidad de dejar caer la cabeza entre sus senos y chillar como un chiquillo. Se sentiría inmensamente mejor solo con que le mirara, le tocase, le *amase*... ¿Cómo de cerca había estado de perderla a ella y a todo lo que le importaba?
—Me encuentro bastante bien, señorita Waterstone. —Y le señaló la puerta al final de los escalones de piedra con un gesto—. ¿Procedemos?
Entonces se alejó del muro y flaqueó cuando las costillas le protestaron. Para su indignación, se habría caído al suelo de cabeza en el agua que se arremolinaba a la altura de los tobillos si no hubiese sido porque la muchacha le sujetó.
Esta le mantuvo firme y le pasó los dedos fríos por el pecho, y él tomó aliento cuando le rozó el lugar donde los matones de sir John le habían infligido el peor daño. Una vez disminuyó su mareo, abrió los ojos y se descubrió sentado en los escalones y mirando hacia abajo, a la coronilla de Elizabeth, quien blandía un par de tiras anchas de algodón que se había rasgado de las enaguas.
—Voy a vendarle las costillas, Excelencia. ¿Podría levantarse la camisa?
Al duque no le quedaba energía para protestar, aunque sabía tan bien como ella que los minutos corrían y que el nivel del agua seguía subiendo de manera incesante. El noble gruñó cuando la chica le envolvió el costado como una experta con el vendaje improvisado y lo anudó con fuerza. Cuando llegó a la última venda, en el momento en el que los brazos de ella le rodeaban el torso, el hombre deslizó la mano hacia arriba para agarrarle la barbilla, apoyada en su pecho.
—Me llamo Gervase —le dijo con una voz ronca, urgente y de lo menos propia de él—. Estoy cansado de esta farsa. Deja de tratarme como a un extraño. Llámame por mi nombre, *maldita* seas.
La joven dio un paso para alejarse de él y se dejó caer en una reverencia, elegante incluso dentro del agua arremolinada.
—Ah, no, Excelencia. Me fui a la cama con Gervase y me traicionó. Prefiero pensar en usted como en un aristócrata arrogante que me considera una traidora a mi país. —A la joven le temblaba la voz cuando el noble alargó la mano hacia ella y esta se retrajo—. De alguna manera, me resulta más sencillo soportar su compañía si pienso eso de usted.
Luego, se recogió las faldas empapadas y subió los escalones con la espalda rígida y los hombros

hacia atrás. El hombre la siguió, no sin despotricar por lo bajini, pero respirando con más facilidad al permitir que las vendas que le envolvía con fuerza le aportasen sujeción.
El clamor del ruido y la emoción cuando llegaron al nivel de la calle asaltó los oídos de Gervase igual que el disparo de una pistola cerca de la cabeza. La chica se paró delante de él, aparentemente igual de aturdida. Nadie parecía darse cuenta de su vergonzoso estado por estar tan concentrados en la lenta procesión de soldados escoceses de la Guardia Real ataviados con *kilts* que desfilaban por el centro de la calle. En ese momento, Gervase agarró a la joven de la mano, reticente de perderla entre la multitud.
A continuación, se inclinó para gritarle al oído cuando una ola de expectación se alzó, alcanzó su pico y rompió sobre ellos.
—Necesitamos dar con un camino a través de la calle Strand. Si recuerdo bien el código traducido, se supone que el asesino estará junto a las puertas de Somerset House.
La muchacha asintió.
—Lo sé, Excelencia. Yo decidí que Somerset House no sería un buen lugar para que un asesino obtuviese un tiro limpio del príncipe regente.
Acto seguido, el duque la agarró del brazo y la giró para que le mirase.
—¿*Tú* lo decidiste?
Tras un intento nada efectivo de librarse de su mano, Elizabeth suspiró y clavó la vista por encima del hombro izquierdo de su acompañante.
—Alteré el código, Excelencia. Sospechaba que sir John estaba compinchado con mi padrastro, así que permití que ustedes dos me intimidaran para quitarme la traducción errónea.
La chica le lanzó un breve vistazo y, después, apartó la mirada. Entonces, el noble le soltó el brazo y la contempló, ignorante de la gente que le zarandeaba y de los empujones en la espalda para que se moviese.
—Has enviado al asesino al lugar equivocado —dijo perplejo—. Por *supuesto* que sí. ¿Cómo he podido ser tan tonto? Ahora sir John cree que el asesino y él son las únicas personas vivas, aparte de Le Fleur, que saben dónde tendrá lugar el asesinato.
Y Gervase tuvo que reírse.
—La portada del Somerset House estará demasiado concurrida como para que el asesino consiga una visión clara del príncipe. Deberíamos poder detenerle allí. —Entonces, cogió la mano sucia de Elizabeth entre las suyas y se la estrelló contra los labios—. Gracias, querida. Has justificado mi fe en ti mil veces. ¿Vamos a ver si tu plan ha funcionado?
El duque comenzó a abrirse paso entre la multitud bondadosa consciente de que le metieron la mano en los bolsillos vacíos al menos dos veces y que Elizabeth estaba recibiendo su parte correspondiente de atención. Era preferible usar la corriente para que les condujese más cerca de su objetivo que luchar contra ella y ahogarse en el intento.
Llegados a un punto, mientras esperaban impacientes a que pasara el regimiento de los exóticos cosacos rusos, el noble le preguntó:
—En realidad, ¿dónde dijo Le Fleur que el asesino esperase al príncipe regente?
La chica se giró a medias hacia él.
—Junto a Charing Cross, justo donde la procesión gira para alejarse del río. —Y se estremeció —. Sospecho que habría tenido una buena oportunidad de lograrlo desde ahí.
El hombre solo fue capaz de asentir de acuerdo cuando se abrió un hueco en la multitud y siguió a Elizabeth hasta el otro lado de la calle. El torbellino de gaitas afinando desvaneció eficazmente cualquier idea de comunicación hasta que llegaron a los imponentes muros del Savoy. Antes de que la joven fuese capaz de intentar cruzar, Gervase le empujó la espalda contra la pared de

piedra.
—¿Has visto a Jack Llewelyn y a tu hermano esta mañana en casa de los del Bosque?
—No, mi madre me dijo que habían salido a ver el desfile.
Él tuvo que mostrar parte de su alarma porque la muchacha le deslizó la mano por el antebrazo.
—¿Hablaste con ellos? ¿Ha pasado algo?
El noble le apartó el cabello enredado de la mejilla.
—No tuve oportunidad de hablar con ellos, mi amor. Sir John y sus matones ya los habían capturado. —Y le posó los dedos sobre los labios—. No creo que les hayan hecho ningún daño real. Recuerda, se supone que la culpa ha de recaer en ti y en mí cuando nuestros cuerpos hinchados se descubran descomponiéndose en el Támesis.
Su intento de humor negro no consiguió calmarla, y al final la joven se apartó de él.
—Por supuesto —le contestó aturdida—. Nadie creería el testimonio de un supuesto cobarde y un tullido... Sir John ha sido muy listo.
—Pero no lo suficiente —le respondió él—. Nosotros seguimos vivos y estamos más que preparados para enfrentarnos al asesino. —Entonces, se dirigió resuelto al bordillo y miró a la joven por encima del hombro—. ¿Te das cuenta de que tendremos que hacerlo nosotros mismos? Probablemente sir John haya enviado a los hombres del Ministerio de Asuntos Exteriores a un lugar completamente distinto.
La muchacha llegó a su altura con expresión firme.
—Sí, Excelencia, le pedí a Nicholas que advirtiese al ministerio de que la cosas se había torcido y que enviasen hombres a la calle Strand, pero no podía ser más específica. En ese momento no conocía su paradero ni si Jack Llewelyn le había entregado mi mensaje sobre el código alterado.
Gervase volvió a maravillarse con el ingenio de la chica y mientras la guiaba hasta el otro lado de la calle se hizo la promesa de que, si salían de aquello, no volvería a perderla de vista.

***

La multitud aumentaba a medida que se acercaban a la impresionante portada de Somerset House, y Elizabeth no era capaz de ver nada. Por primera vez, se alegró de que el duque le estuviese agarrando la mano con fuerza. Un bramido a lo lejos se acercó a ellos por la calle Strand igual que una ola que rompe en la playa. Cuando toda la vanguardia de la inmensa procesión se aproximó, el sol se reflejó con un destello en los cascos dorados y en las colas de crines de la caballería de la Casa Real.
Las armas de artillería aseguradas en cuñeras y tiradas en grupos de seis caballos, pasaron atropelladamente a su lado y el suelo tembló bajo los pies de la muchacha. Luego echó un vistazo a su alrededor en busca de sir John, consciente de que el duque estaba haciendo lo mismo.
—¡Gervase! —dijo con grito ahogado—. Está ahí arriba, en la cima de la estatua.
Acto seguido, se abrieron paso a empujones hasta la estructura elevada, que conmemoraba a un rey muerto hacía mucho tiempo, en la que el secretario del noble se cubría los ojos del sol para vigilar el recorrido del desfile desde arriba. Cuando cambió de postura, la joven vio al señor del Bosque y a su madre de pie junto a él y observó horrorizada cómo la cacofonía de ruido aumentaba a unos niveles insoportables y su padrastro se sacaba una pistola de la chaqueta para luego abrillantarla con un pañuelo.
En ese momento, la muchacha gritó «¡no!» y el duque le contesto algo con otro alarido a la vez sin detenerse. La joven solo había llegado a la base de la estatua cuando él ya había comenzado a escalar con la atención fija en el señor del Bosque.
Como si estuviese en un sueño, vio el carruaje del príncipe regente aproximándose por la calle

Strand y a Gervase bajando la cabeza para cargar contra su padrastro. Acababa de agarrar la pierna de la figura e impulsarse cuando el noble y su presa desaparecieron por el lateral y cayeron a la calle, más abajo, evitando al vehículo real alejándose por un pelo.
Antes de que pudiese reaccionar, su atención recayó en su madre, cuyo rostro era una máscara rabiosa y blanquecina. El miedo se le agolpó en la garganta, pero se obligó a seguir trepando a la vez que la señora del Bosque sacaba una pistola de su ridícula y la apuntaba al carruaje que ya estaba desapareciendo. Elizabeth se lanzó sobre la mujer imitando la táctica del duque y la empujó de espaldas por el lateral del pedestal de piedra. El arma se disparó y su madre gritó cuando cayeron juntas en un enredo de enaguas.
La chica impactó con el hombro derecho contra la calle adoquinada y se alejó rodando. De pronto, se encontraba rodeada por un grupo de soldados armados. Apenas fue capaz de mirar a su madre, que yacía inmóvil en el suelo, entre las órdenes bramadas y los gritos de la multitud. Un hilito de sangre le salía de la boca y seguía con los dedos entrelazados alrededor del arma humeante.
Nicholas apareció con gesto ansioso y la chaqueta manchada de sangre.
—¿Se encuentra ilesa, señorita Waterstone? —Y la ayudó a ponerse de pie.
La joven se apoyó en él y luchó contra una oleada de mareo.
—¿Mi madre está bien?
El muchacho miró por encima del hombro a donde estaban ayudando a la mujer para que se pusiese de pie.
—Creo que sí. Tampoco tiene que preocuparse por el duque, la bala solo le ha alcanzado el hombro...
Elizabeth comenzó a buscar a Gervase a su alrededor como una loca. Le estaban apoyando en la base de la estatua mientras una mancha roja agorera no paraba de crecer en la camisa blanca y sucia. Tenía los ojos cerrados, y las largas pestañas contrastaban con la palidez de su piel.
—Gervase... —susurró, y dio un paso incierto hacia él, pero alguien la agarró del brazo.
—Estará bien, señorita Waterstone. El doctor Wilkinson va a llevarle ya a casa.
Sobresaltada, la chica alzó la vista al rostro maltrecho de Jack Llewelyn. El hombre no le soltó la mano mientras la conducía a través de la multitud boquiabierta hasta un carruaje que estaba esperándoles.
—¿Viene conmigo, señorita? Michael estará encantado de ver que se encuentra a salvo.
La muchacha le permitió que la ayudase a subir al coche y cerró la puerta. La muchedumbre se dividió durante un segundo y le otorgó un último vistazo del duque mientras le levantaban con cuidado del suelo entre cuatro soldados. Le observó hasta que desapareció de su vista con la cara pegada a la ventanilla sucia.

Capítulo treinta y cinco

Jack Llewelyn fue de un lado a otro de la moqueta desgastada de la salita de los del Bosque con una precisión militar. Eran las diez pasadas de la mañana siguiente al desfile y llevaban discutiendo los sucesos que precedieron al intento de asesinato desde el desayuno. El hombre se paró junto a la ventana con expresión resuelta y Elizabeth se preparó para otra pregunta.

Había llovido, de manera que el cielo se había vuelto de un gris plomizo y sombrío. La densa cortina de humo que habían dejado los fuegos artificiales y el fuego de artillería reptaba por los adoquines desiertos y trepaba como una araña sobre las copas de los árboles.

Después de los tumultuosos eventos del día anterior, la casa parecía extrañamente tranquila. Despacharon a una Mary apabullada a pasar la noche con unas amigas y no tenía previsto volver en varios días, así que la joven se encontraba a solas con Michael y Jack Llewelyn.

—Vuelva a contármelo, señorita Waterstone. —El exmilitar se giró de golpe para mirarla—. ¿Por qué decidió alterar el código?

Elizabeth suspiró e intercambió una mirada burlona con su hermano.

—Como ya he explicado, cuando vi los códigos copiados en el cuaderno de sir John que luego encontré en posesión de mi padrastro, sospeché que el secretario estaba compinchado con él. Esperé prevenir que compartiese la traducción correcta con los enemigos del príncipe.

Entonces, Michael intervino.

—Pero, ¿por qué te molestaste en alterar el código cuando deberías haber sospechado que sir John volvería a cambiarlo antes de entregárselo al Ministerio de Asuntos Exteriores?

La chica se encogió de hombros y se alisó los suaves pliegues de muselina del vestido infantil que se había visto obligada a tomar prestado de Mary.

—No sabía si lo haría, aunque pensé que era probable. Quería asegurarme de que, pasase lo que pasase, él tuviese el código erróneo. —En ese momento, cruzó los brazos para rodearse el cuerpo y se estremeció por las imágenes terribles del día anterior aún frescas en su memoria—. El duque me echó antes de pudiese hablar directamente con él sobre mis sospechas. Entonces no me di cuenta de que pidiéndoos ayuda también os ponía en peligro a los dos.

Jack Llewelyn sonrió a Michael de una forma masculina particularmente irritante y dijo:

—No nos trataron mal. Simplemente nos encerraron en el estudio y solo acabé con el ojo morado por intentar advertir al duque.

La muchacha examinó a su hermano. Parecía estar más animado desde aquel roce con el desastre que desde hace años. Nunca entendería a los hombres. Al final, reunió sus recursos menguantes y devolvió su atención al exmilitar.

—Señor Llewelyn —dijo con firmeza—. Creo que he explicado bastante mi parte en este asunto tan sórdido. Apreciaría que usted se abriera un poco más. ¿Cómo es que el hijo de un duque trabaja como enfermero y por qué está tan interesado en lo que sucedió ayer?

Jack le devolvió la mirada en los ojos y Elizabeth captó un destello de dureza bajo su encanto natural.

—Como estoy seguro de que ya sabe, mi familia ducal me repudió. No tengo dinero, señorita Waterstone, ni más aptitudes que luchar y vendar heridas. Ya no se me considera adecuado para honrar a la sociedad, así que ¿qué más quiere que haga?

La joven le lanzó su mirada más dura, convencida de que seguía ocultando al menos parte de la verdad, aunque no deseaba añadir algo más al complicado embrollo de sentimientos que ya sobrecargaba su mente.

—No ha contestado a mi pregunta, señor Llewelyn. Por suerte para usted, la verdad es que no me queda energía para que eso me importe ahora mismo.
Entonces, la chica se sentó junto a su hermano y se hundió los dedos en la dolorida frente. Michael alargó el brazo para tomarle la mano.
—Elizabeth, ¿qué pretendes hacer ahora que el Ministerio de Asuntos Exteriores nos ha absuelto de culpa y se ha detenido a sir John y a los del Bosque?
La muchacha apretó los labios. Todavía le resultaba complicado que su madre hubiese deseado su muerte.
—No lo sé. No puedo pagar al señor Llewelyn si no encuentro otra ocupación y no tengo referencias. —Bajó la vista hasta las manos entrelazadas—. Lord Vincent me pidió que le acompañase a Suiza, pero no quiero darle la impresión de que podría desarrollar un cariño por él...
—Puedes venir a casa conmigo, querida.
Entonces, la joven levantó la cabeza. Como llamado por sus más profundos anhelos, el duque apareció en la puerta. Portaba una elegante chaqueta negra, pero una manga colgaba vacía y llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo. El hombre hizo una reverencia a la vez que repasaba a Jack Llewelyn y a Michael con la mirada.
—¿Me permitiría unos momentos de privacidad con su hermana, teniente Waterstone? Necesitamos hablar de muchas cosas.
El muchacho observó a la chica y esta asintió. El noble cerró la puerta y, reacia a mirarle, Elizabeth se levantó y le dio la espalda. Luego, se acercó a la ventana y contó las respiraciones superficiales mientras esperaba a que él rompiese el silencio.
En ese instante, el caballero se aclaró la voz.
—Siento lo de tu madre. No estaba seguro de que estuviese involucrada en el plan y mi ignorancia casi te ha costado la vida.
Ella miró por encima del hombro para contemplar al duque, que seguía ligeramente apoyado en la puerta. Tenía peor aspecto todavía que el día anterior, y sospechaba que aquel atuendo elegante y la postura tiesa ocultaba más dolor del que se estaba permitiendo demostrar.
Finalmente, la joven levantó las cejas.
—¿Ha hecho todo el camino hasta aquí para compadecerse de mí por mi madre? Ni siquiera debería estar fuera de la cama, Excelencia. No me cabe duda de que su médico estaría horrorizado.
El hombre le sonrió.
—Sabías que vendría, Elizabeth. Como le he dicho a tu hermano, tenemos que hablar. Hay muchas cosas que debes comprender...
Las manos de la chica se cerraron en dos puños apretados y una ira lenta comenzó a arderle por el cuerpo.
—Ah, no, yo le comprendo totalmente, Excelencia. Si hubiese confiado en mí como yo hice en usted, no harían falta explicaciones. Se aprovechó de mí desde el momento en el que nos conocimos y me desechó cuando dejé de serle de utilidad.
—Admito que mi trato hacia ti pudo parecer un poco duro, *ma belle* —le dijo el duque con cautela—, pero debes recordar que intentaba salvaguardar la seguridad de la nación...
Empujada por la idea de su propia seguridad, Elizabeth atravesó la moqueta hecha un basilisco hasta que se encontró frente a frente con el hombre.
—¡Y yo intentaba ayudarle! Se *negó* a creerme cuando intenté advertirle sobre sir John, me *entregó* a su primo como si fuese un bombón con un envoltorio brillante y ¡ahora espera que

quiera volver a saltar directamente a la cama con usted!
El noble se puso recto y la sonrisa se le borró de los labios.
—Te entregué al cuidado de mi primo para que pudiese asegurarme de que estarías a salvo. —Y se acercó con la mano tendida—. Elizabeth, ven conmigo a casa. Sabes en tu corazón que no deseas marcharte con Vincent.
—Esto no va sobre Vincent, Excelencia. —Y retrocedió unos pasos—. Va sobre confianza, y me ha demostrado que no la tiene.
El hombre frunció el ceño.
—Eso no es verdad, yo...
Pero la joven le interrumpió.
—¿Y por qué *no debería* marcharme con Vincent? A pesar de sus dudas, él tuvo la capacidad de ver la verdad en mí y confiar en mi palabra.
Gervase frunció el ceño.
—Lo que fue una estupidez por su parte, ya que conseguiste evadir su cuidado.
—¡Y le salvé la vida, Excelencia! —le espetó la chica.
«¿Por qué le preocupaba la seguridad de la nación y no que se marchase con su primo? ¿Es que no entendía nada?».
—Nuestro acuerdo es nulo. Tal y como ha señalado en varias ocasiones, en realidad nunca tuvimos una relación de verdad. Su desconfianza en mí lo hizo imposible y ya he pagado sus *servicios* de más formas de las que puedo contar. —Y reunió el valor para clavar las pupilas en los tempestuosos ojos grises del duque—. Le desprecié el primer día que tuve la mala suerte de caer en sus manos y ahora he aprendido a odiarle.
El noble se retiró igual que si le hubiese dado un guantazo.
—Ah, y yo creía que había aprendido a amarte. —Y dejó caer la mano extendida al costado—. Entonces, le digo *adieu*, señorita Waterstone.
¿La *amaba*? «¿Entonces, por qué la estaba dejando?».
El hombre hizo una pausa y, para la desazón de la joven, su corazón dio una incómoda sacudida de esperanza. A lo lejos, la campana de la puerta de entrada tintineó y el murmullo de unas voces masculinas intercambiando saludos a gritos diseccionó el tenso silencio entre ellos.
Entonces, el duque exhaló.
—Aun así, si puede soportar mi presencia desagradable un segundo más, le he prestado un servicio más. Su hermano Hugh llegó ayer a mi casa exigiendo saber dónde se encontraba y he pasado un rato con él esta mañana.
El noble frunció el ceño cuando las voces del vestíbulo subieron el volumen.
—Me ha entregado alguna información muy valiosa sobre la familia de vuestro fallecido padre. Si hubiese sabido que era la bisnieta del general Marmaduke Waterstone, uno de los amigos más íntimos de mi padre, podría haberte llevado con él cuando nos conocimos y, todo esto... —Y chasqueó los dedos con desdén—, podría haberse evitado.
Acto seguido hizo una reverencia, abrió la puerta, y Elizabeth reconoció la voz dominante de su hermano Hugh resonando en el hueco de la escalera. Esta se quedó quieta por miedo a que cualquier movimiento la empujara a los brazos del duque.
Él bajó la vista para mirarla.
—Si hablamos de confianza, Elizabeth, deberías examinar tus propios motivos para mantener a tu familia en mi ignorancia. —Y dejó caer las pupilas hasta los dedos entrelazados con fuerza de la joven—. Hay quien diría que eres tan culpable de ocultar la verdad como yo.

Capítulo treinta y seis

—Me ha rechazado directamente, Vincent.

Gervase lanzó el sombrero y los guantes a la frágil mesa de la salita de Angelique, cogió el vaso de brandi que le había ofrecido su primo y se lo bebió de un trago. Luego, esperó a que se lo rellenaran y se sentó en uno de los sillones orejeros con estampado floral que había junto al fuego.

Le dolía endiabladamente el hombro y sabía que se había buscado una fiebre por negarse a pudrirse en la cama tal y como le había insistido el galeno, pero necesitaba ver a Elizabeth.

Angelique, que amablemente había aceptado quedarse en su casa después de que él se disculpase de forma lamentable, se reclinó en un sofá de terciopelo rosa rodeada de sus perritos falderos. Vincent tomó la silla frente al duque con el decantador de brandi en la mano y una expresión rebosante de interés.

—¿Que Elizabeth hizo qué? —preguntó el hombre.

—¿No has escuchado lo que he dicho? No me quiere. —Su primo pareció deleitarse hasta que continuó—: Y no hay ranzón para que te hagas ilusiones, Vincent, tampoco te quiere a ti. —Y se pasó una mano por el cabello—. ¿Qué demonios se supone que voy a hacer ahora?

El otro caballero comenzó a reírse y parecía incapaz de parar. Gervase apenas resistió la necesidad de estrangularle con su propio plastrón, y esperó hasta que su primo recuperó el control sobre sí mismo para tenderle el vaso para más brandi.

Vincent se secó los ojos.

—Lo siento, Gervase, sé que para ti es doloroso, pero debes admitir que es tremendamente divertido. El poderoso duque de Diable Delamere le pide matrimonio a una persona cualquiera y le rechaza. Nunca creía que viviría para ver ese día.

El hombre agitó el brandi en su copa e inhaló el rico aroma embriagador.

—Ni siquiera he encontrado el momento de hacerlo. Le pedí que viniese conmigo a casa y me ha hecho pedazos como si fuese una bruja. En realidad, apenas he conseguido decir una palabra después de eso.

Luego frunció el ceño, estiró las piernas y apoyó los pies en el hogar alicatado. Odiaba tener que confiarles aquello a Vincent y a Angelique, pero por una vez su mente ágil se encontraba completamente desordenada. Era la primera vez que se enamoraba y le superaba una simple mujer.

Su primo continuó observándole hasta que empezó a sentirse incómodo.

—¿Le has pedido que vaya a casa contigo antes de pedirle matrimonio? —Y chasqueó la lengua con un sonido que le puso de los nervios—. No me sorprende que haya saltado. Posiblemente crea que la querías para que siguiese siendo tu amante.

Gervase recordó un fragmento de su conversación con Elizabeth con culpabilidad. No la contradijo cuando dio por hecho que la quería de vuelta en su cama, así que era posible que no resultase sorprendente que hubiese sacado la conclusión apresurada de que seguía queriendo una amante en lugar de una esposa. Pero, aun así, ¿cómo había podido rechazarle? Había estado tan seguro de que le amaba.

Asqueado por su debilidad, miró directamente a Angelique por primera vez esa noche.

—Adelante, puedes decirlo también. Me he puesto completamente en ridículo, ¿no?

—¿Sí, Gervase?

—¡Maldita sea, Angelique! Quiero que Elizabeth sea mi mujer. —He hizo un gesto violento con

la mano—. Quiero tenerla a mi lado hasta que me canse de ella o, lo que es más probable, hasta que ella se harte de mí. Y, cuando eso pase, no sé qué haré...
El hombre paró al darse cuenta de las expresiones fascinadas de Vincent y se dejó caer de golpe en su asiento.
La mujer acurrucó a uno de los perros peludos y blancos en su magnífico pecho.
—No creo que esté todo perdido, Gervase. Conociendo a Elizabeth, posiblemente necesite lanzarte sus reproches antes de que se reafirme su sentido común. Cuando se tranquilice, serás capaz de presentarle tus argumentos de forma más lógica. Seguro que entonces te entiende.
—Le dije que la quería y me contestó que me detestaba y me odiaba. No creo que pudiese haber *sido* más explícita.
Angelique soltó una risa cantarina.
—Eso no tiene sentido, amigo mío, si te odiase de verdad, no habría necesidad para ese arranque pasional. Está enfadada porque se siente traicionada, y difícilmente puedo culparla.
A continuación, le dio un sorbo al té y dio de comer al perro que tenía más cerca una de las delicadas pastas de su plato.
Gervase fingió examinar el fuego antes de preguntarle de manera descortés:
—Pues ¿qué creéis que debería hacer ahora, autoproclamados expertos amorosos?
Angelique se incorporó a la vez que se quitaba al perro del regazo e intercambiaba una mirada con Vincent.
—Nada. Se supone que vas a ir a Bath a recoger a Eloise del colegio, ¿no?
—Sí, tengo previsto estar allí el viernes. ¿Estáis sugiriendo que debería ir?
El duque miró entre sus dos acompañantes y se preguntó si se habían vuelto locos.
—¿No lo ves? —La mujer se inclinó hacia delante con las manos entrelazadas bajo el pecho rebosante—. Si, como has planeado, Elizabeth va a vivir con sus abuelos Waterstone, dentro de poco se arrepentirá de la pérdida de todas las libertades que le permitiste. Por lo que habéis dicho, los Waterstone son una familia muy convencional. ¿Cómo crees que ella se sentirá cuando esperen que se comporte como una debutante boba?
El hombre contempló a Angelique con un nuevo respeto creciente.
—Va a odiar aquello. Ella se enorgullece de su inteligencia e independencia.
Una sonrisa se expandió poco a poco por el rostro de Vincent e incluso Gervase notó que su tristeza se disipaba un poco. Entonces, alargó el brazo para coger la copa de brandi y le dedicó a la mujer un brindis en silencio.
—Creo que Eloise podría disfrutar viendo algo del campo antes de volver a la ciudad. Podéis decirle a todo el que se preocupe por preguntar que espero estar fuera al menos un mes.

Capítulo treinta y siete

—Elizabeth, querida, *ponte* recta. La columna de una señorita nunca debe tocar el respaldo de la silla.

La chica se sentó recta como un rayo y clavó la uña en su bordado con una violencia innecesaria. Luego, apretó los dientes mientras su abuela soltaba otro suave suspiro. Había esperado que hubiesen recibido de buena gana la incorporación de una joven inteligente y capaz a su casa, pero temía que en realidad les decepcionaba.

No es que los Waterstone fuesen desagradables. Habían ofrecido un hogar a todos los descendientes de su hijo fallecido tras haber sabido de su aprieto de boca del duque de Diable Delamere. Solo Elizabeth se vio obligada a aceptar la amable oferta, ya que Hugh iba a reincorporarse a su regimiento y Michael había conseguido trabajo en otro sitio.

La chica echó un vistazo a Mary, frente a ella, que se encontraba sentada y leyéndole a la señora Violet Waterstone mientras esta le explicaba cómo bordar una flor en punto de cadeneta. Para su alivio, su familia también le había ofrecido un hogar a su hermanastra y parecía haberle tomado un gran aprecio.

—Chicas, no olvidéis que el señor Gutheridge viene a daros una lección de música a las siete y que el resto del día estaréis ocupadas probándoos los vestidos nuevos.

Los lazos de encaje anudados bajo la barbilla marcada por un hoyuelo de la señora Waterstone temblaron cuando esta miró a su nieta por encima de los anteojos como anticipando su negativa. Era una mujer menuda que recordaba a una gallina regordeta con buen plumaje, y la muchacha había descubierto que su comportamiento afable ocultaba una terquedad que igualaba a la suya propia.

—No lo he olvidado, abuela —le contestó, consciente de que su conducta poco habitual era una preocupación constante para sus ancianos parientes.

En realidad, casi prefería las fieras discusiones con su abuelo a las lecciones amables de su abuela. Mary estaba demostrando ser mucho más aceptable y maleable de lo que ella podría haber deseado nunca.

Elizabeth suspiró mientras el reloj de la repisa de la chimenea dejaba pasar los asfixiantes segundos de su vida. A otra hora más sentada en el sofocante gabinete de día rebosante de mobiliario le seguiría una lección de música inútil. Había comenzado a comprender la razón por la que la mayoría de las señoritas jóvenes de la *alta sociedad* parecían tan sosas y anodinas. Si la hubiesen privado del ejercicio y los medios para usar su mente desde una edad temprana, también sería un revoltijo tímido y con la cabeza hueca de risitas y rizos arreglados con ingenio.

Los recuerdos indeseados de sus ocupados días y noches en Delamere House le inundaron la mente. En ese momento, se deslizó la mano dentro del bolsillo y recuperó la nota que le entregaron hacía cuatro semanas.

Ya se sabía las palabras de memoria. En ella, un Michael traicionero le informaba de que se había quedado a cargo de la secretaría del duque y que de momento este permanecería fuera de la ciudad. Al final, volvió a meterse la nota en el bolsillo. Se alegraba de que su hermano hubiese encontrado un empleo tan bueno, pero le enfurecía en silencio su elección de jefe.

Fuesen cuales fuesen sus razones para enviarle aquel mensaje, la vuelta del noble le resultaba una cuestión indiferente. Y tragó saliva con fuerza. No podía reclamarle nada después de su imperdonable alarde de mal genio, pese a que le echaba de menos más de lo que jamás podría haber imaginado.

El bordado se le deslizó del regazo y bajó la vista para clavarla en sus manos. El duque dijo que la amaba incluso cuando ella le trató mal y afirmó que le odiaba. Dijo que la *amaba*...

A pesar de todas las acusaciones que le había lanzado, sabía que era así e incluso comprendía por qué se había comportado como la había hecho. En el fondo de su corazón, temía que nunca le diese la oportunidad de decirle lo equivocada que había estado; era consciente de cómo lidiaba con las mujeres a las que despreciaba.

Un discreto toque en la puerta anunció la aparición de la ama de llaves para discutir sobre los menús con la señora Waterstone. Mientras su abuela estaba distraída, ella se escabulló para ponerse al día con su lectura.

No le habían permitido acudir al juicio preliminar de sir John Harrington y los del Bosque porque la acusación había sugerido que necesitarían llamarla como testigo. En un intento de mantenerse al día sobre el proceso judicial, pidió leer los artículos en el periódico, pero la señora Waterstone consideraba que leer tal cosa era una ocupación inadecuada para una mujer soltera. Pese a que ella había argumentado que no era ninguna chiquilla cándida, su abuela fue inflexible, así que recurrió a la treta.

Después de un vistazo rápido al imponente vestíbulo, la muchacha se apresuró a bajar al sótano por las escaleras traseras. Allí encontró al mayordomo planchando las páginas del periódico matutino del general en su dormitorio.

—Buenos días, señorita Waterstone. ¿Le importaría echarle un vistazo a la prensa de ayer? Está en la mesa.

Elizabeth sonrió.

—Gracias, señor Carter. Sería un placer.

La chica había conformado una improbable alianza con el hombre después de que la descubriese de rodillas vaciando la papelera del estudio del general. Cuando le explicó su propósito, el mayordomo le confesó que él solía quedarse los periódicos para leerlos por la noche y que era bienvenida a echarles un vistazo una vez el militar hubiese terminado. Sospechaba que su abuelo sabía lo que hacía y que le alegraba que siguiese haciéndolo siempre que no llamase la atención de su mujer.

Con un suspiro de satisfacción, se acomodó en la rayada mesa de roble para ojear con detenimiento las palabras entintadas. Entonces, una taza de té y un bollito aparecieron por su codo y le dio las gracias ausente al cocinero.

También había discutido con su abuelo con respecto a que le impidiesen atender al juicio que estaba por venir. Toda su existencia se vería afectada por el resultado y, aun así, ni siquiera se le consideraba lo bastante inteligente como para leer sobre ello. Para su consternación, la muchacha estaba comenzando a descubrir que una de las sanciones de vivir una vida decorosa y asentada era la intolerable falta de libertad.

A través de sus anteriores lecturas, Elizabeth ya sabía que a su madre la habían condenado a un cargo menor tras afirmar que los dos hombres la forzaron a ayudarles. Se había ofrecido a testificar contra ellos para disminuir su sentencia y pasaría varios años en una prisión. Para el alivio secreto de la joven, la mujer había evitado que la deportase o ser sujeto de la soga del verdugo, que eran los destinos más probables para el señor del Bosque y sir John. Aunque condenaba el descarado intento de su madre por sobrevivir, la chica no podía evitar alegrarse de no tener que testificar contra ella.

Por fin, encontró el párrafo relevante del periódico y confirmó que se había fijado que el juicio del señor del Bosque y sir John Harrington tendría lugar en el Old Bailey en noviembre.

El señor Carter tosió suavemente y miró al reloj como advertencia de que debía apresurarse. Con

una prisa culpable, pasó unas cuantas páginas y recorrió la columna de sociedad que escribía «lady Lucinda Lalygag» con el dedo en busca del nombre del duque.
—El infame duque de *D*... ha permanecido ausente de nuestra hermosa ciudad, aparentemente disfrutando del aire campestre junto a una exótica dama desconocida. ¿El ingenioso duque está a punto de sentar la cabeza?, nos preguntamos. ¿Finalmente le han atrapado en un matrimonio?
Elizabeth ocultó el dolor en su corazón con un resoplido de repulsa y lanzó el periódico a la mesa.
—Lo dudo, querida lady L. Está demasiado ocupado rompiendo corazones como para querer sentar la cabeza con solo una mujer. ¿Qué tiene eso de divertido? —Y miró al señor Carter con el ceño fruncido—. ¿Por qué lady Lucinda no dice algo útil sobre cuándo volverá?
El mayordomo estaba a punto de decir algo cuando la campana, conectada con los escalones de la puerta de entrada más arriba, tintineó. En ese momento, el hombre se puso la chaqueta y acompañó a la muchacha fuera del dormitorio.
—Discúlpeme, señorita, pero yo tengo que abrir la puerta y usted llegará tarde a su lección de música si no corre.
Acto seguido, la joven giró hacia las escaleras. Incluso el señor Carter la trataba como si tuviese cinco años. ¿Cómo iba a soportar aquello el resto de su vida? Tendría que casarse pronto. Al menos el matrimonio le otorgaba un ápice de independencia. Se paró al final de la escalera. Parecía que los hombres de alta sociedad querían como esposas a niñas mimadas que no crecían nunca. No iba a ser capaz de aguantarlo...
La chica abrió la puerta que separaba la zona de los criados del resto de la casa, entró al vestíbulo y fue consciente de que se había hecho un peculiar silencio a su alrededor. El corazón se le sacudió histérico. El duque de Diable Delamere se encontraba junto al mayordomo mientras se quitaba tranquilamente los guantes y el sombrero. Este echó un vistazo en su dirección, pero pareció ignorarla cuando el señor Carter subió las escaleras con paso señorial delante de él hasta la salita de día, donde su abuela recibía a las visitas.
Elizabeth volvió a sumergirse en el pasillo del servicio y fue corriendo por las escaleras traseras hasta la planta de arriba para llegar a la sala de día justo antes de que los dos hombres subiesen el último escalón. La chica retomó su asiento ignorando la pregunta sobresaltada de su abuela justo cuando el mayordomo anunció al noble.
Sin aliento, le observó atravesar la sala, tomar la mano de la anciana entre la suya y comenzar a conversar con la facilidad de una relación larga. Luego, esperó a que le presentasen a Mary y a Elizabeth, pero apenas tocó los dedos de esta.
Con una sensación de indignación cada vez mayor, la muchacha tocó la campanita para pedir el té y escuchó durante un tortuoso cuarto de hora al caballero hablar sobre el tiempo, su hija, Eloise, y una visita inminente a los jardines reales de Kew.
Cuando el duque se levantó para marcharse tras los quince minutos adecuados para la sociedad, la joven se descubrió poniéndose también de pie. Y, con un último halago susurrado, se fue. La chica le siguió con la mirada, boquiabierta y con los pensamientos sumidos en una confusión. Sin darle más vueltas, bajó corriendo las escaleras tras él y este se giró cuando ella le hizo frente en el vestíbulo.
—No te atrevas a irte sin hablarme —jadeó Elizabeth con una mano hundida en el corpiño—. No te *atrevas* a tratarme como si no fuese más que una relación pasajera.
El noble levantó una ceja y se giró hacia el señor Carter, que sujetaba la puerta abierta que conducía al estudio del general Waterstone. La muchacha entró con paso resuelto y la cabeza alta. Gervase la siguió y cerró la puerta tras él. Al final, la joven se cruzó de brazos cuando el

duque pasó a su lado y se paró en seco detrás del escritorio de su abuelo.
Elizabeth abrió la boca para continuar, pero él hizo un movimiento determinante con la mano.
—Por favor, tome asiento, señorita Waterstone, o los buenos modales me obligarán a quedarme también de pie y sigo más bien débil por mi herida.
La chica le lanzó una mirada suspicaz y se dejó caer a regañadientes en la silla frente a la mesa. Su conciencia le atormentó al observarle en condiciones por primera vez. Sí que parecía un poco agotado.
—Me disculpo si pensaba que la estaba evitando, señorita Waterstone. Tenía la impresión de que deseaba que me fuese al infierno. Solo les he visitado para asegurarme a mí mismo y a Eloise de que todo le iba bien. —E hizo una pausa—. ¿Hay algo en particular que desease decirme?
De pronto, la muchacha perdió todo deseo de hablar. Aquella disculpa apabullante le quitó las ganas de discusión y, aun así, no acababa de ser capaz de obligarse a pedirle perdón.
—Solo quería darle las gracias por emplear a Michael, Excelencia —le contestó con delicadeza mientras deseaba tener la fortaleza para decir exactamente lo que sentía—. No me cabe duda de que será un secretario admirable.
El hombre le sonrió y ella contuvo la necesidad de devolverle el gesto.
—Me recuerda a usted, señorita Waterstone, y ese es el mayor halago que puedo hacerle.
Elizabeth notó que se sonrojaba y aun así no fue capaz de pensar en nada que decir.
—Supongo que también querrá saber lo que le ha sucedido al señor Llewelyn.
—Solo en lo relacionado a su empleo, Excelencia —se apresuró ella a responder—. No me gustaría nada pensar que está sufriendo porque ya no puedo pagarle.
El duque pareció dolido.
—No tiene qué temer, señorita Waterstone. El señor Llewelyn parece contar con muchas fuentes de ingresos. En realidad, albergo la sospecha de que otra parte le interpuso en su camino de manera deliberada para que descubriese todo lo posible sobre el plan de asesinato. —Y se encogió de hombros—. No conozco toda la información, pero me ha dado su palabra de que no trabaja para los franceses y he tenido que conformarme con eso.
Luego, bajó la vista hasta sus manos.
—Elizabeth, por si te reporta algo de consuelo, he hablado con tu madre esta mañana. No sabía que sir John pretendía asesinarte cuando le ordenó que te sacase de allí.
La chica dejó que aquellas palabras aliviasen la dolorosa herida que la traición de su madre había abierto en ella.
—Gracias, Excelencia, sí que me alegra saberlo.
Entonces, pestañeó perpleja cuando el duque se puso de pie como un rayo y comenzó a ir de un lado a otro de la habitación. Si no le conociese mejor, habría jurado que estaba nervioso.
—Señorita Waterstone, me temo que la última vez que hablamos empecé con el pie izquierdo. Le solté una perorata sobre el deber y el patriotismo sin ir a lo que quería decir en realidad o disculparme con usted como es debido.
En ese instante, la joven recuperó la voz.
—Soy yo quien debe disculparse, Excelencia. Siento profundamente todo lo que le dije en aquella ocasión.
Pero el duque no pareció oírla. Volvió a sentarse, jugueteó con la pluma que había en el escritorio y reordenó los documentos de su abuelo antes de dedicarle una mirada fugaz.
—Entiendo que sus abuelos se alegran de que se quede aquí y que pretende presentarla en sociedad. —Y vaciló—. Pero me pregunto si esto es lo que verdaderamente quiere. ¿Ha pensado en las restricciones que una joven dama se ve obligada a soportar en un hogar?

El corazón de la joven amenazó con explotarle del pecho, le dedicó una sonrisa cautelosa y volvió a su escrutinio de la vista desde la ventana.
El noble se rio por lo bajini.
—Que el Señor libre a la *alta sociedad* de descubrir jamás que es una intelectual. Créame, su abuela no la animará a decir a nadie lo que piensa, no digamos ya a los caballeros que la pretendan.
Elizabeth se cruzó de brazos y levantó la barbilla.
—Está siendo ridículo, Excelencia. Soy demasiado mayor para que me trate como a una mentecata de diecisiete años. No me cabe duda de que mis abuelos se darán cuenta de ello pronto.
—¿*Pronto*? ¿Debo entender que quiere decir que ya han cuestionado sus elecciones y limitado sus actividades?
La chica se sonrojó. Había olvidado lo bien que la leía.
—¿Qué sugiere, Excelencia?
En ese momento, el duque clavó las pupilas en las suyas.
—Tengo otra posición que ofrecerle.
—Creo que ya hemos probado todas las posibles, Excelencia.
Un tic se apoderó de los labios del hombre.
—No del todo, querida. —Entonces, posó las palmas de las manos extendidas en el escritorio—. La posición de la que hablo es la de mi duquesa.
Elizabeth le clavó la mirada hasta que este la bajó hasta sus dedos extendidos.
—¿Qué ha dicho? —susurró.
—Te estoy pidiendo que seas mi esposa. Cuentas con todos los atributos que requiero. Eres excepcionalmente brillante, leal hasta decir basta y llenas mi cama de forma admirable. —Y soltó un suspiro—. Pretendía pedirte matrimonio la última vez que nos vimos, pero lo manejé más bien mal.
—La idea de matrimonio se me ha pasado por la cabeza —le respondió la chica—. Puede que le sorprenda saber que ya he recibido dos ofertas de matrimonio. Una de ellas de parte de su primo, Vincent.
El duque se sacó la pistola del bolsillo y la posó en el escritorio.
—Qué interesante, querida. Cásate con cualquiera de ellos, y te haré viuda la noche de bodas.
—No tiene boca en este entierro. Soy independiente, Excelencia.
—No tanto como podrías serlo conmigo, mi amor.
La chica le dio la espalda.
—¿Y eso por qué, Excelencia?
El hombre se acercó a ella y le posó las manos en los hombros.
—Porque te permitiré ser la mujer que quieras. Nunca te encerraré en una salita ni insistiré en que te conformes con las actividades femeninas. Nunca te impediré que interfieras en mi trabajo y, si la ocasión lo pide, que me salves la vida.
La joven se estremeció cuando le besó la garganta.
—Me has ayudado a recuperar una parte de mí que creí que había perdido para siempre. Me has enseñado a amar y a volver a confiar. Eres mi alma, Elizabeth.
Entonces, apretó las manos y la giró para que le mirase, pero ella clavó la vista en el plastrón anudado de manera intrincada e intentó reunir el poco juicio que le quedaba. Acto seguido, Gervase le colocó los dedos bajo la barbilla con sigilo y la obligó a alzar la mirada hasta él.
—Quiero compartir mi vida contigo. Te quiero en mi cama, quiero que tengas a mis hijos y

quiero que envejezcas a mi lado. —Y le besó la nariz—. Y te prometo que, si haces eso, jamás amaré a otra mujer mientras viva.
La chica examinó cuidadosamente su rostro y se dio cuenta de las nuevas arrugas de preocupación y cansancio que los últimos días de tensión habían grabado en su piel. A continuación, el caballero sonrió, le soltó los hombros y le levantó la mano hasta sus labios.
—Comprendo que es posible que desee pensar en mi propuesta, señorita Waterstone y, tenga por seguro, que no permitiré que nadie la presione para aceptarme.
En ese momento, hizo una pausa, pero ella seguía incapaz de hablar y, después, el hombre dejó caer las pupilas hasta sus botas. Al final, y tras otro largo silencio, le soltó los dedos y se dirigió a la puerta.
La muchacha se puso tensa cuando el duque vaciló, con la mano en la puerta y una sonrisa amarga en la cara.
—Siempre disfruto teniendo la última palabra contigo, Elizabeth, pero he de confesar que en esta ocasión preferiría mucho más oírte hablar. —Y se quitó una mota inexistente de la manga de la chaqueta gris—. Al parecer me he quedado sin palabras para convencerte, a no ser que la idea de que mi corazón siempre te pertenecerá te sirva de consuelo.
—Gervase...
La joven encontró la voz y corrió hacia el noble cuando este comenzó a abrir la puerta, le lanzó los brazos alrededor del cuello y le abrazó tan fuerte como se atrevió.
—No te odio, nunca te he odiado. Te quiero, te *quiero*.
En ese momento, él la rodeo entre sus brazos, le plantó un beso tan fuerte en la boca que parecía que no iba a dejarla marchar y ella se entregó a este al darse cuenta de que por primera vez no había ninguna barrera, mentira ni pensamientos ocultos entre ellos.

***

Cuando por fin Gervase levantó la cabeza, tenía la respiración ronca y el cuerpo excitado hasta el punto del dolor. Entonces, miró por el estudio y soltó un gruñido de frustración.
—No puedo seducirte aquí, amor, pero no pretendo esperar mucho para la boda. Voy a conseguir una licencia especial y podremos casarnos a final de esta semana.
La joven se apartó un paso de él y ya estaba empezando a fruncir el ceño.
—¡Qué típico de un hombre! Quiero una boda magnífica, Gervase, no un evento de tapadillo del que todo el mundo pensará que te avergüenzas de mí.
El duque soltó un profundo suspiro de felicidad al bajar la vista un momento hasta su indignada futura esposa. Ya estaban discutiendo y le encantaba. Todavía no lo sabía, y que Dios le ayudase si lo descubría en algún momento, pero ya se había resignado a que le llevase como una vela. Luego, puso su expresión más agradable y le tendió la mano. La chica le miró con suspicacia.
—¿Compartimos la feliz noticia con tus abuelos y después, a lo mejor, intentamos ponernos de acuerdo?
Elizabeth le llevó la mano hasta su mejilla y le besó los dedos.
—Muy bien —le contestó con determinación—, pero duque o no, me niego a que me agobien...

***

Querido lector:
Espero que haya disfrutado de *Educando a Elizabeth*, un romance en la Regencia picante y chapado a la antigua. Este ha sido uno de los libros que más me ha gustado escribir y he disfrutado continuando la serie Diable Delamere con *Expiando a Jack*, *El despertar de Amelia* y *Amando a Michael*.
Si se ha deleitado con esta novela, por favor, considere dejar un comentario en su comercio

favorito.
S quiere leer más libros míos, eche un vistazo a mi página web y piense en unirse a mi *newsletter* para recibir las novedades antes que nadie y ser el primero en los concursos para ganar libros nuevos.

katepearce.com/newsletter

¡Gracias por la lectura!
Kate Pearce

Sobre Kate Pearce

La autora superventas del *New York Times* y *USA Today*, Kate Pearce, nació en Inglaterra en el seno de una numerosa familia de chicas y pronto descubrió que su imaginación era mucho más interesante que la vida real. Tras conseguir un Grado en Historia y apenas escapar con vida del funcionariado británico, se mudó a California y luego a Hawái con sus hijos y su marido, donde comenzó a reinventarse como una escritora de novelas rosas.

Se la conoce tanto por sus héroes poco convencional como por el gusto por trastocar los clichés de las historias de amor. En su tiempo libre autopublica libros erótico-románticos de ciencia ficción, historias de amor históricas y todo lo que pueda imaginar. Puede encontrar a Kate en katepearce.com.